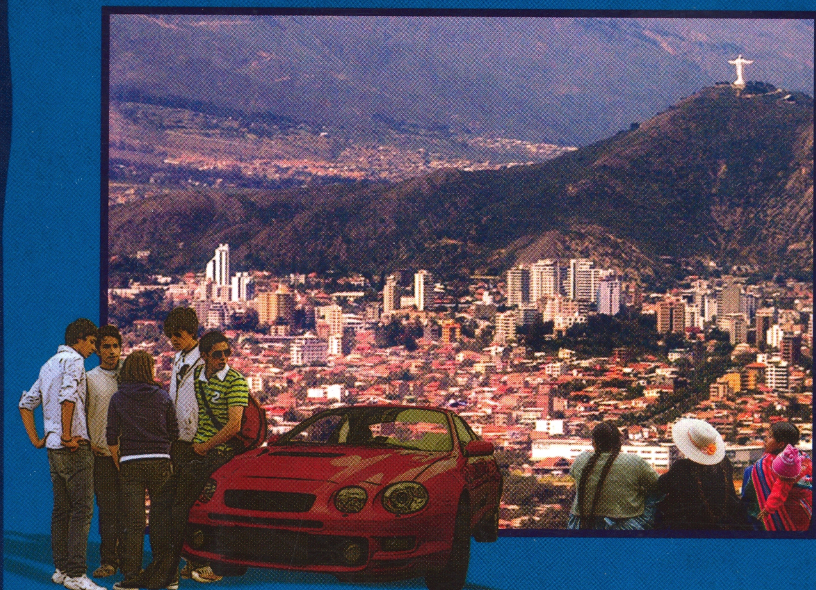


VIVIR DIVIDIDOS

Fragmentación urbana y segmentación social en Cochabamba



Gobierno Municipal de Cochabamba





Gustavo Rodríguez Ostria
Humberto Solares Serrano
María Lourdes Zabala Canedo
Evelyn S. Gonzáles Sandoval

Vivir divididos

Fragmentación urbana
y segmentación social en Cochabamba

Vivir divididos

Fragmentación urbana y segmentación social en Cochabamba

Coordinador de la investigación
Gustavo Rodríguez Ostria

Investigadores
Humberto Solares Serrano
María Lourdes Zabala Canedo

Asistente de investigación
Evelyn S. Gonzáles Sandoval



Gobierno Municipal de Cochabamba





Programa de Investigación Estratégica en Bolivia

Cochabamba, 2009

Esta publicación cuenta con el auspicio del Gobierno Municipal de Cochabamba (GMC) y de la Embajada del Reino de los Países Bajos.

Rodríguez Ostria, Gustavo
Vivir divididos: fragmentación urbana y segmentación social en Cochabamba / Gustavo Rodríguez Ostria; Humberto Solares Serrano; María Lourdes Zabala Canedo; Evelyn S. Gonzáles Sandóval.- La Paz: Fundación PIEB; FAM-Bolivia; Gobierno Municipal de Cochabamba, 2009.
xii; 362 p.; cuads.; maps.: 23 cm. -- (Serie Investigación n. 27)

D.L. : 4-1-2106-09
ISBN: 978-99954-32-56-0 : Encuadernado

JÓVENES / JUVENTUD URBANA / IDENTIDAD CULTURAL / SOCIOLOGÍA URBANA / COMPORTAMIENTO SOCIAL / ESPACIOS PÚBLICOS / APROPIACIÓN – ESPACIOS PÚBLICOS / CULTURA / SOCIEDAD / CULTURA URBANA / VIDA URBANA / ETNOGRAFÍA / DESARROLLO URBANO / POBLACIÓN URBANA / SECTOR PÚBLICO / COMUNIDAD URBANA / PLANIFICACIÓN URBANA / PLANIFICACIÓN TERRITORIAL / CONFLICTOS SOCIALES / CLASES SOCIALES / CLASE MEDIA / CLASE ALTA / TERRITORIO URBANO / CONDICIÓN SOCIAL / COMPORTAMIENTO SOCIAL / GRUPOS SOCIALES / MOVIMIENTOS SOCIALES / SEGMENTACIÓN SOCIAL / INVESTIGACIÓN SOCIAL / CALIDAD DE LA VIDA / CONDICIONES DE VIDA / COMERCIO / MERCADOS / ECONOMÍA INFORMAL / MEDIOS DE COMUNICACIÓN / NUEVAS TECNOLOGÍAS / INVESTIGACIÓN SOCIAL / COCHABAMBA

1. título **2.** serie

Plaza 14 de Septiembre
Teléfono: 4258030
Fax: 4255275
Correo electrónico: secretariageneral@cochabamba.gov.bo
Pagina web: www.cochabamba.gov.bo
Casilla: 172
Cochabamba, Bolivia

Edificio Fortaleza. Piso 6. Oficina 601
Avenida Arce 2799, esquina calle Cordero
Teléfonos: 2432583 - 2431866
Fax: 2435235
Correo electrónico: fundacion@pieb.org
Servicio Informativo: www.pieb.com.bo
Casilla: 12668
La Paz, Bolivia

Edición: Patricia Montes
Diseño gráfico de cubierta: PIEB
Diagramación: Alfredo Revollo Jaén
Impresión: Plural Editores

Impreso en Bolivia
Printed in Bolivia

Índice

Presentación

A partir de las tendencias y la dinámica de los procesos económicos y socioculturales que experimentan las ciudades capitales del país, el Programa de Investigación Estratégica en Bolivia (PIEB) y la Federación de Asociaciones Municipales de Bolivia (FAM) acertadamente convienen en promover investigaciones que coadyuven a una mejor comprensión de las problemáticas urbanas y que sirvan para la formulación de políticas públicas municipales.

La iniciativa motivó al sector de investigadores, particularmente cochabambinos, a postular sus proyectos, inevitablemente inspirados en los luctuosos sucesos del 11 de enero de 2007, planteando ácidas interpelaciones a la gestión pública. Es así que de 16 proyectos presentados desde Cochabamba a la convocatoria "Procesos de integración sociocultural y económica en las ciudades capitales de Bolivia", tres fueron seleccionados para su ejecución, y hoy nos complace presentar la publicación de uno de ellos.

"La declinación del espacio público" como expresión de la crisis urbana de Cochabamba, postulada por un equipo de notables y prestigiosos investigadores, concluye categóricamente que el proceso de transformación histórica del espacio público nos lleva a "Vivir divididos", y que no es la fragmentación urbana la que debilita la calidad del espacio público, sino la ruptura y segmentación de los imaginarios culturales. Es el caso del miedo que embarga al grupo focal de jóvenes de clase media alta de la zona norte de la ciudad.

La investigación muestra que la revitalización del espacio público debe considerar a los actores y sus representaciones e imaginarios, para el diseño y producción del objeto o artefacto urbano.

Finalmente, destacar la importancia de investigar los procesos económicos y socioculturales a partir de los fenómenos urbanos para la construcción de ciudadanía y ciudad en última instancia; estamos seguros que este aporte será de mucha utilidad para los técnicos y políticos, a quienes invitamos a leer, analizar y debatir el contenido del presente libro.

Alfonso Serrano Villarroel
Secretario de Planificación
del Gobierno Municipal
de Cochabamba

Prólogo

Estimado lector:

Este libro trata de vivencias. En particular explora las vivencias de la ciudad, que dan a lo urbano su significado particular. Hay vivencias muy físicas que se entretejen con los olores y colores de un lugar, evocando memorias o sorprendiendo con algo nuevo e inesperado. Otras son más virtuales y siguen pautas propias o ajenas de la vida de una ciudad imaginada.

¿Cómo vivimos hoy la ciudad? En el caso de Cochabamba, el título de esta obra sugiere la existencia de un hecho consumado: el de vivir en división en una urbe espacialmente fragmentada y socialmente segmentada. No hay un signo interrogatorio ni mención de alguna alternativa. Sólo la imagen de vivir divididos. Ese fue el sentir común en el departamento de Cochabamba el 11 de enero de 2007, al concluir en la ciudad una jornada de confrontaciones sangrientas entre sectores sociales, los unos identificados como 'campesinos', los otros autonombrados 'ciudadanos'. Por un instante, la idea de la convivencia se derrumbó. Sin embargo, luego de los hechos las vivencias se convierten en relatos cuya socialización se presta para la reflexión y el aprendizaje. Así lo sostuvo Kurt Lewin, el padre de la educación experiencial, y es lo que ocurrió en Cochabamba, de múltiples formas, tras disiparse el primer impacto de estupor que ese Enero Negro tuvo en nuestra *llajta* de caseras amables y compadres tolerantes. El texto que tiene en sus manos refleja ese aprendizaje en sociedad a partir de experiencias compartidas y, como tal, propone una lectura para la transformación. El ejercicio de ver, entender y sentir la fragmentación urbana y la segmentación social por los ojos,

mentes y corazones de quienes viven y perpetúan ese proceso nos ayuda a visualizar posibles caminos de cambio.

Los autores señalan que en el caso estudiado se trata de una materia en la que los sicólogos parecen tener la última palabra. Antes de enfocar la construcción de la ciudad desde la planificación urbana, o en relación con dinámicas económicas, ellos han preferido observar los cambios del espacio público, definido como "un síntoma de la salud del tejido social". Como se demuestra, en la sociedad cochabambina —con históricas diferencias y distancias sociales nunca superadas— se trata, a pesar de ello, de un tejido social que tras los años de la República premoderna y moderna ha sabido mantener abiertos ciertos canales de comunicación y espacios de convivencia entre sectores de clase y origen diversos. Ayudaron a ello las interdependencias económicas, pero también la persistencia de elementos de memoria histórica e identidad cultural con capacidad de conexión. Los dos polos de poder que se desarrollaron en la ciudad, uno popular en el Sur y otro elitista en el Norte, construyeron sus propias identidades y formas de relacionarse con la esfera pública, pero se encontraban en espacios abiertos como La Cancha, materializando un sentido común.

Para los autores, estas dinámicas de convivencia llegan a romperse a partir del decenio de 1990; ellos explican este proceso de segregación (acelerada) desde el impacto de los mensajes culturales de una globalización hegemónica en marcha. A gritos, los imaginarios posmodernos invaden los espacios privados e invitan a crear nuevos espacios públicos, cómodamente libres de compromiso social, historia e identidad local. La otra cara de esta moneda es el abandono del "aburrido", "retrógrado" o "peligroso" mundo que no sigue la onda. El mensaje "busca tu libertad conectándote a la moda" cala hondo, en particular entre jóvenes de las clases medias y altas del mundo. En Cochabamba, lo que en tiempos pasados no ocurrió tras la conexión ferroviaria al mundo moderno, se impulsa hoy con las nuevas tecnologías de la información y comunicación (NTIC): la creación de submundos autosuficientes que se encierran sobre sí mismos rompiendo de manera radical con los códigos de convivencia de su entorno físico. Acompaña esta dinámica la construcción de condominios, *cine-centers*, *shopping*, etcétera, con el tipo de acceso y el aire de

distinción necesarios para ser incluidos en el nuevo mundo-sistema compuesto por archipiélagos de burbujas.

Así explican los autores el actual proceso de segregación social y vaciamiento del espacio público, de una manera convincente, masticando bien sus argumentos y sin eludir la descripción detallada. Su mirada a los jóvenes de la acomodada zona norte revela que, para acceder a la ofertada libertad individual, este sector entrega su alma al miedo. En el miedo urbano, se cita a Jordi Borja: "no se teme a la naturaleza, sino a los otros". Sobre todo, diría Zygmunt Bauman, si esos otros son obstinadamente diferentes, con una imagen superficial que se presta para representar al 'mal'. En *Miedo Líquido,* Bauman relata cómo "la rápida sucesión de fenómenos (terremoto, tsunami e incendio) que se unieron para destruir la ciudad de Lisboa en 1755 marcó el principio de la filosofía moderna del mal" (2007b: 80). Mientras antes se solía interpretar a los desastres naturales como castigos de Dios, la avalancha de eventos que se desató sobre Lisboa sobrepasó la capacidad humana para seguir dando un sentido moral a los males. Jean-Jacques Rousseau planteó entonces que las catástrofes habían podido impactar tanto no por la naturaleza de las desgracias en sí, sino por fallas humanos cometidas. Esta interpretación de los hechos dio paso a un nuevo espíritu optimista, pues parecía ser más fácil corregir las falencias humanas que tener que lidiar con la Ira Suprema. El "sueño del europeo moderno" (Bauman), sin embargo, no sobrevivió los campamentos de exterminio del nazismo alemán; y así, a inicios del siglo XXI, seguimos cargando el dilema de la convivencia humana con el mal, esta vez entendido como algo que, consciente o inconscientemente, reproducimos desde dentro y entre nosotros mismos. Es testigo de ello nuestra falta de capacidad para dar respuesta a masacres como la de Ruanda en 1994, a nuevos despliegues armamentistas como el que siguió al 11 de septiembre de 2001, en resumen, al potente surgimiento de la imagen del mal encarnado en el otro.

El grupo de jóvenes protagonistas de este libro vive este dilema. Es más, muchos de ellos se dejan aprisionar y paralizar por los miedos que guían su vida cotidiana. Su principal repuesta ante el temor es el repliegue; prefieren renunciar a la ciudad que no conocen antes que explorarla. En consecuencia, estos hombres y mujeres

jóvenes invierten su creatividad en la construcción de burbujas que les permitan negar la existencia del otro, de la alteridad maloliente, desordenada y potencialmente peligrosa. Con cada día que pasa, su ciudad se achica con tal de evitar un encuentro cuerpo a cuerpo con lo desconocido. Para ellos, el título del libro podría haber sido "Vivir asediados". Creando sus fugaces espacios comunes, en lugares manejados con visión empresarial y ojo para las "necesidades" de seguridad y distinción de su clientela, estos jóvenes de clase media o alta se convierten en expresión viva de la declinación del espacio público citadino. Pues, citando a Isaac Joseph, los autores definen al espacio público como "un espacio en el que el intruso es aceptado". De ahí la convicción de que nuestro compromiso con la convivencia urbana ha de pasar por la recuperación del espacio público como "el centro de la vida de la comunidad". La tarea no es sencilla: obliga a exponer y retar los temores que están en el fundamento de las burbujas de segregación, a desmentir los mensajes de una globalización que se presenta como la única vía abierta.

Además de pérdidas irreparables, el 11 de enero de 2007 nos dio una oportunidad para imaginar y construir una globalización distinta. Las y los jóvenes de la zona norte requieren prácticas que les permitan revertir el progresivo achicamiento de sus capacidades para lidiar con sus fobias. Viene al caso la expresión del samurai japonés de siglos pasados: "el peor enemigo es uno mismo". Apoyados en su disciplina propia, estos guerreros eligieron explorar y superar sus propias falencias antes que enfrentarse a la alteridad. "El otro soy yo", fue su singular conclusión. En cuanto a Cochabamba, sería útil complementar esta publicación con una mirada desde la juventud alterna de la zona sud y sus relaciones particulares con los imaginarios del miedo. Pero la pelota está en la cancha; ahora nos toca jugar.

Theo Roncken
Psicólogo, especializado en desarrollo
y prácticas de no violencia activa

Introducción

La confrontación que se inició en la ciudad de Cochabamba en la tarde del jueves 11 de enero de 2007 fue un hecho inédito en su historia sociopolítica. Esta vez no fueron el Estado y la sociedad civil los protagonistas de la violencia, ni tampoco una identidad social colectiva, como ocurrió en la Guerra del Agua de abril de 2000 (Hoffmann *et al*., 2003), sino la ciudadanía escindida en dos bandos irreconciliables enfrentados, cuasi ejércitos de civiles dispuestos a morir y a matar.

¿Qué provocó aquella violencia precisamente allí donde un mestizaje de larga duración (Sanjinés, 2005) parecía formar parte de su imaginario colectivo?

En el balance de los sucesos del 11 de enero se han intentado diversas aproximaciones. Una bastante socorrida en los *mass media* es aquella que enfatizó la presunta presencia de jóvenes de la Unión Juvenil Cruceñista como punta de lanza de una supuesta conspiración de una derecha oligárquica asentada en la "Media Luna" y apuntalada por el prefecto de Cochabamba, Manfred Reyes Villa. Otras versiones, que no niegan la anterior, afirman que se trató de una súbita explosión de los prejuicios étnicos de una clase media/alta inspirada en la intolerancia y el desprecio colonial al mundo indígena.

Por su parte, algunos análisis políticos[1] han destacado como causa detonante el uso instrumental que hizo el gobierno de los

1 Ver, por ejemplo, *Los Tiempos*, Cochabamba, 21 de enero de 2007; *Opinión*, Cochabamba, 15 de abril de 2007.

movimientos sociales, convertidos en grupos de choque para doblegar a la oposición y concentrar todo el poder. Se sostiene que la inclinación fundamentalista del discurso estatal, que jerarquiza lo étnico opacando la diversidad socio-étnica y regional del país, incentivó un estado de conflictividad y división entre los distintos sectores y actores regionales, provocando el colapso del tejido social y debilitando la convivencia ciudadana, tal como sucedió en Cochabamba.

Si bien estas lecturas contribuyen a explicar los sucesos del 11 de enero, lo hacen desde una perspectiva coyuntural que enfatiza la lógica política de los actores y deja abierta la consideración del proceso de fragmentación y segmentación ("guetización") de su espacio urbano, con la depreciación física y simbólica del espacio público de sociabilidad y alteridad reconfigurando nuevas relaciones socioculturales.

Sin caer en una representación mítica, se puede afirmar que tras las reformas de 1952 y en armonía con la matriz discursiva de la homogeneidad cultural, Cochabamba, en su rostro urbano, representó con cierto éxito el paradigma de una interculturalidad fundada en el mestizaje y en el desarrollo de un espacio público en los mercados, los cines, la calle o la universidad pública, que facilitaban el encuentro e intercambio de lo criollo occidental y lo indígena. Pero a la par de otras ciudades latinoamericanas, experimentó en los últimos 15 años un proceso de fragmentación y declinación de ese espacio, aún no estudiado, que rompió los anteriores nudos de sociabilidad e intercambio social y cultural que facilitaban el encuentro entre diferentes. Esta segmentación se cristaliza en la emergencia de la zona norte, como una ciudad dentro otra ciudad, con espacios materiales y con imaginarios que marcan identidades distintas al resto de contexto urbano.

De cara al 11 de enero de 2007 cabe preguntarse: *¿Qué imaginarios y sentidos de ciudad portaban los protagonistas habitantes de la zona norte?, ¿qué sentidos de pertenencia, apropiación y uso de la ciudad objetivizaban? Al vivir encasillados en la zona norte, rechazando o temiendo los espacios públicos, ¿perdieron su capacidad de dialogar e interactuar con otros, percibidos per se como adversarios?, ¿hasta qué punto su paranoia al ver*

invadida "su" ciudad no fue sino la expresión del declive del espacio público y su sustitución por otro de carácter privado?

Las ciudades son aquellos espacios en que se construyen sentidos de pertenencia. Los usos y costumbres que suceden en los espacios públicos, ya tengan el carácter de tradiciones, de tendencias generales o de eventos esporádicos, sirven para determinar los grados de integración social, el sentido de colectividad, los niveles de democracia obtenidos en un barrio, una zona o una ciudad y las capacidades de apropiación de lo público. (Segovia y Neira, 2005.)

En Cochabamba en la última década y media, como ya señalamos, el uso del espacio público se ha debilitado o ha declinado[2]. Este proceso —que fue paralelo a la globalización y la irrupción de políticas públicas (neo) liberales que fortalecieron a la clase media/alta cochabambina, junto con ciertas políticas municipales que privilegiaron intereses particulares y modificaron el valor de la tierra—, se tradujo en la emergencia de nuevos espacios de carácter privado para su sociabilidad, que garantizan la homogeneidad social y excluyen a quienes no pertenecen al mismo grupo o clase.

Entre estos nuevos espacios de carácter privado pueden señalarse: la consolidación de la zona norte como espacio de hábitat y reproducción cultural y económica de la clase media/alta; la construcción de urbanizaciones cerradas; la edificación de supermercados y la emergencia de mercados "selectos", los nuevos territorios lúdicos de la avenida Pando y el Boulevard de La Recoleta o la consolidación de espacios privados de consumo; la desterritorialización del espacio por las nuevas tecnologías de la comunicación e información con celulares e Internet (la "casa-mundo"); la crisis del transporte público y la proliferación de vehículos privados que reducen la calle a una vía de tránsito y anulan su función de encuentro con *otros*. Finalmente, aunque no en ese orden de importancia, la irrupción de la educación superior privada y la nueva competencia educativa mediante segmentos diferenciados.

---

2 "Se trata del espacio de aparición en el más amplio sentido de la palabra, es decir, el espacio donde yo aparezco ante los otros como otros aparecen ante mí, donde los hombres no existen meramente como otras cosas vivas o inanimadas, sino que hacen su aparición de manera explícita". (Arendt, 2001.)

En su historia, Cochabamba no fue ciertamente una ciudad homogénea pero conservó espacios públicos en que los sujetos distintos podían hacerse ver ante otros; esta condición los convertía en ciudadanos y protagonistas. En oposición, en ausencia de políticas municipales que (re)significaran lo público, el mundo cada vez más privado que emergió en la última década y media está marcado por la necesidad y la desigualdad. La ciudad se ha traducido en una constelación de fragmentos espaciales que, a la manera de mosaicos o islas, ya no hallan dónde encontrarse y donde el *espacio público* jugaba, pese a las diferencias sociales, un cierto rol de vínculo, aunque no anulara las distancias.

Este impacto ha sido más fuerte en la zona norte, de carácter residencial. En la mayoritaria y popular zona sur, en cambio, el espacio público pudo prevalecer en la calle, la plaza o el barrio. Como resultado, para un habitante del Norte se redujeron las posibilidades de contacto y encuentro con los *otros.* Ya no ven[3] a los socialmente distintos, o los ven menos que antaño. Los circuitos urbanos de los distintos grupos sociales en Cochabamba ya no se cruzan con la misma frecuencia con que lo hizo la generación precedente. Se ha cristalizado desde entonces un proceso de diferenciación de identidades, principalmente dentro la juventud de clase media / alta, que ahora es portadora de experiencias, representaciones y disposiciones que, desligándose de la tolerancia a la alteridad, debilitan el imaginario de los equilibrios culturales construidos en la metáfora del mestizaje.

Es importante destacar, como pauta de análisis, a jóvenes de ambos sexos como actores centrales de la investigación porque ellos son la generación que ejemplifica este nuevo *ethos* de ciudad, pues no han vivido en la *otra ciudad*, aquella que brotó de las reformas post 1952, más abierta a reconocer y convivir con las diferencias.

---

3 "El ojo es más importante que la palabra. El ojo es el órgano por el que los extraños se conocen y reconocen y la esencia de una sociedad democrática es que la gente aprende acerca de aquellos a quienes no conoce". (Sennett, 2002.)

Encontrarse en medio de una multitud de diferentes en el mercado, en la calle, la fiesta, el cine o la universidad es una experiencia que un joven residente en la zona norte puede ahora escoger no enfrentar nunca. De hecho, se observa a menudo entre la juventud nacida en las zonas residenciales una real aversión por la ciudad-centro y su espacio, por la muchedumbre y el ruido y, por extensión, por los habitantes de las zonas marginales o rurales.

Son precisamente estos círculos juveniles los que, de modo preferente, consumen en términos materiales y simbólicos, en forma directa e indirecta, los nuevos espacios privados caracterizados por la presencia del mercado de consumo y ocio, de subjetividades individuales de circulación restringida y nuevas fronteras urbanas, aún no estudiadas. La segmentación urbana les ha permitido garantizar vivir dentro una cierta homogeneidad social, excluyendo de su horizonte a todos aquellos que no cuentan el mismo nivel socioeconómico o el mismo color de piel, por lo que viven con inseguridad el resto del territorio, aquel que queda fuera de su control y experiencia (Thuillier, 2005). Así han perdido, o al menos debilitado grandemente, la experiencia del conjunto urbano y se ha aminorado el sentido de solidaridad y el sentimiento de pertenencia y (re)conocimiento, y fortalecido una situación tendiente a la exclusión y el individualismo y al temor frente a *otros*. ¿Debería extrañarnos entonces que fueran precisamente estos jóvenes los que el 11 de enero enfrentaron con más furia a los campesinos e indígenas?

Adviértase que la distinción (y frontera) entre "nosotros y ellos" es, al mismo tiempo, una diferenciación jerárquica, simbólica y material, que implica un juicio ético acerca de lo que es y no es deseable a sus ojos en el uso y espacialidad de la ciudad de Cochabamba, que es apropiada también desde la diferencia cultural construida por el género.

En suma, las principales preguntas que nos planteamos responder fue: *¿Cómo y por qué se produjo la paulatina transformación y debilitamiento del espacio público en la ciudad de Cochabamba? ¿Qué impactos produjo en la construcción de las intersubjetividades, sentidos e imaginarios urbanos de jóvenes de clase media/alta de la zona norte residencial? ¿Cómo está cambiando el uso del espacio público en este grupo etáreo?*

Nótese que nuestro objetivo no es estudiar a la juventud en todas sus dimensiones simbólicas, políticas o de identidad. Éste es un recurso para volcar la mirada sobre el verdadero objeto de estudio: la construcción y reconstrucción de espacio público en la ciudad de Cochabamba. Los y las jóvenes de nuestro estudio nacieron cuando los impactos del Estado-nación, la amplificación y mundialización de las comunicaciones, los nuevos hábitos de consumo y las políticas neoliberales en Bolivia y su crisis con el discurso indigenista, junto a las políticas de modernización municipal en Cochabamba, cambiaron los mapas territoriales en la ciudad.

Nacida en las últimas décadas del siglo XX, la juventud de clase media/alta ha construido sociabilidades y sensibilidades distintas a la de sus progenitores y progenitoras. Han perdido un sentido teleológico de la vida, han dejado de abrazar los metarrelatos como horizonte político para adoptar un sentido de vida móvil, relativo y de cara a un futuro percibido como incierto que se aleja de la seguridad inmutable del pasado.

En este orden, un primer aspecto fue analizar la producción analítica que nos permitiera avanzar en nuestra estrategia investigativa. Con relación a lo urbano, existe un enorme repertorio bibliográfico y una amplia variedad de posturas conceptuales que prácticamente recorren en forma transversal el conjunto de las ciencias sociales. En las décadas finales del siglo XX, como un efecto del final de la guerra fría y la reestructuración de la economía capitalista y la globalización, se intensifica esta producción bibliográfica.

En los trabajos de Castells (1999 y 2000) se plantea la cuestión de la gravitación de la revolución tecnológica de fines del siglo XX sobre los procesos sociales y la transformación social en la época de la información. Castells considera que lo que denomina el espacio de flujos de información contrapuesto al espacio de lugares (o espacios estáticos) conduce a un proceso de individualización y de redes que, a su vez, promueven la pérdida del sentido de comunidad y solidaridad. En contraposición, la reintegración de la sociabilidad en las redes electrónicas conduce a la realidad de sociedades virtuales, es decir, movimientos sociales en el Internet, pero desterritorializados y despojados de sus identidades locales. Esto provoca procesos de

atrincheramiento de la gente en torno a valores culturales y territorios dispuestos a defenderlos de los flujos globales desconocidos e incontrolables, fragmentando la sociedad en tribus y comunidades.

En el contexto latinoamericano, siguiendo esta línea de análisis, destacan los trabajos de Carlos A. de Mattos (2003), quien plantea que los efectos de la globalización sobre los procesos y espacios públicos urbanos también afectan a las ciudades latinoamericanas, particularmente a las áreas metropolitanas del continente. La ciudad resultante es una ciudad polarizada y segregada. Mattos afirma que la ciudad de la globalización en nuestro continente es la ciudad del automóvil y de las NTIC (nuevas tecnologías de información y comunicación) —que se imponen dentro de un territorio en continua expansión y dispersión—, que tiende a conformar una estructura urbana policéntrica de fronteras móviles.

Respecto a los *imaginarios urbanos*, es decir, esta nueva forma de ver la realidad urbana, la misma surge como una importante tendencia en el decenio de 1990, con enfoques sugerentes que propone, entre otros, Armando Silva (1994 y 2004). Silva realiza una lectura de la ciudad desde la perspectiva que ofrece la semiótica, centrándose en el estudios de los escenarios urbanos entendidos como lugares de constitución de lo simbólico y sitios de puestas en escena de la ritualidad ciudadana, donde tiene lugar la producción y reproducción de una cultura en la que participan los grupos y los individuos en calidad de “actores”. De estos escenarios, emergen los símbolos de pertenencia que los ciudadanos construyen respecto a su ciudad como imaginarios de evocación de acontecimientos, personajes, mitos, memoria de lugares, olores y colores. Silva afirma que cada ciudad tiene su propio estilo, y que en una ciudad lo físico produce efectos en lo simbólico, en sus evocaciones y representaciones.

Una autora relevante como Rossana Reguillo (1996), siguiendo estas pautas, considera a la ciudad como un espacio pluridimensional, que representa hoy el escenario más importante en el que transcurre la vida contemporánea. Espacio con sus propias jerarquías de inclusión-exclusión, con sus concentraciones de poder, sus luchas, sus avatares, la ciudad hace posible el intercambio y el contacto y, por ello, también incuba el conflicto y la contradicción. Por su parte,

Néstor García Canclini (1989 y 2007) abordó esta cuestión desde la perspectiva de lo que el autor denomina "culturas híbridas" alcanzadas durante los últimos siglos, y que hoy se van desintegrando bajo el impacto de innovaciones económicas, tecnológicas y socioculturales. El impacto principal de estos procesos los experimentan las ciudades donde afloran las disputas simbólicas (pero también explícitas) entre clases, grupos y etnias que componen las aglomeraciones urbanas. En el ámbito nacional se cuenta con el aporte de Lea Plaza, Vargas y Paz (2003), que realizan un original y singular recorrido por los imaginarios tarijeños que permite capturar percepciones distintas de la ciudad, desde las evocaciones idealizadas de la Tarija de antaño hasta las visiones más pragmáticas, en que los migrantes, entre otros, refuerzan la afirmación de su espíritu comunitario.

En los últimos años se han llevado adelante un conjunto de estudios e investigaciones desarrolladas en contextos latinoamericanos, que muestran la estrecha relación entre la ciudad como lugar de interacción y de encuentros sociales que configuran identidades, valores y comportamientos que posibilitan procesos de convivencia e integración social. Considerando más específicamente la cuestión del *espacio público* urbano, se puede afirmar que estos componentes esenciales de la ciudad y la vida urbana han sufrido importantes mutaciones en el marco de los procesos de transformación de las ciudades que traen los vientos de la globalización.

La idea dominante es que la ciudad va perdiendo su esencia de colectividad, que el anonimato se acentúa y la individualización en las distintas esferas de la vida urbana se refuerza. Autores como Jordi Borja (1995), Sennett (2002) y Soja (2008) advierten que en las ciudades se imponen los *shopping*, los barrios cerrados, la educación privada y los ghettos residenciales cuyas calles han perdido su carácter público. El vaciamiento del espacio público es analizado por algunos autores y autoras que ven en ello el origen de nuevas subjetividades e imaginarios de ciudad. Borja anota significativamente: "Hay un temor al espacio público. No es un espacio protector ni protegido", "las hordas están en la puerta de la ciudad" y su presencia obliga a fijar fronteras y barreras.

Los estudios sobre jóvenes y su cultura han proliferado en los últimos años, en tanto este nuevo actor social presenta formas inéditas

de inserción política, laboral y social (Reguillo, 2000). No existe una única cultura juvenil, pues ésta es heterogénea al ser afectada por determinantes socioeconómicos, espaciales, educacionales y laborales. "Tribus" las llama Mario Margulis (1996). El ser joven se manifiesta en territorios específicos del espacio urbano. Se elige lugares y se propone itinerarios que se relacionan con símbolos de la ciudad y con la compleja trama de la diferenciación social y cultural (Margulis, 2000). Por otra parte, distintos estudios de caso muestran los impactos de la segregación urbana y el declive del espacio público en jóvenes de clase media/alta que habitan en urbanizaciones cerradas, barrios "selectos" y/o socialmente homogéneos. En éstos emergen nuevas formas de ciudadanía y de consumo de la ciudad, claramente individualistas y ligadas al mercado (Andrade, 2005; Thuillier, 2005). López Illanes (2002), por su parte, halla estas manifestaciones en La Paz, aunque no las vincula con el espacio urbano y su crisis.

Respecto a la situación de la ciudad de Cochabamba, no existen investigaciones ni, por supuesto, publicaciones sobre la construcción del espacio urbano. Sin embargo, la ciudad ha sido objeto de análisis desde una perspectiva histórica que toca el tema. Al respecto, destaca el aporte de Solares (1990), que revisa la correspondencia entre procesos socioeconómicos y estructuras urbanas entre 1550 y 1950. Este autor (2003) enfoca también desde esta misma perspectiva histórica la problemática ambiental del valle central de Cochabamba en los siglos XIX y XX. Por último, Rodríguez y Solares (1990), al focalizar la economía del maíz y la chicha, combinan las variables económicas y sociales con los imaginarios culturales para reconstruir el antecedente del proceso de modernización de la ciudad de Cochabamba.

Siguiendo a Soja (2008), analizamos el espacio público y sus transformaciones desde una perspectiva múltiple, que incorporó sus implicaciones como espacio material ("conjunto de prácticas materiales que trabajan articuladamente para (re)producir las formas concretas de la vida urbana"). Se refiere a lo real, a las "cosas en el espacio", como práctica y como representación simbólica o imaginario. Como espacio concebido (representación imaginaria y simbólica del espacio) y como espacio vivido, lugar de las estructuras y de la experiencia, "simultáneamente real e imaginario", sobre el que

han trabajado autores como Armando Silva. A partir de los aportes de Alicia Lindón (Lindón *et al.*, 2005) y otros geógrafos urbanos, se avanza en la noción de territorio a un punto que va mucho más allá de lo material o lo físico, pues incluye una dimensión inmaterial o de subjetividad social.

En concreto, el trabajo que tiene en sus manos el lector ofrece una mirada distinta al enfoque de la más o menos abultada bibliografía sobre los conflictos urbanos vistos con los ojos de la tradición académica del siglo XX, es decir, las luchas urbanas clásicas por la tierra, el techo, los servicios básicos, en fin, ese conjunto de reivindicaciones que Lefevbre denominó "el derecho a la ciudad", que Castells especificó desde la perspectiva que abre el discurso sobre la "cuestión urbana" y "los movimientos sociales urbanos" y que finalmente, Calderón y Szmukler (2000), proyectando estas ideas al caso boliviano, denominaron "la política en las calles". La nueva conflictualidad urbana no ha disuelto estos viejos temas, pero sí los ha envuelto en un manto de nuevas demandas, donde cuestiones como las identidades urbanas, la emergencia de clases, estratos y grupos que ya no sólo reclaman por los déficit de servicios básicos, sino también por su derecho a participar en el gobierno de la ciudad y por su derecho a imprimir en el espacio urbano territorialidades que inscriban sus imaginarios simbólicos y culturales, sus valores étnicos, sus compromisos con el pasado histórico, sus maneras de organizar espacialmente su economía y sus relaciones sociales; son cuestiones que caracterizan la problemática actual de las ciudades y configuran temas que todavía han sido muy poco trabajados por los cientistas sociales en nuestro medio.

Por ello, el énfasis de la investigación desarrollada se centra en estas cuestiones y particularmente en una nueva dimensión de los conflictos urbanos en el marco de anuncios de una reconfiguración estatal anunciada por Evo Morales: ya no sólo se lucha por el techo y la tierra, sino por los territorios, las territorialidades y sus significados. Es decir, la nueva conflictualidad de la ciudad se refiere al conflicto franco o latente por la demarcación de nuevas fronteras interiores en que unos defienden una visión de ciudad vinculada a las infinitas maneras de expresión espacial y territorial que despliega la informalidad urbana potenciada por la renovada valorización de

las tradiciones culturales andinas y modernas —dentro de la tradición de lo que se entendía por modernidad en los años cincuenta—, y otros, su visión de ciudad vinculada a un territorio posmoderno en construcción, concebido a la manera de un baluarte asediado por la "nueva barbarie", donde los nuevos íconos urbanos (*shopping* y urbanizaciones cerradas) intentan recrear un imaginario que reproduce los valores de la cultura global.

La investigación, para ilustrar este proceso que segmenta el espacio urbano y fragmenta la sociedad cochabambina en términos inéditos respecto a otros momentos de conflicto y crisis, ha tomado como pretexto a unos actores urbanos —los jóvenes de clase media/alta—. Éstos, al construir sus territorialidades, es decir, territorios de dominio simbólico, territorios transitorios, móviles, cambiantes, dentro de los límites de lo que se califica como "la ciudad segura", dinamizan nuevas formas de espacialidad, nuevos lenguajes y nuevos estilos de vida urbana, reproduciendo los estándares de vida del mundo global, incluidas adhesiones locales a prácticas, gustos y vivencias que las NTIC les proporcionan.

Por tanto, esta investigación no identifica a la ciudad de Cochabamba y sus problemas de estructura urbana como el centro de atención, sino a los ciudadanos de ayer y hoy, desplegando sus urgencias vitales diversas y, con ello, construyendo y dando sentido al espacio público. ¿Por qué los jóvenes de clase media/alta, al ser actores que visibilizan con nitidez el proceso de esta construcción de los territorios segmentados de la ciudad actual, y por qué sus opciones de usos de la ciudad, finalmente, impulsan las tendencias declinantes del espacio público visto como espacio de ciudadanía diversa y tolerante en búsqueda de organizar su convivencia con sus iguales?

Ahora bien, la estrategia metodológica combinó una perspectiva histórica como una estructural, considerando las transformaciones que ha enfrentado el espacio público entre 1985 y 2006. Desde ese horizonte se analizará la depreciación física y simbólica del espacio público, analizando las mutaciones en las proporciones y relaciones del tejido urbano, con especial énfasis en la zona norte, considerando tanto sus texturas y equipamiento como sus usos y significados.

La investigación partió de establecer una línea de base que describió el espacio público en el devenir de la historia urbana de la ciudad de Cochabamba, aunque nos detuvimos en una segunda parte, con mayor énfasis en el filo de los años noventa del siglo pasado, para analizar las transformaciones materiales que enfrentó este espacio en la última década y media. Se consideró de un modo privilegiado la consolidación de la zona norte residencial como un gran barrio cerrado, con fronteras imaginarias y con capacidad de permitir que moradores puedan reproducirse sin acudir a la antigua ciudad y al anterior espacio público. Se recabaron datos duros (fechas, población, crecimiento urbano, etc.) y se analizó el surgimiento de ferias especiales, supermercados y *mall*, sucursales bancarias, colegios y universidades privadas, zonas de diversión y expansión lúdica. Nuestro objetivo fue describir, datar y analizar los nuevos espacios privados que reemplazan al espacio público prevaleciente hasta los años noventa del siglo XX. Finalmente, en la tercera parte se estableció y analizó los espacios consumidos actualmente por los jóvenes, así como las representaciones e imaginarios tanto sobre estos espacios como sobre aquellos identificados de consumo frecuente en el pasado.

El sujeto de análisis específico lo constituyeron jóvenes de ambos sexos, comprendidos entre los 17 y los 24 años. Para definir su pertenencia a la clase media/alta se utilizó como variable de control el colegio o universidad a la que asisten, cruzándola con la ocupación de la familia y el lugar de residencia. Una condición adicional fue que vivan en la ciudad de Cochabamba desde hace por lo menos una década (1997). Se entendió por zona norte a la comprendida en el Distrito Municipal 1 (Alto Aranjuez —incluye El Mirador—, Alto Queru Queru y Mesadilla) y el Distrito Municipal 12 (Sarco, Cala Cala, Queru Queru y Tupuraya). Se incluyó además a las urbanizaciones cerradas que se hallan fuera de ambos distritos (ver mapa 1).

Se trabajó con estudiantes próximos a culminar el bachillerato en los colegios mixtos Tiquipaya, Froebel y San Agustín. Se aplicó una encuesta a fines del año 2007 y principios de 2008. La misma alcanzó a la Universidad Privada Boliviana (UPB) en todas sus carreras y a algunas de la Universidad Católica Boliviana (UCB). En el primer caso se utilizó el marco muestral que la UPB utiliza para medir la satisfacción de sus estudiantes, lo que garantiza su representatividad.

El total de encuestas levantadas llegó a 206. Si se considera que el sector bajo análisis bordea el millar de personas de ambos sexos, la muestra es suficientemente representativa, considerando además que el grupo es bastante homogéneo en términos de sus representaciones culturales, imaginarios y uso de la ciudad. En el segundo (la UCB) se realizó una muestra aleatoria por conglomerados de 106 observaciones.

Con base en los resultados de las encuestas se organizaron, en marzo y abril de 2008, dos grupos focales mixtos de seis integrantes. Mediante esta técnica de investigación cualitativa —que comprende las técnicas de observación y la realización de grupos de discusión mixtos y controlados por edad, sexo y nivel socioeconómico— se buscó mejorar y enriquecer la calidad de la información. Su propósito no fue representar una parte del mundo más amplio, sino vislumbrar, de forma más específica, el complicado carácter, la organización y la lógica de un grupo.

Además, durante toda la investigación se realizó un seguimiento, mediante entrevistas y cuestionarios, a ocho estudiantes (tres de colegio y cinco universitarios), a fin de establecer sus rutinas y para que sirvieran de informantes sobre los cambios o permanencia en el uso de los territorios juveniles, introduciendo en la mirada la variable de género. Utilizando técnicas antropológicas, se realizó una observación de los territorios juveniles, realizando anotaciones de campo.

El equipo investigador aseguró el carácter anónimo y confidencial de la información que recabase. No se identificó los nombres, ni el establecimiento educativo de los participantes hombres y mujeres. Sólo se mencionan sus características generales.

El trabajo examina el devenir de dicho espacio a partir de las décadas finales del siglo XX y la crisis y declinación del mismo en los primeros años del XXI. Comprende tres capítulos[4]: el primero

---

4 El informe final de investigación estaba organizado en torno a seis capítulos, los tres primeros dedicados a examinar el proceso de construcción del espacio público en Cochabamba en el siglo XIX y la primera mitad del XX. En la segunda parte de la presente Introducción se ofrece un resumen de este material.

profundiza la presente aproximación teórica, centrándose en la revisión del estado de arte de los aspectos teóricos que hacen al contexto donde se sitúa el tema de la investigación: globalización y cultura, los impactos de estos procesos sobre las ciudades y la cuestión del espacio público El segundo, a manera de un análisis de los antecedentes de la problemática actual, estudia la situación de la ciudad y el espacio público en la segunda mitad del siglo XX, analiza el proceso de recomposición de las élites locales, la paulatina pérdida de las cualidades inclusivas del espacio público y el retorno a una visión señorial de la ciudad. En la parte que corresponde al decenio de 1990 se enfatiza en la irrupción de nuevas tendencias de fragmentación urbana y segmentación sociocultural. El tercer capítulo estudia la naturaleza de los nuevos espacios emergentes que se reclaman posmodernos en la zona norte de la ciudad y las prácticas culturales, las formas de uso del espacio público y los imaginarios contradictorios de distinción e incertidumbre que caracterizan el accionar de los jóvenes de clase media y alta focalizados a nivel de un estudio de caso concreto. Finalmente como es de rigor, se tiene un capítulo final que concentra el cuerpo de conclusiones y recomendaciones de políticas municipales que busque enfrentar la segmentación urbana.

Capítulo I

Construcción del espacio urbano

A manera de preámbulo de la investigación que el lector o la lectora tiene en sus manos, a continuación abordaremos de forma muy somera la cuestión de la construcción histórica del espacio público en Cochabamba durante el siglo XIX y la primera mitad del XX, con la pretensión de posicionar un cuadro referencial que permita comprender las actuales transformaciones que se están produciendo en su uso en el marco de este devenir histórico.

Cochabamba en el siglo XIX

Una rápida caracterización de la sociedad valluna a lo largo del siglo XIX permite identificar un universo donde predominan abrumadoramente las formas precapitalistas de tenencia y producción de la tierra y donde la apropiación de la renta del suelo, bajo la forma de *plustrabajo* y *plusvalor*, adquiere tintes originales que impregnan los devaneos modernistas y los ideales de progreso de las élites, pero que, al mismo tiempo, dan forma y viabilidad a un vigoroso sector de trabajadores rurales formalmente independientes (los piqueros), que a contracorriente del mundo gamonal que predomina en otras latitudes, se dan modos para organizar su economía y con ello impulsar la marcha del conjunto de la sociedad regional cochabambina. Naturalmente, todo este delicado andamiaje gira en torno a la posesión de la tierra y su significación para los diferentes fragmentos de esta estructura social.

Es la época del florecimiento de los vergeles, las casas-quinta, la campiña valluna preñada de idílicos paisajes y mansos arroyos que evocan la fama de "paraíso terrenal" que ostentaba el valle para los

sufridos mineros y comerciantes del inclemente altiplano y otras tierras de altura. Todo gamonal bien nacido debía materializar tres deseos: tener una finca con basta servidumbre en el Valle Alto o bajo, un huerto con frutales enmarcando una casa solariega y una casona con sufridos inquilinos en la plaza mayor de Cochabamba o sus proximidades.

La esencia de estas posesiones que le permiten medios de vida cómodos no es tanto la jugosa renta como el prestigio que emana de dicho patrimonio. Tierra y servidumbre son los valores que proporcionan respetabilidad y lustre. El primer valor es una suerte de capital fijo que, lejos de considerarse como un medio de producción, se maneja como un bien que da rango y que sirve de base para sustentar negocios bursátiles. La servidumbre opera como mano de obra gratuita para infinitas tareas, muy pocas de valor productivo. La campiña y los vergeles despliegan sus mejores colores escondiendo piadosamente esta realidad.

El mundo de los pequeños productores campesinos se nutre de visiones distintas. Para éstos el acceso a la tierra es algo vital, y esta es la condición básica que hace viable el desarrollo de una potente economía popular que encuentra en las ferias, el comercio de la chicha y la artesanía sus expresiones más saludables[5].

Pese a poseer potentes atractivos para unos y otros actores sociales (comercio, banca, mercados de abasto, parroquias, artesanía, etc.), la ciudad no se expande; ni siquiera consolida el perímetro urbano reconocido por el municipio a comienzos de siglo. Sin embargo, se densifica y la penuria por la falta de vivienda es grande. La explicación se encuentra en la gravitación de dos factores: por una parte, a ningún dueño de huertos, quintas y vergeles se le ocurre urbanizar la tierra con riego próxima a la ciudad, dado su enorme valor productivo, pero sobre todo hipotecario e ideológico (produce solvencia y prestigio); por otra parte, los criollos se mueven en el mundo de las ferias, es decir en el interior de un sistema que abarca

5 Con respecto a la economía de la chicha, este tema está ampliamente desarrollado en Rodríguez y Solares, 1990 y Solares, 1990.

una amplia geografía y que, por tanto, no exige residencia en sitio fijo sino agilidad en el desplazamiento continuo.

El paisaje valluno materializa sus rasgos en la forma en que cada estrato de la sociedad define su relación con la tierra. Para unos, lo importante es ostentar verdores, cultivar frutales, gozar de perfumes florales y refrescantes balnearios, en tanto dan reposo a su humanidad por las fatigas del duro ejercicio de "mandar en la hacienda" y vigilar sus negocios de la ciudad. En tanto, para otros, el perfil ondulante de los maizales es sinónimo de supervivencia y seguridad.

¿Cómo era la ciudad y cuál era la calidad de sus espacios públicos en esta época? No cabe duda que la descripción de la Ciudad de Oropeza que realizó en 1788 Francisco de Viedma (1969), el último intendente y gobernador español de la Provincia de Santa Cruz con asiento en Cochabamba, se mantenía prácticamente invariable respecto al paisaje urbano que encontró el explorador francés Alcide D'Orbigny (2002), que visitó Cochabamba en septiembre de 1830: una estructura física que expresa la regularidad geométrica que impone el trazado de las ciudades hispanas en la que resaltan dos plazas, la principal o Plaza de Armas y la plaza de San Sebastián, y la existencia de ocho conventos y un beaterio, que reafirman la presencia imponente del poder eclesiástico sobre los símbolos del poder terrenal del monarca español y sus representantes, es decir las casas capitulares y el cabildo, que el propio Viedma reconoce como muy modestas. Como en toda ciudad de la América española, desde esta Plaza de Armas se irradia el sentido del poder y el orden que organiza tanto el resto del espacio urbano como el conjunto de la sociedad que la habita.

Los espacios públicos más emblemáticos de las primeras décadas republicanas son la plaza 14 de Septiembre y la plaza de San Sebastián al suroeste, seguidas posteriormente por la plaza Colón y el paseo de El Prado. Las dos primeras son en realidad espacios amplios en que se desarrollan funciones diversas, no siempre compatibles entre sí. La plaza principal es el corazón de la ciudad. Se puede decir que la ciudad no es otra cosa que un conjunto de calles y manzanas estructuradas a partir de este espacio central que da sentido al conjunto.

En suma, podríamos ver la Plaza de Armas de los primeros años republicanos como un espacio intercultural tolerante: aquí pasean señoritos y señoritas, caballeros y damas que se codean sin mayor prejuicio con cholas y cholos. Sin embargo, las diferencias coloniales entre clases sociales se mantienen: no sólo existen las diferencias de vestimenta que registra D'Orbigny, sino las funciones que unos y otros desempeñan en este espacio. Los caballeros y damas se sienten portadores de los valores civilizatorios o herederos del viejo orden colonial, es decir, los notables de la ciudad pasean y se reúnen en grupos coloquiales donde se tejen y entretejen los chismes del momento, se comentan los sucesos políticos, los acontecimientos sociales y los pronósticos económicos, así como las novedades de ultramar, que llegan de tarde en tarde. En tanto, la presencia de cholas, artesanos, no pocos indígenas, mulatos y mestizos vallunos está justificada porque ofertan servicios y mercancías a los señores y a las damas o porque son parte de su servidumbre. Sin duda que, sin tomar en cuenta este sutil detalle, la imagen resultante se asemejaría a una feliz y colorida mezcolanza.

Cochabamba a fines del siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX

Hacia fines del siglo XIX, particularmente con el impulso que sufre el comercio importador de bienes de ultramar con la apertura de línea férrea Antofagasta-Uyuni en 1892, los afanes europeizantes se incrementan y se convierten en algo más realizable.

Ahora las modas parisinas, las revistas, las estampas e infinidad de artículos de consumo suntuario llegan con mayor oportunidad. Finalmente, es posible que los y las jovencitas de sociedad vistan como sus pares del otro continente, sus padres y madres se sientan más respetables y la delgada línea que otrora separara lo popular del gusto de la elite se convierte ahora en una amplia brecha.

La trasgresión se penaliza; ya no es bien visto mezclar la lengua quechua con el castizo español, ni siquiera en las tertulias más íntimas. El idioma europeo es signo de distinción y de pertenencia al mundo civilizado, el quechua es el idioma de las clases subalternas. Finalmente, la ciudad letrada reconquista el espacio perdido y

repone fronteras, ahora claramente delimitadas. En otras palabras, el despliegue de la diferencia, la ostentación y la distinción se impone sobre la tolerancia y la interculturalidad, que se vuelven prácticas casi clandestinas recluidas al recinto de las chicherías.

De esta manera, se va consolidando en la ciudad un espacio exclusivo para el sector comercial moderno, los letrados asumen su rol dominante y la ciudad comienza a distinguir sus zonas urbanas por usos del suelo diferenciados; comienza a ser legible un centro comercial destinado a cobijar casas importadoras, la banca, el comercio al detalle de finas mercancías de ultramar y servicios profesionales. A través de estos nuevos usos, se va revistiendo de valores ideológicos cada vez más alejados de los, hasta hace poco, añorados tiempos coloniales.

Todos estos esfuerzos, fortalecidos por la ilusión de compartir en tiempo real la modernidad parisina que traen consigo los últimos gritos de la moda, las fragancias de exóticos perfumes, las plumas y adornos de llamativos sombreros que encuentran difícil equilibrio en las testas femeninas, las evocaciones del can-can o los aires románticos de la Viena de Strauss terminan modificando la concepción de la ciudad tradicional y ganan fuerza las aspiraciones para generar cambios, siendo el primero de ellos el despeje de las chicherías de los potenciales espacios donde debe construirse la modernidad, la misma que al principio se asoma tímidamente, bajo la forma de modestas decoraciones de gusto neoclásico con que se adornan los aleros, los balcones, las jambas y los portones de las casonas de los terratenientes locales, en contrastes con los despliegues parisinos de la culta Charcas y de la no menos ostentosa ciudad de La Paz.

En suma, a fines del siglo XIX las élites urbanas reconquistaron y reivindicaron la Plaza de Armas y sus alrededores como su propio territorio, sin permitir que otras manifestaciones culturales pudieran penetrarla sin quedar expuesta a sanciones. La ciudad de esta manera se segmentó por primera vez bajo el impulso de la construcción de un espacio civilizatorio, un espacio racional y ordenado, digamos positivista.

El mundo señorial, que busca separarse y diferenciarse claramente, fue retomando a paso firme el espacio perdido tras el derrumbe

del régimen colonial. Fue emergiendo sin aspavientos la ciudad de la "gente bien", la ciudad letrada, la ciudad donde reinaba un aparentemente rígido orden moral, un devoto temor a Dios, un escrupuloso respeto a las jerarquías y a las distinciones, una ciudad llena de miramientos y proclive a "alzar el grito al cielo" ante cualquier infracción de la plebe. Finalmente, la frágil élite que contempló D'Orbigny ha quedado atrás. Los respetables ciudadanos que ocupan lo que consideran la verdadera ciudad se sienten portaestandartes de la civilización occidental y han trazado una línea divisoria con los incivilizados.

La primera mitad del siglo XX muestra la lenta pero irrevocable transformación de la campiña en ciudad: los ecos de la Guerra del Chaco (1932-1935) alteran la paz y la rutina de los valles cochabambinos que experimentan las connotaciones sociales que acompaña la penosa emergencia de la conciencia nacional y la necesidad urgente de modernizar el viejo Estado oligárquico. Fenómenos como las migraciones de ex soldados, ex mineros y estratos de la pequeña burguesía, la renovada expansión del comercio urbano y el consiguiente crecimiento del sector bancario, todo ello en medio de delirios urbanísticos combinados con visiones modernizantes que mezclan en una sola marmita desarrollo industrial y ciudad jardín, terminan ejercitando presiones sobre el suelo urbano como nunca en ningún otro momento de la historia de la ciudad, al punto que en 1945, aun antes del estreno del Plano Regulador, la ampliación del radio urbano casi triplicando la extensión de la alborotada aldea define la tónica del salto definitivo hacia la ciudad deseada. La consecuencia inmediata es la creciente pérdida de valor de las propiedades agrícolas que rodean la ciudad. Por primera vez, la demanda de tierras para usos urbanos supera la demanda de tierra productiva. El efecto inmediato es la urbanización de la campiña o, dicho de modo más claro, su irremediable destrucción[6].

---

[6] Es importante llamar la atención sobre el hecho de que los aprestos por modernizar la ciudad desde fines del siglo XIX, y que comenzaron a tomar una dimensión material en las primeras décadas del XX (dotación de energía eléctrica, instalación de los primeros servicios básicos de agua y alcantarillado, el ferrocarril del valle, la inauguración del ferrocarril Oruro-Cochabamba, los tranvías, etc.) no lograron afectar la forma tradicional del uso del suelo: la ciudad,

Nuevas situaciones, como la irrupción del transporte motorizado público y privado, la consolidación de una zona comercial en el centro urbano (otrora escenario predilecto de numerosos conventillos), la creciente demanda de vivienda y la consiguiente especulación con los alquileres son los efectos superficiales que estimulan este proceso, pero las causas más profundas habrá que buscarlas en factores como el debilitamiento de la clase gamonal y la irrupción en los círculos del poder regional de banqueros, comerciantes importadores, empresarios industriales y ex mineros de fortuna que, lejos de recrear los añejos valores hispanos, piensan en la modernidad anglosajona y hacen esfuerzos por acomodarse a las modas de Occidente, incluyendo urgentes barnices de afrancesamiento. La arquitectura tradicional cede paso a los aspavientos neoclásicos y a los primeros modelos del chalé o *cottage* inglés.

La filosofía de la ciudad jardín toma nuevos giros: de la pequeña aldea rodeada de verdes campos se pasa a la urbanización con lotes ajardinados y calles arboladas. En el valle central propiamente, el auge de la economía de la chicha, cuyo punto alto son las décadas de los años treinta y cuarenta, afianza el monocultivo del maíz e intensifica la demanda de leña para la fabricación del licor, con lo cual se da fin a los últimos vestigios de los bosques originarios. De esta manera, va tomando forma un nuevo paisaje que corresponde a una nueva estructura social que se afianzará en las décadas posteriores, pero con ingredientes distintos no previstos por los pioneros modernizadores de la ciudad y el valle[7].

En síntesis, la ciudad que emerge en las primeras décadas del siglo XX ya es definitivamente muy diferente a la que describiera Viedma a fines del siglo XVIII o D'Orbigny en los primeros años republicanos. No necesariamente porque resultara irreconocible respecto a los relatos que nos dejaron estas personalidades, sino porque los valores de uso del espacio urbano se modificaron. La estructura física de la

más que crecer, se densificó hasta mostrar una tendencia a la "tugurización", como revela el Censo Municipal de 1945. Ello determinó un lento crecimiento de la ciudad, por lo menos hasta mediados de los años treinta.

7 El lector puede disponer de un detalle más pormenorizado de todo este proceso en Solares, 1990, Vol. 2.

ciudad compacta se va fracturando paulatinamente con el avance de la frontera urbana más allá de los márgenes del río Rocha. Gradual pero sostenidamente, Cala Cala, Queru Queru, La Recoleta por el Norte, Muyurina y las Cuadras por el Este, zonas como la Chimba por el Oeste, además de Jaihuayco y otras zonas por el Sur, van adquiriendo fisonomía urbana dando curso a unos modelos de ciudad extendida, con barrios residenciales dispersos y poco densos. Las preciadas tierras de exuberantes cosechas de maíz, legumbres y frutas, se van valorizando para otros usos desde mediados del decenio de 1930. Oleadas de demandantes de tierras con fines de urbanización trastocan el delicado equilibrio entre frontera urbana y agrícola e inauguran una nueva tendencia que no cesa hasta la actualidad: la expansión de la mancha urbana.

No obstante, lo más significativo no son necesariamente las transformaciones físicas que tienen lugar en la ciudad, sino cambios menos visibles, pero sin duda más poderosos, que se operan en el imaginario de los ciudadanos. Se refuerza la identidad de unos, que se sienten parte del mundo moderno y sus valores, frente a los otros, que no renuncian a su condición de portadores de la tradición y continúan inmersos en las prácticas que se reconocen como propias de la llamada cultura popular. Ya no se ve bien que los quechua parlantes se codeen con los que se empeñan en desplegar la lengua castellana; que los amantes de la buena chicha, el mote criollo y los suculentos chicharrones compartan el mismo ambiente con los que gustan de la rubia cerveza y consumen bistec a la inglesa o a la Chateubriand. Causa horror, en la pacata clase alta, que un caballero de buena familia frecuente una chichería o que una damita de sociedad sea cortejada por un valluno de la plebe, aunque tuviera mucho dinero[8].

Estas fronteras invisibles pero plenamente eficaces son las que enmarcan la ciudad que se moderniza. En este orden se distingue una frontera interior: el centro comercial y la zona norte, que se consideran los espacios donde se materializa “la verdadera ciudad”, y la zona sur, de “barriadas de cholos vallunos”, donde se refugian

8 Las distancias son tan rígidas que ni el millonario plebeyo Simón I. Patiño, reconocido mundialmente por su enorme fortuna y su condición de potentado minero, pudo nunca ser miembro del exclusivo Club Social de Cochabamba.

artesanos, feriantes, chicheras y pequeños agricultores, que sin embargo mueven la economía regional y permiten, a través de pesadas cargas tributarias, alimentos y servicios baratos, que los ciudadanos "modernos" disfruten de su modernidad. La antigua Pampa de las Carreras, rebautizada como avenida Aroma, es la frontera simbólica que separa estos dos mundos: al norte de la misma se sitúa el universo de la gente decente, al sur, el populacho.

Pero también se distingue una frontera externa que carece de hitos físicos visibles. Simplemente afianza la hegemonía de la ciudad de Cochabamba, sede del progreso y de todos los poderes regionales y nacionales, con relación a un vasto ámbito provincial, pueblerino y rural donde habitan los ladinos cholos que dominan el comercio de las ferias, los colonos y los piqueros indios, en fin los peligrosos vallunos, que son la otra cara de la medalla de la modernidad: la barbarie que se cierne amenazante sobre el mundo señorial, y que en 1952 conseguirá hacer realidad las peores pesadillas de la sociedad oligárquica.

Por último, los espacios públicos mantienen su sentido señorial y segregativo, pero esta vez, estimulando una primera fragmentación de la ciudad, al trasladarse paulatinamente la residencia de las élites hacia la zona norte, donde emergen islotes de urbanización moderna, pero todavía en medio de maizales y huertos. Si bien la ciudad se fragmenta, permanecen espacios compartidos en común por el conjunto de actores urbanos: la feria de Caracota, se convierte en una suerte de bisagra entre el Norte exclusivo que se va materializando y los barrios de gente bien aledaños al casco viejo y las barriadas del sur, incluidas Las Villas y Jaihuayco, una vez que habitantes de ambos extremos comparten pacíficamente este espacio y muchos de sus valores culturales, incluidas gustosas comilonas regadas por chicha abundante y quemantes llajuas. El saldo es una ciudad fragmentada y segregadora, pero todavía no social y culturalmente segmentada.

Cochabamba en los años de la Revolución Nacional

Los turbulentos años de la Revolución Nacional de 1952 contienen lo que en propiedad podría denominarse el ajuste de cuentas de la región con las pesadas cargas del pasado. Las transformaciones que

se operan en el seno del Estado, la sociedad y la economía a partir de ese mismo año fortalecen nuevas tendencias demográficas, todavía incipientes en los años cuarenta. Es decir, la irrupción de torrentes migratorios que introducen en la desprevenida ciudad en lenta formación los sobresaltos de penurias intensificadas, como: la escasez de agua, que se convierte en un castigo prácticamente permanente y todavía no resuelto, y la insuficiencia aguda de otras obras infraestructurales (drenaje, pavimentación, alumbrado, desagües, etc.). Es decir que los problemas del mismo signo, que en el pasado, pese a todo, eran llevaderos, ahora se convierten, por su magnitud, en un verdadero drama insoluble.

A diferencia del pasado, los males de la comunidad se convierten en algo relativo, las nuevas élites hacen de las carencias y restricciones motivos para marcar su nueva condición de mando e influencia. El favoritismo, el prebendalismo, el nepotismo, la carrera ciega en pos de la fortuna fácil no sólo impregnan las nuevas relaciones sociales, sino que transmiten sus defectos al propio ordenamiento del territorio y la ciudad.

Con mayor rigor que en el pasado colonial, la segregación social y espacial ganan terreno, pese a que la participación de nuevos actores sociales arroja sobre este escenario una suerte de original manto democrático que esconde el odioso sentido de diferenciación social en que se inicia el galopante crecimiento urbano. La zona norte, como se pasa a conocer la ex campiña, conserva parte de su verdor, recibe el esmero de los planificadores y, paulatinamente, intenta convertirse en la imagen viviente de la añorada ciudad-jardín.

En contraste, la zona sur intensifica sus tonos marrones, su aspecto de páramo habitado por seres grises. Su única explosión de color es la feria de La Cancha y aledaños, que se asemeja a un islote asediado por un mar de tierra, polvo y pobreza. Este paisaje no es fruto de una simple arbitrariedad, sino el resultado de una nueva lógica de ordenamiento espacial o, mejor, la proyección espacial de la economía de mercado, es decir, el resultado de la veloz transformación del suelo, a gran escala, de medio de producción en mercancía. El verdor, el agua de uso irrestricto, el paisaje, ahora se cotizan con el mismo cuidado que la dotación de servicios públicos, a la hora de

poner precio a la tierra que se va a urbanizar. Los ricos de antaño y los "nuevos ricos" acaparan los mejores sitios, comprendiendo que la adquisición de tierras es una operación de valorización de capital y captación real o potencial de rentas sin mayor riesgo. El "engorde" de lotes se convierte en una práctica social y hace crecer la ciudad destruyendo los recursos naturales, pero esto es ampliamente tolerado, pues se trata del negocio del siglo[9].

Pero la ciudad no crece sólo bajo el impulso de hábiles operadores inmobiliarios, sino también bajo la presión de miles de ex campesinos que abandonan sus campos excesivamente fragmentados, pero no su pobreza. Con ella a cuestas, construyen la ciudad desde otra perspectiva: el lote y las "medias aguas", el cobijo que les permite incorporarse a la ciudad en términos factibles para participar del mundillo de ilusiones y penurias en que se convierte ese gigantesco emporio de oportunidades mejor conocido como La Cancha.

En resumen, el conjunto de elementos abordados nos muestra una ciudad que ha experimentado cambios sensibles respecto a aquella realidad urbana todavía impregnada de valores señoriales en los años cuarenta. Incluso las visiones de desarrollo, que dominaron los planes urbanísticos elaborados en aquella época, han modificado su contenido y perspectiva. No es exagerado afirmar que Cochabamba sufre un terremoto que conmueve el cimiento de la vieja formación social regional. El derrumbe poco dramático de la oligarquía terrateniente abre paso a un vacío de poder que no termina de ser totalmente resuelto. Las viejas élites salen de escena, pero los nuevos actores no terminan de aprender y acomodarse a sus nuevos papeles. El drama wagneriano que se pronostica se convierte en una comedia jocosa o incluso en una picante zarzuela: las postergadas clases

---

9 En 1945 la ciudad de Cochabamba tenía 71.492 habitantes, ocupando 1.200 ha (Censo Municipal); en 1967 alcanzaba a 137.004 habitantes, ocupando 3.500 ha (Censo de Población de la ciudad de Cochabamba); en 1976 llegó a 204.686 habitantes, ocupando 6.135 ha (CNPV 1976); en 1992, la conurbación tenía una población de 404.102 habitantes, ocupando 7.683,3 ha (CNPV 1992); finalmente de acuerdo a los datos preliminares del CNPV 2001, la conurbación alcanzó a 778.422 habitantes, ocupando más de 11.000 ha. Es fácil comprobar que el ritmo de crecimiento de la urbanización es más raudo que la dinámica demográfica que le corresponde.

medias se apoderan del aparato de poder regional, pero no terminan de aprender a manejarlo. Muchas manos se estorban mutuamente en la conducción del timón y muchos timoneles no tienen ni siquiera una remota idea de a dónde conducir el barco del desarrollo urbano y regional.

En fin, la ciudad y los espacios públicos de los cincuenta y sesenta revelan esta coyuntura: el tiempo de las permisiones parece evocar la ciudad decimonónica abierta y tolerante que encontró D'Orbigny en 1830. Las plazas y los paseos están inundados de una variopinta masa de clases medias en ascenso que otrora no salían de su reclusión en los barrios del Sur. La feria campesina se ha convertido en bazar persa que contiene una miscelánea inacabable de todo tipo de mercancías. La zona norte pierde sus aspiraciones selectivas y se convierte en residencia de dueños de fortuna de diversa y plebeya procedencia. La ciudad letrada retrocede y nuevamente campea por la ciudad el idioma quechua, que se habla fluidamente en la feria, en la zona comercial y bancaria y aun en la zona norte, por la simple razón de que los nuevos ricos se sienten más confiados haciendo sus tratos en el idioma de los incas y recreando originales combinaciones idiomáticas de quechua y español valluno ("quechuañol"). No obstante, este es un episodio pasajero. Hacia fines del decenio de 1960 la ciudad comienza a retomar un cauce más ordenado, que vaticina la nueva realidad que emergerá en las décadas finales del siglo XX.

En esta nueva estructura se irán configurando nuevos actores urbanos que, en el marco de una reconfiguración planetaria, serán portadores de visiones sobre el uso de la ciudad y sus espacios públicos, que analizamos a continuación.

Capítulo II

Ciudad, temores y espacio público

Antes de analizar el caso concreto de la ciudad de Cochabamba, consideramos necesario contrastar la producción teórica disponible y utilizar sus hallazgos para mirar su nueva estructura urbana y los imaginarios de sus habitantes.

Empecemos señalando que ya no sorprende a nadie la afirmación de que el mundo, sus prácticas y sus valores han experimentado cambios trascendentales en las dos décadas finales del siglo XX, no sólo en el dominio abstracto de la macroeconomía, sino en la esfera más inmediata de la vida cotidiana. Los cientistas sociales se refieren a este conjunto de hechos como resultantes o consecuencia de la llamada globalización. Se puede decir que para interpretar este vocablo han proliferado torrentes de ideas, criterios y reflexiones desde ópticas diversas e incluso divergentes y, como ya es tradición en las ciencias que toman como objeto de conocimiento los comportamientos sociales, son escasas las convergencias y los acuerdos[10].

---

10 Para una corriente de pensamiento muy influyente en los medios ligados a las élites económicas y políticas y al mundo de los negocios, y que a menudo suelen intervenir en el diseño de las políticas económicas de los Estados y de los organismos económicos internacionales, la globalización es entendida, a grosso modo, como la expansión del mercado a escala mundial, determinando este fenómeno el retroceso del modelo de Estado-nación en favor de una nueva economía que tendrá como núcleo a muchas regiones entrelazadas entre sí, bajo el modelo de Estados-región, ciudades-Estado o ciudades globales (Ohmae, 2002; Sassen, 1999; Yeung, 1995; Friedman y Goetz, 1982, etc.). Una segunda tendencia está dominada por el escepticismo; la idea central es que hablar de globalización como un fenómeno nuevo es una suerte de sofisma, puesto que la denominada globalización no es otra cosa que la internacionalización de la economía, la misma que ya era una realidad por lo menos desde fines del siglo

Globalización y cultura

Anthony Giddens (1996) sintetizaba esta idea afirmando que el término "globalización" es ampliamente utilizado pero muy pobremente conceptualizado, constatación que sin embargo no impidió que este autor terminara convirtiéndose en un dinámico difusor de las ideas neoliberales y en un promotor de las llamadas posturas realistas y positivas en relación con la expansión global de la economía de mercado. Ulrich Beck (1996) asegura que dicho término es sobre todo una consigna y un slogan, y al mismo tiempo, la palabra empleada con menos propiedad, la menos comprendida, la más rodeada de contornos nebulosos y penumbras, pero también la más empleada por los políticos de éxito.

Esta cuestión más de orden académico y epistemológico, que aparentemente no coincide con el objetivo de este trabajo, en realidad, por su misma flexibilidad conceptual y por su virtud de "acomodarse" a distintos discursos e interpretaciones sobre el mundo actual, pero también por sus implicaciones, que van más allá de las redes virtuales por donde circula la información y el capital para materializar nuevas formas de acumulación, ha invadido el campo de los valores culturales, no sólo con mensajes, sino con objetos de elevada complejidad tecnológica. A tal punto que sus efectos no sólo se sienten en las atmósferas pulcras e incontaminadas de los sofisticados ambientes de las empresas transnacionales esparcidas a lo largo y ancho del planeta, sino también en los más modestos ámbitos de miles de millones de ciudadanos que asimilan cotidianamente densos bombardeos con mensajes del mundo global y son tentados con novísimos objetos electrónicos provenientes de este universo, donde el imaginario se materializa en formas, valores y hábitos de vida cada vez más alejados de las tradiciones locales.

XVI (Hirst y Thompson, 2003; Bairoch y Kozul-Wright; 1996; Wallerstein, 1988; Arrighi, 1999). Esta última tendencia se ha inspirado, sobre todo, en los trabajos de Fernand Braudel (1984), quien analiza el fenómeno de la mundialización desde la perspectiva de la historia del capitalismo, a través de una sucesión de "siglos largos" o *longue durée*, es decir épocas dominadas por una potencia económica que tuvo la capacidad de desplegar redes económicas y políticas que aseguraron su control sobre el espacio económico mundial, estimulando su continua expansión.

Manuel Castells (1999) señala que está surgiendo un mundo hecho de mercados, redes, individuos y organizaciones estratégicas aparentemente gobernado por modelos supuestamente guiados por expectativas racionales[11]. La denominada era "informacional", como la bautiza Castells, se va consolidando en medio de la profunda crisis de las instituciones que dieron forma y contenido a la era industrial, superadas por redes globales de riqueza, poder e información. Pero lo más significativo de esta era, más allá de las connotaciones del declive del modelo fordista y la paulatina extinción del Estado de bienestar, es el quiebre de las identidades que se construyeron en torno al Estado democrático y al contrato social entre capital y trabajo que emergieron al final de la Segunda Guerra Mundial.

En el marco de este contexto, afirma el autor citado, surge un nuevo poder que ya no reposa en las superestructuras coercitivas del Estado, sirviendo a una clase dominante o a un bloque de poder hegemónico, sino que se proyecta en los códigos de información y en las imágenes de representación en torno a los cuales las sociedades, o importantes fragmentos de ellas, tratan de organizar nuevas formas institucionales. De esta manera, la gente reconstruye sus vidas y define sus conductas; pero, además, se sostiene que la sede final de este poder transformador es la mente de las personas. Sin duda, mente invadida cotidiana y persistentemente por mensajes, valores, tentaciones consumistas, patrones de comportamiento, voces cadenciosas, poses y maneras de expresar los sentimientos, movimientos corporales, gustos, estilos, ritmos… que provienen de esa nebulosa virtual y sin nacionalidad denominada a priori como NTIC, cuyo libreto ya no estaría manejado por estados mayores del tipo político o militar, sino por *staff* empresariales de complejos organismos transnacionales. Por tanto, estas redes de información son algo más que productoras y distribuidoras de mensajes; su rol real es la difusión de códigos culturales.

---

[11] De acuerdo a Castells (1999: 394): "No hay necesidad de identidades en este nuevo mundo: instintos básicos, impulsos de poder, cálculos estratégicos centrados en uno mismo y, en el nivel macrosocial" dominan los escenarios de la dinámica global. A ello se suman, añade Alexander Panarin (citado por Castells, 1999: 394-395): "[...] los rasgos claros de una dinámica nómada y bárbara, de un elemento dionisiaco que amenaza con inundar todas las fronteras y volver problemáticas las normas político-legales y civilizadas internacionales".

Sin embargo, para asimilar mejor las propuestas de Castells resulta adecuado retomar la idea de Fernand Braudel (1984), en torno a que la característica esencial del capitalismo histórico en su *longue durée* ha sido la flexibilidad y el eclecticismo del capital, y no simples metamorfosis asumidas por el sistema en distintos momentos[12]. Es posible agregar, desde esta perspectiva, que la globalización de los mercados financieros en la actualidad encuentran un antecedente histórico en la dinámica comercial de los mercaderes venecianos, florentinos y genoveses en el siglo XIV, en las habilidades mercantiles de los comerciantes-navegantes de la Liga Hanseática en los siglos XV y XVI, en el auge de Ámsterdam en los siglos XVII y XVIII, en la emergencia de Londres como la capital financiera del mundo en el siglo XIX y, en fin, en el desplazamiento de la hegemonía capitalista a los EE UU en el siglo XX, inaugurando lo que Marx llamaría una nueva forma histórica, cuya faceta actual vendría a culminar en la globalización y cuya significación no se agota, apelando a la denominada revolución tecnológica o al desmoronamiento del llamado "socialismo real", sino objetivizando todo un proceso complejo de recomposición y reconfiguración no sólo de la economía-mundo, sino de la propia civilización material, como también podría sugerir Braudel.

---

12 "Insistimos sobre esta cualidad esencial para una historia de conjunto del capitalismo: su plasticidad a toda prueba, su capacidad de transformación o de adaptación. Si como yo pienso, existe cierta unidad del capitalismo, desde la Italia del siglo XIII hasta el Occidente de hoy, es allí donde hay que situarla y observarla en primera instancia. Con algunos atenuantes, ¿no se podrían aplicar a la historia del capitalismo europeo de cabo a rabo, estas palabras de un economista americano de hoy sobre su propio país, según el cual 'la historia del siglo pasado demuestra que la clase capitalista ha sabido siempre dirigir y controlar los cambios con el fin de preservar su hegemonía'? A escala de la economía global, hay que guardarse de la imagen simplista de un capitalismo cuyas etapas de crecimiento le habrían hecho pasar de estadio en estadio, de las mercancías a las finanzas y a la industria, correspondiendo el estadio adulto, el de la industria, al único capitalismo 'verdadero'. En su fase denominada mercantil como en su fase llamada industrial —términos que recubren ambos una gran variedad de formas—, el capitalismo ha tenido, como característica esencial, su capacidad de deslizarse casi instantáneamente de una forma a otra, de un sector a otro, en caso de grave crisis o de disminución acentuada de las tasas de beneficio" (Braudel, 1984: 373, vol. 2).

Sin embargo el interés de este trabajo no es examinar las distintas vertientes neoliberales y marxistas acerca de los significados y alcances de la globalización. No obstante, tampoco podemos rehuir a la cuestión de identificar un significado. Las agencias internacionales, como el Banco Mundial (BM) o el Fondo Monetario Internacional (FMI), suelen ser explícitas para redondear conceptos simples sobre objetos complejos. Respecto a la globalización, el FMI sostiene que este vocablo hace mención a:

> la interdependencia económica creciente en el conjunto de los países del mundo, provocada por el aumento del volumen y la variedad de las transacciones transfronterizas de bienes y servicios, así como de los flujos internacionales de capitales, al mismo tiempo que por la difusión acelerada y generalizada de la tecnología. (Citado por Wolf, 1997 y Gandarillas, 2003.)

Resulta ya un lugar común en este tipo de esfuerzos conceptuales, donde la pulcritud tecnocrática predomina sobre la consistencia del concepto, asomarnos apenas a la superficie de un acontecimiento con raíces más profundas. De todas maneras, se pueden identificar tres aspectos importantes: la interdependencia económica, el incremento y la internacionalización de las transacciones y la difusión rauda de tecnologías de punta. Naturalmente que luego viene el esfuerzo de hacer una lectura entre líneas: la interdependencia económica cada vez más pronunciada entre países daría la impresión de una intensificación comercial con acceso a ventajas iguales; sin embargo, detrás de esta frase aséptica se esconde una gama de mecanismos de intercambio desigual, sucediendo otro tanto respecto a la intensificación de los flujos de capital. En relación con la difusión tecnológica —aparentemente el logro más importante para el bienestar humano—, se omite la cuestión de que en realidad tal avance tecnológico hace posible la recreación de nuevas y viejas formulas de explotación de la fuerza de trabajo, así como la gestión a larga distancia de procesos productivos dispersos en la periferia capitalista, pero férreamente gestionados desde comandos centralizados en las denominadas ciudades globales de las potencias hegemónicas.

De acuerdo a Pablo Gonzáles Casanova (1998, citado por Gandarillas, 2003), el proceso globalizador no se desarrolla a la manera de un fenómeno natural, aunque aparentemente su dinámica no revela

una lógica organizacional. Sin embargo, entre bambalinas existe un complejo empresarial-financiero-tecnocientífico-político que supone elevados niveles de coordinación y eficiencia en la estructuración, articulación y funcionamiento de la llamada economía global, a pesar de sus ocasionales traspiés y el desgaste de algunas de sus piezas.

Una forma más descarnada de colocar los componentes en juego es vincular la globalización al proceso de creciente internacionalización de la acumulación de capital, fenómeno que supone una recomposición profunda de la división internacional del trabajo y la emergencia de un sistema productivo mundializado en todas sus fases, desplazando a los sistemas productivos nacionales. Sin embargo, esta noción no agota toda la complejidad del asunto. Alain Lipietz (1986, citado por Harvey, 1998) anota que un modelo de acumulación sólo puede materializarse vinculado a normas, hábitos, leyes, redes de regulación, sistemas de control social, capacidad represiva y, naturalmente, el empleo de un vasto arsenal ideológico. Este arsenal tiene, en este caso, el eficaz apoyo de las NTIC, con su amplia gama de objetos de comunicación e información en tiempo real, además de las prósperas industrias culturales y los *mass media* dominados por las grandes transnacionales de la información, que convierten las más burdas versiones de la realidad en respetables insumos para la opinión pública nacional e internacional. Todo este cuerpo superestructural se convierte en la condición estratégica para la continuidad en el tiempo del mencionado modelo de acumulación.

David Harvey (1998) considera que uno de los ejes de la nueva economía son los sistemas de producción flexible que han permitido acelerar el ritmo de innovación de los productos, pero además alcanzar nichos de mercado con elevado poder adquisitivo. A ello se añade, señala el citado autor, que el tiempo de rotación del capital, que es una de las claves de la rentabilidad capitalista, se ha reducido significativamente con el despliegue de nuevas tecnologías productivas y nuevas formas de organización de la empresa capitalista[13]. Sin

[13] Paradójicamente, las nuevas tecnologías de producción y las nuevas formas de organización han estimulado el renacimiento de sistemas de trabajo doméstico, trabajo familiar, maquila y otras formas de trabajo francamente precapitalistas. De esta manera, los mismos modelos de camisas, chompas y blue jeans pueden ser

embargo, este esfuerzo habría sido estéril si no se reducía simultáneamente el tiempo de rotación en el consumo[14]. En consecuencia:

> La acumulación flexible ha venido acompañada, desde el punto de vista del consumo, de una atención mucho mayor a las aceleradas transformaciones de las modas y a las movilizaciones de todos los artificios destinados a inducir necesidades con la transformación cultural que esto implica. La estética relativamente estable del modernismo fordista ha dado paso a todo el fermento, la inestabilidad y las cualidades transitorias de una estética posmodernista que celebra la diferencia, lo efímero, el espectáculo, la moda y la mercantilización de las formas culturales. (Harvey, *op. cit*.: 180.)

En suma, la globalización es un proceso con múltiples dimensiones e implicaciones, de las cuales la dimensión económica es la que ha merecido mayor atención y difusión. Sin embargo, nuestro interés se dirige a un campo menos explorado en relación al primero, es decir, las implicaciones conectadas con los soportes culturales que apuntalan la acumulación de capital a escala global.

Beck (*op. cit*.) anota que la globalización, más allá de sus implicaciones económicas, significa la pérdida de las fronteras del quehacer cotidiano, es decir la muerte del apartamiento, el vernos voluntaria o involuntariamente inmersos en formas de vida transnacionales, a menudo no comprendidas ni deseadas. Si bien el tema de la globalización

---

producidos en factorías rudimentarias de la India, cooperativas de producción de la "Tercera Italia" (la nueva zona industrial italiana estructurada en torno a pequeñas empresas), en talleres semiclandestinos de sobreexplotación (las camas calientes) en Nueva York, Londres, Buenos Aires o San Pablo, o mediante sistemas de trabajo familiar en Hong Kong o aun en Cerro Verde, muy cerca del corazón de la economía informal de Cochabamba.

14 Afirma Harvey (*op. cit*.) que la vida promedio de una típica manufactura fordista era de cinco a siete años, pero la denominada acumulación flexible ha reducido este promedio en más de la mitad en ciertos sectores como el textil y la industria del vestido, mientras que en otros sectores, como las industrias del *thought ware* (juegos de video y programas de software para computadoras), la vida promedio es de menos de 18 meses. Otro tanto se puede decir respecto a los electrodomésticos y los equipos de audio, cuya vida útil generalmente no alcanza a duplicar el término de garantía que se oferta al consumidor, no necesariamente porque el equipo hubiera dejado de funcionar, sino porque ha quedado rápidamente obsoleto respecto a renovadas ofertas del mercado.

se populariza desde la perspectiva de la formación de un "mercado global" y la difusión de una "tecnología global", privilegiando una mirada desde la economía, a partir de los años noventa la cuestión cultural aparece vinculada a la formación de una "cultura global" o el incremento raudo del "consumo cultural", como resultado de una igualmente creciente preocupación por repensar los temas culturales en el contexto de la globalización. Sin embargo, la cuestión no es tan simple, en la medida en que se reconoce que la dimensión cultural afectada por los proceso globales se complejiza en el contexto de un "cambio de época", es decir, el agotamiento de la modernidad y la emergencia de un nuevo paradigma a partir de la denominada posmodernidad (Harvey, *op. cit.*).

La pregunta necesaria para orientarnos dentro de esta masa amorfa que se conviene en llamar cultura[15] es: *¿qué valores culturales precisamente estarían siendo interpelados por los procesos globalizadores?* De acuerdo a Calderón y otros (ver Pajuelo y Sandoval, 2004), lo que estaría en juego es el respeto a la diversidad de valores y culturas, la reciprocidad de derechos en la interrelación de actores heterogéneos, la apertura (sin prejuicios) hacia nuevos escenarios y desafíos, a lo que añadiríamos el reconocimiento de las otredades como legítimas

---

15 García Canclini (2007: 31 y ss.) considera que la primera noción del término 'cultura' en el ámbito cotidiano se asocia con educación, refinamiento, información amplia, es decir, con la idea de "*persona culta*", que concentra un cúmulo de conocimientos y aptitudes intelectuales. Frente a estos usos cotidianos, surge un conjunto de usos científicos que se caracterizan por separar la cultura de otros referentes. Las dos principales confrontaciones son "naturaleza-cultura" y "sociedad-cultura". En el primer caso, la oposición planteada permite hacer la delimitación entre lo creado por el género humano, es decir, la cultura de lo simplemente existente y lo creado y recreado por la naturaleza. La segunda forma de oposición considera a la sociedad como un conjunto de estructuras más o menos objetivas que organizan la distribución de los medios de producción y el poder entre los individuos y los grupos sociales, determinando de esta forma las prácticas sociales, económicas y políticas. Jean Baudrillard (*Crítica de la economía política del signo*, citado por García Canclini), ampliando el esquema marxista de valor de uso y valor de cambio, propone además *el valor signo* y *el valor símbolo*. Finalmente García Canclini sintetiza esta amplia reflexión anotando que "la cultura abarca el conjunto de los procesos sociales de significación, o de un modo más complejo, la cultura abarca el conjunto de procesos sociales de producción, circulación y consumo de la significación en la vida social".

y semejantes. Los autores citados añaden todavía que políticas de transformación productiva con equidad, como las que promociona la CEPAL, tendientes a corregir los impactos negativos de la globalización, deberían tomar en cuenta los rasgos culturales vinculados a:

> [...] la condición de tejido intercultural de nuestras sociedades como resorte de nuestra propia apertura al mundo y a la superación de la dialéctica de la negación del otro como exigencia fundamental para lograr nuestra integración social y la consolidación de una cultura democrática. (2004: 32.)

Indudablemente, esta cuestión es la más sensible y la más vulnerable a los embates globalizadores.

Desde una perspectiva más amplia en un trabajo sugerente acerca del capitalismo tardío, Ernest Mandel (1979) afirmaba que desde inicios del decenio de 1970 el sistema capitalista se desplazó gradualmente hacia una nueva era, en la que la producción de la cultura se integró a la producción de las mercancías en general, situación que determinó un cambio significativo en su lógica productiva para cubrir las demandas del mercado. Es decir, se pasó a estimular una frenética urgencia por producir nuevas olas de presuntos bienes siempre novedosos (desde los objetos domésticos más simples hasta aeroplanos), cobrando la cuestión de la innovación y experimentación estética una importancia cada vez más estructural. Por tanto, la lógica productiva del mundo global se dirige cada vez menos a satisfacer necesidades vitales. En lugar de ello, el objetivo central se focaliza en provocar deseos obsesivos sobre lo último en materia de moda y estilo, sin importar que la vida útil del último objeto deseado y adquirido no haya cesado. Obviamente, la herramienta esencial de difusión de esta epidemia de obsesiones son las NTIC, impregnadas de mensajes ideológicos de naturaleza cultural.

De acuerdo con García Canclini (en Pajuelo y Sandoval, 2004), uno de los rasgos estructurales de la globalización es su cualidad fragmentaria, es decir que se presenta como un conjunto de procesos de homogeneización y a la vez de fraccionamiento del mundo, donde se intenta reordenar las diferencias y las desigualdades, sin suprimirlas. ¿Cómo se expresan estas dicotomías? Sin duda de una manera harto paradójica. Según Hopenhayn (en De Gregori

y Portocarrero, 2005), mientras el dinero viaja concentrándose, las imágenes (que entendemos como los mensajes con contenidos culturales) lo hacen diseminándose[16]. Con ello, naturalmente, en un extremo se "homogeniza" un patrón de vida de primer mundo que ya no conoce nacionalidades ni fronteras, con capacidad de recrear imaginarios de lujo, confort y alto nivel de consumo, materializando burbujas de poder económico en los países centrales, pero también en los propios países considerados periféricos. En tanto, en el otro extremo se "diseminan" las imágenes que producen las transnacionales, publicitando productos y servicios en la pantalla de televisores y monitores, despertando expectativas de consumo cada vez más distantes de las posibilidades reales de ingreso de una enorme masa de población, que se debe contentar con consumir basura ideológica y lamentablemente apropiarse de sus partes accesibles —televisores, equipos de video, MP3, celulares, etc.— a costa de no pocos sacrificios, para vivir la ilusión de aquello que no pueden hacer realidad.

En consecuencia, la globalización que realmente impacta no es el abstracto de la sustitución de la industria concentrada bajo esquemas fordistas por un modelo de producción flexible y disperso denominado posfordismo. Este es un proceso simultáneo de concentración de riqueza en muy pocas manos y con capacidad de hacer realidad aquello que miles de millones se contentan con soñar, dinámica que en la escala de las sociedades nacionales, regionales y urbanas exacerba las diferencias, las brechas de prejuicio racial, las intolerancias culturales; es decir, fragmenta profundamente lo que en determinado momento pudo ser un tejido social relativamente cohesionado y solidario.

En suma, siguiendo la idea de Hopenhayn, se puede afirmar que el individuo medio o de clase media de una sociedad de la periferia capitalista está obligado a vivir el dilema de la oferta de un extenso menú de consumo simbólico en contraposición a su restringido acceso al progreso material. Dicho de otra manera, la contraposición

---

16 En consecuencia, la brecha entre quienes poseen dinero y quienes apenas sueñan con imágenes del mundo que puede construir ese dinero, asume proporciones gigantescas.

entre consumo material y consumo simbólico, exceptuando el caso de minúsculos grupos afortunados o, mejor, adinerados, expresa brechas frustrantes entre el discreto poder realmente hacer y el deseo de poder hacer mucho más. Por ningún lado aparece la materialización del mensaje del modernismo neoliberal, en términos de una síntesis de integración material a través de la redistribución de la riqueza generada por el desarrollo (el rebalse prometido por una economía de mercado bonancible) y de integración simbólica, a través de la política (amplitud democrática), los *mass-media* y la educación. Por el contrario, se puede decir que asistimos —afirma el autor citado— a una caricatura con un impresionante desarrollo de las opciones de gratificación simbólica a través de la no menos impresionante apertura comunicacional, una creciente concentración de beneficios económicos en muy pocas manos y... para los demás, "las manos vacías y los ojos colmados con imágenes del mundo", imágenes oníricas, por cierto. Esta es la dinámica que está fracturando y fragmentando la vida social, pero también los territorios y los espacios en que se acumulan diferencias marcantes a través de fronteras simbólicas y materiales, que separan la construcción moderna y posmoderna de microcosmos urbanos del resto "bárbaro", cuyo único recurso es soñar con la oferta del mundo global y, en el mejor de los casos, arañar pequeños fragmentos todavía alcanzables.

El mismo autor (2002) sostiene que los discursos de la modernidad y el desarrollo que lograron forjar un imaginario centrado en el concepto de Estado-nación y territorio-identidad nacional se han visto cuestionados por la globalización económica y cultural, que tiende a borrar las fronteras nacionales y las identidades asociadas a ellas. En contrapartida, la diferenciación sociocultural cobra más visibilidad y presencia dentro de sociedades nacionales que perciben que su sólida cohesión, que se reclama histórica, es más frágil de lo que se podría suponer. Veamos algunos impactos de este proceso. Por una parte, a medida que en la vida social se extiende la primacía del consumo individual, tanto material como simbólico, el sentido de pertenencia e identidad se desplaza desde el eje Estado-nación hacia una gran dispersión en la producción de valores y en la interacción de sujetos. La idea republicana de ciudadanía reaparece, acota Hopenhayn, pero no en el horizonte de la participación política, sino en la adhesión a una gran variedad de prácticas culturales.

Por otra parte, según Hopenhayn, la globalización trae consigo una mayor conciencia de las diferencias entre identidades culturales: la diversificación de mensajes culturales, cuyas fuentes son los medios de comunicación masiva, las ONG transnacionales, la intensificación de las olas migratorias o la reacción violenta ante la ola expansiva de la "cultura mundo", refuerzan las tendencias de fragmentación y ciertamente estimulan la eclosión de nuevos tipos de conflictos regionales, interétnicos, xenofóbicos y de intolerancias inauditas que dejan estupefactos a los televidentes a lo largo y ancho del planeta. De manera perversa se hace visible el campo de la afirmación cultural y del derecho a la diferencia. Afirma Hopeyhayn que la globalización hace que el multiculturalismo esté presente en la realidad tanto bajo la forma de conflicto como bajo la forma de promesa de mayor riqueza cultural. Las opciones resultantes son ciertamente preocupantes: "de una parte la amenaza del atrincheramiento fundamentalista o su contracara, la mac-donalización del mundo"[17].

Richard Sennet (2007) anota que las trasformaciones que han tenido lugar en la esfera de la economía mundial no son simples reacomodos de orden funcional, sino drásticas modificaciones en el orden estructural del mundo empresarial. La fragmentación de las grandes instituciones, incluido el Estado, ha dejado en situación fragmentaria la vida de mucha gente, los lugares en los que trabajan hoy se asemejan más a terminales de ferrocarril que a sitios donde pueda tener cabida una comunidad, por la simple razón del ir y llegar constante de gente que ingresa o es expulsada de las fuentes de trabajo de las diversas empresas. La vida familiar ha quedado profundamente perturbada por las nuevas exigencias del trabajo y la migración se ha convertido en el ícono de la globalización. El desmantelamiento de las sólidas empresas capitalistas de otrora ha estimulado el debilitamiento del sentido de comunidad. Hoy en día,

[17] Hopenhayn considera que la tolerancia y la defensa de la diversidad cultural se convierten en parte de lo políticamente correcto y "gotean en un imaginario global que sin duda es hoy más proclive al multiculturalismo en su versión democrática de lo que era en décadas precedentes". Se considera que constituyen señales auspiciosas que convenciones internacionales ratificadas por los Estados nacionales proscriban la discriminación y aboguen por el derecho a la diferencia y que países como Bolivia y Ecuador se reconozcan como pluriétnicos.

señala Sennet, la generación de nueva riqueza tiene lugar en estrecha conexión con la desarticulación de las rígidas burocracias gubernamentales y empresariales y el florecimiento de la actual revolución tecnológica tiene lugar preferentemente en instituciones con menor control centralizado. Este crecimiento tiene un costo más elevado: mayor desigualdad económica y mayor inestabilidad social.

Sennet considera que es en este punto donde entra en juego la cultura, planteando una inquietante pregunta: *"¿qué valores y prácticas pueden mantener unida a la gente cuando se fragmentan las instituciones en las que vive?".* La respuesta queda abierta. Sin embargo, se afirma que sólo un determinado tipo de ser humano es capaz de prosperar en condiciones sociales de inestabilidad y fragmentariedad. Para ello debe estar capacitado a enfrentar tres tipos de desafíos: el primero tiene que ver con la variable *tiempo*, es decir la capacidad de manejar relaciones a corto plazo y de manejarse a sí mismo, mientras pasa de una tarea a otra, de un empleo a otro, de un lugar a otro. Si las instituciones ya no garantizan un marco laboral a largo plazo, el individuo se ve obligado a improvisar continuamente el curso de su vida.

El segundo desafío tiene que ver con el *talento*: cómo desarrollar nuevas habilidades, cómo explorar capacidades potenciales, cómo abarcar nuevos campos que la formación académica no ha previsto, a medida que las demandas de la realidad cambian. En la economía moderna muchas habilidades, otrora respetables, hoy son de corta vida; en el campo de la tecnología, las ciencias y otras formas avanzadas de producción, los trabajadores son reciclados en forma continua[18]. El orden social emergente de estas condiciones de inestabilidad económica es opuesto al ideal del trabajo artesanal, es decir, al aprendizaje del maestro que domina la manufactura de un solo objeto fabricado en condiciones de máxima perfección; ahora se considera que este tipo de especialidad puede ser limitante y económicamente destructivo. En lugar de ello, la cultura moderna propone la idea de meritocracia, que celebra la habilidad potencial y la flexibilidad de aplicarla a escenarios cambiantes, antes que las especialidades estáticas.

---

18 Sennet señala que un trabajo continuo hoy tiene un promedio de ocho a 12 años.

De lo anterior deviene el tercer desafío: la *renuncia*, la capacidad de desprenderse del pasado, esto es, la verificación de que la nueva mecánica institucional no promete seguridad a nadie, pese a los grandes servicios prestados a lo largo de muchos años. Nadie es dueño de su puesto de trabajo en una empresa que se mueve bajo el signo de la flexibilidad en respuesta a las cambiantes demandas del mercado. Para enfrentar esto, señala Sennet, se requiere un rasgo característico de la personalidad, un rasgo de descarte de las experiencias vividas, rasgo más propio de un consumidor que, siempre ávido de cosas nuevas, no duda en descartar bienes viejos aunque sean perfectamente útiles.

Como es de suponer, pocos hoy tienen este perfil. En la mayoría de nosotros prima la necesidad de sentirnos seguros en un medio institucional y laboral estable, de considerar que nuestras habilidades y formaciones académicas nos garantizan vigencia y, por tanto, trabajo a largo plazo y que la capacidad de renunciar o desechar toda una vida de rutina laboral y de perfeccionamiento en los conocimientos y habilidades adquiridos, a nombre de nuevas presuntas posibilidades, es algo para lo que no estamos preparados. El saldo es naturalmente el temor al futuro, el temor a que las innovaciones y las fracturas institucionales terminen fracturando nuestra comunidad y nuestras vidas.

Zigmunt Bauman (2007a) se refiere a un capitalismo pesado y a otro liviano. En el primero la regla es el orden y el desorden es la excepción; en el segundo la regla es el desorden y el orden es la excepción. El orden es monotonía, regularidad, predictibilidad, un lugar donde se considera que ciertos acontecimientos, siguiendo el orden de las cosas, tienen más posibilidades de ocurrir que sus opuestos. Se trata de una realidad estrechamente controlada en que no existe lugar para actos inútiles o sin propósito. Durante un par de siglos, por lo menos, los gerentes de las grandes empresas capitalistas dominaron el mundo, es decir, señala Bauman, separaron lo factible de lo no factible, lo racional de lo irracional, lo sensato de lo insensato, y definieron el rango de las alternativas que debían conducir y limitar la trayectoria de la vida humana. Este es un mundo ordenado que corresponde al capitalismo sólido, pesado, es el mundo del modelo fordista, el de la exaltación del perfeccionismo en la

destreza de hacer las partes del objeto manufacturado en la línea de montaje y el que proyecta igual orden y racionalidad (cada cual en el lugar justo) al conjunto del cuerpo social e institucional[19]. En cierta forma, el fordismo es el paradigma del capitalismo en su fase pesada, voluminosa, inmóvil, arraigada y sólida, en que el capital, la dirección empresarial y el trabajo están condenados a permanecer juntos, atados por la combinación de enormes fábricas, maquinaria pesada y fuerza laboral masiva.

Según Daniel Cohen (1997), la cadena que unía a los trabajadores con su lugar de trabajo se constituía en el corazón del fordismo. Por tanto, la ruptura de esa cadena se constituye en el cambio decisivo, en la aceleración del proceso de desaparición de dicho modelo. Como señala el propio Cohen, "quien empieza su carrera en Microsoft no tiene idea de donde terminará. Comenzarla en Ford o en Renault significaba, en cambio, tener la certeza casi total de concluirla en el mismo sitio". Bauman continúa afirmando que en la actualidad el "capital viaja liviano, con equipaje de mano, un simple portafolio, un teléfono celular y una computadora portátil. Puede hacer escala en cualquier parte y en ninguna se demora más tiempo que el necesario". El trabajo sigue tan inmovilizado como antes, pero el lugar de su atadura ha perdido solidez y busca en vano echar ancla sobre una arena que no lo retiene. Las firmes rocas institucionales y funcionales del sistema se han trocado en un fondo fluido donde nada ya es permanente, estable, previsible. Se trata del capitalismo liviano, líquido. Al respecto afirma:

> En un mundo así, no hay casi nada predeterminado, y menos aun irrevocable. Pocas derrotas son definitivas, pocos contratiempos son irreversibles y pocas victorias son esenciales. Para que las posibilidades sigan siendo infinitas, no hay que permitir que ninguna de ellas se petrifique cobrando realidad eternamente. Es mejor que sigan siendo líquidas y fluidas, con "fecha de vencimiento", para evitar que despojen de accesibilidad a las otras oportunidades, matando de este modo la incipiente aventura [...] El mundo está

[19] Bauman (*op. cit.*) sostiene que la confrontación entre capitalismo y socialismo fue, en este sentido, una mera riña familiar. El comunismo propugnado por las burocracias del extinto bloque soviético apenas deseaba limpiar el modelo fordista de las suciedades que le impedían una adhesión total a la planificación integral.

> lleno de posibilidades como una mesa de buffet repleta de platos apetitosos, cuya cantidad excede la capacidad de degustación del más eximio glotón. Los invitados son consumidores y el desafío más exigente e irritante que deben enfrentar es la necesidad de establecer prioridades: la necesidad de desechar algunas opciones y dejarlas inexploradas. La desdicha de los consumidores deriva del exceso, no de la escasez de opciones. "¿He usado mis medios de la manera más provechosa para mí?" es la pregunta más acuciante y angustiosa que el consumidor se plantea [...] Cuando uno no puede errar, tampoco puede estar seguro de haber acertado. (Bauman, 2007a: 68-69.)

En medio de este torbellino de consumidores exaltados que no terminan de establecer alguna opción que satisfaga sus apetitos de consumo, lo individual cargado de dudas, incertidumbres e incógnitas se abre paso en medio de la multitud, que ha dejado de ser comunidad. Los problemas que plantean el capitalismo liviano y la cultura líquida en la que éste se mueve exigen definiciones individuales perentorias. Luego proliferan las crisis existenciales al mismo ritmo que prolifera la literatura de autoayuda. Melody Beattie (citada por Bauman) aconsejaba a sus numerosos lectores: "El medio más seguro de volverse loco es involucrarse en los asuntos de otras personas y la manera más rápida de volverse una persona cuerda y feliz es ocuparse de sus propios asuntos".

Difícilmente se podría ser más explicito para caracterizar el tipo de mundo que recrea la globalización. El reino de la segmentación social es el recinto en que los consumidores se sirven del buffet que sugiere Bauman.

Ciudades a la sombra de la globalización

Gran parte de la teoría urbana que emerge teniendo como referencia la Revolución Industrial de los siglos XVIII y XIX está influida, de una u otra manera, por la premisa marxista de que todo modo de producción, así como produce relaciones sociales de producción y superestructuras de dominación social, también produce un paisaje geográfico de relaciones espaciales, de organización territorial y de sistemas de lugares, vinculados a una división global del trabajo y a funciones económicas y sociales, que corresponden en conjunto a una dinámica y a una lógica de acumulación, en un momento particular

de su proceso histórico. Este paisaje resultante, a su vez, es sometido a procesos continuos de reformulación, recomposición e incluso destrucción y replanteo radical, para adaptarse gradualmente a las renovadas las exigencias de un nuevo modelo de acumulación en un momento histórico posterior. Estos preceptos subyacen en las obras de Marx y Engels, quienes encontraron en el paisaje social de las ciudades victorianas el escenario ideal para ejercitar la crítica devastadora a la sociedad capitalista de su tiempo.

De manera general, los estudios e interpretaciones de lo que luego se conviene en denominar la "ciudad capitalista", convergen en la idea de que el espacio urbano es contenedor de los siguientes componentes fundamentales: por una parte, el capital en sus diversas expresiones y el conjunto de los mecanismos que lo reproducen en forma ampliada; por otra, la reproducción social de los no trabajadores (empresarios, administradores, empleados públicos y privados, comerciantes, etc.) y la reproducción social de la fuerza de trabajo (obreros y otros trabajadores directos). Estos componentes se constituirían en la condición general que favorece la acumulación de capital. Sintetizando, se acepta la idea de que la ciudad se ha convertido en el lugar donde se concentran medios de producción, circulación y consumo, por una parte, y fuerza de trabajo por otra, expresando la morfología urbana la dimensión espacial de estos procesos de concentración-dispersión. Pero, además, el propio paisaje urbano sería expresión de la naturaleza clasista de la sociedad capitalista. Por tanto, su arquitectura proyectaría las estructuras del poder económico, político y cultural de los grupo dominantes, así como los barrios de alto confort donde habitan los operadores de la reproducción capitalista, en contrastes con estructuras físicas menos elaboradas donde viven las clases medias de funcionarios públicos y del sector privado, y edificaciones económicas, pero las más de las veces precarias y autoconstruidas, que pertenecen a los obreros, y sobre todo, en el caso latinoamericano, al extenso universo informal. Es decir, el rasgo esencial de este tipo de ciudad sería su naturaleza segregadora en el orden social y espacial[20].

---

20 Estas concepciones sobre el urbanismo y la ciudad se difundieron ampliamente en los años sesenta y siguientes, a partir de los trabajos de Henry Lefebvre, pero sobre todo de los distintos aportes de la Escuela Francesa de Sociología,

Estos conceptos, con matices diversos, han dominado los escenarios académicos y han sido, y todavía son, ampliamente discutidos por los investigadores urbanos. Las miradas que se dirigieron a las ciudades latinoamericanas partieron generalmente de estos preceptos[21] y, en muchos casos, de la adhesión a las teorías dependentistas en boga en las décadas de los sesenta y setenta, que consideraban que todos los países del área fueron (son) parte de la periferia capitalista y ostentan economías subdesarrolladas en diverso grado (Castells, 1973a; Roberts, 1980; Segre, 1977; Quijano, 1977, etc.)[22].

Un balance realizado por Portes y Roberts (2005) considera que desde el decenio de 1930 hasta fines de los años setenta del siglo

---

donde sobresale la figura de Manuel Castells, y las obras de Edmond Preteceille, Christian Topalov, Jean Lojkine y otros. En el ámbito anglosajón destaca la obra de David Harvey, en tanto que el aporte latinoamericano está representado por los aportes de Emilio Pradilla, Jorge Alonso, Paulo Singer, Lucio Kowarick, etc.

21 Una mirada contrastante con las corrientes marxistas fue la Escuela Ecologista de Chicago, que transfirió, desde la biología, principios de comportamiento con los que se trataron de explicar los fenómenos urbanos. Se consideró que las estructuras urbanas expresan las formas exitosas o los fracasos de los operadores para actuar dentro del universo de competitividades de la economía de mercado. Estos atributos generan una "cultura urbana", esto es, una adhesión a modos de vida modernos o urbanos. Autores como Park, Wirth, Redfield y otros han desarrollado diversos análisis vinculados a estas ideas. En América Latina el exponente de estos conceptos, profundizando el sentido cultural de los mismos, fue Gino Germani.

22 Castells (*op. cit.*) considera que el proceso de urbanización latinoamericano se vincula a la articulación de las formas espaciales de los diferentes tipos de dominación que han marcado la historia del continente. Los rasgos de este proceso en el decenio de 1970 vendrían a ser: (a) la aceleración creciente de la urbanización, caracterizada no por el paso de una economía agraria a otra industrial, sino por el incremento vertiginoso del sector terciario y la consiguiente expansión de las economías informales, todo ello acompañado de un débil crecimiento del sector secundario; (b) la constitución de grandes concentraciones de población sin desarrollo equivalente de la capacidad productiva, a partir del éxodo rural, y sin asimilación de los migrantes en el sistema económico de las ciudades; (c) la formación de un tejido urbano truncado y desarticulado, cuya característica más sorprendente es la preponderancia desproporcionada de las grandes aglomeraciones y en particular la concentración del crecimiento urbano en una gran región metropolitana que concentra la dirección económica y política del país; (d) por último, el desarrollo de la segregación intraurbana y la constitución de bastas zonas ecológicas llamadas marginales en un proceso de "urbanización salvaje", que vendría a constituir el hecho más sorprendente y dramático de todo este proceso.

pasado, la vigencia de políticas de industrialización por sustitución de importaciones en los países latinoamericanos tuvo un impacto directo sobre las ciudades de la región[23]. Existe pleno acuerdo entre diversos investigadores, en sentido de que tal impacto asumió diversas formas, siendo las más importantes, entre otras, la aceleración del proceso de urbanización concentrado en una, dos y hasta tres ciudades de cada país, acompañando una masiva migración interna hacia estas ciudades y determinando su acelerada expansión. En las ciudades de los países del área de mayor tasa de industrialización, surge una moderna clase obrera vinculada a la industria, acompañada de la expansión de las clases medias que copan las demandas de servicios en organismos públicos y privados. En ciudades de países de menor desarrollo industrial, los nuevos habitantes urbanos provenientes de regiones deprimidas rurales no encuentran acomodo en empleos productivos, conformando un "ejército industrial de reserva" (Nun, 2003) que rápidamente se convierte en el llamado "sector informal urbano" (Palma, 1987: Tockman, 1978; Larrazábal, 1986).

La expansión del sector informal en las grandes ciudades, aun en aquéllas en que el ritmo industrial es más intenso, determina un crecimiento demográfico igualmente acelerado que presiona sobre el mercado de tierras y sobre la oferta de viviendas, alentando procesos especulativos con un incremento de precios que se coloca más allá de la capacidad de ingresos de los demandantes, viéndose éstos forzados a "inventar" soluciones habitacionales, provocando un raudo e intenso crecimiento de barriadas y asentamientos irregulares, pauta bajo la que se expande la frontera urbana sin cesar[24]. Paralelamente, los sectores de ingresos medios y altos, al igual que los de menores recursos, tienden a abandonar las zonas centrales para conformar barrios residenciales de clase alta y media en zonas urbanas previamente planificadas para el efecto y ocupando, naturalmente, las mejores tierras según sus condiciones ambientales, dotación de recursos hídricos y paisaje. De la misma manera, los antiguos habitantes de conventillos y tugurios en los centros históricos pasan a engrosar

23 Al respecto se puede consultar: Hardoy 1969; CEPAL, 1973; Wolfe, 1973.

24 Con relación a la forma en que resuelven sus necesidades vitales los trabajadores informales de las ciudades latinoamericanas, ver Lomnitz, 1975; Montaño, 1976; Alonso, Aguilar *et al*., 1980.

las filas de los pobladores de las periferias, que crecen devorando zonas agrícolas u ocupando tierras de escaso valor por estar amenazadas por riesgos naturales, escasa fertilidad del suelo, alto costo de dotación de infraestructura urbana o por tratarse de propiedades fiscales y/o tierras en litigio. Sin embargo, Portes y Roberts sostienen algo significativo:

> A pesar de las múltiples tensiones y frecuentes protestas, la sociedad urbana, durante el periodo de la ISI [industrialización por sustitución de importaciones] fue fundamentalmente "ordenada" ya que las diferentes clases sociales aceptaron sus lugares en la jerarquía urbana, con expectativas realistas de un gradual aumento de la movilidad para los trabajadores tanto formales como informales. Las protestas organizadas por los sindicatos y los partidos de izquierda fueron comunes pero fue rara la desorganización social en forma de expansión del crimen y la violencia. Cuando estas existieron, estuvieron confinadas a ciertos barrios lumpen.

Estos rasgos caracterizan lo esencial de las ciudades latinoamericanas hasta los años setenta. Las críticas a los modelos de desarrollo influidos por las políticas keynesianas apuntan hacia la aparente potencialidad revolucionaria de los trabajadores que no ha sido doblegada por las ofertas de paz social del Estado benefactor. Es la época en que despuntan —bajo el influjo de la Revolución Cubana y la resistencia al asistencialismo de la Alianza para el Progreso— diversos movimientos sociales y políticos, que van desde las expresiones de guerrilla urbana con un horizonte de cambio radical de las estructuras de opresión, hasta los movimientos vecinales y de pobladores que buscan transformar las formas más visibles de precariedad en sus condiciones de vida.

Lo más significativo de estos procesos es que las ciudades de América Latina se convierten en el centro de un fuerte cuestionamiento a las visiones tecnocráticas de la planificación urbana vertical de corte físico-espacial bajo la marcada influencia de los modelos europeos que se difundieron en la primera mitad del siglo XX[25]. Las formas

25 Particularmente importante fue la influencia de Charles Édouard Jeanneret, mejor conocido como Le Corbusier, cuyas teorías urbanas están impregnadas de reformismo social. Su premisa central es que el orden funcional de la ciudad

tradicionales de planificación urbana, con sus excesos propositivos de corte físico y normativo para resolver los problemas sociales y económicos de las ciudades, obviamente se agotaron rápidamente en medio de cuadros de impotencia para solucionar las contradicciones del desarrollo urbano, dando curso a innumerables movilizaciones que pasaron rápidamente de la protesta a disputar la hegemonía de la planificación urbana institucional, a través de iniciativas de ordenamiento espacial autogestionario en los denominados asentamientos populares, cuya defensa contra los embates de la legislación urbana que los descalifica y contra la fuerza pública que trata de erradicarlos, termina por convertirlos, en el caso de varias ciudades latinoamericanas, en verdaderos movimientos sociales que reivindican un desarrollo urbano más democrático y participativo (Castells, 1973b y 1983; Henry, 1978; Pastrana y Threlfall, 1973; Borja, 1975).

Esta caracterización de las ciudades latinoamericanas expresó una dimensión de crítica aguda a las políticas de desarrollo económico y, consiguientemente, a las similares de desarrollo urbano, que infructuosamente trataron de implementarse desde inicios del decenio de 1950, época en que surgieron las primeras voces de alarma respecto al ritmo acelerado de la urbanización. Desde distintos puntos de vista analíticos se coincidió en establecer que la expansión urbana no era necesariamente un síntoma de desarrollo y modernización, sino la expresión de los desajustes y contradicciones del desarrollo capitalista dependiente en la esfera espacial.

Este análisis cobra énfasis en dos aspectos principales: el primero, la brecha cada vez más amplia entre campo y ciudad, configurando un proceso de extremas desigualdades en los ritmos de desarrollo de ambos polos, situación que provoca verdaderos éxodos de emigrantes campesinos en condición de extrema pobreza hacia las grandes ciudades; el segundo se refiere a que gran parte de la población urbana en las grandes urbes, e incluso en las ciudades intermedias, no se han incorporando al mundo moderno y su economía, sino que

debía proyectarse al cuerpo de la sociedad. Bajo este precepto, los planos reguladores y directores, que expresan modelos físicos de ciudad deseable, serían la condición para alcanzar un estado de armonía social en correspondencia con un orden espacial racional, que a su vez se convertiría en el instrumento que haría innecesaria la vía violenta del cambio estructural.

se han expandido sin control procesos de supervivencia en medio de prácticas económicas arcaicas y precapitalistas, es decir, parafraseando a Bryan Roberts, en el continente florecen "ciudades de campesinos" acompañadas de paraísos de informalidad no sólo en la reproducción de la economía, sino en la producción de un volumen mayoritario del espacio urbano.

Estos son los antecedentes o el *background* que acompaña, a partir de los años ochenta, el proceso más amplio de las grandes transformaciones en la economía y la sociedad, que se han popularizado con el término genérico de globalización. De esta manera, así como emerge un nuevo orden económico internacional, y se transforman las relaciones entre capital y trabajo y entre sociedad y Estado, también emerge una nueva geografía de territorios y ciudades. Una primera constatación es que desde los años setenta hasta el inicio del nuevo milenio, la urbanización a escala mundial se ha acelerado, al extremo de que el nuestro ya es un planeta urbano. Fuentes autorizadas en esta materia, como las del BID (2004), aseguran que en las próximas dos décadas la población urbana de los países en vías de desarrollo se incrementará en dos mil millones de habitantes, es decir, se duplicarán las actuales poblaciones urbanas, con una intensidad significativa en América Latina. La fuente mencionada afirma que en el año 2000, las ciudades latinoamericanas alojaban al 75% de los 507 millones de habitantes de la región, y que dichas aglomeraciones ya desde 1990 generaban más del 50% del PIB regional, considerándose que en las próximas décadas se alcance el 80% de dicha tasa, es decir que las ciudades pasarán a ser los escenarios principales del desarrollo nacional.

Si echamos un vistazo hacia atrás, hasta principios del siglo XX, este proceso nos permite establecer que han ocurrido transformaciones de gran magnitud en la geografía continental, con particular intensidad en las décadas afectadas por los cambios en la economía global. En efecto, en los años iniciales del siglo pasado, sólo una de cada cuatro personas vivía en ciudades con una población mayor a 2.000 habitantes[26]. A inicios del siglo XXI, la relación se revirtió, es decir, hoy en día, tres de cada cuatro personas en nuestro continente

---

[26] En el ámbito internacional se reconoce que el umbral urbano de un asentamiento corresponde a 2.000 habitantes. Este mínimo urbano es adoptado indistintamente en los censos nacionales de los distintos países latinoamericanos.

viven en ciudades. De la misma forma, si hacia 1900 no existía ninguna ciudad con una población igual o mayor al millón de habitantes, a fines del siglo XX existían 49 ciudades que habían alcanzado este rango, duplicando la cantidad existente en 1975. De ellas, por lo menos cuatro alcanzan la escala de megaciudades (ciudades con más de diez millones de habitantes) y se sitúan entre las diez ciudades más grandes del mundo[27]. El BID considera que en los próximos 25 años la población urbana continental llegará al 85% de la población total.

De acuerdo con la CEPAL (2000), la evolución de los asentamientos humanos en los decenios finales del siglo XX se caracteriza por:

- la progresiva, y agresiva ocupación, en algunos casos, de territorios que históricamente han tenido una escasa población, en particular las cuencas del Amazonas y el Orinoco;
- una urbanización acelerada de la población, la economía y la sociedad;
- una masiva mudanza de personas de las zonas rurales a las urbanas, y una creciente importancia de la migración entre ciudades;
- la constitución de sistemas urbanos que se distinguen por una elevada proporción de ciudades grandes (más de un millón de habitantes) y megaciudades, y por una alta concentración de población en la ciudad de mayor tamaño (o en las dos más grandes), si bien desde el decenio de 1970, se advierte un mayor dinamismo de las ciudades grandes e intermedias, distintas de la principal.

Sin embargo, las transformaciones que han tenido lugar en las ciudades no se limitan a la cuestión de su incremento poblacional, fenómeno que en realidad ha sido una constante a lo largo del siglo pasado, por tanto, este hecho no puede constituir algo demasiado novedoso o llamativo. Los estudiosos de los procesos urbanos han focalizado más su atención en los nuevos roles que pasan a desempeñar las ciudades dentro de la economía global. Por ello, una importante bibliografía que se elabora desde los años ochenta

---

27 Se trata de la Ciudad de México, con 16,6 millones de habitantes, San Pablo con 16,5 millones, Buenos Aires con 11,6 millones y Río de Janeiro con 10,2 millones.

se centra en la cuestión de la nueva geometría de las redes urbanas que acompaña el proceso de globalización. Es decir, se intenta encontrar una explicación a la relación entre las transformaciones de la economía-mundo y la nueva situación de las ciudades, particularmente a partir de la constatación de que estos cambios han permitido identificar una compleja dualidad entre un proceso de reestructuración espacial de la esfera productiva con características geográficas dispersas y procesos de gestión globalmente integrados mediante empresas transnacionales fuertemente concentradas, dualidad que se vincula a los nuevos procesos urbanos que son materia de renovados esfuerzos investigativos.

Sassen (1999), en un estudio que ya se considera clásico en su género, afirma que la dualidad mencionada proporciona un rol estratégico a las grandes ciudades, las mismas que actualmente han asumido nuevas funciones "como puntos de comando altamente concentrados desde donde se controla la economía mundial", pero además se constituyen en localizaciones clave para las actividades financieras y los "servicios avanzados a la producción, que han remplazado a la industria como sector económico dominante y centro del dinamismo del sistema capitalista". Por otra parte, estas ciudades privilegiadas son "lugares de producción, innovación y mercado para los productos y las innovaciones generadas en los sectores financieros y de servicios avanzados". Para Saskia Sassen, las ciudades que concentran los mecanismos de control sobre extensas áreas de la geografía económica y se constituyen en el ámbito operativo de grupos de poder con capacidad para influir sobre el destino económico y social de otras ciudades y regiones son urbes de nuevo tipo, es decir, son "ciudades globales". Sassen eleva a esta categoría privilegiada a tres ciudades específicamente: Nueva York, Londres y Tokio, las mismas que no sólo ostentan tal jerarquía por el número de sedes de transnacionales que poseen, por las capitalizaciones de la bolsa o por el flujo de sus operaciones financieras, sino porque las mismas funcionan como un mercado único, en que dichas ciudades no compiten entre sí, sino se complementan. Para apoyar esta afirmación, Sassen desarrolla una exhaustiva investigación sobre las ciudades citadas[28].

---

28 La pregunta clave que se plantea Sassen: "¿Pueden los cambios en el flujo global de los factores de producción, mercancías e información, dar cuenta de una nueva

Esta autora considera que la alta tecnología no ha eliminado las formas de trabajo del siglo XIX; en lugar de ello, esta tecnología de punta ha trasladado al dominio de los servicios una cantidad de actividades que originalmente hacían parte del complejo industrial concentrado. La transferencia de tareas de los trabajadores a las máquinas, y cuya expresión más avanzada fue la línea de montaje fordista, hoy tiene una versión radicalmente diferente: la transferencia de una variedad creciente de actividades de las oficinas a las computadoras. De esta manera, la antigua concentración industrial encuentra su contraparte contemporánea en la intensa fragmentación espacial y en la organizacional del actual proceso de trabajo. Sassen denomina a este proceso línea global de montaje, esto es, la producción y ensamblaje de bienes, desde fábricas y depósitos de todas partes del mundo, hacia sitios en que los costos de mano de obra y las economías de escala favorecen una división internacional del trabajo rentable. Sin embargo, la lógica de esta nueva línea de montaje es que, en tanto más dispersa se encuentra, crea mayores tensiones de centralidad y complejidad en la gestión, el control y la planificación. Simultáneamente, el desarrollo de procesos industriales multilocalizados ha creado nuevas tendencias en la banca y los servicios, dando lugar a una amplia gama de actividades especializadas para realizar la gestión y el control de redes globales de centros de producción y sucursales administrativas. Este conjunto de tareas, según la autora, sería irrealizable sin la presencia de las ciudades globales.

Los criterios de Sassen respecto al alcance de la reestructuración geográfica que imprime la nueva economía global, modificando las redes urbanas y los roles de las ciudades para hacerlas funcionales a los requerimientos del nuevo modelo de acumulación, proyectada a la situación latinoamericana, encuentran en autores como Mauricio Cuervo, Mario Lungo y particularmente Carlos de Mattos a investigadores ávidos de interpretar la nueva realidad urbana. De Mattos, particularmente, ha realizado importantes aportes a este respecto, razón por la cual centraremos nuestra atención en el mencionado autor.

---

expresión espacial de la lógica de acumulación?" La respuesta es positiva y se apoya en la idea de las "ciudades globales" (Nueva York, Londres y Tokio), que son una expresión espacial de esta lógica.

De Mattos (2003) concentra su atención en las áreas metropolitanas principales (AMP), considerando que ha sido este tipo de conglomerados el que ha experimentado las transformaciones más significativas. Se afirma que el inicio de estas mutaciones se sitúa en el avance de la reestructuración-informacionalización-globalización que estimula la descomposición o desintegración de numerosos procesos cuyo denominador común fue desarrollarse en el ámbito de o entre las economías nacionales, para dar paso a su reintegración a escala supranacional mediante empresas que para este cometido tuvieron que organizarse y funcionar en red. De esta manera emerge una nueva forma de estructura organizacional, que expresa la transición de una economía que se desarrollaba básicamente en un plano interestatal, hacia otro en que dominan las relaciones interempresas, que estructuran redes transfronterizas (RTF) por donde se mueven flujos de tecnología productiva, flujos financieros y comerciales, pero que muy rápidamente se expanden hacia un amplio espectro de otro tipo de redes que involucran los flujos culturales, científicos, académicos, etc. De ello resulta —señala de Mattos—, "la conformación de un espacio mundial de acumulación en el que innumerables empresas-red valorizan sus capitales en un número creciente de actividades y territorios".

Estos factores de transformación de los roles y las estructuras internas de las ciudades del continente se intensifican particularmente desde los años setenta, en el contexto del agotamiento del modelo de industrialización por sustitución de importaciones y el plegarse franco o reticente de los distintos Estados nacionales a las imposiciones del FMI y el Banco Mundial, que digitan un conjunto de reformas que expresan las recomendaciones o recetas cuyas raíces están en la ortodoxia económica neoclásica de la escuela monetarista de Chicago traspasada al instrumento político-coercitivo paradójicamente denominado Consenso de Washington[29], mejor conocido como "modelo neoliberal", que impulsa el llamado "ajuste estructural".

---

29 Se trata de un conjunto de mediadas tendientes a promover la reestructuración o "ajuste" de las economías nacionales latinoamericanas con el objetivo de impulsar una radical liberalización económica.

En concreto, todo este conjunto de medidas impositivas y factores de presión externa, una de las cuales es la difusión de las NTIC, impulsan las transformaciones sobre todo de los conglomerados metropolitanos o AMP. Particularmente el funcionamiento del modelo celular en red de las empresas transnacionales generó dos tendencias simultáneas, ya señaladas por Sassen: la dispersión de los procesos productivos y la concentración en determinados lugares de las funciones de comando y gestión. De Mattos considera que la concentración de un número creciente de nodos de empresas en las AMP permite que éstas se conviertan en nodos de una red de ciudades transfronterizas, situación que a su vez vino a definir el rol de cada ciudad dentro de una organización de nodos y redes, que es la forma territorial básica en que funciona la economía global. En este contexto, anota de Mattos, las ciudades-nodo se constituyen en elementos esenciales para el despliegue de la nueva dinámica capitalista. El incremento de la concentración de nodos de las RTF en las AMP permitió que las mismas se conviertan en "sitios estratégicos para las operaciones globales de los países respectivos" (Sassen, *op. cit.*)[30].

Uno de los efectos significativos de este cambio de rol de las principales metrópolis latinoamericanas es que su creciente importancia económica ha tenido repercusiones inmediatas sobre el mercado inmobiliario. En efecto, el suelo urbano en las AMP ha cobrado importancia como medio de valorización de los capitales, razón por la cual las inversiones en el sector de las construcciones han experimentado un creciente auge. Este fenómeno ha jugado un papel importante en el crecimiento y consolidación de las áreas metropolitanas. De Mattos considera que las políticas de liberalización

30 El reconocimiento de la importancia de la red mundial de ciudades ha convertido a este fenómeno en objeto de investigación intensivo. Entre otros, uno que merece atención especial es *Globalization and World Cities Group and Networks* de la Loughsborough University del Reino Unido (mencionado por de Mattos). Este grupo identifica 25 ciudades que podrían considerarse ciudades mundiales, clasificadas en tres categorías (Alfa, Beta y Gamma). Si bien en América Latina no existe ninguna AMP en la categoría superior Alfa, en la categoría de segundo nivel Beta se encuentra la Ciudad de México y San Pablo. En la categoría Gamma se encuentran Caracas y Santiago, seguidas por Buenos Aires. Hoy en día existen ranking de ciudades con diversos criterios, como: atractivas para hacer negocios, atractivas para inversiones, seguridad, costo de vida, atención al turista, etc.

y desregulación, con la consiguiente permisividad normativa y la orientación de las inversiones públicas hacia la mejora de la infraestructura vial y el ornato en zonas selectas de las distintas ciudades, ha tenido por objeto afianzar la "maximización de plusvalía urbana como principal criterio urbanístico", por tanto, las intervenciones municipales han contribuido a consolidar una "lógica estrictamente capitalista en la producción y reproducción metropolitana".

Otra consecuencia inmediata, no menos importante, es el explosivo incremento de motorizados en la mayoría de las AMP, sobre todo del automóvil particular, con la consecuente reducción del factor distancia en las decisiones de localización y emplazamiento de las funciones residenciales y empresariales. Naturalmente, esta expansión acelerada de los parques automotores ha generado una demanda igualmente creciente de nuevas vías urbanas y autopistas, que se han convertido en los ejes fundamentales de la expansión física urbana y han contribuido a materializar una morfología de características tentaculares, fortaleciendo la tendencia a la metropolización expandida y de baja densidad (Navarro, 1992; Figueroa y Reyes, 1996, Figueroa, 2005; CAF, 2005). Otro efecto significativo es la amplia difusión y adopción generalizada de las NTIC, que también ha incidido en la relativización del factor distancia en la selección de opciones de localización residencial y empresarial, pero que además ha facilitado en términos totales la comunicación a larga distancia en tiempo real, siendo el principal vehículo de transmisión de las industrias culturales de la globalización. Las transformaciones anotadas, de acuerdo a de Mattos, traen consigo la intensificación y generalización de dos fenómenos que ya estaban presentes, pero que ahora maximizan sus manifestaciones: por una parte, "la persistencia y consolidación de una estructura urbana polarizada y segregada, donde la estratificación social tiene una clara lectura territorial", y por otra, la "acentuación de la metropolización expandida, bajo dilatación continuada de un periurbano difuso, de baja densidad, de estructura policéntrica, que prolonga la ciudad hacia todas las direcciones posibles".

Apoyándose en el trabajo de diversos investigadores, de Mattos considera que la tendencia dominante en este proceso de recomposición del rol de las metrópolis ha sido el incremento de las

desigualdades intrametropolitanas y la intensificación de la polarización social. De todas formas, muchos investigadores descartan la hipótesis de una evolución bipolar, sugiriendo una dinámica social más compleja, que se aproxima a la compartimentalización o a la fractalidad sugerida por Soja (2008)[31]. Sin embargo, pese a que esta cuestión permanece planteada como una tendencia, los aspectos que no dejan dudas son los referidos a la abundante evidencia de que en las ciudades latinoamericanas se han incrementado las desigualdades y se ha agudizado la segregación social y espacial.

La configuración urbana resultante de estos procesos de cambio presenta características diferentes y más complejas que aquéllas de la ciudad de mediados del siglo XX. Incluso la propia concepción de ciudad que se aceptaba en el pasado ya no coincide con esta configuración urbana, donde los espacios de flujos y las grandes innovaciones en materia de transporte y comunicaciones y la tradicional relación entre desarrollo demográfico y expansión territorial asumen otros valores. De acuerdo a de Mattos, la nueva ciudad, que corresponde a la época de la economía global, presenta algunas de las siguientes tendencias de evolución:

a) configuración de sistemas productivos centrales, organizados reticularmente, que sustentan la formación de ciudades-región;

b) decrecimiento demográfico de las antiguas áreas centrales y fuerte crecimiento hacia los bordes y el periurbano;

c) policentralización de la estructura y del funcionamiento metropolitano;

---

31 Soja considera, al establecer los rasgos de la "postmetrópolis" (configuración cuyo prototipo sería la ciudad de Los Ángeles), la existencia de una situación más compleja a la descrita por un cuadro bipolar, donde la compartimentalización basada en raza, etnicidad, género y otras características distintivas, estructuran un mosaico social y espacial que conduce a la materialización de la "ciudad fractal", es decir, la ciudad fragmentada y polarizada, en virtud de la emergencia de nuevas formas de polaridad, desigualdad y marginalización étnica y racial, en medio de una extraordinaria riqueza. Por su parte, Mike Davis (2003), al referirse una vez más a Los Ángeles, la describe como un "vertedero posmoderno del sueño americano", pleno de conflictos raciales, guerras de bandas juveniles y el vagabundeo de los desposeídos por el neoliberalismo Reagan-Busch, todo ello matizado por la desmedida violencia policial.

d) urbanización de los modos de vida en las áreas intersticiales periurbanas;

e) proliferación de artefactos urbanos que impactan en la estructura y la imagen urbana.

Todas, la mayor parte o parcialmente, estas características comienzan a surgir no sólo en las AMP, sino también en las ciudades intermedias. Cuestiones como el retroceso poblacional de las zonas centrales saturadas de comercio y congestionamiento vehicular, en provecho del avance de las periferias, son fenómenos que han quedado comprobados por diversos censos de población urbana realizados en distintas ciudades y países en los últimos años. Otra característica presente, con mayor o menor intensidad, es la policentralización y los cambios en las estructuras funcionales de las ciudades. En efecto, en muchas de ellas las funciones centrales se han debilitada en provecho de nuevas zonas emergentes donde se produce un incremento continuo de la dinámica económica. Muchas zonas residenciales exclusivas, sean tradicionales o nuevas, evolucionan hacia un modelo funcional autosuficiente, en que la vivienda, el comercio, los servicios, los soportes de la actividad lúdica, la educación, la salud, etc., se resuelven dentro de territorios delimitados y marcados por usuarios privilegiados. En la misma forma, se urbanizan zonas tradicionalmente rurales, y ceden a la presión urbanizadora incluso unidades de producción agrícola y pecuaria que se consideraban rentables.

Por último, es indudable la proliferación de artefactos urbanos y arquitectónicos que rompen los perfiles urbanos tradicionales; nos referimos, por ejemplo, a los espacios comerciales diversificados y/o especializados, sobre todo los *shopping* y los *mall*. En muchas ciudades se han construido edificios corporativos y complejos empresariales con el empleo de tecnologías de punta que caracterizan a los llamados "edificios inteligentes"[32]. También proliferan los hoteles de cinco estrellas y los complejos para dar cabida a ferias nacionales

[32] Un ejemplo de estos edificios son las derribadas Torres Gemelas de Nueva York o los sofisticados edificios de La Defense en París o Canary Wharf en Londres. En América Latina, el Centro Berrini en San Pablo, Puerto Madero en Buenos Aires, el Centro Corporativo Santa Fe en Ciudad de México o la Ciudad Empresarial en Santiago de Chile.

e internacionales. Las nuevas configuraciones para el esparcimiento han desplegando igualmente tecnología de punta; es el caso de los complejos integrados de salas cinematográficas, grandes salas de juegos electrónicos y la aparición de parques temáticos tipo Disneylandia o Aqualand (De Mattos, *op. cit.*).

En suma, lo significativo de todo este despliegue de luces, colores, flashes, sonidos electrónicos y ofertas que nos bombardean a cada momento y provocan deseos irreprimibles —aunque totalmente inútiles para resolver nuestros problemas diarios y nuestras urgencias para no perder la última novedad en cualquier rubro del consumo de objetos de vanidad, pero que nos proporcionan el placer y el estatus de estar al día con la ultimísima moda—, son cuestiones que vienen acompañadas de efectos mucho más preocupantes: la ciudad de la globalización, ya sea a nivel continental o en la escala más modesta de nuestro país, es ante todo una ciudad polarizada y profundamente segregada, donde han hecho aparición fenómenos traumáticos de nuevo cuño: el miedo al ámbito urbano que no reconocemos como propio; el miedo a los otros que no reconocemos como nuestros; el miedo a perder nuestros bienes, nuestros hijos, nuestros seres queridos en cualquier momento y por cualquier causa; en fin, el temor a perder nuestra individualidad, nuestra capacidad de reaccionar y convertirnos en un simple dato en medio de una masa anónima de gentes que se dicen ciudadanos pero que ya no practican ciudadanía porque la ciudad les está negando esos espacios y hasta ese derecho.

Las investigaciones de los impactos de la economía global sobre las ciudades se han centrado preferentemente, como hemos podido comprobar, en las grandes urbes, que de una u otra forma ya tenían presencia mundial con anterioridad a los años ochenta. Es el caso de las ciudades que focaliza Saskia Sassen (Nueva York, Londres, Tokio) o, en América Latina, de las áreas metropolitanas principales a las que dedica su trabajo Carlos de Mattos, las grandes ciudades del área (Ciudad de México, San Pablo, Buenos Aires, Santiago, etc.), que ya tenían rango de metrópolis con anterioridad a la mencionada década.

Sin embargo, ciudades menores, de presencia restringida en el plano internacional pero no por ello menos influyentes en amplios

espacios regionales de sus respectivos países, también han experimentado impactos diversos provenientes del proceso globalizador. En el caso de Bolivia, el modelo de desarrollo iniciado a mediados del siglo XX que se propuso acabar con la monoproducción minera e incorporar a la economía nacional la vasta región amazónica, transformó rápidamente el modelo de ocupación territorial estructurado en torno a la ciudad sede de los poderes estatales (La Paz), convertida en ciudad primada o hegemónica, para dar paso, en menos de medio siglo, al eje territorial altiplano-valles-oriente, cuya configuración gira en torno a tres ciudades principales (La Paz, Cochabamba y Santa Cruz), que a fines del siglo XX ya presentan un claro desarrollo físico y demográfico de características metropolitanas[33].

En las mencionadas ciudades, y sin duda en otras denominadas "intermedias", en diferentes países del área el impacto globalizador no asume las dimensiones que describen Sassen y otros autores con relación a las denominadas ciudades globales. Tampoco éstas registran las importantes transformaciones que describe de Mattos para las AMP. Sin embargo, ello no significa que tales ciudades hayan permanecido de espaldas a estos procesos. Sucede que la lupa utilizada por los investigadores de los procesos urbanos de fines del siglo XX

---

[33] Hacia 1950, la población de Bolivia tenía algo más de tres millones de habitantes, de los cuales el 56% habitaban la región del altiplano, siendo La Paz la única ciudad del país que superaba los 100.000 habitantes, en tanto en los valles habitaba el 31,4% de la población (con preferencia el valle de Cochabamba) y sólo el 14,1% en el oriente, concentrados sobre todo en la ciudad y el departamento de Santa Cruz. Sin embargo en la segunda mitad del siglo XX se producen transformaciones significativas: de acuerdo al CNPV 2001, la población de Bolivia alcanza algo más de ocho millones de habitantes, de los cuales, el 41,71% viven en el altiplano, el 28,74% en los valles y el 29,54% en la región oriental. Esto significa que la población del altiplano y los valles pierde población en favor del oriente, que a estas alturas se convierte en uno de los ejes más dinámicos de la economía del país. En forma paralela, se quebranta la tradicional hegemonía de la ciudad de La Paz en favor de un eje regional que envuelve los tres pisos ecológicos del país, cada uno con una ciudad principal como cabecera regional. De esta forma, La Paz, Santa Cruz y Cochabamba consolidan sus características metropolitanas, superando las dos primeras el millón de habitantes y la tercera en vías de alcanzar en poco tiempo más dicho umbral. Al margen de ello, el citado eje urbano-regional concentra el sector más moderno de la economía y más del 60% de la población nacional (Solares *et al.*, 2003).

e inicios del XXI sólo ha permitido focalizar los grandes escenarios de transformación, pero no los más sutiles procesos de cambio, menos visibles por cierto, que han experimentado en general centros urbanos de menor jerarquía.

De esta manera, se ha construido una teoría urbana que privilegia las redes económicas globales que permiten el funcionamiento del sistema en sus dos expresiones contradictorias: la dispersión geográfica de los procesos productivos y la concentración espacial de los procesos de gestión de la economía global. Esta estrategia ha posibilitado la vigencia de un nuevo modelo "flexible" de acumulación de capital y formas igualmente flexibles de división internacional del trabajo. Bajo estos preceptos, se ha privilegiado el estudio de las nuevas formas espaciales que han originado dichos procesos, dando por supuesto que sólo países y regiones privilegiadas son objeto de las mismas. No obstante, si la óptica de tales investigaciones se modificara en favor del uso de instrumentos de mayor precisión, que les permitieran penetrar en las supuestas zonas no integradas a la economía global, podrían encontrar elementos de juicio que les posibilitarían enriquecer su enfoque y sus conclusiones, las que por ahora sólo expresan una realidad vista desde muy alto y apenas proveyendo significación a los vectores más dinámicos y visibles de la economía global.

Nuestro punto de vista considera que, básicamente, dichos procesos no sólo se nutren de la enorme capacidad de movilidad de información, tecnología y capitales, gracias a la difusión extensa de las NTIC, sino que no pasan por alto ningún nicho de mercado, cualquiera que fuera su escala. Las regiones y ciudades aparentemente "poco interesantes" para las llamadas inversiones externas directas no lo son para la expansión de los mensajes acondicionadores de los nuevos estilos y ritmos del consumo global, en la medida en que la llamada economía global sólo puede ser sostenible en el tiempo si logra construir y consolidar un mercado de consumidores globales. Por tanto, la influencia de la nueva estructura y fisonomía que asume el capitalismo a inicios del siglo XXI no sólo afecta la macrorrealidad de los modelos estatales en vías de complejas reestructuraciones o los nuevos dramas que se tejen en torno a la nueva relación capital-trabajo que tiende a revivir formas laborales arcaicas y sobreexplotadoras

que corresponden a los modelos iniciales de acumulación primitiva, sino que abarca la esfera de la realidad cotidiana, en que se libran las batallas silenciosas por la conquista de fragmentos y nichos de mercado con los que se intenta estructurar el modelo de consumo global que requiere la nueva economía.

Es fundamentalmente en este escenario de la cotidianeidad donde se producen transformaciones no menos importantes, que afectan a los modos de vida urbana en distintas ciudades, sin que la cuestión de su rango demográfico sea determinante. Como ya se sugirió, la amplia difusión de un abanico de opciones de comunicación en tiempo real y en continuo perfeccionamiento tecnológico, no sólo ha introducido modificaciones en el sentido de distancia y localización de actividades diversas dentro de las configuraciones urbanas, sino que los flujos de información, al estar cargados de mensajes culturales e ideológicos, han permitido la construcción de imaginarios locales que piensan, imaginan, sienten, viven, en suma, en el mundo global sin salir físicamente de sus residencias locales. Es específicamente esta última realidad la que enfocará la presente investigación, demostrando que las transformaciones de ciudades no incluidas en la categoría de "ciudades globales" son de todas maneras significativas.

A partir de los enunciados de Manuel Castells (1999) acerca de la emergencia de una "sociedad de la información" como resultado de una revolución del mismo signo en las décadas finales del siglo XX, uno de los imaginarios más extendidos de la globalización fue la idea de que el mundo estaba al alcance de todos, y que la única condición para formar parte de esta nueva realidad era adscribirse a las nuevas tecnologías y dejarse llevar, mejor "navegar", por las infinitas pistas de la novísima "realidad virtual". Sin embargo, a su tiempo tuvo impactos equivalentes la irrupción en la vida cotidiana del ferrocarril, el telégrafo, la radio, el cine, el automóvil y el teléfono (Harvey, 2005). Si bien la influencia de estas maravillas del ingenio humano influyeron de una u otra manera en el cambio de las conductas personales, y si se quiere, en la forma en que funcionaba el mundo del siglo XIX respecto del siglo XX, no es exagerado decir que las categorías audiovisuales de las NTIC, así como su relativo bajo costo para alcanzar a casi todas las capas de población, han supuesto un

efecto mucho más amplio y profundo que cualquier otra innovación tecnológica del pasado[34]. Al respecto anota Martín-Barbero:

> Si la revolución tecnológica ha dejado de ser una cuestión de medios, para pasar a ser decididamente una cuestión de fines, es porque estamos ante la configuración de un ecosistema comunicativo conformado no sólo por nuevas máquinas o medios, sino por nuevos lenguajes, sensibilidades, saberes y escrituras, por la hegemonía de la experiencia audiovisual sobre la tipográfica, y por la reintegración de la imagen al campo de la producción del conocimiento. Todo lo cual está incidiendo tanto sobre lo que entendemos por comunicar como sobre las figuras del convivir y el sentido de lazo social. (2002: 6.)

De acuerdo a Martín-Barbero, la irrupción del fenómeno de la globalización cultural no se circunscribe a la esfera simbólica y ritual, sino que penetra en todos los espacio de lo que el autor llama el mundo de la vida. Por ejemplo, la modalidad de trabajo continuo ha hecho imposible para millones de personas la realización del entrañable rito de almorzar en casa, es decir, la comida hecha en casa ha dejado de ser el rito que congrega a la familia y ha sido reemplazada por el *fast food*[35].

Este proceso de invasión de medios sofisticados de información y comunicación, acompañados de incitaciones constantes a nuevos estilos de consumo y a la visualización de nuevos objetos de deseo, ofertados a la población en general por encima de su condición social, racial, cultural, de género o edad, ha penetrado en todos los niveles de la vida cotidiana. Al tratarse de tecnologías de uso

---

[34] Castells, Fernández Ardevol y otros afirman: "Las redes de comunicación inalámbrica se están difundiendo por todo el mundo a una velocidad jamás registrada hasta la fecha por cualquier otra tecnología de la comunicación". (2007: 12-13.)

[35] "De ahí que el éxito de McDonald's o de Pizza Hut hable, más que de la imposición de la comida norteamericana, de los profundos cambios en la vida cotidiana de la gente, cambios que esos productos sin duda expresan y rentabilizan. Pues desincronizada de los tiempos rituales de antaño y de los lugares que simbolizaban la convocatoria familiar y el respeto a la autoridad patriarcal, los nuevos modos y productos de la alimentación "pierden la rigidez de los territorios y las costumbres convirtiéndose en informaciones ajustadas a la polisemia de los contextos" (Martín-Barbero, *op. cit.*: 7).

inminentemente individual, nos arriesgamos a sugerir que ello ha contribuido a cambios en los hábitos urbanos en el sentido de, por una parte, debilitar las formas colectivas, comunitarias, solidarias de relación entre ciudadanos[36] y, por otra, de afianzar la capacidad de los individuos y sus familias para tomar decisiones y resolver problemas que antes no podían ser encarados sin apelar al uso de equipamientos urbanos o al concurso de la colectividad[37]. Indudablemente, éstas y otras formas de comportamiento, influidas por los embates de la modernidad, acompañada por una inagotable dinámica de innovaciones tecnológicas, han terminado cambiando la fisonomía e incluso la funcionalidad de las estructuras urbanas, pero además, si cabe, no sólo no han corregido los viejos problemas de segregación social y espacial de la ciudad latinoamericana de mediados del siglo pasado, sino que los han incrementado y exacerbado a grados peligrosos para la paz urbana.

En efecto, el policentrismo, la polarización social, la periurbanización, la metropolización alimentada por nuevos contingentes de emigrantes, la emergencia de un conglomerado urbano heterogéneo dominado por las NTIC y los motorizados han minado los soportes de las colectividades urbanas cohesionadas de otros tiempos en favor de un creciente individualismo cargado de egoísmo, y que se expresa a través de crisis de identidad que dan lugar a explosiones de xenofobia e intolerancia, a prácticas de incomunicación, agresividad defensiva, sensibilidades a flor de piel, predominio de instintos básicos, prejuicios de todo tipo. Por encima de ello, a manera de una oscura nube llena de presagios, flota el miedo y el temor de unos y

36 Hoy en día, es posible que un joven o cualquier otra persona pueda aislarse durante tiempos prolongados, sin sentir necesidad de comunicarse con los que le rodean.

37 Un buen volumen de requerimientos de conocimiento en distintos aspectos de la ciencia u otros campos, que otrora hacían necesario el concurso de bibliotecas escolares, hoy en gran medida se resuelven en el hogar. En la misma forma, los niños de otros tiempos demandaban espacios abiertos para sus juegos infantiles y la temprana interrelación con otros niños, incluso social y culturalmente diferentes a ellos; hoy esta demanda se ha debilitado y ha sido reemplazada por juegos electrónicos, el *chat*, los programas infantiles en televisión, naturalmente todo ello sin salir del hogar. De esta manera, muchos juegos infantiles tradicionales han desaparecido.

otros contra sus semejantes. Por ello cobra vigencia, más que nunca, la frase lapidaria de Jordi Borja (2005): "en la ciudad no se teme a la naturaleza, sino a los otros", como volveremos a reiterar más adelante[38]. Bauman (2007b), citando a Zukin[39], se refiere a la "institucionalización del miedo urbano", es decir, una opinión pública que hace del miedo urbano el centro del debate, alimentado por imaginarios que proyectan el perturbador y estremecedor espectro de "calles inseguras". Al respecto sostiene Zukin:

> Ser duros contra el crimen construyendo más cárceles e imponiendo la pena de muerte es la respuesta habitual a la política del miedo. "Encerrar a toda la población", escuché decir a un hombre en el autobús, llevando la solución a su extremo más ridículo. Otra respuesta es privatizar y militarizar el espacio público [...] hacer las calles, parques y comercios, más seguros, pero menos libres.

Aunque no se dice, se sugiere un nuevo concepto de comunidad, no necesariamente preocupada por el bienestar común en el sentido amplio, sino limitada al objetivo que aproxima a unos y otros, la defensa personal elevada a la categoría de "defensa de la comunidad", que luego se traduce en la contratación de guardias privados armados para custodiar el ingreso a ciertas calles o recintos cercados, que alguien bautizó como "las arquitecturas del miedo", mejor conocidas como urbanizaciones cerradas, para preservarlas de merodeadores, vagabundos, pordioseros, es decir, potenciales agresores y ladrones. "El recorte de las áreas públicas a los enclaves defendibles de acceso selectivo —afirma Bauman—, la separación y la no negociación de la vida en común, la criminalización de las diferencias residuales, estas son las principales dimensiones de la evolución actual de la vida urbana".

---

38 No de otra forma puede interpretarse la creciente ola de linchamientos de presuntos delincuentes en las zonas periféricas de las ciudades, la proliferación de cuerpos de seguridad privados y la creciente importancia que cobra en las ciudades el tema de la seguridad ciudadana. Borja (*op. cit.*) afirma que: "La posibilidad de vivir, o la llegada súbita de la muerte, el sentimiento de seguridad o la angustia engendrada por la precariedad que nos rodea, son hechos sociales, colectivos, urbanos [...] La soledad, el anonimato, generan frustraciones y miedo, pero también la pérdida de la intimidad, la multiplicación de los controles sociales."

39 Zukin, 1995.

Las urbanizaciones cerradas[40] han proliferado tanto en América Latina como en el resto del mundo. El éxito de este nuevo objeto urbano, a punto de alcanzar a la autopista y al centro comercial en el rango de los íconos de la posmodernidad urbana, ha generado diversas reflexiones en el mundo académico, en el de la planificación e incluso en el ámbito mediático. Normalmente, se han dado posiciones muy críticas respecto a estos *ghettos* acusados de "fragmentar la ciudad", fortalecer los contrastes sociales y privatizar el espacio público (Thuillier, 2005). Vivir en barrios cerrados significa la opción por un espacio urbano menos denso, funcionalmente segmentado, en muchos casos retornando al ideal de la ciudad-jardín, con chalés, mansiones o bloques de departamentos de alto confort o más modestos, denominados condominios, donde se vuelve a valorizar la proximidad con la naturaleza. Una unidad urbana fundada "sobre la célula familiar, la casa individual y un sistema de movilidad y centralidad concebido para el automóvil, en torno a la autopista y al centro comercial" (Thuiller, *op. cit*.). A ello agregaríamos que se trata de una solución pragmática de élites y clases medias frente al amenazador entorno urbano o a la *jungla urbana* que rodea a esta fortaleza de paz y seguridad. Se puede afirmar, sin necesidad de apelar a los numerosos autores que concuerdan con la idea, que las llamadas urbanizaciones cerradas son la expresión espacial de los impactos de la globalización que sufren las ciudades: ajuste estructural, desregulación de la gestión urbana, incremento de los índices de pobreza, segmentación social del consumo y aguda polarización social con ingredientes de intolerancia racial y cultural.

Luis Felipe Cabrales (2004), al sintetizar los resultados del coloquio "Latinoamérica: países abiertos, ciudades cerradas" (Guadalajara), considera que el fenómeno de las urbanizaciones cerradas se articula en dos vertientes: la exacerbación de la privacidad a través del aislamiento con cerramiento y los mundos y estilos de vida de las comunidades cerradas. La primera vertiente, la de la privacidad, se apoya en la búsqueda consciente de la fragmentación del territorio y en la especialización de los usos de sus enclaves o islas. La segunda se

---

[40] Se denominan *gated communities* en Estados Unidos, barrios cerrados o *countries* en Argentina, *condominios fechados* en Brasil, *barrios privados o urbanizaciones privadas* en varios países del área, incluyendo Bolivia.

refiere a los universos y estilos de vida de las comunidades cerradas, un ámbito escasamente estudiado, que puede ser el escenario donde se desenvuelven nuevas prácticas sociales en que la privacidad, el aislamiento y el espacio cerrado pueden abrir paso a microcosmos pretendidamente homogéneos en la percepción de sus valores, sus temores y sus sentidos de protección. En todo caso, ambas tendencias afectan a la configuración urbana resultante de la pérdida de significado y valor del espacio público, que tiende a convertirse en tierra de nadie, recintos de riesgo donde sólo concurren los *extraños* tipificados como peligrosos.

Numerosos investigadores en países como Brasil y México han a focalizado este nuevo fenómeno urbano. Luciano Gagliardi, analizando la situación de los *condominios fechados*[41] en el caso de la ciudad de Niteroi, vecina a Río de Janeiro, considera que la acción del capital inmobiliario que introduce este tipo de opción residencial encuentra eco e incentiva una nueva forma de ocupación segregativa del espacio. Al respecto afirma este autor: "La exclusividad habitacional está directamente relacionada con el modo capitalista de pensar la ciudad" (2006: 71). En consecuencia, la fragmentación socio-espacial en este caso es el resultado de la acción combinada del mercado de tierras y la difusión de imaginarios de distinción, antes que la prevalencia determinante de una actitud defensiva frente al riego. Para Helio Rodríguez (2005), este fenómeno se vincula efectivamente con la escalada de la violencia y una acción defensiva frente a este cuadro. Sin embargo, introduce una vez más como un elemento clave, la cuestión de la distinción, recogiendo de Pierre Bourdieu (2006) la idea de "gustos de clase y estilos de vida". Para el autor, entonces, se trata de la adhesión de los habitantes de los condominios a determinados símbolos, que a través de su decodificación se atribuyen un conjunto de características que los identifican y los diferencian de los otros. Un autor más radical, Boaventura de Souza Santos (1999), considera que

---

[41] Conjunto habitacional constituido por edificios de departamentos de varias plantas o multifamiliares, conjuntos residenciales unifamiliares, aislados por muros o cercas del entorno inmediato, que cuentan, además, con un sistema de control y seguridad propio, equipamientos lúdicos y de uso colectivo y que asumen la responsabilidad en relación al mantenimiento de la infraestructura interna a cargo de los propios moradores.

este nuevo urbanismo no es otra cosa que la segregación social de los excluidos a través de una cartografía urbana que divide la ciudad en zonas salvajes y civilizadas. En el fondo, se trataría de una forma de fascismo, de apartheid social a la inversa: como los indeseables son enormes masas, el expediente es que los privilegiados se encierran en fortalezas. Luego, los condominios cerrados serían una suerte de castillos posmodernos.

Los investigadores mexicanos están más preocupados con la situación de sus ciudades fronterizas con los EE UU. Varios de ellos concentran su atención en ciudades como Nogales, donde las urbanizaciones cerradas han proliferado influidas por imaginarios del miedo combinados con sentimientos de que el crecimiento de esta ciudad y otras como Tijuana generan caos, desorden, inseguridad, servicios deficitarios y, lo que es peor, acciones gubernamentales ineficientes para garantizar una real seguridad ciudadana (López Levi, 2001; Rodríguez Chumillas, 2004; Enríquez, 2003).

María Cecilia Arizaga (2003) considera que la idea de suburbio como mercancía revalorada está vinculada a este fenómeno. Siguiendo algunos criterios de Bourdieu, considera que la relación entre naturaleza y tecnología, la hibridación de la naturaleza a través de la tecnología, donde el suburbio —desprovisto de los beneficios de la modernidad— emerge como *suburbia*, escenifica una tensión fundamental en este proceso de suburbanización privada: la cercanía espacial y la distancia social. Por tanto, los archipiélagos suburbanos en el municipio de Pilar, dentro del gran Buenos Aires, emergen como nuevas centralidades para el consumo y esparcimiento de los residentes: "El auto y la autopista aparecen como la materialidad de la tecnología funcionando como nexo de la naturaleza y la civilización, resignificando el tiempo en relación al espacio". Para la autora, las cuestiones planteadas aluden a temas como la distinción y los mecanismos a los que se recurre para lograrla. Al respecto se menciona dos niveles interrelacionados: la pretensión de identificación y la pretensión de exclusividad. Apelando a Sennet, relaciona el primer aspecto al ideal de la "comunidad purificada", es decir, el placer en reconocernos a "nosotros" y "lo que somos", y así extinguir el conflicto que la alteridad provoca. Por otra parte, la inmensidad de la ciudad se vuelve inabordable y la contención de un barrio cercado

de pocas manzanas aparece como una óptima respuesta, una opción de exclusividad.

Esta misma autora (2005), en un estudio más extenso sobre las urbanizaciones cerradas en la Argentina, trabaja sobre las dimensiones subjetivas y de sociabilidad que toman los imaginarios y las prácticas de los residentes de esta nueva forma de autorreclusión residencial en su relación con el espacio urbano y suburbano. Anota al respecto que la fragmentación y jerarquización espacial construyen un escenario que denomina "espacio cuarteado-desagregado", por una parte, y de "acuartelamiento espacial" por otra, que no resultan ajenos al ascenso de una lógica privatista que se produce a lo largo de la última década. Se considera que las urbanizaciones cerradas son un ámbito privilegiado para observar el desarrollo de esta lógica y su vinculación estrecha con un proceso de legitimación de la segmentación social y del desarrollo de estrategias de encapsulamiento que consolidan el distanciamiento social. La autora afirma que este *ethos* privatista afecta de manera directa a los imaginarios y prácticas sociales e implica transformaciones sensibles en la sociabilidad e integración social dentro de un contexto atravesado por miedos e incertidumbres, así como encierra la ineludible contradicción agudamente sintetizada por Bauman (2007b): "encerrarse para sentirse libres" y el mito de la comunidad posmoderna, cerrada a lo local pero con aspiraciones de apertura a lo global.

Maristella Svampa (2001) analiza, al igual que Cecilia Arizaga, aspectos de la vida cotidiana en los *countries* y los barrios privados en la Argentina, centrándose en la cuestión de los modelos de socialización y los efectos multiplicadores de la homogeneidad social en tanto punto de partida del nuevo estilo de vida que se desarrolla en estos recintos, y que se resume en la frase de uno de sus tantos entrevistados al ser interrogado sobre la razón de que lo llevó a vivir en una urbanización cerrada: "aquí, todos son como uno", es decir, la exaltación de la homogeneidad social y generacional está en el centro del discurso de los autoenclaustrados. Sin embargo, la autora llama la atención sobre las debilidades de este microcosmos de opulencia particularmente respecto al aflojamiento del control social y familiar sobre los niños y adolescentes intrínseco al modelo de autonomía protegida, pero irremediablemente insuficiente para

preparar a estos actores a enfrentar y resolver situaciones que plantea el "mundo exterior".

Por último, Michael Janoshka (2003) considera que el desarrollo urbano se concentra en forma creciente en torno al dilema de la seguridad y la inseguridad, enfocando con este criterio el caso de la ciudad-pueblo de Nordelta, la urbanización cerrada más grande del continente, en la periferia de Buenos Aires. El autor afirma que la creciente inseguridad se nutre de conocimientos colectivos que separan lo "seguro" de lo "inseguro" a través de la constitución de lo "propio" y lo "extraño". La importancia creciente de los discursos acerca de la inseguridad como representación de lo "extraño" se debe a dos factores: por una parte, el sentimiento de anonimato que genera la gran urbe, que estimula la diferenciación urbana y alerta sobre existencia del pluralismo en los estilos de vida, lo que a su vez implica una permanente confrontación con personas desconocidas. Por otra parte, las percepciones y los conocimientos de lo extraño encuentran un foro en las transformaciones sociales de la época posmoderna: fragmentación, individualización y globalización. Se incrementa el sentimiento de incertidumbre a nivel personal, lo que a su vez conduce a la idea de inseguridad, alimentada por la percepción de la existencia de diferencias culturales en el mismo espacio urbano, vinculándose éstas al origen de dicha incertidumbre. Entones, a partir de la toma de conciencia sobre las diferencias culturales de unos y otros, se proyectan los miedos y se acentúan los imaginarios territoriales de preservación del "yo" frente al territorio de los extraños.

Una forma nueva de interpretar la realidad urbana, en realidad una reacción a la creciente tendencia a la pérdida de identidad y fragmentación de las ciudades bajo el impacto de los cada vez más abundantes objetos arquitectónicos y urbanos posmodernos, es la valorización de las memorias y los sentimientos de pertenencia, es decir los imaginarios con que la gente construye y se apropia de la ciudad. Armando Silva (1994) afirma que una ciudad que se observa desde esta especial óptica puede descubrir la realidad de "las diversas ciudades que la conforman", es decir no sólo la ciudad física que demarcan los planos topográficos de los planificadores y urbanistas, o las delimitaciones territoriales de los organismos de gestión municipal, sino "aquellas

otras que produce/revela la topología simbólica y sus territorios imaginarios". Se trata de una ciudad desconocida, afirma Silva, porque es "la ciudad vivida" diferente e ignorada por la disciplina urbanística, terca en su esfuerzo de proyectar objetos y tratar a la gente como datos y estadísticas:

> No vamos entonces, tras la ciudad física, sino hacia aquélla hecha por la percepción ciudadana. Una ciudad subjetiva que se construye mediante mecanismos psicológicos interactivos entre colectividades ciudadanas. La ciudad desde estas iniciativas pasa a ser un efecto imaginario de sus ciudadanos.

Se trata por tanto, de identificar "la ciudad de los ciudadanos", de ahondar en los sentimientos, miedos, amores, odios y recuerdos para construir el croquis afectivo. Se trata de una manera alternativa de construir ciudad, no desde la ortodoxia técnica, sino desde los propios habitantes, es decir, desde la perspectiva de los vínculos profundos entre percepción colectiva, uso de ciudad y posibles estrategias de construcción de nuevas mentalidades urbanas (Silva, 2002 y 2004). "La memoria urbana se construye a través de sus metáforas" (2002), se trata de signos emblemáticos que ofrece el marco geográfico en que están enclavadas; el ritmo que bulle en la sangre de sus habitantes; los olores, los gustos, las evocaciones de sus finas delicias culinarias; en fin, la belleza sensual de sus mujeres y de sus paisajes. Anota Carlos Villagómez (2007) con respecto a La Paz:

> Dentro de esta particular visión debemos comenzar destacando para esta singular ciudad de los Andes americanos, las dos características sobresalientes que le dan esa identidad urbana: el "espíritu de lugar" o como decimos en idioma aymara, su "ajayu". La primera de ellas, y quizá la referencia más entrañable de los habitantes de La Paz es su sitio natural, que a diferencia de todas las ciudades de la región, tiene en su topografía y su sobrecogedora altitud (de 3.200 a 4.000 metros sobre el nivel del mar) sus cualidades naturales más distintivas [...] [La segunda referencia] Para los paceños, el símbolo de esta ciudad es la montaña Illimani, que con sus 6.322 metros de altitud, está siempre presente y nos protege desde tiempos remotos (2007: 29-33).

De Cochabamba se podría mencionar muchas cosas que son parte del rico abanico identitario de sus habitantes, que se denominan a sí

mismos como *kochalas*: la belleza del valle central coronado por otro centinela, el Tunari, la benignidad de su clima de "eterna primavera", sus suculentas viandas regadas por una buena cerveza Taquiña —otrora por una no menos buena *machu jarra* de chicha—, sus ferias coloridas, en fin, infinidad de evocaciones que inundan de melancolía a los vallunos, empedernidos viajeros, cuando abandonan su terruño y no renuncian a recrear éstos y otros signos de la *llajta* en los más lejanos confines.

Similares percepciones se pueden encontrar en las evocaciones que realizan Ossa y Richard (2004) sobre Santiago de Chile: el paseo Ahumada, la Plaza de Armas, el cerro Santa Lucía, la plaza Italia, el Palacio de la Moneda son imágenes que el santiaguino conserva muy adentro. Sin embargo, estos imaginarios arraigados están amenazados: "Santiago está atravesando por un circuito generalizado de edificios corporativos que desde los años ochenta vienen sellando el paisaje urbano". Otro tanto se puede decir de la Barcelona que describe Ferrán Escoda (2004) con su Rambla, la Villa Olímpica, el viejo barrio de Barceloneta, la montaña de Montjuic, y en fin, en medio de todo ello la mano maestra de Gaudí, el arquitecto de las curvas del emblemático Park Güell, las torres de la Sagrada Familia, la Pedrera (la Casa Milá), y naturalmente el orgullo de los catalanes: el Fútbol Club Barcelona, mejor conocido como *el Barza*[42].

Sin embargo, estos imaginarios con que los habitantes urbanos perciben sus ciudades, si bien expresan e identifican elementos identitarios que caracterizan su pertenencia a comunidades urbanas específicas, no por ello son necesariamente homogéneos. No lo son sobre todo cuando se trata de calificar los usos y apropiaciones que estos ciudadanos realizan sobre su espacio urbano, sobre sus percepciones del espacio público, sobre la forma en que califican sus preferencias y aversiones respecto a distintos recintos urbanos, sobre la manifestación de sus temores, miedos e inseguridades respecto a

---

42 Una amena síntesis de los imaginarios urbanos que caracterizan varias ciudades donde se han desarrollado investigaciones sobre este tema, en el marco del proyecto Culturas Urbanas en América Latina y España desde sus Imaginarios Sociales, patrocinado por el Convenio Andrés Bello, se puede encontrar en Silva, 2006.

ciertos sitios de la ciudad, etc. Por el contrario las visiones tienden a ser divergentes y, nos atrevemos a sugerir, están mediadas no sólo por diferencias de clases sociales, niveles de ingreso o niveles de educación, sino por su mayor o menor articulación a las ofertas de consumo que cotidianamente reciben de las industrias culturales transnacionales, y por tanto, por su capacidad o no, dentro del recinto urbano, a imaginar y construir territorios de distinción y diferenciación, a erigir fronteras y imaginar la ciudad dividida en una propia y otra ajena, como segura o insegura, como afín a sus valores culturales o contraria a éstos, en fin, proyectando la fragmentación social y cultural que estimula la globalización y su herramienta cultural, el postmodernismo, sobre el espacio urbano.

Un imaginario poco trabajado es el del miedo y la cuestión de las "geografías inseguras" (Reguillo, 1999; Martel y Baires, 2006). Respecto al primero, señalan que estos imaginarios son fruto de la invención personal o colectiva que se hace de la ciudad construida y que se apoya en la vivencia cotidiana de la inseguridad, que a su vez estimula una construcción y una representación determinada de espacios urbanos, principalmente públicos, asociados al tema del miedo, certidumbre que sirve para nombrar y estigmatizar ciertos sitios y ciertos sujetos sociales identificados con la inseguridad y el riesgo. El tema de la inseguridad ciudadana ha sido vinculado gradualmente con el uso de los distintos espacios públicos[43]. Consecuentemente, la violencia y la inseguridad reinante en las ciudades encuentran en los espacios públicos la representación material de tales atributos, contribuyendo esta asignación simbólica al deterioro y a la crisis de lo público.

De esta manera se tejen las geografías que corresponden al segundo aspecto. En términos académicos, se dice que la ciudad debe ser concebida por los planificadores urbanos. Sin embargo, podrían

43 Ciertamente un alto índice de hechos delictivos, incluso asesinatos, tienen como escenario, en el caso de las principales ciudades bolivianas y latinoamericanas, a los espacios públicos. Tragedias exquisitamente descritas en sus detalles más crudos por los medios de comunicación (prensa escrita, radio y TV), al punto de que muchos de ellos logran audiencias masivas gracias a esta suerte de explotación del gusto por lo macabro.

sugerir los economistas que los verdaderos hacedores de la ciudad son los especuladores del suelo urbano y los sociólogos colocar un contrapunto, apoyado por los antropólogos, en sentido de considerar que el espacio urbano es un producto cultural donde tienen lugar sobre todo prácticas interculturales. Sin embargo, en los tiempos actuales, quienes parecen tener la última palabra son los sicólogos: el miedo, el alarmismo y la paranoia de la inseguridad ciudadana se han convertido en los nuevos factores de construcción de la ciudad. La propagación de la paranoia y el miedo a lo diferente por toda la ciudad y en todos los grupos sociales proporciona, por ejemplo, al sector inmobiliario múltiples posibilidades a la hora de crear nuevas formas de habitar la ciudad y de aislarse en ella (barrios cerrados, condominios, etc.), privilegia la tendencia de trasladar el espacio público a recintos privados, cerrados pero seguros (*shopping*, galerías comerciales, supermercados, etc.) y centrar la gestión urbana y las ofertas electorales en torno a cómo perfeccionar los mecanismos represivos que brinden seguridad ciudadana. Luego en la ciudad se traza una nueva geografía y se establecen nuevas fronteras físicas y mentales: las calles, las avenidas, las plazas y otros espacios públicos caen con mayor o menor intensidad dentro del ámbito de las geografías inseguras, en tanto las funciones residenciales amuralladas y los recintos de reunión colectiva protegidos por guardias privados y públicos pasan a formar parte de las geografías seguras.

Carrión y Muñoz-Vega (2006) utilizan el concepto "gramática del miedo" al referirse a este tema, desarrollando un estudio comparativo en cuatro ciudades (Bogotá, Quito, Montevideo y Santiago), "partiendo de un análisis de los lugares del miedo existentes en cada uno de los casos, para finalmente ubicar las gramáticas del miedo en sus especificidades y paralelismos". Los autores de esta investigación señalan que en todas estas ciudades el miedo opera como caja de resonancia para que el conjunto de la población demande la formulación de políticas de seguridad ciudadana. Es decir que el tema de la seguridad se ha convertido en una demanda social vinculada a las amplias repercusiones que tienen los actos de violencia, las mismas que además se vinculan a las "marcas territoriales" que definen los siempre cambiantes límites de la geografía insegura. Otro factor no menos desdeñable es el papel que desempeñan los medios de comunicación, a los cuales aludimos anteriormente, al introducir el

tema de la violencia y la consiguiente reacción, el miedo, dentro de los hogares. Al respecto se anota:

> La violencia en la escena mediática se personifica. El delincuente televisivo es un personaje que encarna todas las violencias de la sociedad, es el chivo expiatorio de un miedo producido y reproducido por el consumo masificado de la violencia. Sin embargo, hay que considerar que el delincuente televisivo necesita de personajes secundarios que le permitan ser el protagonista de la violencia mediática. Uno de ellos es el experto en temas de violencia, aquel que supuestamente puede explicar el comportamiento del delincuente, quien por su formación o experiencia comprende de alguna manera el punto de vista del criminal [...] En esta dramaturgia de la violencia, las víctimas somos todos. Los testimonios de las personas que han sufrido un acto violento sólo sirven de tramoya para que el personaje principal se convierta en el delincuente televisivo, quien en realidad no existe porque se lo desprovee de vida, familia y trabajo, y su acción queda reducida al acto violento fuera de contexto y banalizado.

Partiendo del examen de las políticas urbanas que intentan recuperar el sentido de seguridad en las ciudades estudiadas, los autores anotan que dichas políticas se vinculan a la reorganización del espacio público y al mayor control sobre el mismo. Particularmente los más jóvenes y los integrantes de la tercera edad consideran que los imaginarios del miedo no son sólo coyunturales, sino que tienen firmes raíces culturales e históricas, en torno a las cuales se han tejido diversas interpretaciones y teorías. Una de ellas, la llamada "teoría de la ventana rota" se vincula al discurso del desarrollo urbano. Dicha teoría "es una explicación criminológica de la delincuencia que establece una relación causal entre urbanismo y delincuencia". La misma sostiene que ciertas infracciones consideradas menores, como el vandalismo, la mendicidad, la embriaguez, el graffiti, a lo que se suma, por ejemplo, la falta de alumbrado público, la falta de infraestructura urbana, la persistencia de terrenos baldíos, etc., si no son objeto de control oportuno por parte de la comunidad dan lugar a respuestas y comportamientos sociales desfavorables, de tal manera que un vecindario pacífico y agradables se puede transformar en unos años, e incluso en algunos meses, en un desagradable gueto donde reina el miedo. Con matices menos dramáticos, estos procesos vendrían a explicar cómo barrios residenciales prestigiosos se deterioran por la pérdida de poder económico de sus habitantes,

por la quiebra moral consiguiente y por la emigración de los antiguos vecinos hacia otros barrios, lo que convierte a aquellos en sitios peligrosos y habitados por seres indeseables. Carrión y Muñoz-Vega concluyen afirmando que:

> […] el miedo es un producto social inscrito en estructuras y dinámicas urbanas concretas. El miedo, además de ser un fenómeno psicológico, es un hecho social que se comprende desde procesos políticos y culturales históricamente situados. En el caso de América Latina, dichos procesos responden, en gran medida, paradójicamente al discurso sobre la seguridad pública y ciudadana; así como al monopolio de la violencia simbólica ostentada por los medios de comunicación masiva.

En suma, el miedo, las ciudades y la urbanización se vinculan en forma estrecha. Volveremos sobre este punto más adelante.

La nueva estructura urbana resultante ya no sigue las pautas del funcionalismo tradicional que interpreta el espacio urbano por categorías de usos del suelo, ni por la división entre patrimonio y ciudad contemporánea, sino por el trazado que marcan las geografías inseguras o geografías del miedo, que han fragmentado la urbe en islotes de seguridad y privilegio y una mancha urbana oscura, llena de peligros y temores, reales e imaginarios.

Diversos estudios dan cuenta de que todos estos factores profundizan las diferencias, fragmentan el tejido social, atomizan las percepciones de lo urbano, tienden a individualizar la lectura de la realidad y a concebir la problemática social como un dato, que sólo es significativo si afecta mi interés y mi entorno personal. La fragmentación social lleva, como ya mencionamos, a la fragmentación urbana, a la polarización y a la exacerbación de la segregación social con dimensiones espaciales. En este contexto emergen las intolerancias culturales y étnicas. Bauman (*op. cit.*) señala que la etnicidad y las identidades culturales segmentadas son una forma de "tallar un nicho dentro de la sociedad". Tallar este nicho significa sobre todo una separación territorial, la conquista de un "espacio defendible". Luego, lo que cohesiona al grupo identitario es el sentimiento de defenderse y de mantenerse aparte de los otros. En términos espaciales se construyen barreras, amurallamientos, puestos perimetrales vigilados adonde sólo puede ingresar la gente de la

misma identidad. El propósito de este autoencierro, volviendo a la cuestión de las urbanizaciones cerradas, es la separación premeditada para reconstruir en el interior un vecindario homogéneo y unificado en torno al tema de la seguridad. De esta manera, la cuestión de la etnicidad y la intolerancia cultural se convierten en los instrumentos más útiles de la fragmentación. En fin, imaginarios de la diferencia, y no los imaginarios casi románticos que sugiere Silva, se articulan a la segmentación espacial y terminan configurando un solo cuerpo estructurado.

La declinación del espacio público

Naturalmente, la gran víctima de estas transformaciones en los comportamientos sociales y culturales, pero también en el mismo uso de la ciudad, han sido los otrora espacios de reunión, de convocatoria, de interculturalidad, de reconocimiento ciudadano por encima de las diferenciaciones sociales, raciales o económicas; es decir, los espacios públicos, que hoy en día tienden a convertirse en ámbitos vacíos de significación o en simples aditamentos urbanos sobredimensionados para el modesto uso de circular.

La cuestión de los espacios públicos en la teoría urbana ocupa un lugar preponderante. Todas las utopías de diseño urbano, incluso con anterioridad a la Revolución Industrial, enfocaron la cuestión de estos espacios convertidos en atrayentes parques, jardines, paseos y boulevard[44]. Estas visiones, en muchos casos, más estéticas o

44 Innumerables propuestas de ciudad hacen parte de la extensa historia del hábitat humano. Son particularmente significativas las que se difunden a partir del siglo XVIII como respuesta a la emergente ciudad industrial, donde sobresalen los socialistas utópicos, entre los que destacan Robert Owen, con su comunidad ideal (New Harmony); el falansterio de Charles Fourier, que inspira los conjuntos habitacionales modernos o el familisterio de Jean Baptiste Godin. Sin duda, fue Ebenezer Howard (1850-1928), con su "ciudad-jardín", uno de los que ejerció mayor influencia sobre el diseño urbano, al margen de los grandes apóstoles del urbanismo del siglo XX, es decir, Walter Gropius, organizador de la Bauhaus, y Le Corbusier, el gran ideólogo y proyectista de la ciudad moderna (Segre, 1983). En todas estas propuestas, y en otras muchas más que sería imposible detallar, sobresale la preocupación por el manejo del espacio público y la vida comunitaria como los ejes de la ciudad deseable para la sociedad industrial.

funcionales que sociales, definieron una suerte de lugar común en las prácticas urbanísticas: la cuestión de los espacios abiertos (plazas, paseos, boulevard, etc.) y las áreas verdes (parques, jardines, bosques urbanos, prados, alamedas, etc.) que debían proporcionar el "toque humano", "la relación con la naturaleza", "el pulmón de la ciudad", pero que al ser enfocados como objetos físicos, como componentes del ornato urbano o como simples concesiones a los reglamentos municipales, no siempre desempeñaron el rol para el cual fueron creados.

Una voz pionera en ejercitar la crítica a estas prácticas mecánicas de diseño urbano inspiradas en las recetas sagradas de Le Corbusier y el omnipresente Movimiento Moderno, difusor de la llamada "arquitectura internacional", fue Jane Jacobs (1967) quien introduce por primera vez el tema de la seguridad ciudadana en la configuración de las estructuras físicas urbanas, pone en tela de juicio la base fundamental de las ideas "lecorbusierianas" con relación al principio de "zonificación de las funciones urbanas" y acusa a los urbanistas que siguen estos principios del decaimiento de la calidad de vida urbana y el declive de la comunidad urbana en general[45]. Para Jacobs, lo que marca la diferencia entre diferentes ciudades es la calidad de sus espacios públicos. Su objeción principal a los planificadores se dirige a la falta de variedad en las actividades urbanas planificadas, al predominio de espacios abiertos rodeados de monotonía funcional que se convierten irremediablemente en vacíos sin ningún atractivo, en oposición a los sitios de la ciudad no planificada, donde

---

45 Al respecto, Jacobs anota "Las ciudades son inmensos laboratorios de ensayo y error, fracaso y éxito, en todo lo referente a urbanización y diseño del hábitat humano La planeación racional de las ciudades tenía que haber utilizado este laboratorio para elaborar, conformar y verificar sus teorías y principios. En lugar de esto, los profesionales y maestros de la disciplina (si es que merecen llamarse así) han ignorado el estudio y examen de los éxitos y fracasos concretos y reales, han perdido de vista las razones que podían explicar un determinado éxito y se han dejado guiar por unos principios deducidos del comportamiento y apariencia de ciudades, suburbios y sanatorios antituberculosos vistos únicamente en sueños o en su fantástica y fabulosa imaginación; es decir, lo han hecho todo menos echar una ojeada sobre las ciudades de verdad" (1967: 10). Harvey (2005) va más allá y se refiere "a la gran plaga de estupidez" que los seguidores de la Carta de Atenas y las CIAM (Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna) libraron sobre las ciudades de la posguerra.

reina la animación y la variedad que, a su vez, atrae más variedad y animación.

Sin embargo, la cuestión no es tan simple, ni se reduce a revitalizar los usos del suelo con actividades múltiples. No se trata, como sugiere Jacobs en su obra, de revalorizar una concepción nostálgica del barrio diversamente étnico y tolerante del decenio de 1910 en Nueva York, donde perduraban las empresas familiares artesanales y las formas de relación social cara a cara. De acuerdo a Harvey, Jacobs atacó la utopía racionalista y la sustituyó por otra, sin abandonar la ingenua hipótesis racionalista de que un espacio bien organizado conduce a una sociedad virtuosamente estructurada. En efecto, lo que se extrae de la propuesta de Jane Jacobs es la necesidad de "componer el espacio" —como gustan decir los arquitectos— de una manera diferente y más íntima, virtud que debe promover automáticamente calidades espaciales de mayor calor humano para conseguir un propósito moral distinto, es decir, una vez más, la calidad del espacio "moldea" la conducta de los usuarios[46].

Esta ha sido originalmente la forma en que se manejó la cuestión del espacio público, la concepción de un espacio físico cuyo papel exitoso o frustrante dependía de la calidad de su composición o diseño más que de la forma en que concitaba el interés y la participación de

46 Una variante, diríamos posmoderna de estas tendencias, según Marín (1984, citado por Harvey, 2005) son las llamadas "utopías degeneradas", siendo el ejemplo modélico Disneylandia: "un espacio supuestamente feliz, armonioso y sin conflictos, apartado del mundo 'real exterior' para suavizar y ablandar, entretener, inventar la historia y cultivar la nostalgia por un pasado mítico, para perpetuar el fetiche de la cultura de las mercancías en lugar de criticarlo. Disneylandia elimina los problemas de la vida real, reuniendo el resto del mundo adecuadamente desinfectado y mitificado, en un lugar de pura fantasía que contiene múltiples ordenes espaciales". Todo esto para Marín es una degeneración, porque se trata de esconder la realidad del sistema con una versión fantasiosa e idílica, perpetuando el fetiche de la cultura de las mercancías y de la magia tecnológica en una forma pura, aséptica y ahistórica. Lo preocupante es que el nuevo urbanismo o urbanismo posmoderno nos conduce a la materialización de este tipo de utopías, reproduciendo una suerte de burbujas de vidrio polarizado que expresan la adhesión a la cultura global, ignorando simplemente el resto urbano anclado en un tiempo pasado distante, y reduciendo esta molesta vecindad a un caso de seguridad.

los actores. Por ello, es conveniente evitar esta limitación y concebir el concepto desde múltiples facetas.

Para autores como Jordi Borja (1996) y Olga Segovia y Guillermo Dascal (1998), el espacio público tiene dos acepciones y un cuello de botella: por una parte, una acepción jurídica, en su condición de espacio sometido a una regulación específica por el municipio, que es el propietario, y en esa condición asegura su acceso para todos, pero fijando las condiciones de su uso y el tipo de instalaciones que pueden tener cabida en él. Este espacio proviene de la separación formal entre propiedad privada —registrada en un catastro y vinculada al derecho a edificar— y la propiedad pública o de dominio público, ya sea por adquisición de derecho mediante cesión normativa, expropiación o adjudicación, cuya finalidad es preservar este suelo libre de edificaciones, excepto equipamientos urbanos y servicios públicos, y cuyo destino son prácticas sociales propias de la vida urbana: esparcimiento, actos colectivos, actividades culturales, cívicas, expresiones de la vida política y de la vida democrática, además de la presencia de hitos simbólicos bajo la forma de monumentos escultóricos.

Por otra parte, una acepción cultural, es decir, la condición del espacio público como una dimensión sociocultural, diríamos fundamental, en su condición de lugar de relación, identificación y contacto entre gentes diversas, de animación urbana, muchas veces de expresión comunitaria y de comunicación entre unos y otros. En más de un caso, la dinámica económica y social de la ciudad y los hábitos de su gente pueden dar lugar, en forma espontánea, a la emergencia de espacios públicos que jurídicamente no lo son o que no estaban previstos como tales por la planificación, como los accesos a las terminales de transporte y aeropuertos, el cruce de grandes avenidas donde se toman y se abandonan medios de trasporte público, el interior de *shopping* y galerías comerciales. Por su parte, Segovia y Dascal hacen la distinción del espacio público del barrio, compuesto por el entorno de residencias, al cual el vecindario puede acceder cotidianamente de forma peatonal. En sus palabras:

> Se trata de un espacio familiar, de pequeña dimensión urbana, de jerarquía intracomunal, que tiene un valor simbólico para un grupo reducido de personas —los vecinos y vecinas—, un dominio donde se reconocen las particularidades, la especificidad de los valores y

normas de comportamiento de grupos sociales particulares de la ciudad (*op. cit.*: 53).

Este vendría a ser el espacio o lugar apropiado para conocerse cara a cara, para acciones cuyo móvil es el afecto, el encuentro, la recreación cotidiana. Anota Ramírez Kuri (2003), citando a Carr *et al.* [47]:

> Este enfoque destaca la importancia del espacio público urbano como elemento activo de la vida social por su capacidad de proveer lugares significativos donde se inscriben memorias y elementos simbólicos que trazan puentes entre el sentido de continuidad individual y colectiva. Al actuar como referente de identidad en la ciudad, el espacio público se concibe como el espacio de todos, donde individuos y grupos distintos aprenden a vivir juntos, lugares de encuentro, de sociabilidad y de experiencias comunes (2003: 37).

El cuello de botella, como se puede sospechar, no es otro que el funcionalismo predominante en el urbanismo moderno, que descalificó el espíritu del espacio público al asignarle usos específicos: en unos casos lo confundió y asimiló como un componente de la vialidad, en condición de una simple rotonda o nudo vial, y en otros lo convirtió en un lugar de paso, sitio embaldosado y poco hospitalario. En casos más afortunados, se priorizó el embellecimiento y el ornato urbano, pero en muchos más se lo dejo absorber por la actividad comercial o se lo utilizó como mecanismo de segregación social, ya sea para marcar fronteras interiores y separar zonas urbanas consideradas exclusivas del resto urbano indeseable o para jerarquizar la imagen social de cierto barrio de alto confort. En algunos casos, se ha llegado al extremo de —por consideraciones políticas, religiosas o de otra índole— protegerlo de tal manera que no lo utiliza nadie[48], o en el extremo opuesto, por abandono, dejándolo como tierra de nadie y refugio de bandas delincuenciales o sitio frecuentado por drogadictos.

---

[47] Stephen Carr, Mark Francis, Leanne Rivlin y Andrew Stone, 1992, *Public Space, Environment and Behaviour Series*, Cambridge University Press, Cambridge.

[48] Este es el caso de la plaza Esteban Arze en Cochabamba, que se encuentra cercada por rejas y portones con gruesas cadenas y candados para evitar que sea invadido por los comerciantes informales del barrio de San Antonio.

Según Viviescas (1997) y Borja (2005), el hecho que define la naturaleza del espacio público es el uso que le da la gente y no su estatuto jurídico. En consecuencia, el espacio público supone simultáneamente uso social colectivo, dominio público y diversidad de actividades. Es por ello que dicho espacio tiene dimensiones físicas, sociales, culturales e incluso políticas. Se trata, sobre todo, de un lugar de relación e identificación de prácticas sociales heterogéneas: manifestaciones políticas, contacto entre gente diversa, expresiones de índole comunitaria, animación urbana —espectáculos, juegos, diversión, música, etc.—. Además de todo ello, el espacio público es el ámbito apropiado para el despliegue de la imaginación y la creatividad, el lugar de la fiesta y la celebración, es decir, el lugar donde se practica o se debiera practicar la comunicación de todos con todos, pero también de la identidad para reconocernos nosotros y reconocer a los demás. Finalmente, es el lugar de manifestación de las creencias, el despliegue de los ritos religiosos e incluso la tribuna de expresión democrática por excelencia; en suma, el espacio público es aquél que contribuye a proporcionar sentido a nuestra vida urbana. Al respecto aporta Borja en tono didáctico:

> ¿Qué es un puente?, preguntaba el falsamente ingenuo Julio Cortazar. Y se respondía: una persona atravesando el puente. ¿Qué es una ciudad? Un lugar con mucha gente. Un espacio público abierto y protegido. Un lugar, es decir, un hecho material productor de sentido. Una concentración de puntos de encuentro. En la ciudad, lo primero son las calles y plazas, los espacios colectivos, después vendrán los edificios y las vías [...] El espacio público define la calidad de la ciudad porque indica la calidad de vida de la gente y de la ciudadanía de sus habitantes (2005: 73).

Richard Sennett (2002) sintetiza de manera magistral esta cuestión: una ciudad "es un asentamiento humano en el que los extraños tienen probabilidades de conocerse".

Bauman (*op. cit.*) añade que en las ciudades hay muchos sitios que reciben el nombre de espacios públicos, lugares con toda clase de perspectivas, formas, ornamentos, esculturas o, simplemente, carentes de cualquier atractivo. Los mismos pertenecen a una de las dos categorías siguientes. Los primeros, en general, son lugares inhóspitos, todo lo que contienen y está a la vista inspira respeto

pero desalienta la permanencia. Es el caso de La Defense[49], afirma Bauman. Los edificios de formas fantásticas que rodean la enorme plaza vacía:

> están hechos para ser mirados, no para entrar en ellos: envueltos de arriba a abajo en cristal espejado, no parecen tener ventanas ni puertas de acceso abiertas a la plaza; con gran ingenio, consiguen darle la espalda a la plaza que rodean [...] Estas fortalezas-ermitas herméticamente selladas están en el lugar pero no pertenecen a él (2007: 104-105).

Son espacios impersonales propensos a provocar agorafobias, vacíos uniformes y monótonos, carentes de mobiliario urbano (bancos, señalización, kioscos) que permita recuperar la escala humana, despejados de árboles; lugares que cuando se llenan es para recibir circulaciones apresuradas de gente que salen de su trabajo y huye rápidamente de un sitio tan poco atractivo.

La segunda categoría de espacio público es el destinado a servir de soporte a los consumidores, quienes comparten el espacio físico pero sin llegar a establecer ningún tipo de interacción social. Se trata de sitios de exposiciones, ferias comerciales, recintos culturales, teatros, centros deportivos. La tarea en este caso es consumir, y el consumo es "un pasatiempo irremediablemente individual" anota Bauman, y acota: "Las multitudes que colman el interior de los 'templos del consumo' [...] son amontonamientos, no congregaciones; aglomeraciones, no totalidades. Por atestados que estén los lugares de consumo colectivo, no hay nada 'colectivo' en ellos". En efecto, los inevitables encuentros con amigos y conocidos en un espacio atestado no pueden ser sino breves y superficiales.

Para autores como James Joseph (1998, citado por Segovia y Oviedo, 2000), el espacio público, además de todo lo dicho, es un espacio para la acción, un escenario, en la medida en que es un espacio pensado para dar cabida en su interior a ciertas acciones desarrolladas por los ciudadanos. Por tanto, se trata de un lugar que oferta la oportunidad

---

[49] Una enorme plaza situada en la ribera derecha del Sena, sitio emblemático del moderno París, dominado por una versión moderna del Arco del Triunfo.

de que se materialice el encuentro social, la interculturalidad y el diálogo. Por su parte, Jürgen Habermas (1981), concibe este espacio en el sentido de "esfera pública" que representa, en el caso concreto que aborda el autor, el espacio que la burguesía del siglo XVIII obtiene para negociar con el Estado, todos los ámbitos donde dicha burguesía puede expresarse: cafés, teatros, plazas, mercados, incluso la prensa y otras instancias de difusión pública de las ideas. Hannah Arendt (2001) considera que el espacio público es aquél donde se expresa la colectividad deliberativa abarcando un abanico de temas vinculados con la demanda social y el ejercicio del poder desde la ciudadanía, es decir, es el espacio donde se ejerce la libertad en oposición al espacio privado o doméstico. Para Néstor García Canclini (1989), la visión del espacio público urbano se traduce en "*grafitis*, carteles comerciales, manifestaciones sociales y políticas, monumentos: lenguajes que representan a las principales fuerzas que actúan en la ciudad"[50]. Isaac Joseph (1985) resume todo lo anterior en una sola oración: "Un espacio público es, pues, un espacio en el que el intruso es aceptado".

En suma, siguiendo la sugerencia de Filardo y otros (2006), la gente común considerará y apreciará como público un lugar en la medida en que allí se realice el encuentro y la interacción efímera, casual o inesperada con otros desconocidos; personas con las que no existen vínculos estables, que no pertenecen a los restringidos círculos de intimidad (la familia, los grupos de pares). Aquí lo que importa ya no es la propiedad (estatal o particular) o ciertas características físicas del espacio (abiertos o cerrados), sino la naturaleza de las relaciones entre individuos que en él se entablan. Así definido, el espacio público sería cualquier lugar físico de una ciudad cuya función de uso dominante es el encuentro y la expresión de convenciones sociales más o menos alejadas de los modos de expresión de la vida íntima.

---

[50] Al respecto de esta idea, García Canclini realiza la siguiente precisión: "Los monumentos son casi siempre las obras con que el poder político consagra a las personas y a los acontecimientos fundadores del Estado. Los carteles comerciales buscan sincronizar la vida cotidiana con los intereses del poder económico. Los grafitis (como los carteles y los actos políticos de la oposición) expresan la crítica popular al orden impuesto" (*op. cit.*: 281).

No obstante, el espacio público no sólo es un objeto físico; sus dimensiones, como ya se anotó y se ha podido comprobar, van mucho más allá. Se puede decir que son éstos los espacios en los cuales los grupos sociales, entre ellos la juventud, y las distintas tendencias expresivas de pensamientos coincidentes o contrapuestos, encuentran un escenario, un lugar de espectáculo, como diría Richard Sennet (1997). Así, el espacio público se convierte en un objeto mediático y, por tanto, en un campo de controversia y lucha política. De acuerdo a Filardo, autores como Habermas, Arendt, Bobbio, Honneth o Frazer lo han abordado de esta manera, es decir, en términos de poder, derecho, democracia, reconocimiento y/o construcción de ciudadanía. Bajo esta óptica, el espacio público adquiere diversos énfasis: desde el bien común, desde el interés de todos, desde el libre acceso, desde la relación con el Estado, en fin, desde la construcción de ciudadanía, entre otros. Esta es una asociación que, desde la *polis* griega, siguiendo una vez más a Sennet, invita a observar cómo se imbrican la acción política y la convivencia, para construir solidaridades que no podrían surgir en otro ámbito diferente.

Jean Marc Ferry y otros (1998) afirman que espacio público es el "marco mediático", es decir, el dispositivo institucional y tecnológico de representación[51]. Ferry califica como "público" el espacio constituido por los medios —es decir, atendiendo a su carácter divulgador o a su función difusora—, donde se presentan a un público los múltiples aspectos de la vida social. En otras palabras, Ferry emplea en su comprensión de espacio público un sentido que no tiene que ver con su significado jurídico, sociopolítico o urbanístico, sino con el de la divulgación por medios de comunicación masiva, llegando a sugerir que "Los actores políticos ya no dominan la escena, sino los directores de medios". El autor considera que desde esta perspectiva se está produciendo una privatización del espacio público; por tanto, y sobre todo, el espacio público político ha dejado de ser jurídico y

[51] Ferry entiende por mediático todo aquello que mediatiza la comunicación de las sociedades consigo mismas y entre sí. Por ejemplo, si un grupo discute asuntos de interés colectivo, pero sólo los participantes se enteran, este grupo no participa en un espacio público. Sin embargo, la misma opinión, difundida a un público más amplio a través de un medio (electrónico o impreso) sí participa en un espacio público.

respetuoso de la integridad, la libertad y la soberanía del ciudadano debido a la mecánica empresarial privada del funcionamiento de los medios.

Para Marc Augé (2005), los espacios públicos son lugares que poseen calidad identitaria, relacional e histórica, por tanto, un lugar donde están ausentes estas virtudes es un *no-lugar.* Para este autor, la sobremodernidad (postmodernismo) es productora de no-lugares; se trata de espacios contemporáneos de confluencia de seres anónimos, es decir, de personas en tránsito que deben abordar autobuses, trenes o aviones. Para Augé, este anonimato de seres humanos que se reúnen pero no se ven los convierte en meros elementos de conjuntos y grupos que se forman y se deshacen al azar, simbolizando en cierta forma la condición humana actual. Los lugares y los no-lugares, sin embargo, son polaridades falsas: el primero no queda nunca completamente borrado y el segundo no se cumple nunca totalmente; son más bien palimpsestos donde se reinscribe sin cesar el juego intrincado de la identidad y la relación. Por no-lugares Augé designa dos realidades complementarias y diferentes: los espacios construidos con relación a ciertos fines (transporte, comercio, ocio) y la relación que los individuos mantienen con esos espacios. En suma, aunque Augé no lo menciona en forma explícita, un espacio público puede convertirse en un no-lugar si no posee calidad identitaria, no promueve relaciones entre usuarios, no evoca pertenencia a una raíz histórica, es decir, si apenas es un sitio por donde seres anónimos circulan sin verse. Luego, la calidad del objeto físico llamado espacio público no resuelve la calidad y calificación efectiva del mismo. Para Bauman (*op. cit.*), un no-lugar es "un espacio despojado de las expresiones simbólicas de la identidad, las relaciones y la historia [...] En la historia del mundo, nunca antes los no-lugares han ocupado tanto espacio". Asimilando esta idea, autores como Kociatkiewicz y Kostera (1999, citados por Bauman) hacen referencia al espacio vacío, esto es:

> Lugares a los que no se les adscribe sentido alguno. No tienen que estar físicamente aislados por medio de cerca o barreras. No son lugares prohibidos, sino espacios vacíos, inaccesibles debido a su invisibilidad. Si la extracción de sentido es un acto que implica pautas, comprender, resituar las sorpresas, nuestra experiencia de los espacios vacíos no incluye la extracción de sentido (2007: 111).

Esto nos hace evocar a los productos de deshecho de la planificación urbanística y del diseño urbano tan frecuentes en nuestro medio, a esos márgenes olvidados que en los planos de diversas urbanizaciones, sobre todo residenciales, se suele llamar con cierta ironía "áreas verdes" pero que a la postre son apenas concesiones que el especulador de tierras hace al reglamento municipal que le exige este molestoso requisito. Fragmentos poco aptos para contener cualquier función pública y condenados a convertirse en espacios realmente vacíos, con el riesgo de involucionar hacia focos infecciosos y otras formas de riesgo para la comunidad.

Fernando Carrión (2004) considera que en la actualidad el espacio público se encuentra acosado. Sentimientos de agorafobia y rechazo, incluso asociación de estos espacios a la idea de inseguridad y a la sensación de miedo, los convierten en territorios abandonados. En consecuencia, los peligros que se ciernen para la continuidad de los espacios públicos se vinculan a las nuevas formas de segregación y fragmentación del espacio urbano, que a su vez produce segmentación social, a la expansión de la urbanización periférica con baja densidad, centralidades débiles y espacios discontinuos, a la inseguridad y a la privatización como una forma excluyente de resolver los problemas anteriores y favoreciendo a pequeños núcleos de ciudadanos.

De todo lo anterior se desprende que los espacios públicos, como todo objeto urbano, no se agotan en la aprehensión descriptiva de su materialidad, y los lentes con que pueden ser auscultados permiten abrir fronteras más amplias. En este orden podríamos admitir que el espacio público es, en primer lugar, una especie de receptor de las tensiones urbanas: de los movimientos y sacudidas, de los avances y retrocesos, de la fragmentación social, de la violencia simbólica, de los clamores de justicia, de las negociaciones y conflictos que se inician o culminan en este ámbito, en fin un lugar donde eclosiona la crisis de lo público y donde alcanzan su apogeo las prácticas democráticas directas. En segundo lugar, este es el espacio donde los distintos sectores de la sociedad despliegan sus imaginarios: los niños, los jóvenes, las madres, las familias desean encontrar en este espacio una prolongación de sus hogares, sus recuerdos y sus realizaciones; por tanto, este es un sitio donde se teje y construye la identidad y

la solidaridad con raíces muy profundas, Por último, es un espacio simbólico, incitador de la memoria histórica y de la apreciación de los valores cívicos locales. Por todo ello, se puede compartir el criterio de Olivier Mongin (2006) cuando habla de la ciudad entendida como experiencia urbana asimilada a un espacio público donde los cuerpos se exponen y donde puede inventarse una vida política mediante la deliberación, las libertades y la reivindicación igualitaria.

Pero, ¿qué ocurre con los espacios públicos en tiempos de globalización? Beatriz Sarlo (2004) nos aproxima a una respuesta poco alentadora. Al respecto, analizando el caso de Buenos Aires, extensivo a muchas otras ciudades, anota que la gente hoy pertenece más a sus barrios urbanos que, por ejemplo, en la primera mitad del siglo pasado, donde salir al "centro" de la ciudad era una experiencia gratificante de escenarios siempre diversos y experiencias colmadas de deseos satisfechos. Hoy en día, señala Sarlo:

> De los barrios de clase media no se sale al centro. Las distancias se han acortado, no sólo porque la ciudad ha dejado de crecer, sino porque la gente ya no se mueve por la ciudad de una punta a la otra. Los barrios ricos han configurado sus propios centros, más limpios, más ordenados, mejor vigilados, con más luz y mejores ofertas materiales y simbólicas (*op. cit.*: 12).

Dicho de otra manera, la ciudad ha dejado de responder a una sola estructura cohesionada; ahora ella se segmenta en fragmentos autosuficientes, sobre todo si se trata del hábitat de las clases acomodadas. Sólo las clases medias pobres y los que están por debajo de ellas viajan y recorren la ciudad de un extremo al otro, no porque tienen mayor apego a ella, sino simplemente porque deben trasladarse desde sus modestas viviendas ancladas en la lejana periferia a fuentes de trabajo centralizadas que les permiten el diario vivir. Luego, estos últimos son los únicos que están obligados cotidianamente a ejercitar largas travesías cuyo significado ya no es gratificante, sino mortificante.

Es decir, en todos los casos, con mayor o menor énfasis, los viejos centros con sus plazas de armas, considerados los espacios públicos por excelencia, se han debilitado, ya no cobijan a todos los habitantes, ya no rinden testimonio de las virtudes de la tolerancia

y la solidaridad, ya no se gratifican con la variedad social de sus usuarios, ya no les prestan identidad, memoria o calor humano. Muchas plazas y paseos cargados de tradición e historia se han convertido en lugares de paso o, si se quiere, en no-lugares por donde masas de gente circulan sin reconocerse, cada cual cargando su particular soledad y su peculiar problema cotidiano.

Entretanto, en los barrios de ingresos altos la idea de ir al centro ha sido sustituida por la frase "vamos al *shopping*". Principalmente para quienes han nacido en las tres últimas décadas, el viejo rito del *flaneur* de la generación precedente, es decir el deambular por la ciudad, por sus sitios públicos, persiste, pero con significados distintos. El *shopping center*, cualquiera que sea su tipología arquitectónica, señala Sarlo:

> [...] es un simulacro de ciudad de servicios en miniatura, donde todos los extremos de lo urbano han sido liquidados: la intemperie, que los pasajes y las arcadas del siglo XIX sólo interrumpían sin anular; los ruidos, que no respondían a una programación unificada; el claroscuro que es la colisión de luces diferentes, opuestas, que disputan, se refuerzan o simplemente se ignoran unas a otras; la gran escala producida por edificios de varios pisos, las dobles y triples elevaciones de los cines y teatros, las superficies vidriadas tres, cuatro, cinco veces más grandes que el más amplio de los negocios; los monumentos conocidos, que por su permanencia, su belleza o su fealdad, eran los signos más poderosos del texto urbano; la proliferación de escritos de dimensiones gigantescas, arriba de los edificios, recorriendo decenas de metros en sus fachadas, sobre las marquesinas, en grandes letras pegadas sobre los vidrios de decenas de puertas de vaivén, en chapas relucientes, escudos, carteles pintados sobre el dintel de portales, afiches, letreros espontáneos, anuncios impresos, señalización de tránsito. Estos rasgos, producidos a veces por el azar y otras por el diseño, son la marca de una identidad urbana (*op. cit.*: 12-13).

Pero esta marca identitaria obviamente ya no corresponde a la ciudad que la cobija; es la marca de los que se sienten identificados y disfrutan la cultura global.

Uno de los aspectos más notorios del impacto de la economía global es el efecto que causa el empleo de su arma más poderosa: las industrias culturales que manejan y difunden, a través de las NTCI,

mensajes de una realidad exógena convertida en el paradigma de lo deseable. Este impacto se refiere, sobre todo, al efecto de profundización de la segmentación del tejido social y de la fragmentación del propio espacio urbano. La difusión de los valores de tales industrias, si bien es masiva, no se corresponde con igual intensidad respecto a la adhesión a los mismos. En tanto una gran mayoría no tiene otra alternativa que satisfacer sus deseos de ejercitar nuevos estilos de vida a través de consumos de modernidad parciales, pequeñas minorías económicamente privilegiadas tienen capacidad de reproducir, incluso en términos materiales y objetivos, dicha adhesión. Este proceso se traduce en el ámbito de la ciudad en una recomposición significativa de la estructura urbana que, como ya hemos visto, desarrolla tendencias de policentrismo, expansión de las periferias, agudización de los problemas viales, pero, sobre todo, procesos de segmentación social y espacial más intensos.

Los espacios de posmodernidad que pudieran materializar los imaginarios de los sectores minoritarios de la sociedad se reducen a expresar este carácter, esto es, la emergencia de pequeñas cápsulas o burbujas de riqueza y alto confort, rompiendo la continuidad de la morfología urbana consolidada a lo largo de buena parte del siglo XX. No se puede hablar en propiedad de un urbanismo posmoderno, pero sí de una arquitectura de este signo. La arquitectura es el ámbito donde se ha arraigado con mayor fuerza el posmodernismo y, sobre todo, donde con mayor éxito ha podido desplegar verdaderos íconos edificados cargados de lenguajes arquitectónicos intencionalmente proyectados para romper con la morfología del modernismo del siglo anterior. Al respecto anota Giandoménico Améndola (2000) que los espacios urbanos ganados por el posmodernismo se presentan como un "sistema anárquico y arcaico de signos y de símbolos, un emporio de estilos, una enciclopedia de culturas y de lenguajes, un sistema esquizofrénico orgánico y operante. La ciudad es al mismo tiempo escenario y protagonista de ese *melting pot (*mezcolanza) cultural y sígnico". A esto le llama el autor "la ciudad collage".

Sin embargo, lo más preocupante no es el despliegue de emplastos y remiendos vidriados, de edificios-espejo y de formas extravagantes para convertir en posmoderno un barrio residencial de ingresos altos, sino la segmentación que todo ello provoca al marcar fronteras entre

la cápsula que se pretende posmoderna y el resto urbano, no sólo considerado anacrónico, sino hostil, y a la inversa, ese resto, también internamente fragmentado, que sólo se recubre de fragmentos de ilusión posmodernista o que apenas puede construir ideológicamente esquemas de comportamiento ilusorios, y que considera violentado su derecho a acceder plenamente a la posmodernidad ganada por los otros, sus adversarios.

Este reconocimiento de unos y otros como opuestos e indignos de confianza, como potencialmente peligrosos, como competidores que les desean arrebatar lo suyo, no sólo incuba el miedo y el temor, sino que también destruye el sentido abarcante del espacio público y profundiza el sentido de fragmentación social y de fragmentación de la ciudad que tiende a erigir fronteras y barreras protectivas para separar a los que están adentro de los que quedan afuera[52].

La segmentación de la sociedad urbana y la fragmentación de la estructura física de la ciudad son dos conjuntos de factores principales que debilitan el espacio público, a partir de diversos giros y especificidades en que ambos suelen combinarse. Una cuestión más compleja que la fragmentación y demarcación del territorio urbano a partir de distintas percepciones y materializaciones de la modernidad, según Sarlo (2003), es el debilitamiento del sentido de pertenencia a la sociedad, es decir, el sentimiento que invade a las clases medias, pero también a los sectores populares, de que el Estado ya no les brinda suficiente seguridad[53].

---

52 Esta es la explicación del surgimiento de las "urbanizaciones cerradas" que comienzan a proliferar en todas las ciudades y metrópolis latinoamericanas, sin que Cochabamba sea una excepción. La urbanización cerrada no sólo rompe la continuidad del tejido urbano, sino que establece un cerco físico que marca la frontera del pedazo de ciudad interna privatizado del exterior público debilitado, para dar paso a la ciudadela donde las vías internas, los parques, los paseos y las fuentes son estricta propiedad privada protegida por guardias privados y regulaciones internas.

53 Un aspecto fundamental del contrato social entre Estado y sociedad, es que los ciudadanos renuncian a una parte de su libre albedrío o si se quiere al ejercicio de su soberanía, precisamente para erradicar el estado de guerra de todos contra todos, como sugiere Hobbes en su famoso *Leviatán.*

El creciente imperio de la violencia urbana acentúa el sentimiento de que el Estado no puede garantizar la paz entre los miembros de la sociedad. Situaciones crecientemente frecuentes, como la ineficacia de una legislación permisiva en favor de la delincuencia, unos fiscales que no agotan los procedimientos que exige la ley para incriminar a los infractores a la misma, frecuentes denuncias de corrupción o ineficacia de las fuerzas del orden, creciente cantidad de delitos que quedan en la impunidad, refuerzan la idea de que debiera tomarse la justicia por mano propia, en la medida en que, paralelamente, crece la certidumbre de que el Estado ya no puede sostener el imperio de la ley.

Naturalmente, en este contexto proliferan las organizaciones barriales de autodefensa contra la delincuencia y las iniciativas barriales para que se les reconozca el derecho a autoprotegerse. Gradualmente, se va extendiendo la práctica de justicia comunitaria o la justicia popular con escenas de ajusticiamientos salvajes, lamentablemente, las más de las veces, de presuntos delincuentes que al final resultan inocentes ciudadanos[54]. En los barrios residenciales, donde es posible pagar el servicio de seguridad, proliferan las empresas de seguridad privada y el comercio de sistemas de alarma. Gradualmente, todos se atrincheran detrás de altas murallas y rejas cuidadas por respetables mastines, la atención cara a cara con los visitantes va cediendo paso a la práctica del portero eléctrico o la intermediación de un control o portería que tamiza a los visitantes, que a priori son calificados como intrusos o invasores.

Un otro giro que asumen los espacios públicos es el de convertirse en escenarios de la protesta. María S. Souza (s.f.) afirma que la explosión de la crisis argentina en el año 2002 acentuó la presencia del ciudadano común en el espacio público. Es decir, aparece el ciudadano común apropiándose del espacio público y convirtiéndolo en

54 Con persistente periodicidad en ciudades como Cochabamba, Santa Cruz y El Alto, la prensa y la televisión destacan ejecuciones de delincuentes luego de terribles tormentos, para luego constatar que en muchos casos se trataba de gente inocente. El agravante es que la comunidad, lejos de arrepentirse por sus actos, ejercita el código del silencio para evitar el castigo de estos linchamientos y dejar en la impunidad a los autores, que, convertidos en héroes locales, gozan de la protección del barrio.

el lugar simbólico de la protesta, el lugar de la lucha y la resistencia, el escenario de expresión de sus demandas y la plataforma de su incipiente pero poderosa gravitación en la gestión de los asuntos públicos. Ciertamente en el caso boliviano, desde finales del siglo XX, pero con creciente intensidad a inicios del XXI, los espacios públicos han sido los escenarios fundamentales desde donde se han iniciado las demandas de cambio y de recomposición de la economía y de la propia estructura del Estado. La agenda de Octubre de 2003, las demandas autonómicas, las luchas a favor y en contra de la Asamblea Constituyente y la nueva Carta Magna han implicado masivos movimientos ciudadanos, distintos a los tradicionales ritos de la militancia política o al despliegue de las masas sindicalizadas. El espacio público se ha convertido en el lugar donde se discute la política y se materializa la acción contestaria radical: el bloqueo, la huelga de hambre, el paro cívico y, finalmente, el combate contra la fuerza pública, pero también contra los otros, los considerados enemigos de las reivindicaciones propugnadas. Naturalmente que esta es una forma perversa de conceptualizar, utilizar y simbolizar el espacio público, que se entiende que fue y es concebido como lugar de reunión, diálogo y tolerancia. Sin embargo, es también una prueba de que los espacios urbanos nunca son neutros, ni sus usos son similares a los que les adjudica el saber técnico, la teoría social o la reflexión conceptual.

En las periferias urbanas los espacios públicos suelen sufrir mutaciones: en el día son espacios vacíos o con escasa concurrencia, donde cualquier extraño es visto como posible merodeador, en tanto que al caer la noche se convierten en sitios de alto riesgo. Alicia Lindón (2006) se refiere a la topofobia periférica; al respecto, señala que el habitar topofóbico alude a prácticas dominadas por el desagrado por el lugar, desagrado que se convierte, una vez más, en miedo. Pero también este territorio periférico es compartido por sujetos que pretenden controlarlo a través de provocar el miedo y causar daño a los otros. La periferia de los inmigrantes recientes, de los informales y las clases medias pobres está dominada por un sentimiento colectivo de autoasegurarse y de autocontrolar el territorio contra el agresor solitario o colectivo que acecha permanentemente. El ideal de la periferia como lugar más próximo a la naturaleza, al aire puro, a la tranquilidad, ha sido sustituido por la sombra ominosa de la

inseguridad. Incluso los barrios exclusivos que se han apropiado de los sitios más vistosos, de las perspectivas más ventajosas, de los paisajes más preciados de la periferia, no se atreven a ocuparlos sino bajo la protección de murallas, alambradas, sofisticados sistemas de alarma, perros guardianes y profusión de guardias privados. En esta perspectiva, el espacio público es sinónimo de peligro.

En los barrios residenciales, el sentido de lo público tiende a privatizarse y los mismos dejan de ser atractivos bajo el estigma de su potencial peligrosidad[55]. El resultado, en este último caso, es que el espacio público se transfiere al interior del *shopping*, del *mall*, del *showcenter*, del *multiplex* o complejo de salas de cine en serie, del patio de comidas, de los locales de *fast food*, de los parques temáticos y de las urbanizaciones cerradas. Naturalmente estos "espacios públicos" son sólo para usuarios privilegiados que pueden pagar el confort y la sensación de seguridad que les brindan estos recintos. Al respecto, Cecilia Arizaga (2003) anota que este proceso de privatización de lo público tiende a crear "islas de riqueza" y representaciones fragmentarias de la ciudad posmoderna, rodeadas de un resto anodino y bordes marginales. Según Amendola (*op. cit.*), la zona comercial tradicional, en muchas ciudades, esta siendo reemplazada, aprovechando la experiencia de los pasajes de los grandes almacenes y de Disneylandia, por el *shopping mall*, que comienza a presentarse como "la ciudad ideal del juego y del sueño, una isla mágica en una ciudad real vivida cada vez más como inhóspita y hostil". Se considera que la atmósfera de las calles y su variedad han sido filtradas, atenuadas y recompuestas para ser introducidas en la ciudad analógica del *shopping*. Las grandes tiendas del *mall* crean un mundo artificial, pero no por ello menos real y contrastante con el paisaje cotidiano de calles inseguras. Lo paradójico es que esta burbuja de fantasía es el resultado de un proceso de manipulación simbólica de donde proviene su fuerza seductora y la legitimidad que le asignan los imaginarios de los usuarios. En este orden, el mall no es simple fantasía imaginada, es una fantasía real, un sueño real, "que reconstruye la

---

[55] De hecho, los medios de comunicación masiva, aun sin proponérselo, se han encargado de difundir la idea del espacio público peligroso al mostrar escenas de crímenes y violencia que tienen como paisaje de fondo áreas verdes, plazas, paseos y parques.

esencia, o la que es considerada como tal, de la calle y de la ciudad. Hace experimentable la ciudad deseada y soñada y aleja las pesadillas urbanas (lo imprevisto, la violencia, la contaminación, los 'otros' no deseados)" (*op. cit.*: 255-256). Iguales imaginarios se asimilan a las tranquilas calles interiores y a los delicados y muy bien conservados jardines de la urbanización cerrada.

Estas transformaciones en los usos y significados de los espacios urbanos, que tienden a segmentar la ciudad ya no sólo en función de categorías sociales, sino en categorías de consumidores globales y locales, han afectado profundamente el espíritu de ciudadanía y la concepción de la ciudad de todos y para todos. Se puede hablar hoy de una crisis urbana, que ya no es sólo la del tradicional déficit de servicios públicos, sino la de la crisis de los espacios públicos. Sin duda, los actores más sensibles, los más receptivos a estas nuevas formas de organización social y espacial son los jóvenes de ambos sexos, particularmente aquellos que viven dentro de las artificialidades del universo posmoderno, cuyos límites no se atreven a trasponer porque juzgan que lo que queda más allá es la hostilidad de los no integrados a los valores de la modernidad.

En síntesis, el material bibliográfico analizado alude a tres escenarios específicos: la globalización y sus imbricaciones sobre el campo cultural, los impactos de la globalización sobre las ciudades y la cuestión de los espacios públicos. Sin embargo, su tratamiento diferenciado no implica que tal forma de presentación corresponda a la forma en que estos elementos se proyectan en la realidad. A manera de conclusión, se intentará mostrar que todos ellos se encuentran entrelazados, eslabonados, si se quiere, en una dialéctica de causa-efecto que no se puede perder de vista.

Se ha podido constatar que diversos autores hacen una lectura del mundo actual desde puntos de vista no necesariamente coincidentes respecto a todos los temas tratados. Nuestro interés con relación a la investigación se propone enfocar la relación entre espacio público y sociedad urbana en términos más amplios, y similar relación, en términos más específicos, respecto a un estrato más bien restringido de actores: los jóvenes de clase media alta y sus prácticas culturales en el consumo de dicho espacio público. Sin embargo, tales actores y

los espacios que ocupan, independientemente de su peso numérico o de otra índole, no constituyen un fenómeno aislado; forman parte de un complejo dinámico y entrelazado, cuya comprensión conceptual obliga a definir una síntesis articuladora, dentro de la cual colocaremos el microcosmos que es objeto de nuestra atención, evitando así las limitaciones de una descripción de hechos y procesos que puedan convertirse en anecdóticos o aislados de su contexto.

Inicialmente es pertinente considerar que nuestro interés particular no se dirige a escarbar en las arenas movedizas que crean los distintos abordajes al tema de la globalización, sino colocar como punto referencial inicial la vinculación entre globalización y cultura. Sin embargo, no se desea describir los cambios culturales en el marco del proceso globalizador, sino establecer en qué manera la economía incorpora a la cultura como uno de sus componentes estratégicos. Una profundización significativa en el estudio del sistema capitalista es la superación de la mirada economicista y del dogma relativo a las fases lineales de desarrollo de la economía capitalista. Apropiándonos de la mirada braudeliana, se puede considerar que si algo permanente caracteriza a dicho sistema es su capacidad de flexibilidad y su eclecticismo estimulado por la continua búsqueda de mejores condiciones para la realización de la acumulación del capital. Dentro de esta perspectiva, resulta coherente que la producción cultural se integre a la producción de las mercancías en general, y ello supone uno de los cambios más significativos que introduce la globalización, esto es, la adopción de una estrategia altamente flexible en términos de lógica productiva, con objeto de cubrir las demandas de un mercado signado ya no por la demanda de satisfacción de necesidades básicas, sino por la persecución casi obsesiva de la última novedad, del último giro estético, de la última moda en cualquier ámbito de la cotidianeidad o del conocimiento.

Este fenómeno induce a que el capitalismo actual tienda a estimular la fragmentación: en tanto el capital tiende a concentrarse en nodos transnacionales y ciudades globales, se flexibiliza el proceso productivo y se diseminan los mensajes culturales. Varios autores, como Hopenhayn, anotan que dicho proceso provoca, en un extremo, la homogenización de un patrón de vida de primer mundo que ya no conoce nacionalidades ni fronteras, con capacidad de recrear

imaginarios de lujo, confort y alto nivel de consumo, recreando burbujas de poder económico en los países centrales, pero también en los países periféricos. En el otro extremo, se "diseminan" las imágenes que producen las transnacionales, publicitando productos y servicios en la pantalla de televisores y monitores, despertando expectativas de consumo cada vez más distantes de las posibilidades reales de ingreso de una enorme masa de población, que se debe contentar con consumir basura ideológica y, lamentablemente, apropiarse de sus partes accesibles —televisores, equipos de video, MP3, celulares, etc.— a costa de no pocos sacrificios, para vivir la ilusión de aquello que no pueden hacer realidad.

El resultado en el caso de Cochabamba, como mostraremos en los capítulos siguientes, es un proceso de segmentación social, cultural e identitaria como otro de los rasgos fundamentales de la globalización. Por tanto, la globalización no sólo opera cambios que se podrían considerar invisibles, en la esfera de la producción, los flujos financieros o la dinámica comercial, sino completamente visibles, en la esfera de la circulación y el consumo, que se convierten objetivamente en herramientas de segmentación y segregación de la urdimbre social en intensidades no conocidas en el pasado histórico. En síntesis, la globalización que realmente impacta, reiteramos, no es el abstracto de la sustitución de la industria concentrada bajo esquemas fordistas por un modelo de producción flexible y disperso denominado posfordismo, sino que este proceso simultáneo de concentración de riqueza en muy pocas manos y con capacidad de hacer realidad aquello que miles de millones se contentan con soñar, se convierte en una dinámica que, en la escala de las sociedades nacionales, regionales y urbanas, exacerba las diferencias, las brechas de prejuicio racial, las intolerancias culturales, es decir, segmenta profundamente lo que en determinado momento pudo ser un tejido social relativamente cohesionado y solidario. El síntoma más claro de esta realidad es que la exacerbación de la diferencia se conecta con una serie de secuelas indeseables: la intolerancia, la xenofobia, la desconfianza, la descalificación de la otredad, y por encima de todo ello, la incertidumbre y la pesada sombra del miedo.

La reestructuración de la economía capitalista al tenor de las innovaciones y replanteos que diseñan las nuevas estrategias de

acumulación de capital, afectando tanto la esfera de la producción como las de la circulación y el consumo, debilitan el pacto social del Estado benefactor, relativizan la gestión estatal en la economía, exacerban la importancia de la economía de mercado, introducen severos ajustes al gasto público y desplazan sectores de la economía tradicionalmente controlados por el Estado hacia el sector privado o a la formación de empresas mixtas donde dicho sector tiene la mayoría accionaria. Tales eventos golpean la estabilidad de las estructuras laborales, echan por tierra las formas institucionalizadas de relación capital-trabajo, desarticulan los sólidos soportes del mundo sindical e introducen la figura del régimen de trabajo flexible, es decir, un sistema laboral cortoplacista en que la fuente de trabajo no sólo es efímera y sujeta a continuas innovaciones, sino en que el vínculo entre el trabajador y la empresa es de plazo fijo y sujeta al continuo riesgo del despido. El régimen de salario, que es la forma tradicional de retribución por la venta de la fuerza de trabajo desde los tiempos de la Revolución Industrial, retrocede ostensiblemente y tiende a ser sustituido por formas de contratación directa que pasan por alto la legislación laboral y crean la figura del jornalero, el contratista a plazos, el trabajador por pieza, la maquila, el subcontratista, e incluso formas laborales próximas al trabajo esclavo.

Estos impactos afectan profundamente a las ciudades, las que comienzan a sentirse agobiadas por el raudo crecimiento de la pobreza y la llegada de renovadas oleadas de campesinos pobres, reforzadas por clases medias empobrecidas que abandonan regiones deprimidas y pequeñas ciudades que se transforman en pueblos fantasmas. Sin embargo, desde la segunda mitad del siglo XX, los discursos sobre la teoría urbana han ido estructurando un corpus académico contestatario a las utopías urbanas del urbanismo internacional. Dichos discursos se han ocupado, en forma preponderante, de focalizar los procesos espaciales de los países industriales que materializaron los modelos de ciudad industrial, y sobre los cuales se aplica la lectura marxista de la sociedad proyectada al nuevo orden espacial. En el caso de América Latina esta praxis teórica, fuertemente influida por las corrientes dependentistas, se refiere a la urbanización del subdesarrollo y a la ciudad subdesarrollada, en las que las estructuras urbanas son interpretadas como una suerte de radiografías de las sociedades clasistas y subdesarrolladas. En síntesis, los análisis

urbanos que se realizan en el contexto de los modelos de desarrollo por sustitución de importaciones o en el marco de la crisis de estos modelos en los años sesenta y setenta, que dieron lugar al desarrollo de procesos de resistencia popular bajo la forma de movimientos sociales urbanos, experimentos autogestionarios de desarrollo urbano e incluso guerrilla urbana, son enfocados bajo los parámetros de la lucha de clases en el espacio urbano.

A partir de mediados de los años ochenta del siglo XX, e incluso antes, en forma más o menos dispersa, surgen puntos de vista que consideran insuficiente el enfoque clásico marxista de la ciudad para interpretar los nuevos fenómenos que introduce la expansión de la globalización y la difusión acelerada de los NTIC. Al respecto, Saskia Sassen, Manuel Castells y otros autores dirigen su mirada a los fenómenos de concentración de capital y dispersión del nuevo modelo de producción flexible, identificando nuevas estructuras espaciales que se decantan en ciudades globales y redes de información, circulación de tecnología y capitales que abarcan todo el planeta. Autores como Carlos de Mattos y otros analizan estos fenómenos en las áreas metropolitanas de América Latina y constatan que estos impactos no sólo alcanzan a las grandes urbes mundiales, sino también a las metrópolis intermedias, donde fenómenos como el policentrismo, la expansión de la periferia, la aparición de síntomas de fragmentación espacial a partir de la proliferación de barrios cerrados y la expansión de una infraestructura comercial de clase alta (*shopping*, galerías comerciales, zonas lúdicas exclusivas, artefactos urbanos posmodernos, etc.), van marcando una creciente tendencia a la segmentación social y espacial.

Se observó que estos enfoques sólo involucran a las grandes metrópolis del mundo o a las metrópolis continentales. Sin embargo, se hizo notar que la difusión de la globalización no sólo se guía por patrones de lógica económica. En la primera parte del análisis se consideró que el arma más eficaz de esta nueva economía es la incorporación de factores culturales a los procesos productivos y de circulación del capital, para poder materializar una esfera de consumidores globales identificados con una presunta cultura global. Igualmente se consideró que este proceso no excluye ningún nicho de mercado y por tanto está presente, con mayor o menor intensidad,

en todas las ciudades que han consolidado redes de influencia económica regionales y nacionales y han organizado mercados de consumo translocal.

La forma de intervención de las fuerzas globales y las conductas de los actores locales hace que en ciudades como Cochabamba, éstas no se dan a través de las famosas inversiones extranjeras directas o la instalación de sedes corporativas o bajo la forma de grandes equipamientos metropolitanos tipo parques temáticos, parques tecnológicos o similares, sino bajo formas más sutiles, como la difusión de los NTIC y el permanente bombardeo de mensajes globales que provienen de las grandes industrias culturales que dominan los medios de información masiva. Por tanto, la naturaleza del impacto, si bien puede incorporar componentes sociales y urbanísticos —como el incremento de la urbanización de la pobreza en el periurbano, el crecimiento de la informalidad económica y laboral, la expansión del parque motorizado, la tendencia a la policentralización, el deterioro de las zonas centrales, etc.—, se concentra fundamentalmente en la esfera de los mensajes culturales, ante los cuales son sensibles las nuevas generaciones, pero también el resto de los sectores de la sociedad. El resultado es la segmentación social con similar intensidad a la que se registra en las grandes urbes y que la investigación mostrará en un estudio de caso concreto al que ya hicimos referencia: las formas de consumo espacial de los jóvenes de clase media alta y que, en términos más amplios aunque menos profundizados, hará referencia a la transformación que se ha operado en la ciudad tanto en la coyuntura actual, donde la tenue estructura urbana de zonas de distinción y populares, con áreas comerciales laxas y abiertas a la interculturalidad, han cedido paso a una estructura de cápsulas y fronteras donde se distinguen y se temen unos y otros.

Estas constataciones han dado curso a otras formas de analizar la ciudad, esta vez, naturalmente, desde la óptica de los factores culturales. Se reconoce que no son sólo la lógica económica y conceptos —como modos de producción, formaciones económico-sociales y procesos de subsunción del trabajo por el capital— los únicos modeladores del espacio urbano. También ocupan un lugar importante los factores que se originan en la superestructura, en la esfera de los valores culturales, en el campo de las identidades y en las visiones

de ciudad, que comienzan a gravitar fuertemente en estos tiempos de globalización. Una tendencia importante a este respecto está dada por los trabajos de Armando Silva sobre los imaginarios urbanos y las investigaciones patrocinadas por el Convenio Andrés Bello sobre esta forma de lectura de la realidad urbana en varias ciudades latinoamericanas y de España. No obstante, como se observó oportunamente, estos imaginarios no son necesariamente homogéneos, y en su heterogeneidad expresan los rasgos de la fragmentación social, cultural y espacial que experimentan las ciudades estudiadas.

A colación de lo anterior emerge otro factor, que es un producto directo de este fenómeno de exacerbación de la diferencia, de la valorización étnica, de la distinción, frente a todos sus opuestos: los otros diferentes, los otros étnicamente indeseables, los otros desconectados, marginales, "reventados", intrusos y extraños. Este otro factor es el miedo urbano. La segmentación social se decanta en segmentos y grupos que se sienten representados por valores culturales importados y por sentimientos de preservación de lo que se consideran los valores civilizatorios actuales, frente al mundo hostil de quienes pretenden desalojarlos de este pedestal autoconstruido por imaginarios de diferenciación que alimentan con tenacidad los mensajes culturales provenientes del consumismo global. El resultado en el orden urbano es la fragmentación espacial, la construcción de fronteras organizadas alrededor de la llamada arquitectura del miedo: barrios cerrados, condominios, policías privados en cada esquina, noticias estremecedoras de crímenes cotidianos, inseguridad ciudadana por doquier y, obviamente, ruptura de las tolerancias y las flexibilidades para aceptar al otro. Todo esto se traduce en una aguda crisis del sentido de lo público, de lo comunitario abarcante, del espacio de todos que otrora caracterizó a la ciudad abierta para mestizos y cholos, para los vallunos, en fin, que ponían por delante de todo íconos hoy desgastados: la buena tutuma, la buena comilona, "la buena clima", etc.

Por último, se puede constatar desde los aportes de autores como Borja, Segovia, Bauman y otros, que los espacios públicos están siendo objeto de cuestionamientos, tanto desde el ángulo de su gestión como desde la perspectiva de su condición de componentes de la planificación urbana. Lo que es peor, los procesos de fragmentación

anotados tienden a privatizar lo público frente a la quiebra de las políticas estatales de preservación de la seguridad ciudadana. Los lugares tradicionales de reunión, de socialización, de aceptación mutua de unos y otros, según Marc Augé, se banalizan, se convierten en sitios agorafóbicos cuando están vacíos y cuando se colmatan, en lugares por donde todos circulan sin dirigirse una sola mirada. Se trata de los no-lugares en que se han convertido los espacios públicos de nuestras ciudades, tratados como nudos viarios, espacios de peligro o fronteras que separan territorios con valores culturales opuestos. Volviendo a la reflexión inicial, todos los hechos connotados no son aislados y no pueden ser tratados como elementos estancos. Son repercusiones de un solo proceso: la globalización, que toma ropajes culturales con los que segmenta las sociedades y fragmenta las ciudades y los espacios públicos dentro de una dinámica de causa-efecto con las características antes anotadas.

Finalmente, bajando el marco conceptual analizado a entorno de la investigación, es necesario realizar un par de precisiones. Señalar, por una parte, que autores como Fernando Carrión (2004) y otros emplean los conceptos de "fragmentación urbana" y "segmentación urbana" para referirse a diferentes procesos de división del espacio urbano o de segregación socio-espacial. Consideramos que ambos términos no son necesariamente sinónimos, aunque se los emplee de este modo. En todo caso, para los fines de la investigación, la alusión al término 'fragmentación' debe entenderse como una acción que fragmenta, divide, desestructura el espacio urbano y los objetos contenidos en él. En tanto, el término 'segmentación' alude a acciones que segmentan, segregan, dividen el cuerpo social y el conjunto de estructuras económicas, políticas, institucionales y culturales vinculadas a éste. En consecuencia, lo que impacta en el espacio público son los procesos de segmentación y declinación de su valor social antes que la fragmentación del espacio urbano[56].

[56] Desde este punto, un espacio público puede ser un lugar que ofrece valores paisajísticos y otros atractivos visuales, pero al mismo tiempo puede ser un no lugar porque ha sido abandonado por sus antiguos usuarios debido a que sus antiguos significados de identidad, alteridad, memoria histórica, etc., han sido reemplazados, por ejemplo, por imaginarios de inseguridad, miedo u otros que estimulan la segmentación social y permiten, por tanto, la declinación de dicho

Por otra parte, precisar que el espacio público, dada su complejidad con relación a los diferentes significados que tiene el término desde diversos ángulos disciplinarios, debe merecer una definición que oriente la comprensión de la presente investigación. Una vez más, siguiendo las ideas de Carrión (*op. cit.*; Borja 2005; Augé 2005), dicho espacio es un lugar de identidad, de encuentro, de reconocimiento con los diversos, de oportunidades de interculturalidad. En consecuencia, siguiendo el aporte de Carrión, el espacio público cumple una doble función: le da sentido y forma a la vida colectiva, al mismo tiempo que es un elemento de representación de la colectividad. Por otro lado, el espacio público es una construcción social continua, cuya materialidad y significación resultan cambiantes con relación a los significados identitarios y a los usos que le asigna el proceso social. En consecuencia, no deja de ser un producto histórico, puesto que la transformación de sus usos y significados tiene lugar en el devenir de la evolución histórica de la sociedad.

En razón de estas precisiones, debe quedar claro una vez más que la presente investigación se desdobla en los dos momentos que propone la precisión conceptual anterior: uno que examina para el caso de Cochabamba la relación entre espacio público y sociedad, es decir, la construcción-transformación de imaginarios y significados simbólicos que valorizan o desvalorizan el espacio público a lo largo de los siglos XIX y XX[57]; y otro que, sin perder de vista el proceso anterior, se propone explicar la situación del espacio público en la coyuntura actual (inicios del siglo XXI) a partir del estudio de un caso concreto que ilustra bien la naturaleza actual del espacio público y las causas de su preocupante declinación: la focalización de los jóvenes de clase media / alta en el uso de dicho espacio, en el contexto de una ciudad fragmentada y segmentada.

---

espacio. Por otro lado, la fragmentación urbana, sea a través de la zonificación, la distritalización o incluso procesos de impacto físico (nuevas fronteras creadas por autopistas, viaductos, etc.), puede favorecer o no a un espacio público en términos de su calidad física, pero no necesariamente lo convertirá en un no lugar, bajo la concepción que sugiere Marc Augé.

[57] Como se señaló con anterioridad (cf. *supra*, nota 4 de la Introducción), en la segunda parte de ésta se incluye un resumen de lo más importantes de la relación sociedad-espacio público en la Cochabamba en los siglos XIX y XX (hasta la década de los años setenta).

Capítulo III

Cochabamba en los decenios finales del siglo XX

Una vez repasada la literatura sobre las fuerzas que concurren a la reestructuración del espacio urbano, en este capítulo examinamos el proceso urbano en Cochabamba y su correlato en la configuración del espacio público, abarcando un periodo que va de mediados de los años sesenta a los tiempos actuales, algo más de cuatro décadas, sin duda las más dinámicas y de análisis más complejo en la historia de la ciudad. A priori, podríamos considerar dos subperiodos, uno que abarca desde la citada década hasta el retorno a la democracia en 1983 y otro que se inicia con el ascenso de los gobiernos neoliberales y culmina con el gobierno del Movimiento al Socialismo (MAS). Sin embargo, el desarrollo de ambos será flexible, es decir que al analizar su contenido no necesariamente observaremos con rigidez tales extensiones de tiempo, pues muchos de los hechos considerados sobrepasan esta delimitación.

En concreto, este capítulo presentará en su primera parte el análisis del proceso urbano en la forma antes sugerida y abordará a continuación la relación espacio público-sociedad urbana, considerando la situación de los espacios públicos en general, con énfasis en dos escenarios contrastantes: La Cancha y la zona norte (Cala Cala y Queru Queru), base imprescindible para establecer las nuevas subjetividades e imaginarios urbanos en la ciudad de Cochabamba.

La ciudad en las décadas de los ochenta y noventa: la segmentación tragicómica

Concluido el ciclo de los 14 años de gobiernos del MNR, se suceden en el país un par de décadas de gobiernos militares con

brevísimos intervalos de regímenes democráticos. Luego, por más de una década, seguirán gobiernos neoliberales, para culminar con la coyuntura actual de un inédito gobierno de raíces originarias. En este tiempo la ciudad de Cochabamba acelera las transformaciones que se iniciaron en la segunda mitad del siglo XX, al punto de pasar raudamente de una ciudad tradicional a una urbe con características metropolitanas en no más de cuatro décadas.

Por la naturaleza del tema enfocado, no es éste el ámbito para analizar las diversas circunstancias que caracterizan el modelo de desarrollo nacional que imprimen los gobiernos de la Revolución Nacional, ni los que imprimen los gobiernos militares, pese a que tales hechos quebrantarán la dinámica de la relación ciudad-región al debilitar la importancia del mercado interior, que había jugado un papel fundamental en el desarrollo de la ciudad y en los rasgos que la caracterizaron a lo largo del siglo XIX, y por lo menos hasta los años sesenta. Estos rasgos tuvieron que ver con la relativa situación de aislamiento geográfico y escasa participación de Cochabamba en el *boom* de la minería de la plata, primero, y del estaño, posteriormente. Esta urdimbre de articulaciones campo-ciudad y la hegemonía que ejerció la ciudad de Cochabamba respecto a regiones más alejadas se vieron afectadas por medidas como la Reforma Agraria, pero particularmente por las nuevas fuerzas económicas que reestructuran el territorio nacional como consecuencia del paso de un modelo monoproductor de materias primas minerales a otro que diversifica esta vocación, incorporando el departamento de Santa Cruz a la geografía económica del país.

La región de Cochabamba, por su situación geográfica central y no por otros atributos, pasó a formar parte de este eje, convirtiéndose en el "espacio de comunicación nacional por excelencia" (Laserna, 1984). Desde la óptica de la teoría y la práctica de la planificación (Arze Cuadros, 1979), Cochabamba estaba naturalmente destinada a convertirse en la bisagra que articulara y armonizara el crecimiento de dos espacios productivos dispares y vinculados a los puertos del Atlántico y el Pacífico —vocación que había mostrado una y otra vez a lo largo de su historia—, a través del rápido desarrollo industrial volcado al mercado interno y con pretensión de abarcar mercados externos, sobre la base de un abanico de materias primas diversificadas y

suficientes recursos energéticos disponibles. En suma, se esperaba que pasara a jugar efectivamente el rol de "polo central de desarrollo" en base a su potenciamiento industrial y agrícola, como lo preconizaron con acierto los movimientos cívico-regionales de esa época.

Sin embargo, pese a estas potencialidades y perspectivas, la historia fue sensiblemente distinta: Cochabamba no logró modificar "su lugar económico en el espacio nacional, salvo el hecho accidental de haber añadido a sus roles anteriores, el de ser un espacio de tránsito y comunicación con potencial capacidad para absorber grandes unidades de servicios y comercialización" (Laserna, *op. cit.*). Sumado a lo anterior, reforzó su rol tradicional de fuente de abastecimiento o despensa barata de alimentos y fuerza de trabajo que aportaron en gran medida a la viabilidad del desarrollo económico de los dos polos extremos del eje, para finalmente hacerse merecedora del calificativo de "periferia central", como acertadamente sugiere Laserna.

En realidad, el desempeño periférico de Cochabamba con respecto a las grandes corrientes del desarrollo no constituye un simple episodio aislado sino una constante que, de una u otra forma, se hizo presente para caracterizar el papel que la región desempeñó, ya sea en relación al desarrollo y al auge de la minería de la plata colonial y republicana, como respecto a la era del estaño y, de los años cincuenta a los ochenta, con relación a la agroindustria y el petróleo. Es evidente que la economía de Cochabamba no pudo insertarse directamente al mercado mundial y no participó como protagonista principal de los auges económicos citados. Su rol, diríamos histórico, fue apoyar, ya sea como "granero", "nudo de comunicaciones", "centro de servicios" o "proveedor" de mano de obra, la alternativa de desarrollo de economías de exportación de otras regiones (Solares, 1998).

En este contexto surgen nuevos componentes que van delineando el carácter de la nueva formación regional y sus estructuras jerárquicas: renace el sentimiento cívico regional en torno al Comité Pro IV Centenario, la Junta de la Comunidad y, más adelante, el Comité Cívico Pro Cochabamba; la efervescencia campesina de los primeros tiempos de la Revolución Nacional termina en el Pacto Militar-Campesino, una suerte de instrumento represivo que allanará el camino a los regímenes militares y terminará reprimiendo a los propios

campesinos; los flujos migratorios desde las áreas rurales hacia el oriente, el Chapare y los países vecinos, que expresan, además de la profundización de la pobreza campesina, la ruptura definitiva de la economía y el mercado interno regional y la quiebra del modelo minifundista, para proyectar un desarrollo rural factible; en fin, la reiteración de las penurias del desarrollo industrial en la región y el reforzamiento de la pendiente que conduce a la ampliación de la terciarización de la economía regional y el ensanche de la economía informal. Este conjunto de factores se constituye en el trasfondo sobre el cual la ciudad de Cochabamba proyecta a inicios de los años setenta una modernidad llena de contrastes, contradicciones e ironías, en coherencia con similares características que expone la propia sociedad valluna que emerge de la Revolución Nacional.

La acelerada urbanización de la ciudad de Cochabamba no fue un fenómeno aislado y puntual, no sólo porque este fue expresión de un proceso similar a escala nacional, sino porque que se desarrolló en el contexto de lo que en los años sesenta se denominó la "explosión urbana" latinoamericana. Sin abundar en otros detalles de un tema que se tornó polémico en los años setenta, señalaremos que los efectos de este proceso urbano se manifestaron sobre todo en el rápido crecimiento de las ciudades en Bolivia y otros países, poniendo en evidencia un incremento sustancial de las tasas anuales de crecimiento demográfico de la población urbana, que en este orden superó notoriamente la dinámica de la población rural.

Como consecuencia de los factores internos y externos que operan sobre el proceso urbano, en los años setenta Cochabamba ofrece una fisonomía francamente distinta y contradictoria a aquélla que trataron de modificar los urbanistas en los años cuarenta. A fines de ese decenio la ciudad no sólo había rebasado los generosos límites de crecimiento urbano fijados en 1944 y sancionados por el Plano Regulador elevado a rango de ley en 1961, sino que tal expansión había vulnerado ampliamente las disposiciones de dicho instrumento técnico en relación al crecimiento urbano[58].

58 Un repaso incompleto de los avances urbanos no previstos por las normas municipales hacen referencia a los siguientes casos: la ocupación de las colinas y serranías de Wayra Khasa, Alto Cochabamba y Ticti; la urbanización del límite

El continuo avance de la urbanización no se orientaba por medidas previsoras que encauzaran este crecimiento en función de alguna política municipal apropiada. Por el contrario, se desarrollaron en medio de una total falta de orientación técnica y de control del municipio, que paulatinamente fue perdiendo capacidad para hacer respetar sus propias normas y los límites del perímetro urbano propuestos por el Plano Regulador vigente[59]. De esta manera extensas áreas agrícolas y sitios no aptos para la urbanización fueron fraccionados sin ningún impedimento. Al respecto se anotaba que tal expansión se hacía incluso ocupando zonas que potencialmente estaban sujetas a serios riesgos naturales, particularmente con relación a las temibles torrenteras cuyos conos de deyección tendían a ser el sitio preferido para asentamientos irregulares protagonizados por migrantes. Igualmente, tales formas de ocupación y el fraccionamiento indiscriminado de tierras estaba causando un serio desequilibrio ecológico por la destrucción masiva de la flora nativa y la contaminación de los acuíferos y recursos hídricos en general, que a su vez, provocan en forma alarmante cuadros de erosión eólica en zonas otrora fértiles, contaminación ambiental por grandes nubes de polvo, que desde entonces tienen un carácter prácticamente permanente, etc. Todo ello provoca finalmente un deterioro ambiental generalizado, la pérdida irreparable de la campiña —una de las grandes tradiciones y atractivos cochabambinos— e incluso el deterioro sensible del mítico clima valluno. Sin embargo, lo más perjudicial fue la rápida destrucción de la tierra laborable que rodeaba a la ciudad. Al respecto se puntualizaba lo siguiente:

---

sur del Parque Tunari, que colinda con la ciudad; la urbanización acelerada del eje Cochabamba-Quillacollo, considerada originalmente como un eje industrial; la urbanización del eje Cochabamba-Sacaba; los rebalses urbanos que rebasan por el Sur, el Este y el Oeste el radio urbano fijado por el Plano Regulador; las urbanizaciones en las orillas oeste y sur de la laguna de Alalay y Valle Hermoso; la ocupación parcial del cerro San Pedro, la urbanización de las serranías al este de Valle Hermoso, etc.

59 En realidad, el Municipio, en este momento, antes que ser una institución con capacidad técnica para encauzar esta suerte de *explosión urbana* y el auge edificatorio que se produce en las década de los setenta, es parte del problema al no encontrar respuestas rápidas a los nuevos problemas cuyas recetas no están ya en el Plano Regulador, cuya obsolescencia es inevitable.

> La expansión desordenada de las urbanizaciones y loteamientos eventuales y dispersos que en los últimos años se han acrecentado notablemente. Las obras infraestructurales de carácter público y aun particular que se emplazan y desarrollan sobre grandes extensiones de tierras cultivables, de acuerdo a proyectos aislados e inorgánicos que no condicen con una planificación integral en la que se tome en cuenta todos los aspectos de la economía regional; obras entre las que cabe citar las vías camineras y ferroviarias, canales, aeropuertos, líneas de alta tensión eléctrica en las que generalmente sólo pueden considerarse los aspectos técnicos y de costos inherentes a las obras en sí, como si estas no tuvieran que hacerse precisamente en aras de una mayor productividad, base de la economía de un país [...] Al reducirse cada vez más las áreas de cultivo es claro que la producción agropecuaria en la que se sustenta tradicionalmente la economía cochabambina viene sufriendo un grave impacto negativo traducido en una paulatina y peligrosa merma. (JUNCO, 1978, citado por Solares, 1998.)

Un causal importante de estos hechos que gravitaban negativamente (aún lo hacen) sobre el patrón de urbanización dominante es el fenómeno de dispersión de la función residencial y otras actividades urbanas. Esta situación promovió, por ejemplo, un proceso de asentamientos lineales con fuertes derroches de tierra y espacio en el eje Cochabamba-Quillacollo, que terminaron por destruir los suelos más fértiles del valle central, provocando además muy bajos índices de densidad. Al respecto, la Memoria del Plan Director Urbano de Cochabamba de 1982 hacía la siguiente de descripción que refleja muy bien la realidad imperante en cuanto a la extrema irracionalidad en el uso y la administración del suelo urbano:

> La dispersión es la responsable directa o indirecta del deterioro rápido del paisaje dentro del perímetro de la aglomeración. Un sembradío de viviendas lleno de claros desnaturaliza así grandes extensiones del territorio y lo que es más grave aún, determina un despilfarro de terrenos ya que los espacios comprometidos en funciones urbanas son mucho mayores que los necesarios [...] Los terrenos baldíos resultantes quedan completamente abandonados o se convierten en basurales dada la imposibilidad de continuar con el uso agrícola, dando por resultado zonas confusas que no llegan a ser ni siquiera un mal compromiso entre campo y ciudad.

El resultado, de acuerdo a la citada Memoria del Plan Director Urbano de Cochabamba[60], es un conglomerado urbano extenso y antieconómico en razón de que en su desarrollo primaron intereses individuales y no aquellos que representaran a la comunidad. Por tanto, aspectos como la dotación de infraestructura básica, no tomados en cuenta por tales intereses, han determinado que en esta ciudad tuvieran costos prohibitivos, quedando al margen de ésta la extensa periferia. Esta estructura atomizada pasó a ser soportada por el municipio, que se vio incapacitado para hacer una gestión urbana adecuada, puesto que el proceso urbano resultante expresa una suerte de trama compleja, conflictiva y amarrada a intereses políticos, e incluso puramente mercantiles que, según dicho documento, imposibilitaron adoptar previsiones e incluso hacer cumplir como mínimo las disposiciones legales en materia de uso del suelo. Por tanto, la comuna se vio obligada a atender asentamientos escasamente estructurados, con débiles o bajísimos índices de densificación, al punto que resultaba casi imposible reunir una cantidad adecuada de usuarios que garantizaran la rentabilidad de cualquier emprendimiento.

En este orden de cosas, se fue generando una urbanización tenue con un crecimiento del tipo "mancha de aceite", con desprendimientos tentaculares, en que la especulación de la tierra impuso una situación de accesibilidad mínima sólo alcanzable a través del automóvil, estimulando a su vez el crecimiento igualmente exagerado y caótico del transporte público privado, "el más costoso, el más flexible, pero también el más embarazoso para la colectividad y el más contaminador y dilapidador de recursos petroleros", en el que la circulación y la propia y penosa funcionalidad de la ciudad imponen largos recorridos desde o hacia un centro urbano que se congestiona, complicando totalmente el desplazamiento interno y la necesaria interrelación de las distintas zonas de la ciudad[61]. Al respecto se terminaba sentenciando:

---

60 El Plan Director Urbano de Cochabamba, elaborado a partir de 1978, entra en vigencia en 1981.

61 Este es el origen del enorme poder que posteriormente adquiere el gremio de transportistas sindicalizados y libres, con capacidad de paralizar la ciudad ante cualquier demanda o capricho, y la razón por la cual todos los esfuerzos municipales para hacer cumplir las distintas versiones del Plan Municipal de Transporte Urbano fracasen una y otra vez, pues la lógica del transporte público es seguir el incontrolado avance urbano creando nuevas líneas y congestionando los espacios de actividad económica de la ciudad.

> Todo este proceso constituye, en realidad, lo contrario de la planificación, la dispersión conlleva el mayor número posible de dificultades para la colectividad, sin que sea compensada por ventaja alguna sino la de permitir que algunos propietarios vendan más caro su terreno. (Memoria del Plan Director Urbano de Cochabamba de 1982)

Esta falta de racionalidad en el proceso de urbanización observado, por lo menos desde el punto de vista de la planificación e incluso de un sencillo sentido común, obedece a otra forma de razón, si es que se puede llamar tal al comportamiento altamente especulativo del mercado del suelo urbano, que en realidad se convierte en el gran "planificador" del producto resultante. En el caso de Cochabamba, el comportamiento del mercado inmobiliario se caracterizaba, y aún lo hace, por una estructura de oferta y demanda de tierra libre de cualquier control estatal o municipal con relación al desarrollo urbano. En los años setenta se establecía además el agravante de una enorme diferencia entre los bajos valores catastrales y los elevados montos de los valores comerciales del suelo urbano, lo que permitía márgenes de rentabilidad y captación de plusvalía muy amplios. De este modo, la inversión en bienes raíces se convertía en una especie de depósito seguro de capitales ociosos capaces de beneficiarse de gruesas utilidades y mayores ventajas que las ofertadas por cualquier establecimiento bancario o cualquier inversión en el campo de la producción. En suma, un negocio prácticamente libre de controles e impuestos fiscales y a prueba de todo tipo de inestabilidad financiera o monetaria[62].

El resultado fue (es) un crecimiento urbano marcadamente horizontal, con bajas densidades y altos costos de urbanización, es decir elevados costos per capita para la dotación de los servicios básicos, provisto de un sistema de transporte público poco confortable y

---

62 Es probable que estas circunstancias que ofrecía la ciudad para hacer buenos negocios con relación a la oferta y demanda de suelo urbano recrearon un imaginario de oportunidades mercantiles en otros ámbitos, haciendo fértil el terreno para que prosperaran empresas de dudosa viabilidad pero que se nutrieron de la buena fe de miles de incautos. El caso más celebre fue FINSA.

antieconómico. En líneas generales, una estructura en que entran en perenne conflicto tendencias de excesiva centralización, que a su vez generan estímulos para la franca dispersión y expansión de una periferia desprovista de cualquier tipo de servicio y, por tanto, fuertemente dependiente de un centro cada vez más lejano e inaccesible. Este proceso no es homogéneo, naturalmente, y toma varios cauces. Así, la zona sur, a partir de mediados de los años cincuenta, durante los sesenta e intensificándose aun más en los setenta de la centuria pasada, experimenta el impacto de una sui géneris renovación urbana, la denominada "arquitectura birlocha" o de los "nuevos ricos", es decir la emergencia de los primeros "monoblocks" de tres o cuatro plantas, que expresan en su lenguaje arquitectónico una mezcla de tradiciones constructivas populares con el "racionalismo funcionalista" de moda en la época, dando por resultado un eclecticismo singular que expresa muy bien las ansias de modernidad de las élites emergentes.

Por otra parte, el "*boom* de la construcción", que tiene lugar entre 1974 y 1979, no sólo refuerza la tendencia citada, sino que alienta la consolidación de las zonas residenciales en la zona norte, particularmente Cala Cala y con menor énfasis Queru Queru, Muyurina, Hipódromo, Sarco, etc. Simultáneamente, en las zonas periféricas se verifica la continúa expansión de una frontera urbana totalmente dinámica, en que abundan los "sembradíos de casas" o medias aguas autoconstruidas, y cuyas cubiertas de calamina van destruyendo el bucólico paisaje valluno, sustituyéndolo por imágenes de campamentos mineros reproducidos en diferentes barrios, que pasan a expresar una nueva fisonomía con la que se reviste la pobreza urbana. Sin embargo, la lógica del consumo espacial de los nuevos pobres urbanos se mueve bajo pautas diferentes a las que impulsan la obsesión especulativa de la tierra urbana. En este caso, se trata de una obsesión distinta: la búsqueda frenética, a cargo de multitud de inmigrantes y expulsados pobres de los barrios residenciales, del lote barato, del "negocito de oportunidad" para afincarse en un sitio y proveerse de techo, sin importar que lo ofertado sea ilegal, que implique riesgos naturales u otro tipo de situaciones atentatorias contra la vida y la residencia digna.

En fin, estas son las tendencias dominantes bajo las cuales el modelo de la ciudad señorial evoluciona hacia la denominada conurbación, es decir, una estructura física radicalmente diferente. Sin embargo, al carecer este proceso de un incentivo proveniente del crecimiento del sector industrial o agroindustrial, mantiene internamente la antigua estructura centro-periferia o el modelo concéntrico de centralización-dispersión, que se convierte en la fuente de la proclamada crisis urbana de los años ochenta (ver mapas 2 y 3).

A lo largo de los citados años ochenta, la acelerada transformación y expansión de la ciudad llama la atención del mundo académico y varios cientistas sociales tratan de encontrar una explicación a este proceso desde ópticas diversas, aunque coincidiendo en líneas generales en la argumentación de las causas.

Wolgang Schopp (1981) anotaba que una de las características de la estructura urbana era la elevada concentración de negocios y comercio en el sector sur de la ciudad: "Aquí, junto a los límites del casco viejo se ha desarrollado un extenso barrio de mercado con áreas comerciales permanentes y un amplio terreno para la feria. Entre la región del mercado y la plaza se encuentran los negocios mejor situados, los que en las calles de comunicación, tienden a determinada especialización". Se refiere, por ejemplo, a que el comercio de telas y pompas fúnebres se concentraba en la calle Esteban Arze, las ferreterías, en la avenida San Martín, las talabarterías, en la calle Ayacucho, las ventas de repuestos de automóviles, como hasta hoy, en la antigua avenida Perú (hoy Heroínas), "la calle de los abogados" era la Sucre, en tanto que el sector predilecto de los médicos era la calle 25 de Mayo en las cuadras próximas a la plaza Colón.

Silvia Escóbar y Carmen Ledo (1988), por su parte, realizaron la siguiente descripción del acelerado crecimiento de la ciudad:

> Durante los años 60 y la primera mitad de los 70 se registró una expansión del área urbana en todas las direcciones. Los límites geográficos del suroriente (Cerro Verde y San Miguel) fueron superados por "invasiones" del Sindicato de Inquilinos; los terrenos agrícolas del eje Cochabamba-Quillacollo, hacia el suroccidente, debieron ceder su lugar a la ocupación residencial, comercial e industrial; el "tapón" del aeropuerto no fue obstáculo para el avance sobre su margen oriental.

> A su vez, los estratos más poderosos edificaban sus viviendas hacia el Norte, como continuación del Centro, abarcando las zonas de Queru Queru, Cala Cala y Muyurina. Nuevas áreas agrícolas como Mayorazgo, Sarco, Temporal y Tupuraya, enriquecieron la toponimia de los barrios cochabambinos. La antaño remota laguna de Alalay y el distante Country Club, así como Jayhuayco, con las ladrillerías y el Hipódromo, quedaron insertas dentro del avance del tejido urbano. (*op. cit.*: 25.)

La cita anterior sintetiza descripciones más detalladas contenidas en documentos de la época, y deja en claro que la ciudad otrora inmóvil y luego pausada en su expansión ha montado en un corcel desbocado que desparrama la mancha urbana por diestra y siniestra. Veamos algunos datos que constatan este proceso: El Censo Municipal de 1945 informaba de una población total de 71.492 habitantes, ocupando en números redondos 1.200 hectáreas. En 1967, un nuevo censo municipal mostraba cambios importantes: la ciudad tenía 137.004 habitantes que ocupan 3.500 hectáreas, es decir, en algo más de dos décadas, la población urbana casi se duplica; sin embargo, curiosamente, la extensión de la ciudad prácticamente se triplica. El significado que asumimos para este fenómeno es que en el lapso citado se produce la ruptura del modelo de ciudad compacta tradicional, que es sustituido por la ciudad horizontal y poco densa, no sólo como resultado de un proceso de crecimiento demográfico importante, sino como efecto de un mayor grado de mercantilización del suelo urbano, es decir, la expansión de la ciudad pasa a vincularse en forma estrecha con los negocios inmobiliarios, particularmente con el fraccionamiento de tierras.

Esta dinámica prosigue sin pausa. El Censo Nacional de Población y Vivienda (CNPV) de 1976 revela una población de 204.864 habitantes, ocupando un territorio de 6.135 ha, que incluyen los rebalses que perforan el radio urbano dispuesto por el Plan Regulador[63]. El CNPV 1992 incorpora por primera vez la población de la conurbación (Cochabamba, Quillacollo, Sacaba, Colcapirhua, Tiquipaya y Vinto, incluyendo sus expansiones tentaculares). El recuento poblacional

---

[63] El Plano Regulador de 1961 contemplaba 4.235 hectáreas dentro del perímetro urbano fijado.

arroja una población de 528.225 habitantes para la citada conurbación y 414.307 habitantes para el Cercado (INE, 2001).

El área metropolitana, como pasa a denominarse la conurbación, a partir de la aplicación del Plan Director Urbano, contemplaba la ocupación de unas 10.900 hectáreas aproximadamente[64]. Si bien no existe información confiable, no consideramos equivocado suponer que en 1992 la población de la conurbación ocupa una extensión superior a la dispuesta por los instrumentos de planificación. Finalmente el CNPV 2001 revela la existencia de una población de 761.136 habitantes en la conurbación, correspondiendo al Municipio del Cercado 517.024 habitantes que, de acuerdo a fuentes municipales[65], estarían ocupando 10.100 hectáreas, estimándose a grosso modo que la conurbación fácilmente ocupa unas 15.000 a 18.000 hectáreas en ese momento[66].

Por la misma época, Solares y Bustamante (1986) consideran que este proceso expansivo está fuertemente influido por las migraciones, que crean crecientes demandas de tierra urbana, alimentando una oferta especulativa que alienta la expansión horizontal de la ciudad. Se considera que la estructura urbana, simultáneamente centrípeta, al exacerbar la densificación de las actividades económicas y de servicios en los espacios centrales, y centrífuga, al dispersar la función residencial, recrea dos formas no necesariamente opuestas pero sí conflictivas de organizar el espacio urbano.

Por una parte se encuentra el sector de economía capitalista, predominantemente mercantil, que organiza sus soportes materiales con la remodelación de viejas casonas, nuevos edificios proyectados

[64] El Plan Director incorporó al área urbanizable 7.686 hectáreas que correspondían al Municipio de Cochabamba y 3.300 hectáreas que correspondían a la conurbación.

[65] Plan de Ordenamiento Territorial del Municipio de Cochabamba, 2007.

[66] Una estimación de la fuente municipal antes citada (documento del PMOT, 2007) revela que hacia el año 2005 Cochabamba tendría una población de 594.089 habitantes ocupando 10.150 hectáreas. Respecto a la conurbación, es posible que la población total bordee actualmente (2008) el millón de habitantes, si no los ha superado.

específicamente para contener funciones comerciales y de prestación de servicios, propaganda comercial con criterios modernos, etc., en torno a la plaza 14 de Septiembre y calles adyacentes. Esta expansión tenderá a avanzar sobre las avenidas Ayacucho, Heroínas, San Martín (Norte) y calles paralelas y transversales, siempre prefiriendo consolidar el centro comercial en las zonas noreste y noroeste del casco viejo.

Por otra parte, hallamos la denominada economía informal (precapitalista), que no sólo se enseñorea en La Cancha y un amplio entorno, sino que rebasa la frontera que constituía la avenida Aroma y se apodera de la avenida San Martín (Sur). Logra articularse con los mercados 25 de Mayo y 27 de Mayo, absorbiendo para sí una buena parte de la zona sudeste, particularmente a lo largo de los ejes formados por la citada avenida y las calles 25 de Mayo, Esteban Arze, Lanza y Antezana. Paralelamente, así como el centro del comercio formal o moderno estructura un modelo de ciudad hacia el Norte y el Este, bajo el patrón de barrios residenciales, también el emporio de comercio informal de La Cancha organiza sus espacios de alojamiento bajo la forma de barrios populares o villas que se despliegan en la extensa zona sur.

De esta manera, por lo menos formalmente se podría hablar de una dualización de la ciudad. Sin embargo, ambas formas de economía interactuaban intensamente, configurando lo que Milton Santos (1996) denominó "los dos circuitos de la economía urbana", uno de esfera alta o consumo para estratos de altos ingresos, y otro de esfera baja o para estratos de bajos ingresos adscritos al sector informal urbano. Ambos se articulan entre sí, formando una unidad naturalmente contradictoria pero complementaria, en que los actores de una esfera dependen de los servicios y ventajas que le ofrezca la otra para completar sus condiciones de reproducción económica y social. Es decir que, más que un modelo de ciudad dual, se podría hablar de un modelo de subsunción real y formal del trabajo en favor del sector moderno de la economía urbana por parte del sector precapitalista, incorporando una estructura espacial que aparece con características duales sólo formalmente.

Veamos otras percepciones sobre la ciudad, esta vez de los ciudadanos que en ese momento recogen impresiones que combinan añoranzas por el pasado, satisfacciones por el desarrollo formal alcanzado por la ciudad y constataciones sobre las contradicciones que encierra ese desarrollo y los temores sobre la futura evolución del proceso urbano:

> avenidas y parques muestran la variedad de la flora valluna: En ellos se reúnen hacia el atardecer ancianos y niños para "tomar el fresco". Las parejas de enamorados llenan Cala Cala, la laguna Cuéllar, el lago de Alalay y los caminos que conducen a las poblaciones vecinas. Los idilios florecen igual que las gardenias y mariposas. [...] Las quintas de recreo bulliciosas, siempre concurridas por los amantes de la buena chicha, de la música, del baile y de la glotonería, jamás cierran sus puertas. (Beltrán Morales: Cochabamba, *Extra*, 14/09/1965.)

El anterior cronista evoca un imaginario romántico y participativo del espacio en que ellos y ellas convierten la ciudad en el marco de sus idilios. Sin duda, se recrea una atmósfera de paz, seguridad e inclusión que, a no dudar, forma parte de los aspectos positivos del imaginario de la ciudad.

Estos imaginarios se nutren con el calificativo de "ciudad-jardín" que mereció la ciudad por parte de cochabambinos y cochabambinas a fines del siglo XIX, ideal que se vio reforzado en la década de 1940, cuando los estudios de urbanización de la ciudad introdujeron este término para describir un modelo de desarrollo urbano que concitaba la expectativa de los habitantes de la ciudad, y que formalmente respetaba los valores de la rica naturaleza circundante, en estricta aplicación a las doctrinas urbanas imperantes. No obstante, aún antes de la plena aplicación de estos preceptos, la ciudad ya presentaba un bello ejemplo de integración con el marco natural de su hermoso valle y los macizos andinos circundantes, equilibrio todavía no alterado por los excesos "modernistas" en materia de arquitectura y urbanismo que décadas más tarde se cometieron. Una descripción que hacia el periódico *El País*, en ocasión de una nueva efemérides departamental en 1952, revelaba cómo estas visiones de ciudad deseada se combinaban con los afanes modernistas:

> Vista desde un avión Cochabamba presenta el aspecto de una ciudad semitropical con calles bien trazadas y casas espaciosas de dos pisos construidas junto a patios y jardines resplandecientes de sol —una ordenanza dispone que no se autoriza la construcción de ningún edificio sin su correspondiente jardín—. Hermosos floreros adornan los pórticos y balcones de las casas. Ricos y pobres colaboran en el cuidado de los parques y jardines públicos, en el noble afán de que ellos superen en belleza a los jardines privados [...]. La ciudad esta rodeada de pintorescos paseos y lugares de recreo como "El Cortijo" que cuenta con una buena piscina de natación y un buen restaurante; "Berbeley", "Cala Cala", "Queru Queru", "La Pascana" y muchos otros que también disponen de piscinas y baños públicos [...] Cochabamba se enorgullece de tener el aeropuerto más grande de la República. Cuenta además con un excelente hotel situado en los suburbios de la ciudad —el gran Hotel Cochabamba— que en nada desmerece a los mejores del continente.

Veamos algunos rasgos de esta nueva realidad desde la perspectiva de un perspicaz viajero que a bordo de un motorizado paseaba por la ciudad:

> Un Chrysler deteriorado por el tiempo y el trabajo de muchos años nos lleva al amplio puente de la Avenida Libertador Bolívar [...] Un hormiguero de automóviles y peatones sale del Estadio Departamental después de una emocionante justa deportiva [...] En medio del estrépito de las bocinas y del torbellino del tránsito, el auto se desliza por la Avenida Ballivián frente a la estatua de Bolívar [...] Atravesamos plazas y calles. La Coronilla [...] Más allá el Aeropuerto del Lloyd Aéreo Boliviano: construcciones, pistas asfaltadas, hangares, cuadrimotores [...] avalancha de pasajeros de todas partes [...] Pasamos por las dos estaciones de ferrocarriles de pretensiones interoceánicas [...] contemplamos en el trayecto una muchedumbre abigarrada de obreros y campesinos de porte marcial y placentera expresión: índice de reivindicaciones post revolucionarias y de ostensible elevación socio económica [...] El auto reanuda la velocidad por el camino carretero a la Refinería de Petróleo cuyas construcciones: oleoductos, tanques, torres, columnas y chimeneas [...] anuncian la fiebre de trabajo y edifican el futuro [...] Regresamos por los mercados populares en día de feria: abarrotamiento de negocios, vendedores ambulantes, tránsito embotellado por el hacinamiento en demanda de artículos de consumo (José Anaya: "Reportaje a Cochabamba"[67]).

---

[67] *El Pueblo*, Cochabamba, 14 de septiembre de 1954.

No cabe duda que la ciudad en la década de los años cincuenta y posteriores respiraba la atmósfera de una vertiginosa transformación, donde antiguas visiones de verdores tropicales se mezclaban con la irrefrenable dinámica de un nuevo estilo de vida urbana que hacía del automóvil uno de sus íconos más emblemáticos, todo ello en medio del bullicioso despertar social de las antiguas clases subalternas que no tardarían en tomar posesión del prometedor comercio informal.

En resumen, el período entre el derrocamiento de Paz Estenssoro, en 1964, y 1985, año que puede ser considerado inaugural en la aplicación del denominado ajuste estructural, el proceso urbano de la ciudad de Cochabamba adquiere un ritmo acelerado. El antiguo patrón de urbanización que correspondía a la ciudad compacta es sustituido por un modelo permisivo de la expansión urbana, dando paso a un patrón de ocupación del suelo, generosamente derrochador de este recurso y promotor de una estructura física urbana simultáneamente compacta en su centro comercial bipolar (comercio formal-comercio ferial o informal) y extremadamente dispersa en la disposición de sus funciones residenciales, sean éstas fruto de la planificación bajo moldes modernos o resultado de formas espontáneas de urbanización (barrios populares y villas), es decir, zonas de residencia de clase media/alta o barrios periféricos a La Cancha, exhibiendo densidades demográficas y constructivas bajas y un tejido urbano débil e inconexo, frecuentemente interrumpido por grandes extensiones de "tierras de engorde", es decir, tierras de propietarios especuladores que esperan la mejor oportunidad mercantil para librarlas al mercado.

Hilando más fino, podemos afirmar que la ciudad y la microrregión (el área de la conurbación en proceso de formación) emergen como un pequeño oasis de desarrollo capitalista emplazado en el valle central. Pero ni siquiera esto es una verdad absoluta, pues como hemos observado, ni aun en este nivel existe un pleno monopolio del sector capitalista para imponer un modelo único de organización del espacio. La estructura resultante, por el contrario, combina ambas lógicas económicas, tanto definiendo la materialidad de los niveles de centralización de los escenarios donde culmina el ciclo económico del capital y se realiza la captación final del excedente generado por la economía campesina, cuanto en la forma dispersa en que se

organizan los soportes materiales de las formas económicas precapitalistas o no. Es decir, barrios populares, viviendas autoconstruidas, servicios básicos obtenidos por esfuerzo comunitario y escasos equipamientos arrancados al municipio a través de la movilización social, que coadyuvan a la reproducción de la fuerza de trabajo de obreros y la amplia masa de informales. De esta forma Cochabamba exhibe un centro histórico con pretensión de convertirse en un "centro de modernidad", pero obligado a coexistir con un vigoroso "centro popular", unos barrios residenciales edificados adaptando imaginarios del modelo de ciudad-jardín y barrios populares y asentamientos de emergencia ajenos a este concepto, todo ello dentro de un delicado equilibrio de formas opuestas de concebir, consumir y proyectar la ciudad, pero unificadas en el pleno consenso de que cada parte requiere imperiosamente de su opuesto para encontrar su propia viabilidad.

Esta característica es la que imprime a la ciudad su infinita capacidad de combinar lo nuevo con lo viejo, lo moderno con lo tradicional, lo exclusivo con lo popular. Al extremo de que en el decenio de 1970 no era posible encontrar un solo barrio que pudiera ser tipificado sin lugar a dudas como de "clase alta", sino barrios heterogéneos en variadísimos grados y matices. Era frecuente que el chalé y el palacete colindaran con la humilde vivienda de un antiguo artesano, con el huerto de un pequeño agricultor o, incluso, con una pujante chichería, todos ellos reposando sobre valiosísimos lotes que se negaban a vender, prefiriendo subsistir con los magros recursos que les proveía la economía informal. También lo era la situación contraria: que un opulento intermediario, dueño de muchos camiones, microbuses, taxis y edificios de renta en torno a La Cancha y aledaños, con hijos en colegios exclusivos y rodeado de multitudes de compadres y ahijados, no abandonará su viejo "negocito", una miserable caseta de La Cancha, que le sirve hasta de cobijo desde que inició los buenos negocios hace muchos años, sin que cupiera en su mente la idea de ocupar un moderno almacén y un departamento confortable en alguno de sus edificios, y menos todavía habitar una vivienda moderna edificada en uno de sus tantos lotes en la zona norte, prefiriendo continuar su vida en unas modestas medias aguas del barrio popular que carecen incluso de reconocimiento legal.

En conclusión, la ciudad, pese a su creciente diferenciación social y espacial, no materializa este proceso en una estratificación reconocible en ninguna de las esferas mencionadas. Todavía conserva fuertes rasgos de la sociedad abierta que se conformó en los años de la Revolución Nacional; todavía no termina de llenarse el vacío de poder que dejó la antigua clase gamonal. El bloque de poder regional, utilizando la fórmula gramsciana, no es del todo hegemónico, aunque ha logrado estructurar un modelo de acumulación que define el rol subalterno de los ex colonos y otros trabajadores rurales dueños de pequeñas parcelas o minifundios y enterrados en la permanencia de modos de producción arcaicos. La nueva pirámide social se mantiene fluida en sus niveles intermedios y altos. En los niveles altos permanece muy mermado un estrato social conservador conformado por pocos ex latifundistas, comerciantes importadores, empresarios industriales y banqueros que tratan de encontrar un portavoz en los movimientos cívicos de la época, y que van siendo desplazado por los llamados "nuevos ricos", que en este momento tienen jugosas fortunas y realizan inversiones para proyectar ostentación y prestigio, pero que carecen de dones de mando y de esa distinción otrora tan valorada que les permitiera comandar efectivamente la sociedad regional. Se trata de un estrato muy rico, pero que no termina de liberarse de su visión de rentista; como podría sugerir Weber, carece de cultura capitalista. En suma, los restos de la clase dominante latifundiaria carecen de fuerza, y la mayor parte de sus miembros son pobres de solemnidad, aunque les sobra experiencia en el manejo de los recursos del poder; la élite emergente, en tanto, es muy rica, pero ello no es suficiente para dotarla de aptitudes de mando y convertirla en representantes de una cultura burguesa moderna.

Sin embargo, lo que exhibe la ciudad y sus espacios públicos es un proceso acelerado de fragmentación y dispersión urbana, sobre todo en relación con la función residencial. Pese a ello, no son visibles tendencias de segmentación del cuerpo social. El Norte con aspiraciones modernistas y Sur todavía popular comparten valores en común. Uno de los más emblemáticos, como veremos más adelante, es La Cancha, lugar central del abastecimiento urbano para todas la clases y estratos sociales, pero también espacio de encuentro intercultural, convivencia y práctica colectiva de añejas costumbres de regateo, tertulia y ajetreo, donde las "caseritas" y las amas de

casa de toda condición social olvidan sus diferencias. Otro espacio público de virtudes similares, guardando naturalmente las distancias funcionales, es la Universidad Mayor de San Simón, donde también conviven y comparten cotidianamente el quehacer de la vida universitaria miles de jóvenes de diversa procedencia social. En fin, en forma más o menos intensa, otros recintos urbanos, como los cines, El Prado y la propia plaza principal, también se mantienen como espacios de convivencia tolerante y conservan una atmósfera de amplitud democrática.

Todo ello hace que la sociedad cochabambina de los decenios de 1960 y 1970 sea muy fluida, insistimos, y que tal característica se exprese de manera continua en el ordenamiento espacial. Efectivamente, como ya mencionamos, no es posible hablar con soltura en este periodo de barrios de distinción, de barrios de clase alta o de barrios exclusivos, pero tampoco es posible identificar villas miseria al estilo de las *favelas* cariocas u otras formas de pobreza explícita que exponen muchas ciudades. Apenas se trata de barriadas autoconstruidas sin la pulcritud de los barrios residenciales, pero donde la composición social no esta nítidamente estratificada: en los barrios residenciales es posible encontrar bolsones de ex mineros, pequeños comerciantes feriales, modestos profesores, empleados públicos, etc., en tanto que en los llamados barrios pobres fija residencia más de un nuevo rico que desea vivir cerca de La Cancha, que es el centro de sus operaciones mercantiles.

La ciudad en el decenio de 1990: modificaciones de la imagen urbana

El decenio de 1990 encontró a Cochabamba en una curiosa circunstancia contradictoria: para un observador escéptico, poco o nada había cambiado con relación a las dos décadas anteriores, salvo que los problemas heredados de esas épocas naturalmente se habían agravado, como es de suponer. Sin embargo, un observador más meticuloso podría haber argumentado que esta era una verdad a medias pues se habían producido cambios importantes, no sólo desde el punto de vista de la consolidación de una sociedad regional y un patrón de desarrollo que aún eran emergentes en el período anterior, sino también en la medida en que habían surgido nuevos escenarios

regionales, como el Chapare y el auge de la economía de la coca, con toda su carga de conflictos y problemas y la incipiente condición de Cochabamba como flamante productor petrolero, asistiendo además a un renovado esfuerzo de relanzamiento de su aparato industrial.

Por otro lado, se puede decir que el tránsito entre la vieja sociedad rural oligárquica y la sociedad regional de los años ochenta, pasando por el *período formativo* de los años cincuenta a los setenta, había culminado en un proceso de cambio social en que el mundo rural en continuo retroceso no necesariamente dejaba paso al moderno capitalismo industrial, sino a la consolidación de un complejo universo de comerciantes de todo calibre y prestadores de servicios de todo género, apasionadamente entregados a promover infinitas formas de circulación especulativa de la riqueza generada por la agricultura —justamente el sector más atrasado de la economía regional y que, al concentrarse en la ciudad de Cochabamba, promovió la acelerada urbanización y la expansión de la misma sobre grandes porciones del valle central—. Indudablemente estos son cambios importantes: se consolida lo que en el período anterior era apenas una tendencia o un síntoma, pero ello no mejoró, sino que agravó la naturaleza contradictoria de este patrón de desarrollo.

La ciudad de Cochabamba es casi ya irreconocible en 1990 con respecto a aquélla descrita en 1945 con motivo del Censo Municipal de ese año. No sólo se ha expandido hasta límites inimaginables para los primeros planificadores de la ciudad, sino que ha consolidado todo el perímetro urbanizable definido en dicha época por el Plano Regulador y que se consideraba suficiente para contener el crecimiento urbano durante más de medio siglo, alcanzando una población de hasta medio millón de habitantes. Además, se ha "desparramado" a lo largo del Valle Central, definiendo ejes de conurbación entre Quillacollo-Vinto, Sacaba, Tiquipaya, Valle Hermoso y Cochabamba.

El resultado está muy lejos de la ciudad planificada e industrial rodeada de centros satélites donde residiría una laboriosa clase trabajadora que sugería el primer Plano de la Ciudad y su región de influencia inmediata. El centro urbano no ha logrado completar la renovación urbana que, como la mayor aspiración modernista, quedó plasmada en el Plan Vial del Casco Viejo de los años cincuenta

del siglo precedente. En efecto, hacia mediados de los ochenta, la silueta urbana del centro histórico, que gira en torno a la plaza 14 de Septiembre, todavía estaba dominada por las viejas casonas, muy deterioradas, fraccionadas y desfiguradas, es cierto, pero que definían una persistente escala uniforme sólo alterada por unos pocos edificios que superaban los diez pisos y que habían sido edificados durante el *boom* de la construcción de los años setenta. Sin embargo, a partir de los noventa, zonas tan tradicionales como El Prado fueron severamente modificadas en su imagen y proporción por elevadas torres y un nuevo lenguaje arquitectónico que contenía los nuevos valores de la modernidad de este fin de siglo. Los ensanches de las avenidas Heroína y Ayacucho también estimulan, aunque con cierta parsimonia, la materialización de espacios dominados por grandes edificios de renta y comercio, introduciendo así en el centro urbano una estructura lineal que modifica de forma irreversible el aspecto aldeano, reduciendo el patrimonio urbano, que teóricamente se debía conservar, a la Plaza de Armas y a unas pocas manzanas que la rodean, a la manera de un último islote del pasado cuya capacidad de resistencia a la marea modernista y sus deformaciones es cada vez más débil.

El modelo de *ciudad-jardín* se materializa parcialmente en las zonas residenciales; sin embargo, lo más importante es que la urbanización "por saltos" y de tipo lineal en torno a los principales ejes urbanos de la zona norte (avenidas Libertador Bolívar, América y Aniceto Arze), que había caracterizado a las primeras formas de expansión urbana sobre la campiña, es finalmente relegada por un proceso raudo de consolidación de la mancha urbana. Ésta termina consumiendo los enormes terrenos baldíos donde, todavía a inicios de los setenta, eran frecuentes grandes maizales y cultivos de hortalizas al lado de los primeros chalés que aparecían dispersos y rodeados de este mundo rural, nada menos que en lo que serían las zonas residenciales urbanas de las clases medias y altas que consolidan su emergencia gracias a su participación en la gestión del aparato del Estado y el crecimiento de los sectores privados (Gordillo *et al.*, 2007).

Recién a lo largo del citado decenio aparecen francamente —principalmente en la zona norte—, las viviendas modernas en diversos estilos y gustos, rodeadas de jardines e introduciendo el uso de

verjas, que terminan convirtiendo a estos espacios habitacionales en recintos celosamente resguardados. Cada vecino, antes que detenerse en consideraciones estéticas, desea hacer de su morada un pequeño bastión contra peligros reales e imaginarios. Cala Cala, Queru Queru, Tupuraya, Hipódromo, Sarco, etc. se consolidan como barrios residenciales; incluso surgen nuevas zonas como Alto Tupuraya, Temporal de Queru Queru, de Cala Cala, etc. y pequeños núcleos exclusivos como El Mirador, Lomas de Aranjuez, el Bosque y otros, que finalmente estructuran el espacio residencial moderno de los sectores de mayores recursos e ingresos.

Lo imprevisible con relación al modelo urbano de ciudad definido por el Plano Regulador, e incluso con las previsiones del Plan Director, es la extensa periferia urbana que se va estructurando desde los años sesenta, no sólo vulnerando los criterios de los citados instrumentos técnicos, sino iniciando un proceso aún no neutralizado de asentamientos espontáneos e irregulares que superan las previsiones municipales y determinan que la planificación urbana se desvirtúe conceptualmente y sus recursos se reduzcan a "regularizar", es decir, legitimar las operaciones, obviamente no planificadas, de decenas de loteadores, que no sólo violan las normas y criterios técnicos, sino que buscan ex profeso los sitios de riesgos naturales y las zonas expresamente no urbanizables para implantar loteos para estratos de muy bajos recursos, convirtiendo un caso de infracción a normas municipales penadas por ley en un irresoluble conflicto social. Así se conforma un extenso cinturón poco denso y carente de todo tipo de infraestructura. Esta categoría de asentamiento fue la dominante y la que caracterizó y caracteriza el proceso de expansión de la ciudad.

Es evidente que de la antigua aldea del siglo XIX que analizamos páginas atrás ya no quedan sino escasos residuos o retazos de imagen urbana, que sin duda terminarán por desaparecer. La fisonomía de la ciudad actual poco o nada tiene que ver con la ciudad de hace medio siglo. Afirmábamos que en el decenio de 1990 el modelo concéntrico tradicional y todas las características de la estructura urbana centrípeta-centrífuga que caracterizaban la conurbación de los años ochenta continuaban plenamente vigentes, y que este hecho expresaba uno de los mayores problemas y contradicciones de este proceso, es decir, la existencia de una expansión física bajo la forma

de conurbación que, por su peso poblacional y funcional, ya adquiere rango metropolitano, pero, curiosamente, sin abandonar la estructura tradicional concéntrica que caracterizó al pequeños núcleo urbano de otros tiempos (Solares, 1998). Esta apreciación, aceptable todavía a mediados de los noventa, hoy no es totalmente cierta: al filo del nuevo siglo, y en lo que va de su primer decenio, la ciudad ha experimentado nuevas transformaciones, como veremos más adelante.

Lo cierto es que la velocidad que imprime el actual proceso urbano ha determinado que la ciudad no sólo crezca físicamente de forma constante, sino que dicha dinámica sea capaz de avanzar a mayor velocidad que las previsiones institucionales y los evidentemente lentos y vacilantes pasos de la planificación. De esta manera, la función residencial, reproduciendo el damero colonial por doquier, ha neutralizado la posibilidad de conducción del crecimiento urbano bajo pautas más racionales y creativas en que la descentralización funcional, la densificación del uso del suelo y el manejo adecuado de redes de servicios y equipamientos debieron ser aplicados con oportunidad y antelación.

Sin embargo, la problemática urbana es mucho más compleja hoy que en el pasado. Si ayer era posible definir un diagnóstico urbano haciendo simplemente una lectura descriptiva de los usos del suelo, las tramas viales y la distribución espacial de los equipamientos, combinada con reflexiones formales sobre las tendencias de la demografía y la economía, hoy tal ejercicio es francamente deficitario. Sin embargo, antes de adelantar criterios, observemos algunas visiones técnicas con las cuales se intenta realizar una lectura de la ciudad actual:

El Plan Estratégico de Desarrollo del Municipio de Cochabamba de 2002 fue el intento más importante de salir de las rutinas de la planificación física. Se trató de una experiencia participativa a un nivel nunca antes alcanzado, con la participación de varios centenares de personas representando a diversas instituciones de la sociedad civil y del Estado. Por ello mismo, la concepción de delinear una estrategia de desarrollo municipal que abarque aspectos económicos, sociales, culturales y urbanos rebasó el marco constreñido de los lugares comunes que suelen acompañar las propuestas de planificación.

Todas estas percepciones tienen la virtud de colocar la problemática local en interacción con factores externos que interactúan con la misma. Se quiebra el determinismo físico espacial y se hace el intento de incorporar el organismo vivo de la comunidad a la comprensión de la problemática del desarrollo urbano; se utilizan además variables económicas, sociales, culturales, ambientales y otras, antes no contempladas en las reflexiones sobre el desarrollo urbano y el rumbo que debería tomar. Más allá de los resultados alcanzados, el Plan Estratégico constituye un hito importante de experiencia participativa para discutir los problemas de la ciudad y la comunidad urbana. Sensiblemente, el plan no puede escapar a algunas de las debilidades y amenazas que puntualiza. De esta forma, en lugar del inicio de un nuevo estilo de planificación, se convierte rápidamente en un hecho anecdótico y olvidado por los propios actores institucionales y la sociedad civil, que no logran proyectar esta iniciativa a un nivel operativo. La continuidad del proceso a través del Plan Municipal de Ordenamiento Territorial de Cochabamba (PMOT) retorna a los cauces tradicionales de la planificación con escasa participación de la sociedad civil y al viejo enfoque espacialista. Pero veamos con un poco más de atención los enfoques sobre la realidad urbana que manejan estos instrumentos.

El diagnóstico realizado para sustentar la propuesta del PMOT de 2003 hacía las siguientes precisiones en sus conclusiones: la persistencia de una sobredimensionada y desequilibrada concentración de los servicios, los principales equipamientos y el comercio en las zona central de la ciudad; la existencia de procesos de segregación social, espacial y étnica, expresada en las severas restricciones de los sectores pobres de origen quechua y aymara a la vivienda y a los servicios urbanos; la permanencia de un mercado especulativo de la tierra urbana inalcanzable para sectores de ingresos bajos, obligados a practicar opciones irregulares como la ocupación ilegal de tierras agrícolas, áreas verdes o zonas de riesgo natural; la proliferación en consecuencia, de asentamientos ilegales puntuales y extensos (es el caso Tamborada y otros en el Distrito 9), donde se concentran enormes demandas de desarrollo urbano no atendidas, no sólo por su condición de ilegalidad, sino porque las mismas exceden los recursos municipales disponibles; emergencia de barrios de clase media

en la conurbación con Sacaba y Quillacollo[68], al mismo tiempo que "se producen usos clasistas y racistas del espacio". Al respecto se puntualiza: "En el Norte, a partir de la plaza principal hacia Queru Queru y Cala Cala, pasando por El Prado, se va constituyendo un espacio, al que no acceden, sino con muy poca frecuencia los sectores populares. Lo propio ocurre con las zonas y barrios populares del sur a partir de La Cancha, al que no frecuentan las élites sociales". Esta tendencia se ve reforzada por la creación de barrios exclusivos en dirección a Tiquipaya, incluyendo urbanizaciones cerradas de alto confort (1993: 229). Naturalmente que, frente a este proceso, los instrumentos técnicos municipales disponibles no son suficientes ni adecuados.

Información municipal recogida de una nueva versión del Diagnóstico para el Plan de Ordenamiento Territorial (2005)[69], aporta con la siguiente información general que resulta de interés para el enfoque de nuestra investigación:

- El valle central de Cochabamba, donde se despliega una proporción importante de la conurbación, tiene una superficie de 127,5 km^2 (12.750 ha) de tierras urbanizables, de las cuales 10.150 ha corresponden a la mancha urbana sobre esta zona, lo que equivale a un consumo de casi un 80% de la superficie urbanizable. Esta circunstancia permite admitir que el agotamiento de tierras urbanizables en el Municipio del Cercado sólo deja opción a un mayor crecimiento de los ejes de conurbación y a una mayor presión de ocupación de tierras no urbanizables, incluido el Parque Tunari.
- Por otra parte, el avance de la frontera urbana sobre tierras agrícolas ha continuado sin pausa, provocando no sólo la pérdida de tierras de valor económico-productivo, sino la intensificación

68 En el eje Cochabamba-Quillacollo comienzan a implantarse condominios cerrados de clase media de ingresos medios (profesionales, empleados públicos, docentes de enseñanza superior, pequeños empresarios, etc.).

69 Esta versión del PMOT y la anterior son documentos no publicados. La versión de 2005 presenta información más actualizada, pero también recoge muchos insumos del documento de 2003, razón por la cual no estableceremos diferencia entre ambos como fuente de información.

de los procesos de erosión de dichos suelos y un más complejo manejo de las cuencas hidrográficas. Estos factores, junto con los que provienen de las propias disfuncionalidades de la aglomeración urbana —el incremento continuo de un parque automotor contaminante, la vigencia de un sistema de transporte que se resiste con éxito a cualquier tipo de control municipal efectivo, la ampliación del déficit de áreas verdes en el conglomerado metropolitano, la permanencia de extensas zonas dentro y en la periferia sin la dotación de servicios básicos mínimos, etc.—, han configurado un panorama de crisis ambiental e insostenibilidad, que pone en evidencia la difícil e incluso irracional relación entre aglomeración urbana y capacidad del medio ambiente para regenerarse[70].

- Desde una perspectiva demográfica, se confirma la fuerte presión poblacional que desde hace varias décadas experimentan el valle central y el valle de Sacaba, que contiene el área metropolitana, con particular énfasis en el Municipio del Cercado. Las proyecciones del CNPV 2001 sugieren una población de 594.089 habitantes en el año 2005; por tanto, no es exagerado afirmar que en la actualidad (2008) esta población ha superado con amplitud los 600.000 habitantes que, sumados a la población de los otros ámbitos del área metropolitana (municipio de Sacaba, Quillacollo, Colcapirhua, Tiquipaya y Vinto), como ya se sugirió con anterioridad, podrían aproximarse al millón de habitantes[71].

---

70 Este aspecto se refiere a la capacidad de carga (por actividades urbanas, industriales y otras), que daña el medio ambiente de un territorio en una proporción mayor a la capacidad natural para regenerar los daños de sus principales componentes: suelos, atmósfera, recursos hídricos, flora y fauna. Un desarrollo urbano ambientalmente sostenible hace referencia al equilibrio entre las presiones de urbanización y las capacidades del medio ambiente para restituir sus componentes afectados de manera natural.

71 De acuerdo a proyecciones de población efectuada por técnicos municipales, la conurbación (el Cercado, Quillacollo, Sacaba, Colcapirhua, Vinto, Sipe Sipe, Tiquipaya) tenía en el año 2001 una población de 900.782 habitantes y en el año 2005, 1.049.201 habitantes. La proyección para 2010 es de 1.284.427 y para 2015, 1.597.205 habitantes. En la misma forma, el Municipio del Cercado tiene en 2005 590.074 habitantes, en 2010 alcanzará los 654.040 habitantes y en 2015 tendrá 727.278 habitantes (PMOT, 2003: 235).

- Respecto a las condiciones laborales de la población, se consigna la siguiente información: en 2005, el 81% de la población del municipio estaba en edad de trabajar. De este porcentaje, el 37,6% correspondía a la categoría de población económicamente activa (PEA) efectivamente ocupada. Por otro lado, el índice de dependencia económica (IDE) revelaba que por cada operador económico activo (efectivamente ocupado) existen 4 ó 5 que son inactivos o dependientes (niños, estudiantes, ancianos, etc.), correspondiendo un índice mayor a los distritos municipales de la zona sur. Sin embargo, la idea de la pareja que trabaja y otros miembros de la familia que son totalmente dependientes sólo se puede aplicar a ciertos estratos de población de altos ingresos, y es muy relativa respecto a la economía informal (trabajo por cuenta propia, trabajo en talleres familiares, trabajo en comercio ferial, etc.).

- En relación al sector ocupado según rama de actividad, es llamativo el hecho de que el 57% de la población ocupada esté absorbida por los sectores de comercio, servicios y transporte, en tanto que sólo el 23% corresponda al sector secundario. Si a ello se añade la participación de un 10% en la administración pública y un 6% en la banca y actividades financieras, se tiene que por lo menos un 73% de la población ocupada está adscrita al sector terciario, en tanto que sólo un 23% encuentra fuentes laborales en el sector secundario y, naturalmente, un porcentaje ínfimo (4%) en el sector primario. En suma, el viejo perfil terciario de la economía urbana permanece inalterable.

- La concentración de unidades económicas por distrito muestra que el casco viejo (hoy Distrito 10, que engloba las zonas noreste, noroeste, sudeste y sudoeste) concentra el 60,3% de la actividad económica urbana. Sin embargo, el Distrito 12 (Cala Cala y Queru Queru) y el Distrito 6 (Wayra Khasa, Cerro Verde, San Miguel) alcanzan a concentrar algo más del 8% de dichas unidades, en tanto que el resto de los distritos muestran concentraciones muy por debajo de las anotadas. Esto muestra, por una parte, que el rol tradicional de centro comercial y de servicios del casco viejo se mantiene en términos hegemónicos; sin embargo, emergen tendencias policéntricas, tanto en la zona norte como en la zona sur.

- Un hecho singular en relación con las transformaciones que experimenta la ciudad es la inclusión del Distrito 9 (Pucara y toda la amplia zona al sur del aeropuerto) en el área urbana, es decir, la incorporación de 16.100 ha (equivalentes al 48% de la superficie total del municipio)[72]. Este es el distrito en que en los últimos años han proliferado los asentamientos irregulares a mayor velocidad que las medidas administrativas municipales para encauzarlos[73].
- Se asevera que la estructura urbana resultante mantiene intacto el modelo monocéntrico, a pesar del desarrollo formal de características metropolitanas que experimenta la mancha urbana; se pueden distinguir tres anillos. Dicho de manera más simple: se mantiene la fuerte hegemonía de un centro comercial moderno articulado a uno similar de características informales. A su vez, el primero organiza la articulación con los barrios residenciales y exclusivos de la zona norte, en tanto que el segundo se vincula de forma estrecha con los barrios populares que rodean o están próximos a La Cancha; al mismo tiempo, este conjunto está rodeado por un cinturón de barrios periféricos donde se concentran los sectores más empobrecidos de la ciudad.

Sin entrar en otros detalles —como los problemas de tráfico y transporte, la baja densidad urbana que persiste, juntamente con los bajos índices de ocupación del suelo urbano, la especulación de tierras y un largo etcétera—, podemos evidenciar que muchas de las transformaciones que se producen en la ciudad han logrado escapar con éxito a esta rutina descriptiva. Al respecto se podrían señalar varios aspectos que merecerían una reflexión más cuidadosa[74]; sin

---

72 Este distrito cuenta con una población de 46.700 habitantes, de los cuales 35.483 residen en 81 asentamientos y fraccionamientos. Los restantes 21.577 habitantes constituyen la reciente población rural del Municipio, organizada en 31 comunidades campesinas.

73 El programa de regularización de asentamientos ilegales (ARCO) y las disposiciones municipales afines han incorporado en los últimos años 772,58 hectáreas al área urbana, en condiciones de extrema carencia de servicios básicos.

74 Por ejemplo, la cuestión metodológica más general de segmentar el proceso de urbanización a los límites del Municipio del Cercado, cuando la dinámica de la conurbación o área metropolitana actúa como un solo cuerpo, en que la cuestión

embargo, esto nos alejaría del tratamiento de la problemática que deseamos enfocar. Por ello, nos remitiremos simplemente a complementar algunos aspectos que resultan de interés.

Es evidente que en la última década del siglo XX y en los primeros años del XXI, Cochabamba ha dejado de ser un conglomerado abarcable a partir de la forma clásica de constreñir su interpretación dentro de los límites de un radio urbano o frontera determinada. Su expansión no sólo ha sobrepasado varias jurisdicciones municipales, sino que funcionalmente opera sobre extensos territorios no vinculados directamente con la ciudad. De esta manera la interacción fluida con el Valle Alto, el Chapare y los departamentos vecinos de Santa Cruz, Oruro y La Paz, así como con países del exterior (España, Argentina, Brasil, EE UU, etc.) en términos de voluminosos flujos de comunicación, importaciones-exportaciones, remesas monetarias, migraciones de ida y retorno —en fin, procesos que de una u otra manera van influyendo en la vida cotidiana de los habitantes, a lo que se suman problemas ya presentes en otras épocas, pero que hoy asumen dimensiones e intensidades antes no registradas, como los fenómenos de polarización social y espacial y los candentes problemas que produce el miedo y la inseguridad ciudadana—, diseñan la fisonomía de una ciudad que, a pesar de una imagen relativamente familiar con la urbe de los años ochenta, hoy es sustancialmente diferente merced a la acción de fuerzas de cambio transfronterizas que no se pueden dejar al margen para interpretar esta realidad.

Lo anterior significa que ya no es posible una clara comprensión de la complejidad que encierra una ciudad como Cochabamba, a partir de la descripción de sus componentes exclusivamente locales. En el capítulo anterior se puso de relieve la influencia de los procesos de globalización, que no sólo se enmarcan en la reestructuración de la economía capitalista y la implementación de un nuevo modelo de acumulación que, abandonando los moldes forjados a partir de la

jurisdiccional, talvez importante en la esfera burocrática, resulta banal en el contexto de la realidad urbana. A partir de ello, la descripción de los diferentes fenómenos resulta parcial. No se llega a establecer cómo funciona realmente esta aglomeración; por ello, cuestiones como el enfoque de estructura urbana no llegan a ser muy convincentes.

Revolución Industrial, propone transformaciones importantes en la esfera de la producción y la circulación de bienes.

Desde esta perspectiva, el rol de las ciudades globales, operando como nodos de comando y gestión de la nueva economía —que se apoya simultáneamente en la dispersión de las unidades productivas y la concentración de las funciones de mando empresarial a nivel transnacional—, resulta esencial para el funcionamiento global del sistema. Por otra parte, la revolución tecnológica de finales del siglo XX, con la emergencia acelerada de las NTIC, ha hecho factible este sistema de comando global de la economía materializando un sistema de redes de información y flujo de capitales en tiempo real que ha relativizado las nociones de tiempo, distancia y territorio. Sin embargo, ambas circunstancias no serían suficientes para garantizar el funcionamiento estable de este tipo de economía, si no se desarrolla paralelamente el esfuerzo por construir y consolidar un mercado de consumo global del tipo de bienes que produce la economía globalizada.

Este último parámetro, es decir la cuestión del consumo, es el que involucra a las distintas ciudades en las redes de la economía global. En este ámbito, el sistema no desprecia ningún rango de ciudad que resulte interesante como concentración significativa de consumidores potenciales[75]. Sin embargo, la cuestión no es tan simple: uno de los cambios trascendentes que experimenta la economía capitalista, y que no ha sido suficientemente valorado, es la articulación de los procesos productivos con los valores culturales. No repetiremos aquí lo que se manifestó en el capítulo inicial de este trabajo; no obstante, cabe reiterar que la implicación de dichos valores como elementos de marketing para difundir las mercancías de la economía global se ha constituido en un factor significativo para promover reestructuraciones

75 Factores demográficos, como ciudades en continua expansión poblacional, y factores que estimulan la conversión de esas ciudades en nichos del mercado global a través de la difusión de las NTCI que introducen modificaciones en los hábitos de vida cotidiana creando nuevas expectativas de consumo, definen parámetros flexibles que las convierten en interesantes ciudades con tendencias de expansión metropolitana albergando conglomerados humanos que superan el medio millón de habitantes.

profundas en las estructuras sociales tradicionales y en los significados que los habitantes de la ciudad asignan a los espacios urbanos que consumen.

Retornando al caso de Cochabamba, es pertinente admitir que los cambios que se operan en la ciudad en el transcurrir de los tiempos neoliberales se ven fuertemente impulsados por las políticas de ajuste estructural, el desmantelamiento del Estado benefactor y la extrema mercantilización de la economía. Veamos algunos indicadores que avalan este punto de vista.

En primer lugar, enfocaremos algunos de los factores de orden económico y social, inducidos por los operadores de la economía global (FMI, BM) y que digitan las políticas neoliberales:

1. El paso inicial de este proceso fue el ya famoso Decreto 21060, que introduce en distintos niveles la lógica del mercado como el principio regulador del balance monetario, la oferta laboral y la oferta de bienes y servicios. Además, da inicio a procesos de reestructuración del Estado, tanto en lo que hace a la descentralización del pesado y excesivamente centralizado aparato estatal, como respecto a retirar al Estado de su participación en el manejo de la economía y otros ámbitos en que la participación del sector privado puede ser posible. Una de las medidas inmediatas fue achicar drásticamente la COMIBOL, cerrando las minas deficitarias y lanzando al desempleo a millares de mineros. No es el caso reseñar el proceso de lucha política que tiene lugar a continuación, sino enfatizar en el impacto inmediato y mediato que esta medida produce. Efectivamente, esas decenas de millares de mineros y sus familias se ven obligados a dejar las minas y a optar por la emigración a las grandes ciudades o a regiones, como el Chapare, en razón de las ventajas aparentes que puede brindar la economía de la coca. Respecto a Cochabamba, en forma abrupta a partir de 1986, tienen lugar asentamientos irregulares (campamentos) de mineros relocalizados, en algunos casos ocupando tierras que habían sido adquiridas con mucha antelación por ellos mismos, y en otros, ocupando tierras fiscales o promoviendo procesos de usurpación de tierras. El caso concreto es que a partir de

mediados de los años ochenta la presión demográfica sobre la tierra urbana se incrementa considerablemente.

2. Paralelamente, la política de ampliación de la economía de mercado pone en marcha la libre importación de alimentos y afines, afectando considerablemente a la economía campesina. Las redes de comercialización de las cosechas rurales de minifundio, a pesar de ser desventajosas para los productores, todavía les permitían márgenes de supervivencia en el campo. Sin embargo, la irrupción de diversos productos agrícolas indispensables en la canasta familiar provenientes de países vecinos o de donaciones, termina prácticamente liquidando la competitividad productiva de las áreas rurales. Esta situación profundiza los niveles de pobreza, la misma que además se incrementa por el impacto de causas naturales (sequías e inundaciones) que el Estado no puede paliar. El resultado es la emergencia de grandes bolsones de pobreza en el propio departamento de Cochabamba, así como en Chuquisaca, Potosí y en toda el área del altiplano, que rápidamente se convierten en zonas expulsoras de masas campesinas y de población urbana provincial empobrecidas (mano de obra no calificada), que se dirigen a las grandes ciudades, incluida Cochabamba.

3. Como resultado de los procesos antes sintetizados, Cochabamba se convierte, como otras ciudades del país, en espacios receptores de grandes torrentes migratorios, que no es el caso analizar estadísticamente. Es suficiente anotar que a partir del decenio de 1980 y con mayor intensidad en el de 1990, la expansión urbana gana renovada intensidad, tal como lo confirman las propias fuentes municipales. Esta renovada presión demográfica, acompañada de flujos de desplazamiento intraurbano protagonizados por estratos de clase media de ingresos bajos e incluso altos, desde las zonas centrales excesivamente saturadas y contaminadas hacia la periferia, terminan conformando una suerte de ariete de presión social que perfora las regulaciones municipales y se expande ampliamente sobre áreas no autorizadas para usos urbanos. De esta manera, tanto en el Distrito 9 como el 13 (Parque Tunari), el 14 (Valle Hermoso) y otros se ven sometidos a fuertes demandas de tierra que se resuelven generalmente en términos irregulares. Se puede

> afirmar, sin cometer exageraciones, que la gestión municipal de la expansión urbana ha sido ampliamente neutralizada, por lo menos desde hace un par de décadas, por la dinámica del crecimiento físico urbano. Hoy en día los planificadores se limitan a gestionar regularizaciones en medio de fuertes conflictos por la posesión de tierras a cargo de diversos actores sociales[76].

Este conjunto de causas que tiene su origen último en factores económicos y sociales que incuba la economía global proyecta efectos que impactan localmente, neutralizando la capacidad del municipio para enfrentarlos con eficacia, estimulando en forma creciente la valorización del suelo urbano como mercancía con atributos para generar excelentes réditos[77]. Bajo estos términos, el suelo urbano pasa a comportarse en sus costos como una mercancía escasa en continua alza, sin dejar a los sectores de menores recursos otra opción que procurar alternativas viables en una periferia urbana cada vez más distante de los centros laborales. De todas formas, el mercado de tierras para pobres y ricos se estructura bajo patrones de racionalidad capitalista[78]. En fin, de esta manera sui géneris se cumple uno de los

---

[76] La lucha por el suelo urbano ha cobrado inusitada violencia en los últimos años. Un caso último es la disputa por los terrenos de la Tamborada (Distrito 9), de propiedad de la Universidad Mayor de San Simón (UMSS), que arrojó varios muertos en enconados enfrentamientos entre comunarios y ex mineros. Con relación a este proceso, ver la tesis de Marcelo Delgado: *El problema de los asentamientos humanos: Conflicto por la tierra en el predio de la UMSS, ex fundo "La Tamborada"*, Departamento de Postgrado, UMSS, 2005.

[77] Una encuesta realizada por el Departamento de Planificación en 1995 señalaba que "Cochabamba es la segunda ciudad de Bolivia donde los espacios urbanos son más caros", alcanzando en las áreas centrales valores superiores a los 600 dólares/m^2, en tanto que las zonas residenciales dentro del perímetro urbano reconocido el m^2 no bajaba de 100 y 150 dólares. (*Opinión*, 4/02/1997.)

[78] El denominado mercado informal de tierras urbanas se guía por lógicas estrictamente capitalistas: La venta de tierras no urbanizables a precios módicos a estratos pobres e inmigrantes recientes opera como mecanismos para ingresar a este mercado tierras sin mayor valor, pero cuya *regularización* a corto o mediano plazo *valoriza* el entorno inmediato, que también pasa a participar en este mercado, pero con precios más altos. En realidad, la expansión de la frontera urbana muestra con mucha nitidez la búsqueda de utilidades que persiguen los agentes inmobiliarios, actuando dentro de una racionalidad que nada tiene que ver con la economía informal. Otra cosa es que los demandantes de estas tierras sean familias portadoras de economías no capitalistas o precapitalistas. La *informalidad*

objetivos de la economía global respecto a las ciudades: ampliar la economía de mercado al consumo del suelo urbano. Dicho de forma más precisa, se potencia una forma de producción y reproducción del espacio urbano bajo los términos de una lógica estrictamente capitalista, a pesar de sus modalidades diversas y divergentes.

En segundo lugar, pasaremos a enfocar los factores que se vinculan a la relación entre economía global y valores culturales. Una dificultad para enfocar este aspecto es la ausencia de información e investigación respecto al mismo, en oposición a las abundantes fuente de datos que ofrece el análisis urbano respecto a problemáticas más palpables, como los déficit de infraestructura básica, la expansión urbana, los problemas ambientales, de tráfico, etc. Sin embargo, esto no impide hacer constataciones comprobables sin necesidad de apelar a fuentes especializadas.

A la inversa de lo que solía ocurrir en el siglo XIX e inicios del XX, con los inventos trascendentales como la energía eléctrica, el cine, la radio, los automóviles, etc., las grandes innovaciones tecnológicas en el campo de la microelectrónica y las comunicaciones arribaron a nuestra ciudad muy poco tiempo después de su lanzamiento al mercado internacional. En la segunda mitad de los años ochenta aparecen los primeros objetos portadores de la nueva tecnología. Entre ellas, las primeras computadoras Apple e IBM, a las que en un principio se consideró apenas unas máquinas de escribir mejoradas, pero que pronto causaron sensación porque se podía almacenar información en una memoria electrónica, además de otras grandes ventajas que gradualmente se van ampliando con la aparición de las PC (*personal computers*) y la introducción de variados software (programas) y hardware (equipos), como impresoras, equipos de sonido, etc., que terminan produciendo un indudable impacto en los medios académicos y empresariales, cambiando naturalmente muchos hábitos de trabajo y simplificando la faena de miles de secretarias obligadas a familiarizarse rápidamente con los nuevos instrumentos para garantizar la estabilidad de sus puestos de trabajo. Sin embargo, hacia 1990

apenas hace referencia a la forma de compra del lote: sin títulos, sin minutas, sin intervención u orientación jurídica y técnica, apenas con simples recibos por los montos aportados, que frecuentemente terminan en simples estafas.

se simplifica el manejo de los programas y se multiplican las aplicaciones de software para finalidades específicas que revolucionan la práctica en varios campos profesionales[79]. En forma rauda, estas primeras innovaciones se complejizan y se hacen más sofisticadas. La rápida difusión del Internet y del teléfono celular terminan revolucionando la rígida trama comunicacional de la ciudad. Se fractura el sentido de lugar fijo para entablar comunicación y los usuarios involucrados en diversas actividades ganan en la capacidad de comunicarse entre sí independientemente del lugar por donde transitan[80]. Indudablemente, estas innovaciones tienen fuertes repercusiones sobre la funcionalidad de la ciudad y los comportamientos de sus habitantes. Veamos cuales son éstas:

1. Volviendo a la cuestión de la estructura del conglomerado metropolitano[81], formalmente tiene evidentemente una configuración monocéntrica, con un cuerpo denso que corresponde al Municipio del Cercado y desarrollo tentacular que envuelve los municipios de Sacaba, Colcapirhua, Quillacollo, Vinto y Tiquipaya. Sin embargo, la intensidad de los flujos que canalizan estas extensiones lineales, los masivos desplazamientos de fuerza de trabajo, insumos y mercancías que por ellos circulan y los volúmenes de comunicación en términos de telefonía móvil y fija que estimulan definen una estructura funcional diferente. Se podría afirmar que la conurbación toma su forma actual por estar sometida a fuertes tensiones externas que expresan su condición de nodo de dos regiones dinámicas, y que sólo

[79] Por ejemplo, en el campo de la arquitectura, la introducción de paquetes de diseño arquitectónico vuelve obsoletas las técnicas del diseño tradicional de planos, incluyendo mobiliarios como las mesas de dibujo y los procesos manuales de elaborar planos. Otro tanto sucede en la ingeniería civil, en que los procedimientos de cálculos estructurales lentos y complejos son reemplazados por programas que simplifican enormemente los procedimientos tradicionales. Otro tanto ocurre en otras profesiones; incluso la figura clásica del abogado encorvado sobre su vetusta maquina de escribir va desapareciendo.

[80] En el siguiente capítulo se detalla con mayor amplitud el impacto de la telefonía móvil sobre el ámbito familiar y los hábitos urbanos.

[81] Conceptualmente, no es posible aplicar esta noción al tejido urbano que sólo corresponde al Municipio del Cercado, pues este es la parte central de una totalidad urbana que se comporta como un solo cuerpo; luego, la estructura de una de las partes es un dato que carece de significación.

pueden vincularse territorialmente través de Cochabamba: la economía industrial y minera de La Paz y la agroindustria de Santa Cruz. Estas tensiones también actúan sobre el sistema ferial del Valle Alto, sobre la economía de la coca del Chapare y sobre la dinámica, todavía modesta, del Cono Sur.

Esta realidad dinámica relativiza la idea de perímetro urbano y pone en tela de juicio la idea de que la frontera de la urbanización es el límite de los procesos urbanos. Justamente las enormes posibilidades de interacción a distancia y los procesos exitosos de microcoordinación de multitud de operadores ya no requieren que el avance físico de la urbanización sea imprescindible para que extensos territorios y núcleos urbanos que no limitan con la conurbación funcionen de acuerdo a su pulso y ritmo. De acuerdo a lo que certeramente sugiere de Mattos (2003), "la imagen de mancha de aceite pierde pertinencia para describir el fenómeno urbano, en tanto que la de archipiélago de islas urbanas interconectadas parece ser más adecuado". Bajo esta premisa, un análisis cuidadoso de las interacciones territoriales anotadas podrá demostrar sin dificultad que el área metropolitana de Cochabamba no sólo se expande por el crecimiento directo de su borde urbano, sino que va incorporando a un número importante de ciudades pequeñas e intermedias dentro de una región metropolitana más extensa y que abarca territorios y concentraciones cada vez más distantes del núcleo central. De esta forma se puede inferir que los centros urbanos del valle bajo sobre el eje Cochabamba-Oruro y sobre el eje Cochabamba-Chapare-Santa Cruz, así como los centros urbanos del valle bajo, ya se comportan como componentes del área metropolitana no sólo gracias a la optimización de la red vial —que hace posible viajes cotidianos dentro de tiempos tolerables, de tal manera que un creciente número de residentes de zonas anteriormente consideradas alejadas cumplen actividades diversas y diarias en la conurbación—, sino también que tales comportamientos son posibles por la amplia difusión de la telefonía móvil y la proliferación de centenares de puntos de telefonía fija ofertados por las empresas de telecomunicaciones que operan en el país.

En conclusión, la nueva morfología metropolitana que emerge del proceso descrito es el resultado de que un número significativo de centros urbanos y núcleos de actividad económica (sistema ferial, centros de producción, áreas de renovación urbana en ciudades intermedias, etc.) no conurbados, ubicados geográficamente fuera, pero relativamente próximos al área metropolitana, que se articulan y ensamblan a la dinámica económica del conjunto de ésta como parte de un intenso espacio de flujos que va consolidando una relación funcional de fuertes interdependencias. En forma simultánea, muchas ciudades intermedias de municipios del Valle Alto y otras áreas geográficas, a medida que estrechan sus vínculos con el área metropolitana, van perdiendo su cualidad de centros autónomos, y reestructuran e incluso cambian los ritmos y tiempos de su vida cotidiana para adecuarse a los ritmos de la conurbación. Dicho de otro modo, el área metropolitana que tomó forma en los decenios de 1970 ó 1980 ha modificado su lógica funcional, de tal forma que, con el estímulo de los procesos descritos, ha pasado a operar como un conglomerado urbano-territorial flexible, cuya estructura se apoya en la intensa interacción entre las diversas partes del cuerpo urbano compacto (la conurbación) y similares interacciones sobre un vasto archipiélago de islas de urbanización, ferias y espacios de dinámica productiva, que rebasan ampliamente el ámbito geográfico del valle central, pero que operan funcionalmente como una sola unidad conurbación-archipiélagos. Este fenómeno es nuevo por su intensidad y es representativo de uno de los impactos principales de la globalización sobre el territorio (ver mapa 4).

2. Otro fenómeno que no deja de llamar la atención es el aparente contrasentido entre el descenso de la tasa de crecimiento demográfico que experimenta la zona central del área metropolitana (el Municipio del Cercado) en el periodo intercensal 1992-2001 con relación al anterior periodo intercensal (1976-1992)[82], y la continua expansión del borde urbano en esta zona.

82 La tasa de crecimiento demográfica en el periodo intercensal 1976-1992 era de 4,3% anual, en tanto que para el periodo intercensal 1992-2001 es de 2,55%.

Esta manifestación no obedece necesariamente al efecto de una posible pausa en los flujos migratorios, sino a la reorientación de éstos hacia zonas del eje de conurbación donde la oferta de tierras a bajo costo es más conveniente. Sin embargo, ya desde los años ochenta Carmen Ledo y otros investigadores llamaron la atención sobre otro fenómeno que probablemente esté ganando intensidad: los desplazamientos poblacionales intrametropolitanos desde las áreas centrales, que tienden a perder población en favor de una mayor presión demográfica sobre los bordes o las islas urbanas del archipiélago. Es evidente que en el Municipio del Cercado las mejores tierras han sido urbanizadas y la demanda que emerge del propio crecimiento demográfico de la ciudad de Cochabamba y aledaños no encuentra sino dos opciones: fijar residencia en intersticios todavía no ocupados de la periferia o renunciar a la casita con lote y buscar la opción ofertada por el mercado inmobiliario de la propiedad horizontal. Esta última opción sería la responsable de la acelerada verticalización de la función residencial, que se produce a partir del último decenio del siglo XX. Ambas opciones resultan viables, independientemente de sus costos y posibilidades, a partir de que el transporte automotor público y privado se ha finalmente convertido en el factor principal que impulsa la expansión metropolitana en su modalidad compacta y por islas que forman lo que ya se podría denominar el archipiélago metropolitano. Este es otro fenómeno con raíces en la globalización.

No resulta casual que la ciudad se piense cada vez más desde la óptica exclusiva de las necesidades del parque automotor, cuyo raudo incremento no conoce pausa ni reposo. Por ello las *obras estrella* de diversos alcaldes han consistido en la ejecución de infraestructura vial de gran envergadura, que obviamente refuerza la funcionalidad del área metropolitana pero posterga necesidades urgentes, como la solución de graves problemas ambientales y de calidad de vida.

3. Otro impacto del proceso de expansión metropolitana y de adhesión a nuevos imaginarios urbanos que llegan del primer mundo capitalista sumergido en la economía global es la tendencia al debilitamiento de las áreas centrales y tradicionales de

la dinámica económica. Es significativo el paulatino incremento de funciones y actividades que formaban parte de la zona central, que van abandonando este emplazamiento tradicional en provecho de su reubicación en nuevas zonas que se consideran comparativamente más ventajosas y de mayor porvenir. Esta tendencia, todavía no totalmente nítida en el caso de Cochabamba, puede ser interpretada como el arranque de un proceso de transición hacia una organización policéntrica del espacio urbano y una progresiva declinación del modelo tradicional articulado en torno al casco viejo y La Cancha. Este desplazamiento tiene que ver una vez más con el incremento del parque motorizado, que ha convertido en intransitables las áreas centrales, y el desarrollo de la comunicación móvil y el Internet, que han relativizado la cuestión del emplazamiento comercial, tan valioso en otros tiempos, en provecho de opciones que ofrecen nuevos ámbitos urbanos donde es posible proyectar objetos arquitectónicos que transmitan con libertad la jerarquía empresarial, a su vez que los citados recursos de transporte y comunicación les permiten captar clientelas próximas y lejanas sin las enojosas molestias que causa el sector informal a distinguidos empresarios y a distinguidos clientes. En fin, ya es posible respirar en los nuevos recintos comerciales urbanos aires modernos de primer mundo, sin tener que cerrar los ojos ante paisajes premodernos que en otros sitios de la ciudad son una constante. Más adelante nos detendremos en el sitio más emblemático de esta nueva tendencia: la nueva zona comercial de La Recoleta y aledaños, enclavados en el corazón de la zona norte

4. Otra tendencia que se origina al tenor de las influencias culturales de la globalización es el desplazamiento de estratos de sectores medios y altos a ciertas zonas de la periferia, generalmente a intersticios no edificados de la misma. Una opción es la incorporación paulatina de tierras laborables en los alrededores de poblaciones tradicionalmente rurales, pero que bajo este impacto van modifican sus hábitos de vida[83], y otra la

[83] Este sería el caso del Municipio de Tiquipaya, cuya área urbana tradicional está siendo modificada por residencias de lujo y una intensa oferta-demanda de tierras

materialización de recintos urbanos cerrados o urbanizaciones cerradas, donde los habitantes procuran simultáneamente huir de las inhóspitas condiciones ambientales y funcionales de las zonas centrales y recuperar el control de su seguridad personal y familiar, francamente vulnerable en otras zonas de la ciudad. Como se puso en evidencia en el primer capítulo, esta nueva forma de despliegue de la función residencial está rodeada de dos componentes: por una parte, la organización de una comunidad urbana que se considera a sí misma distinguida, y que por tanto puede compartir un mismo ámbito residencial, y por otra, el común denominador que preocupa a esta comunidad, la seguridad frente a la desconfianza y el miedo que les inspira la ciudad abierta y vulnerable por la ausencia de barreras que impidan que seres extraños, y por tanto hostiles, invadan su vida cotidiana.

En relación con este último aspecto, en Cochabamba ya existían hacia el año 2001 unas 15 urbanizaciones cerradas[84], expresión de la "arquitectura del miedo" a la que nos hemos referido. Al respecto, una nota de prensa comentaba: "Con el objetivo de brindar mayor privacidad y seguridad a sus ocupantes, cada vez más urbanizaciones están optando arbitrariamente por levantar muros, poner puertas principales y contratar guardias para restringir el acceso de personas ajenas" (*Los Tiempos*, 7/12/2001). En forma paralela pero continua, los propios órganos de prensa y televisión se ocuparon y ocupan, desde hace una década o más, de destacar como noticia de relieve la cuestión de la inseguridad ciudadana y el alarmante incremento de la delincuencia, al punto de convertir este último aspecto, sobre todo en medios televisivos que difunden hasta los mínimos detalles, escalofriantes hechos policiales convertidos en un factor de promoción para ganar audiencias

fértiles con destino a la formación de chalés rodeados de huertos. Su antigua vocación agrícola, privilegiada por un eficiente sistema de riegos, va perdiendo importancia frente a la constante demanda de predios para usos urbanos a cargo de una clientela de elevada capacidad económica.

84 Entre ellas, las Lomas de Aranjuez, el Bosque, el Escudaño y varias en los ejes de conurbación.

masivas. Esta escalada de violencia urbana y la promoción de imágenes chocantes *en vivo* terminaron estimulando imaginarios obsesivos de miedo urbano, sensación que comenzó a guiar el comportamiento y la valoración de la vida urbana de amplias capas de clase media y alta, fracciones de las cuales demandan urbanizaciones cerradas, en tanto los más tienden a cerrar sus propiedades con altos muros y alambres de púa, además del concurso complementario de feroces mastines y guardias privados.

En 2005, el mismo órgano de prensa destacaba esta angustiante preocupación que invadía a los ciudadanos: "¿Qué más se puede hacer para protegernos de la ola de robos y atracos? ¿Cercarnos? La respuesta parece apresurada. Pero al menos los vecinos de diez barrios cochabambinos no lo pensaron dos veces y lo hicieron" (*Los Tiempos*, 1º/05/2005)[85]. Se reconocía que la conurbación con casi un millón de habitantes exhibía una preocupante brecha entre los medios disponibles para combatir la delincuencia y la ola de delitos que sacudía a la ciudad. Las respuestas de los ciudadanos comienzan a adquirir una doble y preocupante fisonomía: por una parte, la creciente proliferación de urbanizaciones cerradas, y por otra, en las zonas periféricas, la organización vecinal diurna y nocturna que toma la justicia en mano propia y termina protagonizando ejecuciones de delincuentes, pero también de personas inocentes. Bajo este tipo de impactos, la cuestión de la seguridad se convierte en un tema candente, en tanto que un producto típico de la globalización, los barrios cerrados, comienzan a proliferar.

5. Un otro factor de las influencias globalizadoras es la promoción de nuevos estilos arquitectónicos y de nuevos equipamientos urbanos que han comenzado a modificar el paisaje de la ciudad. La enorme difusión de la telefonía móvil ha logrado organizar un verdadero mercado de este producto, con la proliferación de negocios formales e informales en que se satisface

[85] Algunos de los nuevos barrios cerrados son: Irlandés, El Castillo, SIDUMSS Sur, Vergel, LAB, Mirador, Alto Mirador y el Parque Marcelo Quiroga Santa Cruz (*Los Tiempos*, 1º/05/2005).

> la creciente demanda de clientes de bajos y altos ingresos. En la misma forma, las crecientes necesidades de comunicación y la igualmente creciente calidad de la oferta para satisfacer estas necesidades, han poblado la ciudad de locutorios promovidos por diversas empresas de comunicación con ofertas de bajo costo, para comunicación telefónica inmediata a países vecinos, Estados Unidos, Europa y otros continentes. En la misma forma, proliferan los café-Internet y similares para cubrir la creciente demanda de estudiantes y personas en general que deben satisfacer necesidades de conocimiento, pero también de comunicación a través del correo electrónico, que se populariza cada vez más. Sumada a esta incorporación de soportes de las NTCI, aparece en la última década una creciente oferta de *shopping*, salas de cine en batería, centros comerciales, galerías, hoteles y grandes conjuntos habitacionales bajo la modalidad de condominio, que introducen lenguajes arquitectónicos que representan los gustos de la posmodernidad. De esta forma va cambiando la fisonomía de la ciudad y se recrean *fragmentos posmodernos* que se diferencian fuertemente del desvencijado soporte arquitectónico de la otrora valorada modernidad y, sobre todo, de los restos de la arquitectura tradicional premoderna y de los esfuerzos de construcción por mano propia del mundo informal. Así, paso a paso, se abre espacio una nueva estética y unas nuevas funcionalidades propias de la sociedad globalizada.

En fin, esta es la ciudad actual, cuya realidad obviamente no se agota con las gruesas pinceladas desarrolladas. Para concluir, es necesario destacar finalmente un cambio fundamental que tiene lugar en este contexto: la comunidad de vallunos imaginándose plebeyos y, por tanto, tolerándose a pesar de sus fuertes diferenciaciones socioeconómicas, tolerando también la diferencia cultural y encontrando cohesión en gustos y orgullos comunes, como el buen apetito para rendir culto a las exquisiteces culinarias del valle, rendir igual pleitesía a la *Taquiña* y a la *machu jarra* de áureo licor, celebrar las hazañas de Wilstermann y Aurora en medio de una solidaria alegría que rompía los prejuicios de clase y etnia son manifestaciones que parecieran estar convirtiéndose en algo del pasado. El conjunto de transformaciones analizadas no sólo ha convertido a la ciudad en un espacio que se construye bajo la lógica

de la economía de mercado para reproducir cada uno de sus espacios modernos o arcaicos, sino que ha introducido un proceso creciente de fragmentación social y espacial antes ausente de la realidad urbana. No sólo va desapareciendo la noción de barrio y vecindario, sino que el modelo interactivo de ciudad moderna y premoderna, en que una no podía prescindir de la otra para viabilizar su funcionalidad, se ha fracturado. Ahora sí se puede afirmar que existen espacios urbanos autosuficientes, es decir, con capacidad de satisfacer sus necesidades básicas y secundarias prescindiendo del resto urbano. Espacios públicos que otrora eran compartidos se convierten en fronteras de acceso a un universo y salida de otro, o recintos donde el miedo y la desconfianza, la sensación de peligro y riesgo prevalecen por encima de su atractivo diseño paisajístico; comunidades urbanas que viven sus vidas prescindiendo de otros; segmentos de ciudad que ahora ya se ignoran y se hacen invisibles para quienes viven y se sienten ciudadanos globales antes que ciudadanos a secas (ver mapa 5).

Si entendemos la realidad como un juego dialéctico entre el cambio y la permanencia, podremos constatar, sobre todo con respecto a la realidad urbana, que esta afirmación es pertinente. Pese a toda la trama de cambios evidentes que se operan en la estructura urbana de la ciudad —afectando su funcionalidad, modificando los hábitos de sus habitantes e incentivando, por primera vez en tonos profundos, las diferencias acompañadas de gérmenes de intolerancia portadoras de imaginarios contrapuestos y segregativos— permanece, por una parte, a manera de una herencia de su larga historia, la fortaleza y vitalidad del comercio popular que, lejos de sentirse acorralado, se expande hasta más allá de su antigua frontera. Por otra parte, la novedad modernista ha dejado de ser un síntoma, una moda etérea, un imaginario volátil... Ahora emerge como algo más palpable, algo que llena los ojos y que efectivamente marca la diferencia entre la ciudad cargada de tradición y la ciudad emergente que rompe abruptamente con ese lazo con el pasado; se trata del nuevo centro de La Recoleta y la paulatina estructuración de novísimos barrios cerrados de clase alta y condominios exclusivos del mismo signo en la zona norte.

Para concluir, observemos a continuación uno de los ámbitos de esta novísima ciudad dual, aquel que representa la persistente articulación entre tradición e historia, dejando el análisis del nuevo centro

para el siguiente capítulo, en provecho de unir el análisis de este nuevo escenario con unos actores singulares: la primera generación de ciudadanos y ciudadanas, jóvenes de clase media/alta que han nacido, se han formado, viven con intensidad y han cimentado su *habitus* dentro de esta burbuja urbana que se pretende posmoderna.

La Cancha o el reino del comercio informal

A fines del decenio de 1970, un ambicioso proyecto rondaba la cabeza del alcalde Humberto Coronel Rivas: la construcción de un gran mercado central y de ferias en el mismo sitio donde estaba la pujante Pampa. Con este motivo se realizaron estudios sobre el fenómeno de La Cancha, seguidos por un Censo de Sitios y Locales Municipales (1990) efectuado por el Instituto de Investigaciones de Arquitectura de la UMSS, cuya finalidad era menos idealista[86]. Aprovecharemos estos estudios para identificar algunas características de este fenómeno.

Inicialmente se puede constatar que la Reforma Agraria de 1953 modificó el sistema de comercialización de los productos agrícolas, al sustituir la presencia del piquero y el antiguo colono por la masiva incursión de intermediarios, provocando el crecimiento acelerado de la población que se dedica al pequeño comercio ferial. Esta situación convierte a La Cancha en un atractivo imán que estimula las corrientes migratorias campo-cuidad, de tal manera que en pocos años prolifera el llamado “comercio hormiga”, desbordándose de sus límites originales y abarcando, cada vez con mayor ímpetu, las diversas calles de la zona sur y central de la ciudad. Esta primera zona se extiende y densifica en forma creciente, al punto de que hacia fines de los años cincuenta e inicios de los sesenta emergen barriadas y grandes asentamiento ilegales (San Miguel, Cerro Verde, Huayra Khasa, Alto Cochabamba, Ticti, etc.), denominados los “barrios dormitorio” de La Cancha, por cuanto la razón misma de su existencia sólo se puede explicar por el auge que cobra esta gran concentración comercial informal.

---

[86] Se trataba de cuantificar el volumen de sitios municipales (puestos fijos en vía pública) existentes en La Cancha y en otras zonas de la ciudad con fines de reordenar y racionalizar el cobro de “sentajes” municipales.

Sin embargo su influencia va más allá: en sitios como San Antonio, en los bordes que delimitan La Pampa y en infinidad de calles aledañas, florecen innumerables tambos acompañados de infaltables chicherías para recibir el continuo flujo de emigrantes. La avenida Aroma, otrora la famosa Pampa de las Carreras, se transforma en un pujante eje comercial donde se plasma el imaginario de modernidad del comercio popular: infinidad de abarrotes, ferreterías, tiendas de paños, bares y cantinas, alojamientos, hoteles de ínfima categoría, casas de cita, infaltables chicherías, depósitos de grandes comerciantes, aceras invadidas por comercio ambulante con sus *llantuchas*[87], gran cantidad de oficinas de transporte interdepartamental o "flotas", y en medio de todo ello, muchedumbres dedicadas a buscar y obtener gran diversidad de mercancías "a buen precio". En suma, La Cancha abarca un fragmento de espacio urbano que sobrepasa ampliamente su límite administrativo: a partir de la plaza de San Sebastián, invadida por infinidad de ambulantes, se extiende por la populosa y bulliciosa avenida Aroma, se une al mercado de la plaza Calatayud, invade calles aledañas como la Lanza, la Antezana y otras. Define tres grandes ejes en dirección Sur: la citada calle Lanza, la avenida San Martín y la calle 25 de Mayo, que también se colman, como la Aroma, de infinidad de establecimientos similares a los ya descritos. Estos ejes culminan en La Pampa, la plaza Fidel Araníbar o de la antigua estación, convertida en un gran campamento de kioscos y casetas, y San Antonio, para continuar hacia el Sur por la avenida República, otro gran emporio de comercio popular, la actual avenida Barrientos y multitud de calles aledañas que se vuelven peatonales en forma espontánea para convertirse en sui géneris galerías o pasillos comerciales. Tal explosión comercial, naturalmente, está lejos de la feria campesina de otros tiempos. No es ni remotamente expresión de un auge de la agricultura; por el contrario, la parte campesina de la feria se constriñe a pocos bolsones.

Lo que prima es la oferta abundante de infinidad de mercancías manufacturadas: plásticos de todo tipo, licores, enorme cantidad y variedad de ropa para ambos sexos, para todos los gustos, edades y ocasiones; artículos de cuero, zapatería de extensa variedad de formas

---

[87] Especie de sombrilla consistente en un pedazo de tocuyo tesado y sustentado por palos y cañahuecas.

y estilos, electrodomésticos de todo tipo y, en años posteriores, un intenso mercado de computadoras, celulares, televisores de última generación, etc. Sin mayor equívoco, se puede decir que este emporio surge en los años cincuenta como fruto de la actividad del masivo contrabando, la conversión de los antiguos "rescatiris" en grandes comerciantes informales, sin duda el lavado de dinero de origen dudoso y la capacidad de este fenómeno ferial para absorber sin pausa renovados contingentes de migrantes.

El estudio realizado por Consbol —Ingenieros Consultores— en 1978[88], reconocía la existencia de 12.585 unidades comerciales entre puestos fijos y móviles (5.785 de los primeros y 6.800 de los segundos) en toda la ciudad, de los cuales 11.975 unidades (5.209 puestos fijos y 6.776 puestos móviles) correspondían específicamente a la zona de La Cancha y el área de influencia inmediata antes descrita. Es decir, en 1978 el 95% del comercio informal urbano y el comercio de abasto en general se concentraba en La Cancha, concentración que el citado estudio juzgaba ciertamente irracional y deformadora de la estructura funcional de la ciudad. Si bien no se realiza una comparación de este comercio con el legalmente establecido o formal, la desproporción era enorme. Incluso tal volumen de unidades comerciales era desproporcionado con la población urbana de ese momento (204.000 habitantes según el CVPV 1976), lo que implicaba que una relación de 16,20 habitantes por cada puesto fijo o móvil, es decir, 3,69 familias por puesto censado. Sin embargo, las "caseritas" no se daban abasto con su variada clientela, lo que puede ser tomado como un síntoma de que toda la ciudad con frecuencia, se volcaba a La Cancha en forma masiva para "a modo de pasear", comprar de todo un poco.

Doce años más tarde respecto al primer estudio, el Censo de Sitios y Locales Municipales (IIA, 1990), informaba de la existencia de 22.087 unidades comerciales, de las cuales, el 85% (18.823) se concentraba en la zona central, involucrando a los mercados 25 y 27 de Mayo, San Antonio, Fidel Araníbar, Miami-La Paz, Triángulo y vías adyacentes, el mercado central La Pampa, los mercados zonales

---

88 Consbol: *Estudio de factibilidad y anteproyecto mercado Central y de Ferias*, 1978, Cochabamba.

de Chapare, Loreto, Huayra Khasa, y otros adyacentes a La Pampa, incluida la populosa avenida República, ámbitos sobre los cuales se había expandido el comercio informal, el que además experimentó un importante incremento en el número de sus unidades[89]. Al respecto se afirmaba:

> Si hace doce años la dinámica de la zona sur, gracias a la enorme potencialidad del comercio concentrado en La Pampa y zonas adyacentes había generado una red de hoteles, alojamientos, terminales de transporte, etc., y materializado un conjunto de edificios de altura media que habían modificado totalmente el ancestral escenario rural de esta zona; hoy estas tendencias se han reforzado aun más y el saldo resultante, es una compleja combinación de actividades comerciales de todo tipo, cuya dinámica muestra un escenario donde formas arcaicas y modernas de mercadeo, productos agrícolas y artesanales producidos bajo formas no capitalistas, sofisticados electrodomésticos fruto de tecnologías de punta, vestimentas de la más pura tradición andina y ropas y trajes de los más sofisticados centros de moda, coexisten en medio de una suerte de delirio urbano donde masas de usuarios y de transporte de todo tipo de desplazan penosa y anárquicamente (IIA, 1990: 15).

Como se adelantó, esta aglomeración se expandió respecto a 1978 hacia nuevas arterias, como las avenidas Barrientos y República por el Sur, la avenida Suecia y 9 de Abril por el Este, intensificando además su presencia sobre la avenida San Martín, vinculando así los mercados del casco viejo con la plaza Calatayud y el resto del complejo de La Cancha[90]. Un aspecto que se remarcaba en el informe sobre los resultados del censo citado es de particular interés para nuestro análisis: el escaso interés de los usuarios respecto a los mercados zonales y ferias francas y "la actitud de este usuario por concurrir tercamente a La Pampa y San Antonio en lugar de realizar sus compras en el mercado de su vecindad". Respecto a esta aparente sinrazón, se adelantaban criterios sugerentes:

---

89 Estimaciones municipales admiten que oficialmente existen 35.000 comerciantes en Cochabamba, sin embargo, "según el último reporte de la Alcaldía, ahora existen más de 60.000" (*Los Tiempos*, 9/03/2003).

90 Se hace notar que desde la segunda mitad del decenio de 1980 se implementan seis ferias francas zonales, cuyo objetivo es aliviar la concentración de La Cancha; sin embargo, su impacto en este sentido es imperceptible.

> El comprar los productos de la canasta familiar y otros, no es un simple acto de transacción rutinario, sino una suerte de ceremonia en que las amas de casa elevan las prácticas del regateo, la búsqueda de la mejor oportunidad y el cultivar una relación más íntima entre "caseros", a una suerte de acto cultural profundamente enraizado en nuestro medio [...] Esta tradición se remonta a la propia raíz histórica de las ferias como opción y símbolo de supervivencia de las clases oprimidas frente a las agudas crisis económicas que regularmente azotaron la región desde la época colonial [...] Esta idea de la feria como lugar donde se compra barato y en forma abundante está fuertemente arraigada en la mentalidad popular [...] En consecuencia, el apego del gruesos sectores de la población cochabambina a realizar sus compras en Caracota, San Antonio y La Pampa, no es una terca e irracional actitud, sino el ejercicio de una práctica de consumo largamente incorporada a las tradiciones de la región. De ahí que las actuaciones administrativas y técnicas para descentralizar La Cancha resulten estériles (IIA, 1990: 20-21).

Estas son las razones que hicieron de La Cancha y de la feria de Cochabamba en general, un valuarte de la cultura valluna, un espacio público donde la interculturalidad es cotidiana, donde señoras de clase alta regatean en idioma quechua con las "caseritas", donde amas de casa de clase media y señoras de sectores más humildes intercambian experiencias con las damas de alcurnia y se tejen no pocas amistades desinteresadas. Ir a La Cancha de compras siempre fue una experiencia de diálogo entre unos y otros, por lo menos hasta los años noventa.

Años más tarde, otros estudios relativos al tema ponían en relieve que el mercado ferial de la zona sur de Cochabamba era sin lugar a dudas la mayor empresa económica urbana, generadora de un volumen mayoritario de empleo urbano e involucrando al conjunto de clases y estratos sociales de la ciudad. Se ponderaba su extrema flexibilidad para conciliar estilos de mercadeo que en otras realidades y contextos podían resultar antagónicos. En efecto, la proliferación de galerías comerciales repletas de boutiques con efectos directamente transportados de Miami y almacenes con despliegue de gustos modernos, no se ofende ni se siente perjudicada por la vecindad inmediata e incluso por compartir el mismo espacio con ambulantes y puestos comerciales francamente anacrónicos. Se consideraba que la feria no era necesariamente para todos un espacio de supervivencia

económica, que allí estaba presente una suerte de aristocracia comercial mezclada con actores que efectivamente realizaban negocios de centavos para sobrevivir (Solares, 1987).

Por otro lado, se ponía de relieve la dimensión urbana, regional, nacional e internacional del fenómeno, vinculado a complejos mecanismos de especialización del comercio ferial articulado a clases y estratos sociales diversos, a mercados próximos y lejanos (sistema ferial)[91], a proveedores nacionales y externos y a un universo rural sometido a formas de intercambio desiguales, sugiriendo que gran parte del excedente agrícola apropiado por intermediarios se volcaba a inversiones comerciales de tipo informal y a edificaciones suntuarias en la ciudad. En su estructura funcional interna, se reconocía que La Cancha y el entorno absorbido por la actividad ferial estaban constituidos por cuatro grandes sectores que se interpenetran y no se encuentran necesariamente zonificados: uno de comercio de productos agrícolas y pecuarios (los mercados propiamente dichos); otro de comercio de productos artesanales diversos (tejidos de la tierra, cerámica, instrumentos musicales, etc.); un tercero de comercio de manufacturas nacionales e importadas (que domina extensos espacios); y, finalmente, un sector de servicios generales (comedores populares, "refresqueras", cargadores, etc.). Los dos primeros sectores movilizan la economía local y regional, en tanto que el tercero, ciertamente el más voluminoso, se articula con la industria nacional y extranjera bajo formas legales e ilegales.

Cada una de estas formas de comercialización se desdobla en infinidad de rubros y especialidades, creando internamente jerarquías peculiares: pequeños comerciantes al menudeo, comerciantes medianos que expenden al por menor y también al por mayor hasta cierto límite, inclusive ejerciendo relaciones de mando sobre los anteriores, grandes comerciantes importadores —por vía legal, mediante el contrabando o combinando ambos—, que no operan en el comercio ferial pero que tienen grandes depósito en los alrededores, fungiendo como distribuidores mayoristas. En suma el mundo ferial se segmenta

---

91 Calderón y Rivera (1984) sugieren que el sistema ferial se comporta como un sistema de "astros y satélites", cuyo astro central es La Cancha, en torno a la cual giran cuatro subsistemas dominados por otras tantas ferias: Quillacollo, Sacaba, Punata y Aiquile, cuyos días de actividad no corresponden a los de aquella.

en estratos en una morfología piramidal: en el vértice superior, los grandes operadores mayoristas (grandes intermediarios de productos agrícolas y pecuarios, grandes contrabandistas, etc.); en la parte intermedia, los comerciantes medianos, conformados por influyentes familias con varios puestos distribuidos entre la parentela, controlan y distribuyen mercadería en pequeña escala a centenares de pequeños comerciantes, quienes frecuentemente operan como empleados de éstos. La parte inferior de esta pirámide está conformada por dos estratos: los pequeños comerciantes, la mayoría ambulantes, y los trabajadores de servicios —vivanderas que ofrecen alimentos puesto por puesto a cada comerciante, los cargadores en sus clásicos carritos, las refresqueras, heladeros, peluqueros, etc.— que viven de los centavos captados día a día. Tales mecanismos internos permiten develar por qué La Cancha durante los años sesenta y setenta es la gran empresa en que un volumen mayoritario de la sociedad cochabambina está involucrado (Solares, *op. cit.*).

Calderón y Rivera (1984) consideraron que durante las tres décadas anteriores a los años ochenta el sistema de ferias de La Cancha se constituyó en uno de los rasgos básicos de la urbanización, como parte de un mercado regional complejo, en el cual la economía campesina ha practicado intensos procesos de diversificación como resultado de estrategias de supervivencia vinculadas a la comercialización de productos agrícolas. Se considera que las ferias son mecanismos de distribución y abastecimiento de productos agrícolas para el conjunto de consumidores urbanos, además de ser la principal fuente de absorción de fuerza de trabajo. Lo más significativo es que los autores citados perciben igualmente que el tejido social de la feria no es homogéneo:

> Observaciones preliminares permiten señalar la presencia de un fuerte proceso de diferenciación social al interior del sistema de ferias, cuyo rasgo fundamental está en los conglomerados sociales compuestos por vendedoras ambulantes unos, y por importantes grupos de rescatadores y transportistas, otros; estos últimos, constituyen los sectores más privilegiados del conjunto del sistema [...] En términos generales, en tales procesos de comercialización se observan dos grandes tipos de economías familiares: unas de carácter más empresarial, de pequeña escala y poseedores de cierto capital que invierten en distintas esferas del proceso de comercialización; y otros de carácter

> más limitado, donde la inversión es mínima el recurso fundamental es el trabajo familiar [...] Conviene señalar primero que, las comerciantes están orgánicamente integradas a un sistema de jerarquía gremial de redes de parentesco, compadrazgo y clientelismo con las autoridades estatales; donde aquéllas familias de mayor desarrollo comercial tienen una mejor posición de poder, mientras que las más desposeídas no sólo alimentan su propia explotación comercial, sino que reproducen ideológicamente, los mecanismos de intermediación anotados (1984: 187-188).

Naturalmente que las opciones para alcanzar la cúspide de la pirámide, tan accesible en el decenio de 1960, se van dificultando con el correr de los años, de tal forma que hacia los ochenta pareciera que el acceso es sumamente filtrado y complejo. Al respecto, los autores citados señalaban:

> Una familia de comerciantes hace veinte años tenía más posibilidades de incrementar el uso de sus recursos, el desarrollo del mercado junto al crecimiento de la fuerza de trabajo y sus constantes necesidades, en la actualidad ofrecen menores posibilidades a la productividad de las familias jóvenes, sus alternativas de movilidad social son más reducidas y actualmente en la mayoría de los casos, si las familias no poseen algunas condiciones previas de dotación de recursos, se ven obligadas a operar estrictamente en términos de supervivencia (1984: 192).

La reproducción en el seno del escenario social de diferenciaciones sociales similares a las de la sociedad urbana y regional se hará más evidente en los años noventa, cuando el gran capital comercial se concentra en el comercio de línea blanca, computadoras, celulares y cámaras digitales, que comparte este sitial con dueños de boutiques ubicadas en galerías comerciales que proliferan a lo largo de la citada década. Les siguen en importancia los numerosos comerciantes de ropa y calzados, junto con los comercializadores de alimentos enlatados y otros artículos de uso diario, en tanto que las vendedoras de artículos de consumo alimenticio (exceptuando adineradas carniceras), junto con el extenso universo de ambulantes y de quienes ofrecen servicios varios, se sitúan en los peldaños inferiores.

Pero veamos La Cancha desde una óptica diferente. Recreemos de la mano de un singular testigo cuál era el ceremonial de este fabuloso territorio, cuál era el mundillo cultural que se hacía atractivo, tanto

para los de arriba como para los de abajo, permitiéndonos una cita un tanto extensa pero gratificante.

> El mercado central de Cochabamba, más conocido como La Cancha, con su sucursal el mercado Calatayud de la avenida Aroma, es el corazón económico y comercial de la ciudad, porque allí la gente va a comprar desde verduras hasta aparatos electrodomésticos, pasando por las prendas de vestir, frutas, bebidas y aves de corral [...] En todas las esquinas que bordean La Cancha, desde la madrugada se estaciona casi un centenar de carritos de tracción manual […] Mientras los puestos de venta se van abriendo uno a uno; a las seis de la mañana, abre sus puertas la chichería de la calle Punata frente al kiosco que es el palacio de los pantalones, para acoger en su interior a los "chak'is" que buscan calmar la sed que les quema las entrañas con abundantes libaciones de chicha supuestamente punateña [...] Entre las ocho y las nueve de la mañana la actividad comercial está en su auge. Entre las vendedoras se desarrolla una competencia casi mortal, ya que todas pretenden mostrar que son las mejores especuladoras y agiotistas que hay en la ciudad [...] Allí, en el denominado "mercado de las pulgas" uno puede comprar y vender todo lo que pueda servir para el uso cotidiano [...] La actividad comercial dentro de ese laberinto de callejuelas cede un poco, cuando el sol del medio día sofoca. Entonces hacen su aparición los infaltables charlatanes, adivinos, curanderos de enfermos desahuciados por la medicina, aprendices de cambalacheros y otros, que aprovechan que la gente está adormecida por el sol, para exponen las virtudes de las cosas que pretenden vender a la posible clientela reunida alrededor de ellos [...] Las tardes de La Cancha son un poco más calmadas. Esto se debe a que la gente casi ha terminado sus ventas [...] Cuando la noche asoma por sobre los tejados de las casonas y edificios que rodean La Cancha, la actividad va decreciendo. Mientras el bullicio va amainando y poco a poco La Cancha se va vaciando de gente, en las esquinas de la estación de ferrocarriles y de la calle Punata y San Martín, se instalan otras mujeres, que durante el transcurso de la noche, hasta las primeras horas de la madrugada, venden a los noctámbulos sándwiches de carne, de salchichas y de huevo. A partir de las diez de la noche, entre las casetas de la Punata, hacen acto de presencia, por enésima vez, las infaltables vendedoras de tragos[92].

Esta íntima y poco habitual radiografía de La Cancha nos muestra que en este escenario se expresa un complejísimo proceso de

[92] Víctor Hugo Viscarra, "Radiografía de La Cancha", Suplemento "Facetas" de *Los Tiempos*, 14 de septiembre de 1986.

relaciones entre economía campesina, economía mercantil e incluso economía de empresa con racionalidad capitalista, todo envuelto en la picaresca de lo popular a la manera de un sabroso "pique macho", que parece resumir la mezcolanza de picantes y dulces verduras campesinas, carnitas que talvez llegan desde las haciendas benianas, presitas de pollo IMBA o sucedáneo, choricitos de *Dillman* y la infaltable *Taquiña* que provee la industria local. Lo cierto es que el campo y la ciudad se dan la mano en La Cancha y no se quieren soltar, no sólo porque subsisten fuertes intereses económicos que los amarran, sino porque persiste algo más fuerte: memoria histórica e identidad cultural, la *llajta* sin La Cancha sería algo impensable.

La Cancha operaba (talvez todavía opera) como una suerte de bazar donde también se venden ilusiones y aspiraciones de ascenso social bajo el estímulo de un acceso mucho más fácil a medios de consumo distinguido. Si bien la gran masa popular está imposibilitada de adquirir objetos que conceden prestigio, por lo menos, aun dentro de un contexto de estricta supervivencia, ello no reduce la cuestión a lo puramente biológico, sino que se extiende a la ilusión de que la pobreza de hoy es pasajera y superarla sólo es un problema de escalar posiciones, luego vestir a la moda con ropa usada y comprarse un celular aun privándose del pan de cada día. Vale la pena, porque ya se ha alcanzado un peldaño importante en la escalera del deseado ascenso social.

Por último, se puede constatar que existe una diferencia sustancial entre la feria anterior a 1952 y la fisonomía que adquiere posteriormente. Las ferias de la época gamonal resumían alternativas, procesos de resistencia y estrategias de supervivencia de la pequeña producción campesina frente al universo de las haciendas y de la sociedad oligárquica. El nuevo sentido que adquiere el ámbito ferial se vincula con el proceso que inicia la Revolución Nacional en 1952 y que hemos relatado anteriormente a grandes rasgos. Son precisamente los grandes "rescatiris", camioneros, chicheras, "cuperos" y esa abundante fauna de nuevos ricos los que estructuran desde La Cancha fragmentos sustanciales del nuevo poder local[93] y los que convierten la feria campesina en "nylon *catu*", es decir en el bazar de

---

93 Entre los años sesenta a ochenta fueron frecuentes las alusiones a la "burguesía de La Cancha" o la "burguesía birlocha" para referirse al creciente poderío económico de sectores que se incubaron en este medio.

multiofertas que se puede observar hoy. Sin embargo, La Cancha no expresa simplemente la emergencia de un variopinto sector comercial y con un estrato económicamente poderoso e influyente; también es la expresión de un mundo de oportunidades, un lugar desde donde es posible, en términos individuales, traspasar la barrera de prejuicios sociales y culturales y anclarse en niveles superiores de clase media privilegiada. Luego la descendencia, los hijos e hijas, mejor provistos en términos de educación y fortuna, podrán acceder al mundo de la modernidad, la distinción y el respeto con que el humilde comerciante soñó hace mucho tiempo atrás. En fin, si el sueño no se cumple, lo que generalmente ocurre, por lo menos La Cancha es un buen lugar para soñar, un lugar mejor en todo caso que la antigua *sayaña* y el arrinconado *ayllu*, apartados y desconectados de este paraíso de virtualidades (Solares, 1989).

Por otro lado, La Cancha tampoco es ajena a los embates de la modernidad, pero aquí esa modernidad se recrea y se construye con tonos muy originales. En la vía y en el espacio público se despliegan las antiquísimas maneras del comercio popular, pero en los predios privados que delimitan este espacio florecen las galerías comerciales donde se puede encontrar artículos de marca genuina, estructuras comerciales más complejas, una suerte de transición entre la galería y el *mall* que se puede percibir en el antiguo Molino el Gallo, hoy reciclado para contener una actividad comercial de mejor nivel. A lo largo de la calle Esteban Arze se concentra la mayor oferta de equipos de computación, cámaras digitales, televisores con pantalla plana, monitores de igual cualidad, es decir, todo lo último que en materia de electrónica que llega al país, expuesto no sólo en modestos almacenes adaptados, sino en flamantes y modernas galerías en continua expansión.

En resumen, podemos afirmar que La Cancha ha sido y todavía es el corazón de la vida económica de la ciudad. Pero más que ello, ha sido —ya no lo es; más adelante veremos por qué— el espacio público más completo e integral que se pueda uno imaginar, el espacio de la interculturalidad y de la tolerancia, donde toda Cochabamba, por lo menos hasta fines de los años ochenta, acudía de compras y hasta de paseo. No es necesario volver a repetir lo dicho en varias ocasiones, pero no está de más recalcar que la tradición tan arraigada y antiguas costumbres tan fuertes como la herencia de la sangre no permitían que una ama de casa responsable y querendona de su familia pasara

por alto la obligación de llenar la canasta familiar donde "las caseritas de La Cancha", aunque hubiera mejores ofertas en la vecindad de su casa. El ritual "k'ochala" de abastecerse en La Cancha, de ponerse al día con la ropa de moda y a bajo precio, de adquirir allí lo último en gusto musical, de comprar el electrodoméstico de última generación, etc., finalmente tiende a declinar... Sin embargo, el lector alarmado se preguntará ¿pero?... si todo sigue igual. En efecto, todo lo dicho es hoy perfectamente reconocible. Aparentemente sí, pero dejemos que un otro análisis complementario, el de la emergencia de la zona norte, nos proponga una respuesta a esta delicada constatación.

Sin embargo, antes nos permitimos un paréntesis para dar paso a una necesaria síntesis conclusiva de lo analizado hasta aquí. A estas alturas, no cabe duda que la ciudad de fines del siglo XX e inicios del XXI ya no es la misma que aquélla que los adultos de la generación de los años cincuenta y sesenta habían considerado como la ciudad que nutría sus fuentes de identidad. El impacto de la revolución tecnológica que irrumpe de la mano de la globalización, ofertando productos de consumo global recreados por poderosas industrias culturales que modelan los gustos y las obsesiones consumistas de miles de millones de personas a lo largo y ancho del planeta, ciertamente ha dejado su huella y ha fracturado el antiguo devenir histórico de la ciudad.

La intensificación de la fragmentación del espacio urbano que tiene lugar en los años setenta y ochenta incrementa su ritmo tendencial en la última década. Sin embargo, las nuevos estilos y hábitos de consumo, la difusión de los nuevas mercancías que combinan alta tecnología con una inédita capacidad de influir en la identidad y los valores culturales de los usuarios, ha introducido en el ámbito urbano un factor no presente en todo el desarrollo histórico de la relación espacio público-sociedad, es decir, la gestación de un novísimo producto de la ciudad global, o mejor de las ciudades agredidas por la globalización: la ciudad dual, realidad diferente a la que criticaba Rodolfo Stavenhagen (1968) en sus famosas *Siete falacias sobre América Latina*[94].

---

94 Stavenhagen rechazaba la noción de sociedad dual expresada en la fuerte diferenciación entre zonas urbanas consideradas modernas y zonas rurales consideradas atrasadas, como una suerte de expresión de la existencia de

En este caso, a pesar de que este fenómeno se materializa en el curso de un solo proceso histórico, ya no expresa la lógica contradictoria de un modo de producción unitario, sino el plegamiento de una parte de la sociedad, en lo que hace a la esfera del consumo de valores culturales y de construcción de un *habitus* considerado posmoderno, a la lógica de la economía global que produce y oferta dichos valores; en tanto, el resto del cuerpo social permanece anclado en el viejo modelo de producción, incluyendo el aparato de sus prácticas culturales penetradas por los saberes y sentires populares. Por tanto, ya no se puede hablar de un sistema económico contradictorio reproductor de una aparente dualidad, sino del choque de formas de vida, valores culturales, lógicas económicas, y si se quiere, más ortodoxamente, de modos de producción de bienes materiales, unos gestionados globalmente y otros localmente o bajo parámetros del capitalismo anacrónico de las décadas anteriores a la irrupción del fenómeno que analizamos.

El resultado es una ciudad que ofrece, por una parte, un panorama de aguda fragmentación con la continua ampliación de la periferia, ya no sólo por campesinos y clases medias en bancarrota, sino también por exitosas clases medias en ascenso que edifican barrios cerrados y espacios urbanos de exclusividad social, por otra un creciente cuadro de segmentación social, no sólo en relación con la tradicional y creciente brecha entre pobre y ricos, sino respecto a los estándares de consumo, los hábitos de vida, los valores y las identidades culturales, en fin, las formas de pensar la ciudad y de organizar el uso espacial que se hace de ella. Lo que resta, como una suerte de lo único homogéneo que ya le queda a la ciudad, es esa amenazadora atmósfera de interpelación a las antiguas solidaridades que trae consigo la desconfianza del yo frente al otro, la sensación real o virtual de inseguridad, de angustia por lo que me puede pasar a mí y a mi familia en el diario vivir inmediato; en suma, el miedo que me inspira el prójimo y la consiguiente ruptura del sentido de barrio

---

formaciones arcaicas o feudales al lado de sectores modernos o capitalistas, señalando taxativamente que tales contradicciones "representan el funcionamiento de una sola sociedad unificada cuyos dos polos son parte integrante de la misma" (1968: 17).

como comunidad de vecinos solidarios. Hoy los que no pueden cercarse y autorrecluirse en barrios cerrados o convertir sus viviendas en fortalezas bien defendidas se organizan en milicias dispuestas a capturar y ajusticiar a cualquier intruso. Sin duda, estos son tiempos de fragmentación urbana y segmentación social, o dicho de otra forma, tiempos de ciudad dual donde el espacio público languidece y pierde relevancia.

Capítulo IV

Nuevos imaginarios de ciudad y jóvenes de clase media/alta

En este capítulo final, como anunciamos, se analizarán dos grandes componentes de la nueva realidad urbana en Cochabamba. Primero veremos la emergencia del centro comercial, empresarial y lúdico de La Recoleta, corazón de la zona norte, como un espacio que representa y materializa la visión de modernidad de las nuevas élites urbanas. En segundo lugar, utilizando estos hallazgos como soporte, veremos los cambios en la territorialidad juvenil de clase media/alta. Nuestro objetivo no es estudiar a este grupo social en todas sus dimensiones políticas, identitarias o culturales, sino simplemente detenernos en el uso que ellos/ellas hacen del espacio público y en la construcción de su territorialidad, porque creemos que expresan, mejor que nadie, la oculta dimensión de la segmentación social en Cochabamba.

Ciertamente lo anterior puede despertar la duda respecto a la situación de los otros jóvenes de la ciudad, por ejemplo los de la zona sur. Al respecto se puede decir, a pesar de la escasa investigación desarrollada sobre el particular[95], que dichos jóvenes, a diferencia de las generaciones precedentes, hacen del espacio público disponible en sus barrios e itinerarios el escenario de sus formas de convivencia e interacción. No es necesaria prueba empírica para afirmar que se

[95] Autores como Nelson Antequera (2007) han desarrollado estudios sobre la zona sur de Cochabamba, pero más enfocados a temas como la organizaciones vecinales, la actividad económica y la dinámica cultural de la población en general de la citada zona, destacando ciertamente el uso intensivo que esta población hace del espacio público, no sólo como escenario de estrategias de supervivencia, sino de protesta social y despliegue de la identidad cultural.

los puede visualizar fácilmente en distintos escenarios (mercados, cines, discotecas de ingreso irrestricto, peñas, parques, plazas, plazuelas, etc.) de la zona central y sur. La salvedad es que hacen uso del espacio público disponible dentro de lo que consideran "su propio territorio"; por tanto, en ellos no se expresa la tendencia que enfoca la investigación. Por el contrario, los jóvenes de clase media/alta expresan con nitidez formas de comportamiento que tienden a banalizar el espacio público de sus propios territorios y a ejercitar un uso del espacio urbano más volátil o efímero, más coyuntural, más simbólico, más cambiante. En la medida en que "su territorio" se construye a partir de valores diferentes, en que cuestiones como la seguridad, el temor frente a los otros, la distinción y el reconocimiento de los suyos hacen que esta noción sea versátil y cargada de prácticas de selectividad, que estimula a que la interacción, la expresividad estética de los gustos y los cuerpos se desplieguen generalmente en un medio no público (el *pub*, la discoteca exclusiva, incluso el domicilio privado), estos actores son los portadores de la tendencia declinante del espacio público sobre el que se focaliza la investigación, para desentrañar una de las facetas más preocupantes del cuadro actual de fragmentación espacial y segmentación social que caracteriza la ciudad actual.

La zona norte y la fragmentación urbana

Empecemos señalando que la emblemática zona de La Recoleta, donde se encentra el templo del mismo nombre, fue hasta la conclusión del siglo XX un espacio residencial y de recreo, apenas alterado por la masiva concurrencia cada primer viernes de mes a las celebraciones católicas en el centenario templo. Comenzó a mutar en los albores de la nueva centuria hasta transformarse en un fragmento urbano que concentra de manera creciente una capacidad de oferta de todo aquello que puede ofrecer el resto de la ciudad, permitiendo a los habitantes de la zona norte, y sobre todo a un estrato social con alta capacidad de consumo que habita las diferentes urbanizaciones cerradas, los condominios y las nuevas urbanizaciones cerradas para clase media/alta, desarrollar una vida relativamente autónoma con respecto a los centros comerciales tradicionales. Esto da lugar a que dicho centro y los barrios que se estructuran en torno a él puedan desarrollar una dinámica vida urbana con niveles de relación

intensos con respecto a la economía y la cultura global, pero de espaldas a las otras zonas de la ciudad que, desde esta lógica, dejan de ser relevantes.

Por otra parte, presentamos el estudio de caso que comprende a los jóvenes de clase media/alta. Su importancia radica en que se trata de una ciudadanía emergente que no ha conocido otra realidad que ésta, y recrea y construye un sentido de sociabilidad, identidad y círculo social que expresa valores diferentes y distantes de aquellos similares que portaban la generación de sus padres y abuelos. Para ilustrar esta situación, pasaremos a mostrar que las nuevas lógicas de ocupación del espacio urbano por parte de estos jóvenes se caracterizan por la aversión al espacio público tradicional y la tendencia a la privatización de éste. Analizaremos además la estructuración de sus territorios lúdicos, que al ser móviles, transitorios, flexibles, se pueden clausurar o pueden emerger en función de lógicas de segmentación, como ser la defensa cerrada de un profundo sentido de diferencia en relación a otros, la salvaguardia de imaginarios de distinción que se asimilan como modernos y civilizatorios, y de un desarrollado instinto defensivo frente a aquellos que se consideran portadores de riesgo y, por tanto, asociados a sentimientos de miedo e incertidumbre.

Una notable descripción de la Cochabamba actual nos permite encontrar, como punto de partida, algunas claves de lo que viene ocurriendo con los espacios públicos, cada vez más despojados del antiguo escenario y paisaje que se asociaba fuertemente al sentido de identidad que los cochabambinos tejían en su imaginario.

> Vista desde el aire, los parches verdes de bosquecillos y arboledas que antes matizaban el rojo de los tejados se han reducido a las proporciones mínimas de plazas y plazuelas, que por otra parte están casi siempre embaldosadas. ¿Las tejas? Ya no es tan fácil encontrarlas en el centro, donde más de sesenta edificios elevan sus torres desafiantes para saludar al viajero. Los techos coloniales se han trasladado a algunos barrios residenciales, que quien lo hubiera creído, trepan ahora sobre los cerros y campiñas que antes eran el marco agrícola de la ciudad [...] Donde había calles angostas y tranquilas hay anchas avenidas repletas de tráfico, donde había lagunas, queda el recuerdo, donde corrían cursos de agua hoy sólo

> corren ciclistas. hasta el famoso río Rocha está cercano a convertirse en una memoria más para los cochabambinos, pues reserva el despliegue de sus aguas turbias sólo para algunos días del año [...] Nuevos hitos identifican hoy la ciudad: el Cristo de la Concordia, las Torres Soffer —un shopping que dio aires de modernidad a la avenida Oquendo— un paseo de El Prado poblado ahora de edificios altos de arquitectura moderna, y áreas comerciales que se alejan del casco viejo y toman otras zonas de la ciudad [...] ¿Qué está pasando con Cochabamba?[96]

Pregunta pertinente y complicada la que plantea la autora de la cita. La respuesta la tendríamos que buscar en todo lo analizado con anterioridad, pero el resultado lo podemos resumir en una oración: Cochabamba, la ciudad tradicional que se mantuvo casi intacta por siglos, no ha podido resistir los embates globalizadores, las demandas de equipamiento urbano y de vivienda de la clase media y alta. Estas transformaciones modernas o posmodernas cambian con radicalidad el viejo paisaje urbano, incluido el marco ambiental donde se desplegaban los espacios públicos tradicionales. Pero no solamente es eso; también se han cambiado los actores que recreaban esos espacios.

La fractura del compromiso con la tradición, la destrucción de la memoria y la adhesión a los valores posmodernos de que hacen gala buena parte de las nuevas generaciones de ciudadanos tiende a recrear en los espacios públicos los lugares comunes de las ciudades globales: grandes espacios diseñados con pulcritud geométrica y generosamente cementados, espacios donde la idea de reunión e interculturalidad ha sido archivada, y donde lo que interesa es la circulación, el desfogue, el trotar urgente de cientos de operadores de la empresa pública o privada, estudiantes y universitarios, de ida o retorno a sus hogares cumplida la jornada laboral o el horario académico. Por ello, muchos cruces de avenidas y calles se han convertido en una suerte de muelles terrestres donde los usuarios del transporte público se disputan el acceso al micro deseado. No es difícil imaginar que el destino de muchas plazas y plazuelas será ése, convertirse en

---

[96] Myrtha Fernández de Laserna, "Cochabamba quién te ha visto y quién te ve: valle de cemento", fascículo "La Revista", *Los Tiempos*, Cochabamba, 21 de junio de 1968.

estaciones al aire libre de transporte urbano, una forma de no-lugares, como los existentes en muchas ciudades del mundo.

Los nuevos hitos urbanos ya no tienen el sentido incluyente del espacio público y muchos son símbolo de la sociedad de consumo. En fin, los únicos que todavía disfrutan de la plaza y el parque, como veremos más adelante, son los niños, pero en estos tiempos de miedo e inseguridad incluso esta presencia infantil en el espacio público es crecientemente considerada como un riesgo, como un territorio al que no hay que acceder.

Por otra parte La Cancha, como expresión de la zona sur y la zona norte entendida como los barrios residenciales de Cala Cala y Queru Queru, a los que posteriormente se añaden otros aledaños, constituye la materialización de dos versiones diferentes de pensar y construir la ciudad. Pero no sólo existe una oposición radical en la forma y calidad del espacio urbano, o en el criterio de funcionalidad y en los valores ambientales, de higiene y otros, sino en los imaginarios de estas dos versiones de ciudad. El Plan Regulador de los años cincuenta reconoció la existencia de dos grandes zonas dentro de la ciudad, mediadas por la zona central o casco viejo: una popular, donde La Cancha era el elemento estructurante de barrios obreros y barrios pobres (zonas de vivienda de interés social o de vivienda obrera) y otra residencial, donde se volcó todo el esfuerzo para convertir la campiña en ciudad-jardín.

Tales diferenciaciones definen en la esfera ideológica la convivencia de un espacio urbano dual y contradictorio: uno, donde se refugia la tradición, la pobreza, la ignorancia, donde todavía es influyente la cultura del mundo rural, y otro que se define por valores opuestos —la modernidad, la gente bien, la gente educada y la gente rica—. Sin embargo esta segmentación no es irreversible, más bien esta llena de transgresiones. En los años setenta y ochenta del siglo pasado, cuando estas dos realidades de la ciudad se hacen cada vez más nítidas, se verifica una suerte de incongruencia, puesto que los ciudadanos de clase media y alta que habitan los barrios exclusivos de la zona norte, ni son tan "distinguidos", ni el lugar donde residen es tan exclusivo. Una comparación con barrios similares de La Paz en esa misma época muestra diferencia, pues en la urbe paceña ya

existían barrios para estos sectores sociales, como Obrajes, Calacoto e incluso Sopocachi.

Evocando recuerdos en torno a Cala Cala y Queru Queru de las décadas citadas, se puede constatar que, por ejemplo, a inicios del decenio de 1970 todavía existían grandes propiedades dedicadas a faenas agrícolas en medio de agrupaciones de chalés. Sólo la avenida Bolívar, la América y algunas arterias adyacentes estaban consolidadas en términos urbanos. A inicios de los ochenta, a la conclusión de un intenso *boom* constructivo que vivió la ciudad en el decenio anterior, los paisajes semirurales habían retrocedido ostensiblemente y habían sido sustituidos por un renovado paisaje urbano. El problema es que la nueva imagen urbana resultante es poco coherente; es decir, aquí y allá despliegan su prestancia modernas y costosas casonas, entre las que se intercalan viviendas más modestas de una o dos plantas, volumetría a su vez interrumpida frecuentemente por lotes aparentemente baldíos, pero que en realidad cobijan modestísimas medias aguas al fondo. Simplificando: un empresario de gran fortuna tiene por vecino a un modesto profesional liberal o empleado público que, préstamo mediante, construye su vivienda funcional con escaso lujo, y además a un trabajador por cuenta propia que ha invertido la totalidad del ahorro en el lote y sólo puede edificar precarias habitaciones en hilera. Por otra parte, muchas casas de lujo edificadas con los patrones arquitectónicos modernos de la época no pertenecen a empresarios industriales o del comercio de prestigio, sino a exitosos intermediarios, mayoristas y no pocos contrabandistas que provienen del sur urbano, de La Cancha, y que en ese momento se reconocen como comerciantes, a los que se unen políticos y funcionarios de fortuna, talvez gracias a las arcas públicas.

Pero volquemos nuestra mirada con mayor atención a la imagen de la antigua campiña, y que finalmente fue absorbida y extinguida por los pujantes barrios de Cala Cala, Queru Queru y Tupuraya. A este respecto, se han forjado muchas evocaciones e imaginarios nostálgicos. Pero ¿cómo era realmente este territorio en el umbral de su transformación en área urbana? Una iniciativa de la Promoción Comunitaria de la Parroquia de Santa Ana de Cala Cala, que organizó una labor de diagnóstico en 1966, nos permite responder a la pregunta planteada. Para fines del levantamiento del citado diagnóstico, se

dividió el territorio en cuatro zonas[97]: la primera (zona 1) situada en los alrededores del actual estadio deportivo Félix Capriles[98], donde se verificaba la inexistencia de un servicio regular de agua potable, excepto en la avenida Libertador Bolívar y en la Obispo Anaya, donde muchas casas tenían un servicio propio por perforación de pozos. Con relación al servicio de alumbrado público y conexiones domiciliarias, así como alcantarillado, el servicio era adecuado en las vías antes citadas, deficiente respecto a la energía eléctrica e inexistente respecto al drenaje. En general esta zona estaba habitada por familias de clase media con un ingreso moderadamente expectable, excepto las que tienen casas sobre la avenida Bolívar y la calle Obispo Anaya, donde residen familias de mejor fortuna.

La zona 2, que se desplegaba desde el norte del estadio departamental "Félix Capriles" hasta la avenida América, presentaba mejores condiciones de dotación de infraestructura, aunque ésta sólo era parcial y favorecía a familias con viviendas sobre la avenida Libertador Bolívar, que tenían perfil económico más elevado que en el caso anterior. Una situación similar a la zona 1 ocurría en ésta respecto a los servicios de energía, alumbrado y alcantarillado.

En la zona 3, situada al Norte de la avenida América, hasta la avenida Simón López la provisión de agua estaba cubierta por piletas públicas. En esta zona, la parte mejor consolidada era el Barrio Minero Pulacayo, ocupado por familias de ex mineros de escasos recursos. Los servicios de alumbrado, energía eléctrica domiciliaria y alcantarillado eran deficientes, exceptuando la avenida Libertador Bolívar. Finalmente en la zona 4, la dotación de agua era por piletas públicas y pozos particulares. La dotación de los otros servicios era

---

97 La fuente periodística de la que se extrae esta información lamentablemente no está acompañada por un mapa de referencia.

98 La zona 1 estaba limitada por la actual avenida Gabriel René Moreno, avenida Juan de la Rosa, calle Obispo Anaya, avenida Libertador Bolívar, avenida Martín de la Rocha y avenida Tadeo Haenke. La Zona 2 estaba limitada por las avenidas G. R. Moreno, América, Libertador Bolívar y Juan de la Rosa. La zona 3 estaba limitada por la quebrada de Tirani, la avenida Simón López, la plaza de Cala Cala y las avenidas Libertador Bolívar y América. La zona 4 estaba limitada por la avenida Libertador Bolívar, la plaza de Cala Cala, la avenida S. López, la quebrada de Tirani, la actual avenida Beijing y la avenida Villarroel.

parcial, exceptuando la calle Tupac Amaru, donde se concentraban familias de ingresos altos[99].

La minuciosa pero necesaria descripción anterior muestra un territorio distinto al que se suele concebir desde la perspectiva de la planificación y sus imaginarios de modernidad. La ciudad-jardín en los años sesenta era todavía un proyecto tímidamente plasmado en la realidad. Sus condiciones de habitabilidad eran deficientes en gran medida, y salvo pequeños islotes —como la avenida Libertador Bolívar y algunas arterias donde habitaban familias de ingresos altos, que tenían satisfechos los servicios básicos—, el resto de las zonas estaban habitadas por sectores de clase media de menores ingresos, ex mineros e incluso sectores que se ubicaban dentro de la línea de pobreza. Con propiedad, Cala Cala, sin duda también Queru Queru y otros barrios que se califican como residenciales, apenas son territorios urbanos en transición de la antigua campiña a un ámbito urbano todavía precario y contradictorio. Sintetizando, el diagnóstico sobre la condición urbana de la parroquia de Santa Ana de Cala Cala, realizada en 1966, muestra que a lo largo del decenio anterior tuvieron acceso a lotes en esta zona diversos estratos sociales con una capacidad de ingreso que abarca un verdadero abanico, desde el extremo superior, evidentemente de ingresos altos, hasta el extremo inferior, ocupado por ex mineros, obreros y otros actores con ingresos muy bajos. Los mismos edificaron, en consecuencia, una suerte de miscelánea que iba desde los chalés modernos a las modestas medias aguas, pasando por los modestos planes habitacionales del Instituto Nacional de Vivienda de esa época. De esta manera, se pone en tela de juicio la suposición de que la zona norte fuera representativa en ese momento del hábitat exclusivo de estratos de clase alta y media/alta.

En suma, difícilmente se podría decir que en los citados años el norte era un espacio reservado a la clase media/alta. Si el espacio urbano en sus formas de uso y consumo representa una radiografía de los procesos de estratificación social, la radiografía que se podría sacar de los barrios de la zona norte no arrojaría otra cosa que un espacio compartido y disputado por muchos estratos, disputa que estaba

[99] *Prensa Libre*, Cochabamba, 8 de julio de 1996.

todavía en curso y que, por ello mismo, al tratarse de un proceso de transición hacia un rumbo todavía difícil de percibir, no arrojaba otro resultado que incertidumbre. Sin embargo este panorama, todavía confuso en los años ochenta, ya no existía a fines del decenio de 1990, por lo menos en amplios segmentos urbanos que, además de reclamar su carácter distinguido y exclusivo, pasaron a ostentar otros significados. Pero vayamos analizando paso a paso cómo se produce esta transformación. Para ello acudiremos a algunos datos estadísticos en base a fuentes censales disponibles. Inicialmente se observará el proceso demográfico que tiene lugar en las zonas de estudio, mencionando que las cifras que se señalan son aproximadas, en la medida en que diferentes censos tienen criterios diversos para delimitar el perímetro que en cada caso se asignó a Cala Cala y Queru Queru:

Cuadro 1
Cala Cala y Queru Queru: población 1945-2001

Censos	Población total ciudad	Cala Cala			Queru Queru		
		Población total	Población varones	Población mujeres	Población total	Población varones	Población mujeres
Censo Municipal 1945	71.492	2.941	1.424	1.517	2.908	1.416	1.492
Censo de Población de la ciudad de Cochabamba 1967	137.004	6.491	3.023	3.468	5.410	2.518	2.892
Encuesta por Enumeración Completa 1983	274.765	14.692	6.637	8.055	9.427	4.208	5.219
CNPV 1992	397.171	16.758	7.421	9.337	11.334	5.008	6.326
CNPV 2001	516.883	23.495	10.547	12.948	15.411	6.995	8.416

Este primer cuadro permite hacer un seguimiento al proceso demográfico que experimentan ambas zonas a partir de la fase inicial de su constitución como zonas urbanas. De acuerdo al censo de 1945, la población de Cala Cala y Queru Queru alcanza a 5.849 habitantes. Esta cifra representaba apenas el 8,18% de la población total urbana, lo que vendría a expresar un proceso de urbanización todavía muy incipiente. Sin embargo en 1967[100], algo más de dos décadas después, la realidad demográfica es diferente: ambas zonas alcanzan a 11.901 habitantes, que representan el 8,68% de la población urbana. Estas

100 El Censo de Población de la ciudad de Cochabamba de 1967 fue propiciada por el Comité IV Centenario, con apoyo del Gobierno central.

cifras expresan cambios significativos: por una parte, la población de las dos zonas se ha duplicado y ha experimentado una tasa aproximada de crecimiento anual del 4,7% en el periodo intercensal 1945-1967. Sin embargo, el crecimiento demográfico de la ciudad ha determinado que el peso poblacional de ambas se mantenga relativamente dentro de los parámetros marcados en 1945.

De acuerdo a los datos recabados por la Encuesta por Enumeración Completa de 1983, organizada por la Universidad de San Simón, Cala Cala y Queru Queru tenían una población de 24.119 habitantes, que representa el 8,78% de la población total. Una vez más la población se ha duplicado respecto al Censo de Población de la ciudad de Cochabamba de 1967 y muestra una tasa aproximada de crecimiento anual que se eleva al 6,41%. Estos datos expresan que desde los años sesenta se acelera el proceso de urbanización, cobrando mayor ímpetu en los años setenta e inicios de los ochenta. Pese a ello, ambas zonas no superan la franja del 8% y algo más como peso demográfico respecto al conjunto urbano, lo que ya es un claro indicador de la dinámica demográfica de la zona sur y otras.

El CNPV 1992 da una población de 28.092 habitantes para las dos zonas, expresando que sólo el 7% de la población urbana habita en Cala Cala y Queru Queru. La tasa aproximada de crecimiento anual para el periodo intercensal 1983-1992 desciende bruscamente a 1,83%. Estos indicadores son reveladores una vez más: el brusco descenso del incremento poblacional parece señalar, por una parte, que la tierra urbana disponible en ambas zonas ya ha sido ocupada, y por otra, que dichas tierras han experimentado alzas considerables, convirtiéndose en prohibitivas para sectores de ingresos medios y bajos. Además, disminuye el peso poblacional de ambas zonas respecto al total urbano, porque evidentemente el Sur y otras zonas siguen incrementando su población en forma rauda.

Finalmente, el CNPV 2001 indica que la población de Cala Cala y Queru Queru alcanzan a 38.906 habitantes, que equivalen al 7,5% de la población total. La tasa aproximada de crecimiento para el periodo intercensal 1992-2001 es de 4,2% anual, lo que implica un importante repunte respecto a 1992. Se puede interpretarlo de la siguiente manera: por una parte, la recuperación del ritmo de

crecimiento demográfico de los periodos anteriores; por otro, que pese a que el valor de la tierra urbana en ambas zonas se incrementa persistentemente, pareciera que este factor ya no es una barrera insuperable como en el periodo inmediatamente anterior. Sin embargo, esta percepción es relativa; lo que realmente parece sugerir este comportamiento es que se inicia un proceso de densificación en base a edificios en propiedad horizontal, que se constituyen en una oferta interesante para sectores de clase media.

En síntesis, estas cifras permiten trazar rasgos de la historia de la urbanización de Cala Cala y Queru Queru. El cuadro 1 expresa claramente que Cala Cala, debido a su mayor territorio, tiene mayor peso demográfico; por otra parte, la población femenina es crecientemente más numerosa que la masculina en dichas zonas. Hacia 1945, tanto Cala Cala como Queru Queru están apenas urbanizadas. En el periodo 1967-1983 el proceso de crecimiento demográfico y urbano se acelera en términos significativos. Sin embargo, de acuerdo al CNPV 1992, ambos ritmos se desaceleran bruscamente por lo antes señalado: encarecimiento del suelo urbano y caída de la oferta por saturación de las tierras disponibles para urbanizar. Finalmente, hacia 2001 se retoma el crecimiento demográfico de periodos anteriores, aunque esta vez el eje de este proceso ya no es la expansión horizontal, sino la alternativa vertical a través de la propiedad horizontal.

Veamos el comportamiento de la variable física a través de la situación de la vivienda y los servicios básicos:

Cuadro 2
Ciudad, Cala Cala y Queru Queru: número, tenencia y tipo de vivienda

Censos y localidades	Total de viviendas	Tenencia		Tipo de vivienda		
		Propia	Alquilada y otros	Casa independiente	Departamento	Habitaciones sueltas
Censo de 1945						
Ciudad	5.641	3.426	2.215			
Cala Cala	368	153	349			
Quero Queru	310	132	398			

(Continúa en la siguiente página)

(Continuación de la anterior página)

Censos y localidades	Total de viviendas	Tenencia		Tipo de vivienda		
		Propia	Alquilada y otros	Casa independiente	Departamento	Habitaciones sueltas
Censo de Población de la ciudad de Cochabamba 1967						
Ciudad	27.399	12.347	15.052	9.496	3.656	12.922
Cala Cala	1.179	668	511	636	157	332
Quero Queru	1.082	473	609	547	77	331
CNPV 1992						
Ciudad	89.065	40.970	48.095	57.892	5.343	24.938
Cala Cala	3.660	1.812	1.848	2.654	494	512
Quero Queru	2.434	1.333	1.101	1.856	255	323
CNPV 2001						
Ciudad	134.951	62.440+	60.951+			
Cala Cala	6.340	3.035+	2.770+			
Quero Queru	4.349	2.144+	1.676+			

Referencias:

+ Estas cifras se refieren a hogares. El número total de hogares en 2001 es de 123.391. El total de hogares en Cala Cala es de 5.805 y el de Queru Queru, de 3.820.

Este cuadro muestra la evolución del proceso de urbanización en la zona estudiada, permitiendo establecer, en primer lugar, que en el decenio de 1940 el volumen de vivienda no es superior a una modesta concentración que realmente no alcanza a definir la complejidad de un barrio, y menos de un distrito urbano, sobre todo si en realidad se trata de edificaciones dispersas o débilmente concentradas en torno al camino que conduce a la plaza de Cala Cala, bautizada como avenida Libertador Bolívar. La citada plaza, antes conocida como del Estanco, luego de Santa Ana de Cala Cala y posteriormente Luis Felipe Guzmán, la plazuela de La Recoleta y unas pocas calles más que se diluyen en la campiña. Ya hacia 1967, el volumen edificado se triplica y representa en conjunto el 8,25% del volumen total de viviendas existentes en ese momento en la ciudad. En 1992, se verifica que continúa la expansión numérica de las unidades habitacionales, manteniendo la tendencia del periodo anterior; sin embargo, el volumen edificado que representan Cala Cala y Queru Queru, frente a igual variable a nivel de la ciudad, desciende al 6,8%. Este descenso se puede interpretar como un indicador de que, pese a la dinámica constructiva que se verifica en ambas zonas, su intensidad es menor al promedio urbano. En 2001,

el ritmo edificatorio decae en intensidad respecto a los otros periodos debido a dos factores principales: por una parte, como ya se sugirió, el agotamiento paulatino de la oferta de lotes económicamente accesibles para la masa de demandantes, y por otra, a la valorización especulativa que experimentan en general ambas zonas; sin embargo, el volumen edificado de ambas zonas en relación con el resto de la ciudad se eleva al 7,92%. De todas maneras, ya está fuera de toda duda el elevado grado de consolidación urbana de ambas zonas a partir de los años sesenta. Por último, comparando el ritmo de crecimiento poblacional de ambas zonas con el ritmo edificatorio, se puede comprobar que existe un grado de paralelismo, lo que es un indicador de que se trata de un tipo de urbanización estrechamente vinculado a necesidades habitacionales efectivas antes que a un proceso inmobiliario vinculado a inversiones que apuestan a captar rentas en base a la proyección de crecimiento demográfico, dentro de la racionalidad de la gran empresa capitalista de bienes raíces.

Respecto a la tenencia de la vivienda, el volumen de propietarios que ocupan sus viviendas es, por lo general, mayoritario. Observemos el comportamiento de la relación entre propietarios y no propietarios entre 1967 y 2001. En 1967, esta relación es del orden del 46% en favor de los propietarios, lo que significa un equilibrio entre hogares que viven en casa propia y hogares que viven en casa alquilada o bajo otra modalidad. Este indicador sugiere que en ambas zonas existe una inversión importante en vivienda orientada a captar renta; esto significa que muchos inversores viven en otras zonas de la ciudad o, lo menos frecuente, que tienen más de una vivienda. En 1992, esta misma relación alcanza al 51,60% en favor de dueños de casa que habitan sus viviendas, en tanto que en 2002 dicha relación es del orden del 53,80% en favor de hogares de propietarios que habitan sus viviendas[101]. Sin embargo, la relación analizada respecto a la tendencia urbana muestra que, tanto en Cala Cala como en Queru Queru, la misma es superior en todos los años censales considerados, lo que significa que existe un volumen mayor de hogares habitando la casa propia que en otras zonas de la ciudad.

101 La relación entre viviendas ocupadas por sus propietarios y viviendas alquiladas, en anticrético y otras modalidades en 1967 muestra que sólo el 45% de los hogares gozan de vivienda propia; en 1992, el 40,7%, en 2001, el 46,2%.

Cuadro 3
Ciudad, Cala Cala y Queru Queru: infraestructura básica en la vivienda 1945-2001

Censos y localidades	Nº de viviendas (*)	Nº de hogares	Infraestructura básica en la vivienda								
			Procedencia del agua			Desagüe			Baño		
			Red pública	Pozo, noria, y otros	Sin servicio	Red pública de alcantarillado	Cámara séptica u otro	Sin servicio	Privado	Compartido	No tiene
Censo de 1945											
Ciudad	5.641	12.652	2.609*		3.032*	2.465*		3.176			
Cala Cala	368	502	68*		300*	33*		335*			
Queru Queru	310	527	44*			13*		297*			
Censo de 1967											
Ciudad	27.399	27.021	7.013	13.745	6.263	11.101	2.543	13.755	6.327	1.493+	19.201
Cala Cala	1.179	1.145									
Queru Queru	1.082	1.059									
CNPV 1992											
Ciudad	89.065	88.848	41.860*	24.047	23.158*	63.237*	11.578*	14.250*	35.626*	32.063*	21.376*
Cala Cala	3.660		3.166*	366*	128*	3.550*	82*	28*	3.074*	366*	220*
Queru Queru	2.434		1.929*	335*	170*	2.221*	164*	49*	1.868*	292*	274*
CNPV 2001											
Ciudad	134.951	123.391	85.820	10.147	27.424	86.563+	28.787	8.041	74.431	21.156	27.804
Cala Cala	6.340	5.805	5.444	218	143	5.019+	784	2	5.060	722	23
Queru Queru	4.349	3.820	2.856	525	439	2.995+	617	5	3.306	477	37

Nota: El asterisco (*) hace referencia a viviendas / el resto de las cifras está expresado en hogares.

Respecto al tipo de vivienda[102], variable contemplada apenas en dos procesos censales, tanto Cala Cala como Queru Queru presentan un predominio de "vivienda independiente" y de "departamento" del orden del 62,67% en 1967 (superior al promedio urbano, que es del 48%) y del 60,6% (inferior al promedio urbano que alcanza al 71%). Abstrayendo la ambigüedad de los significados censales que se atribuyen a estas categorías de vivienda, y tomando como parámetro el paisaje urbano de ambas zonas, se puede interpretar estos resultados como un indicador de que en los años sesenta ambas zonas ya han materializado en parte el modelo de ciudad-jardín[103], y que en el año 2001 este modelo está fuertemente asentado, aunque con importantes modificaciones, como veremos más adelante.

Con relación a la dotación de infraestructura en las viviendas de las zonas estudiadas respecto a similares parámetros urbanos, se nota la evolución de la siguiente tendencia: en 1945, el 46% de las viviendas de la ciudad tiene dotación de agua por cañería y el 43,7% está conectado a la red de alcantarillado. En contraposición, en Cala Cala y Queru Queru sólo el 16% capta agua por cañería y apenas el 6,7% tiene conexión a una red de alcantarillado; es decir que ambas zonas presentan una carencia extrema de estos servicios. En 1992[104],

102 Los conceptos de vivienda adoptados en la tipología de vivienda que contemplan el Censo de Población de la ciudad de Cochabamba 1967 y el CNPV 1992 no se refieren a criterios arquitectónicos. Así, la casa independiente es tanto la vieja edificación compacta del casco viejo u otras zonas habitada por una familia, como la residencia moderna o vivienda aislada que ha sido proyectada siguiendo normas municipales, pero también otras tipologías, por tanto no es sinónimo necesariamente de vivienda moderna. La cuestión es más clara respecto al "departamento" y a las "habitaciones sueltas" que involucran, además, habitaciones en hilera o medias aguas son fruto de un proceso de planificación respecto a otros que surgen a contrapelo de estos criterios.

103 Ciertamente, no se trata de una ortodoxa proyección de ciudad-jardín. Se trata más bien de la generación de un espacio urbano planificado con estos ideales, pero contemplando limitaciones considerables que le impone la propia realidad y los intereses inmobiliarios en juego. Por tanto, el uso del término es más alegórico que académico para diferenciar barrios que son fruto de un proceso de planificación respecto a otros que surgen a contrapelo de estos criterios.

104 En el Censo de Población de la ciudad de Cochabamba de 1967 presenta información por zonas en muchos rubros; sin embargo, respecto a la infraestructura básica, sus datos sólo se refieren a la ciudad en forma global.

el 69,5% de las viviendas dispone de conexiones a la red pública de agua potable y el 71% a la red de alcantarillado; además, el 40% de viviendas posee baño privado y el 36%, baño compartido. Respecto a las zonas estudiadas, el 83,6% dispone de agua por cañería, el 99,7% dispone de conexiones a la red de alcantarillado, el 81% de viviendas posee baños privados y sólo el 10,7%, baños compartidos. Similares tendencias se reproducen en el año 2001.

Todo lo anterior puede ser interpretado a partir de dos constataciones: entre el decenio de 1940 y los posteriores el municipio realiza grandes inversiones para dotar de servicios básicos a Cala Cala y Queru Queru, de tal manera que la satisfacción de estas necesidades en 1992 y 2001 están ampliamente cubierta, con índices superiores al promedio urbano. En la misma forma, la disponibilidad de baño privado es totalmente dominante y con un promedio, una vez más, superior a la media urbana. Todos estos indicadores muestran que ambos barrios ofertan índices de calidad de vida superiores a los que se puede encontrar en otros barrios de la ciudad. Por último, el cuadro 4 nos ofrece una perspectiva de la capacidad de consumo de los hogares respecto a bienes que no forman parte de la canasta familiar.

Cuadro 4
Ciudad, Cala Cala y Queru Queru: equipamientos en el hogar (2001)

Localidades	Nº de Hogares	Equipo de sonido o radio	Equipamiento de los hogares						
			Televisor	Bicicleta	Moto-cicleta	Vehículo automo-tor	Refri-gerador	Teléfono o celular	Bomba eléctrica de agua
Ciudad	134.951	105.902	105.059	63.949	7.506	30.435	73.628	60.007	31.992
Cala Cala	6.340	5.249	4.479	3.404	636	2.692	4.937	5.537	3.345
Queru Queru	4.349	3.461	3.520	2.123	362	1.922	3.235	3.005	2.507

Fuente: CNPV 2001.

Este cuadro muestra algunas pautas de consumo en los hogares. Pasaremos a observar lo más significativo. En 2001, el 78% de los hogares disfrutaban de equipos de sonido o radio; en la zona de estudio este índice alcanza al 81,5%. De la misma forma, la disponibilidad de televisores favorecía al 77,8% de los hogares en Cochabamba, en tanto que en las zonas de estudio este índice sólo alcanzaba al 74,8%.

Estos indicadores muestra la amplia difusión de estos artefactos de entretenimiento y comunicación[105]. Respecto a la disponibilidad de refrigeradores, el índice urbano expresa que un 54,5% de hogares dispone de este equipo, en tanto que en las zonas de estudio, este índice alcanza al 76,4%. La disponibilidad de celulares era del orden del 44,4% a nivel urbano y en las zonas de estudio alcanzaba al 80%. La disponibilidad de bomba eléctrica para extraer el agua potable de un depósito subterráneo o impulsarla a un depósito elevado era del orden del 23,7% en la ciudad, en tanto que alcanzaba al 54,7% en la zona de estudio. Finalmente respecto a la disponibilidad de automóviles en el hogar, el índice urbano es de 22,5%; en contraste, en las zonas de estudio alcanzan a un 43%. Más allá de este detalle, se puede verificar que prácticamente todos los indicadores de las zonas de estudio, respecto a la disponibilidad de los equipo que considera el cuadro 4, se sitúan muy por encima de los promedios urbanos. Sin embargo, este predominio no es absoluto en términos estadísticos: muestra la existencia de estratos que no acceden a muchos de estos equipos en forma uniforme. Este último aspecto podría mostrar la existencia de minoritarios sectores de clase media que habitan Cala Cala y Queru Queru, y cuya capacidad de gasto está por debajo del promedio local.

Sin embargo las frías cifras censales no son suficientes para expresar las características de la transformación que tiene lugar en la zona norte, particularmente en la zona de Queru Queru. En forma persistente, desde fines de segunda mitad del decenio de 1980, ámbitos eminentemente residenciales comenzaron paulatinamente a modificar su función. Sin duda, factores no previstos por la planificación urbana municipal comenzaron a gravitar en la toma de decisiones de los propietarios para que éstos se fueran inclinando por un cambio de uso de suelo, en realidad inicialmente por una adecuación de sus viviendas para recibir funciones no residenciales como el comercio, los servicios y sobre todo las actividades recreacionales, incluyendo una fuerte preferencia por las delicadezas culinarias que ofrece la

[105] El índice de disponibilidad de televisores en las zonas de estudio, situadas por debajo del índice urbano, puede se fruto de algún grado de incongruencia en la operación censal o de otras causas difíciles de precisar sin la disponibilidad de una información más precisa.

celebre cocina cochabambina. De esta manera comenzaron a surgir calladamente restaurantes, broasterías y chifas, acompañadas de discotecas, karaokes y otras, que rápidamente captaron la atención de la juventud. Intentemos reconstruir este proceso.

En el decenio de 1980, el tradicional centro comercial cochabambino está asediado por una serie de factores que afectan su normal funcionamiento: por una parte, el continuo avance del poderoso y flexible sector informal que avanza imparable a lo largo de la avenida San Martín enlazando con los mercados 25 y 27 de Mayo. Pese a las periódicas campañas represivas de los organismos municipales, la punta de lanza de este comercio, el comercio ambulante, realiza incursiones que alcanzan la misma Plaza de Armas y calles circundantes. Además, existe una suma convergente de hechos que dificultan la actividad comercial legalmente instalada, como la conversión de este centro en un gigantesco nudo vial donde reina el caos vehicular, la consiguiente contaminación ambiental que causan cientos de motorizados sometidos a embotellamientos y marcha lenta y, por último, la saturación por actividades comerciales, de servicios, administrativas y muchas otras más que se estorban entre sí, disputándose el escaso espacio disponible para consolidar precarias e incómodas instalaciones. En suma el centro se convierte en un espacio de deseconomía de aglomeración; es decir, un espacio donde tendencialmente comienza a bajar la rentabilidad que otrora ofrecía el emplazamiento comercial en esta zona.

Este cuadro de creciente deterioro de la ventaja de localización que ofertaba la zona comercial tradicional estimuló finalmente el desplazamiento de muchas funciones comerciales hacia otros emplazamientos opcionales. Inicialmente la preferencia pareció dirigirse hacia la avenida Salamanca y calles aledañas y, con menor intensidad, hacia El Prado.

Como es sabido, el emplazamiento comercial es uno de oportunidad que procura cobijarse al amparo de equipamientos susceptibles de generar actividades complementarias diversas. Hacia esa época, importantes equipamientos fruto de la inversión privada parecían ofertar varias alternativas: el Hotel Portales, inaugurado en 1985, ubicado en la misma zona en que en años posteriores se emplazó

el primer supermercado importante, el ICE Norte (1995); el edificio de *Los Tiempos* (1989) y las Torres Soffer (1991), que son el primer *shopping mall* de la ciudad. Estos emprendimientos significaron otras tantas opciones para estructurar un nuevo centro comercial. Finalmente, se optó por cruzar el río Rocha para marcar la mayor distancia posible respecto al comercio informal.

Veamos cuáles fueron los criterios que primaron para esta decisión:

> Parece que el Hotel Portales de una forma natural ha arrastrado otras actividades porque ha creado un mercado. Ahora ¿quiénes iban al Hotel Portales?, no cualquiera, un hotel de cinco estrellas requiere servicios también de ese nivel por la gente que va, entonces seguramente, empiezan ha aparecer algunos servicios complementarios, después parece que es el ICE Norte (en realidad se trata del antiguo Zayaa[106]), el que estaba en la Pando, ese de cuatro pisos, era una novedad, digamos era el primer supermercado, esos dos parecen ser los hitos[107].

Sin duda, el efecto multiplicador del mejor hotel de la ciudad y la presencia de clientela distinguida, así como la realización de muchos eventos nacionales e internacionales, sumado a las bondades de la zona en términos ambientales y de dotación de todos los servicios necesarios, colmaron la expectativa de comerciantes e inversores que ya no consideraban a la zona central de la ciudad y sus aledaños como el escenario más adecuado para un desarrollo comercial moderno. Al respecto, se afirma:

> La necesidad del salir del casco viejo y de descongestionar el centro hizo que muchas empresas y compañías bancarias optaran por construir sus propios edificios y dieran cuerpo al crecimiento vertical de Cochabamba, en un proceso que está muy lejos de concluir. Ahora son decenas los edificios que se extienden por las antiguas

---

106 El primer supermercado fue el Zayaa, que data de fines de los años ochenta, el cual se fusionó con el Ice Norte en 1994, inaugurando este último sus instalaciones sobre la avenida América en 1995. *Los Tiempos*, 31 de octubre de 1997.

107 Entrevista al Arquitecto Wilson Miranda, 18 de marzo de 2008.

> zonas residenciales, las cuales se convierten en agitados distritos comerciales. Simultáneamente las familias comenzaron a alejarse de las zonas céntricas buscando la tranquilidad y el aire puro de los alrededores[108].

Ambos testimonios coinciden en considerar que las antiguas zonas residenciales se transforman en forma paralela al agravamiento de los problemas que crea el casco viejo a sus habitantes y se convierten en atractivas para quienes desean realizar inversiones en el ámbito del comercio y el desarrollo empresarial. En pocos años arterias como la avenida Pando y la Santa Cruz, seguidas por otras como la América y la Libertador Bolívar, van cambiando su fisonomía (ver mapa 6). La presencia continua de turistas y personajes que desean servicios de alto confort y que frecuentan los hoteles Portales y Aranjuez estimula la aparición de muchos restaurantes. En la zona de La Recoleta se establece por esta época (fines de los ochenta e inicios de los noventa) otro hito: la Casa de Campo, con una oferta de servicio a la altura de esta demanda. La rápida aceptación de este restaurante por parte de una amplia clientela se convierte en un referente para que similares instalaciones surjan en los alrededores de la plaza Ubaldo Anze (Recoleta), en la avenida Pando, en la avenida Aniceto Padilla y, sobre todo, en torno a la citada Casa de Campo, en la prolongación de esta avenida, que merced a su amplia concurrencia se convierte en una vía peatonal, ahora conocida como el Boulevard[109].

Luego, a lo largo de los años noventa, al lado de esta oferta de alojamiento y culinaria para una clientela de alto consumo que exige

---

108 Fernández de Laserna, Myrtha, "Valle de cemento", "La Revista", fascículo de *Los Tiempos*, 21 de junio de 1998.

109 "El Boulevard era antes vehicular, quien arrastra esta dinámica, digamos es la Casa de Campo. Este ha sido el primer restaurante que se ha establecido ahí con una calidad y buen servicio. Talvez había una relación entre el Hotel Portales y la Casa de Campo, o ésta y el Hotel Cochabamba. En el Hotel Portales se empiezan a desarrollar seminarios, actividades que también crean un mercado de servicios complementarios para no almorzar en el hotel, pero sí en la Casa de Campo. Frente al éxito de la Casa de Campo, otras iniciativas van apareciendo y se va configurando un 'lugarcito' con una cierta especialidad. Ahí aparece la cuestión de que ya no puede ser vehicular, hay que dotar el sitio de mayor confort, bueno, se convierte en peatonal". Wilson Miranda, entrevista citada.

calidad y que estimula la formación de un nuevo centro comercial, se amplía la demanda recreativa en pos de espacios francamente lúdicos que cobijen a los jóvenes de clase media y alta que se sienten atraídos por esta nueva atmósfera de modernidad que se va materializando. En efecto, la juventud de estratos medios y altos que solía hacer de El Prado su espacio preferencial de reunión y convivencia también decide pasar al otro lado del río Rocha, o más bien no cruzar el río hacia el Sur, pues prácticamente todos viven en la zona norte y prefieren organizar en esa misma zona sus espacios de encuentro y reunión. De esta manera, al lado de los restaurantes, casas comerciales, abastecimiento y servicios diversos, surgen discotecas, karaokes y locales similares con buena calidad de atención. Observemos este complejo comercial resultante a partir de los datos brindados por la Unidad de Sistemas Informáticos de la Subalcaldía Adela Zamudio de la H. Municipalidad de Cochabamba, complementados por un relevamiento de campo que ha permitido establecer la presencia de aproximadamente 1.574 establecimientos comerciales, de servicios, y otros sintetizados en el cuadro 5.

Cuadro 5
Cala Cala y Queru Queru: establecimientos comerciales, de servicios y otros (2008) [110]

Unidades comerciales	Cantidad
Recreación	
Discotecas, karaokes, piano bar, bares, pub, whiskerías	38
Restaurantes, broasterías, churrasquerías, chifas y otros con menú a la carta	114
Pizzerías, cafés, confiterías, salones de té, heladerías, salteñerías	85
Pensiones familiares, rotiserías	20
Bingo, bowling, billares, juegos de video, juegos electrónicos	21
Clubes de video	15
TOTAL RUBRO RECREACIÓN	**293**
Comercio de ropa, calzados y afines	
Ropa femenina y masculina, ropa para niños, lencería, calzados finos	40
Bazares	9
TOTAL RUBRO COMERCIO DE ROPA, CALZADOS Y AFINES	**49**

(Continúa en la siguiente página)

110 La zona aproximada en que se concentran los establecimientos considerados está limitada al Norte por la avenida América, al Sur por las avenidas Oblitas y Uyuni, al Este por la avenida Melchor Urquidi y al Oeste por la Libertador Bolívar (ver mapa 6).

(Continuación de la anterior página)

Unidades comerciales	Cantidad
Cuidados corporales	
Salones de belleza, peluquerías, cosméticos, perfumerías	65
Gimnasios	13
TOTAL RUBRO CUIDADOS CORPORALES	**78**
Abastecimiento	
Hipermercados y mercados	3
Panaderías, reposterías	16
Proveedoras, tiendas de barrio	152
Micromercados, supermercados	73
Licorerías	9
Bombonerías	3
TOTAL RUBRO ABASTECIMIENTO	**256**
Artículos del hogar	
Mueblerías, decoraciones, artesanía y vajilla fina, cortinas, artículos de cocina	35
Ropa de cama, colchones	6
Electrodomésticos	9
TOTAL RUBRO DE ARTÍCULOS DEL HOGAR	**50**
Servicios generales	
Lavado de ropa a vapor y otros similares	18
Surtidores de combustible	9
Cerrajerías	9
Talleres mecánicos, gomerías, lavado, tapicería	74
Veterinarias y peluquería de canes	12
Servicios electrónicos	10
Salas de eventos	12
Empresas de servicios y conexiones de gas	4
Servicios de seguridad privada y sistemas	4
Servicios de limpieza del hogar	7
Radio taxis	14
Modistas, sastrerías	13
Grabaciones de música y video	2
Carpintería	5
Fotocopiadoras	16
Otros servicios: reparación de calzados, modelaje, laboratorio fotográfico, etc.	10
TOTAL RUBRO SERVICIOS GENERALES	**219**
Banca, finanzas y negocios, apoyo a las empresas	
Bancos, financieras privadas, cooperativas	10
Inmobiliarias y bienes raíces	5
Compañías de seguros y afines	10
Servicios empresariales, financieros, aduaneros, de consultoría	40
Transporte de mercaderías, exportación, importación, comercio mayorista	52
Marketing, publicidad	15
TOTAL RUBRO SERVICIOS FINANCIEROS	**132**
Sedes de instituciones	
Públicas, privadas	**9**

(Continúa en la siguiente página)

(Continuación de la anterior página)

Unidades comerciales	Cantidad
Cultura, arte	
Salas de exposiciones	2
Museos	1
Biblioteca	1
Centro cultural	2
TOTAL RUBRO DE CULTURA Y ARTE	**6**
Servicios de salud	
Clínicas, laboratorios, especialidades médicas, odontología	14
Consultorios médicos	35
Fisioterapia	5
Farmacias	38
TOTAL RUBROS DE SERVICIOS DE SALUD	**92**
Comunicaciones	
Puntos de llamadas telefónicas, servicio de Internet	70
Empresas de telefonía celular y venta de celulares	7
Servicios a sistemas de comunicación	11
Empresas de televisión y radiodifusión	5
TOTAL RUBRO COMUNICACIONES	**93**
Culto	
Iglesias y templos, servicios religiosos	**2**
Educación	
Centros de enseñanza superior y técnica, escuelas, colegios	8
Guarderías infantiles, jardines de infantes, kinder	8
TOTAL RUBROS DE EDUCACIÓN	**16**
Hoteles y turismo	
Hoteles, apart hoteles, hostales	5
Agencias de turismo	14
TOTAL RUBRO HOTELES Y TURISMO	**19**
Comercio en general	
Librerías, papelerías, imprentas	31
Ferreterías, cerámica, sanitarios. pintura y materiales de construcción en general	91
Empresa constructora, talleres de arquitectura, servicios de ingeniería	44
Jugueterías	5
Casa de regalos y souvenirs	10
Viveros, jardinería	8
Florerías y arreglos florales	6
Venta de vehículos en general, rent-a-car, accesorios y repuestos	45
Agencia de modelos	2
Vidriería, cristalería	10
Hardware, software y afines	20
Empresas de servicios de electricidad	3
Joyerías	2
Apoyo a instalaciones industriales	1
Limpieza industrial y de oficinas	1
Perforación pozos de agua	1
TOTAL RUBRO DE COMERCIO EN GENERAL	**260**
Total general de rubros considerados	**1.574**

Fuente: Unidad de Sistemas Informáticos de Subalcaldía Adela Zamudio y verificación mediante relevamiento de campo.

El cuadro anterior nos permite establecer, en una primera impresión, que la aglomeración de actividades comerciales de muy diversa especialidad va más allá de los requerimientos de unos barrios o zonas urbanas que representan demográficamente apenas el 7,52% de la población de la ciudad, de acuerdo al CNPV 2001 (ver cuadro 1). Por otro lado, dentro de esta heterogeneidad de unidades comerciales existe una importante concentración de locales dedicados a hacer placentero el tiempo libre, ciertamente al margen de que estas 293 unidades registradas representan el 18,6% del total de unidades; sin duda su gravitación y el peso específico de esta concentración influyen sobre el conjunto urbano. Otras actividades acentúan la jerarquía de la zona con su presencia; por ejemplo, la banca y los servicios financieros en general, la oferta amplia de servicios médicos generales y altamente especializados, la amplia gama de oferta de comestibles y opciones de abastecimiento, incluyendo una feria franca los días sábados[111], tiendas comerciales de ropa femenina y masculina con marcas originales, ventas de automotores, hoteles y turismo, etc., que sin duda se dirigen a una clientela solvente de clase media/alta y exigente en la satisfacción de sus delicados y modernos gustos.

Se ve que este nuevo centro comercial ha superado la escala de las necesidades de la zona y se constituye en un referente urbano alternativo para la expansión del comercio que se considera representativo e intermediario de las ofertas de estilos de vida y confort que se irradian desde la economía global. También queda claro que, de las 10.689 familias de la zona censadas en 2001 (el 7,92% del total urbano), no todas forman parte de este mundo de alta capacidad de consumo (ver cuadro 4), pero las que sí encuentran en esta nueva concentración comercial no sólo lo imprescindible, sino una amplia gama de opciones de casi todo lo imaginable. Espacialmente, esta concentración comercial se estructura a partir de dos ejes: un eje lúdico que arranca en el Boulevard y sigue a lo largo de la avenida Pando, con algunos núcleos desprendidos y dispersos[112]; el otro eje,

[111] Esta feria registraba el día 19 de abril de 2008 alrededor de 150 puestos de abarrotes, verduras, fruta y otros varios artículos.

[112] Los núcleos lúdicos que no se vinculan directamente a este eje son: los centros nocturnos próximos al Palacio Portales en la avenida Potosí, donde destaca la Muela del Diablo, un centro muy atractivo para la juventud, y las churrasquerías

con características comerciales y de servicios, está constituido por la avenida Santa Cruz y la avenida América entre Libertador Bolívar y la avenida Pando, con numerosas calles y avenidas por donde se ramifica esta actividad, siguiendo la lógica de un grado mayor de intensidad comercial en las esquinas donde esas arterias desembocan en la citada avenida. Observando la dinámica de este proceso de expansión comercial y consolidación de un nuevo centro, se obtienen nuevos elementos de juicio:

Cuadro 6
Cala Cala y Queru Queru: apertura de establecimientos comerciales y otros por quinquenios

Año de apertura de actividades de establecimientos por quinquenios	Cantidad de establecimientos	Promedio anual de apertura de establecimientos
Antes de 1980	20	-
1981 a 1985	31	6,2
1986 a 1990	126	25,2
1991 a 1995	208	41,6
1996 a 2000	227	45,4
2001 a 2005	665	133
2006 a marzo de 2008	295	-
Total	**1.472***	**-**

* No se toma en cuenta la iglesia de La Recoleta, el mercado de Cala Cala y la Feria Franca.

Fuente: Elaboración propia en base al cuadro 5 e información de la Unidad de Sistemas Informáticos de la H. Alcaldía de Cochabamba.

El cuadro anterior es bastante explícito en mostrar que la zona estudiada va cambiando su fisonomía residencial comercial a partir de los años noventa. Hasta antes de esa fecha, la expansión de funciones comerciales es la que se espera de un barrio residencial consolidado, cuyos habitantes, para satisfacer sus necesidades de consumo, deben frecuentar con asiduidad la zona central de la ciudad e incluso La Cancha. A partir de los años noventa, se rompe el ritmo lento de

que existen frente al estadio departamental, donde suelen concurrir los hinchas de fútbol de toda condición social.

crecimiento de actividades económicas, de tal manera que hacia el año 2000 se alcanza una taza anual de apertura de nuevos establecimientos que es siete veces más alta que la existente entre 1981 y 1985. Sin embargo, la verdadera transformación tiene lugar entre 2001 y 2005, cuando la tasa anual de apertura de locales de actividad económica supera ampliamente el centenar. La tendencia anterior parece mantenerse en los últimos años, pues para el primer trimestre de 2008 ya se registra un número de nuevos establecimientos que representa el 44% de los identificados para el quinquenio 2001-2006. Bajo este ritmo de acelerada expansión de las actividades comerciales y otras, no es una exageración hablar de un sofisticado nuevo centro urbano. Incluso es posible vislumbrar un fuerte incremento de actividades no residenciales en zonas aledañas, como la avenida América Oeste, la calle Félix Capriles, la Adela Zamudio, la plaza de Cala Cala, etc.

En fin, este nuevo fenómeno rompe la antigua configuración de la estructura urbana que reposaba en la fuerte dependencia de unos barrios de alojamiento con respecto a la zona comercial enclavada en el cada vez más obsoleto casco viejo. Hoy en día es posible afirmar que miles de familias ya no requieren cruzar el río Rocha para satisfacer sus necesidades diarias, ya que todo lo necesario, y con ofertas de marcas de calidad, está disponible en este nuevo centro, además del apoyo de zonas que se convierten en complementarias a este nuevo centro, el mismo que no sólo desde la arquitectura, sino desde la adopción de nuevos estilos de vida, se puede reclamar moderno[113].

Estas mismas pautas han modificado sensiblemente el antiguo paisaje residencial. La adscripción de importantes sectores de clase media y alta a la alternativa del departamento en propiedad horizontal ya no es sólo una opción para satisfacer una necesidad, sino también, de acuerdo a la calidad de confort que oferta el edificio, un signo de distinción. Una relación parcial de los nuevos edificios librados al servicio de sus usuarios en los últimos años, en base a datos proporcionados por la Dirección de Catastro del Municipio del Cercado, permite ofrecer una pauta de la dinámica de estos cambios:

---

113 Nos referimos a equipamientos convertidos en verdaderos hitos: las Torres Soffer, un complejo comercial de primer nivel con un supermercado incluido, y el complejo de cines y recreación Center, inaugurado en 2006, cuya clientela es preferentemente de la zona norte.

Cuadro 7
Edificios en propiedad horizontal con planos aprobados por el Catastro Municipal (*)

Número de pisos	Años														Totales
	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998	1999	2000	2001	2002	2006	
4 pisos	1			2	1			1					2		7
5 pisos				2				1	1			2			6
6 pisos															
7-8 pisos				1	1				5	1			1		9
9-10 pisos.		1				1	1					1		1	5
+ de 10						1	2	6	2		1	1			13
Totales	**1**	**1**	**-**	**5**	**2**	**2**	**3**	**8**	**8**	**1**	**1**	**4**	**3**	**1**	**40**

(*) Los años 2003, 2004, 2005 y 2007 no registran aprobaciones de divisiones en propiedad horizontal de edificios en la zona de estudio.

Fuente: Dirección de Catastro del Municipio de Cochabamba.

Este cuadro permite establecer lo siguiente: en el último decenio del siglo pasado se edificó el 77,5% de los edificios registrados en el catastro. Es decir, es realmente entonces cuando la zona estudiada cambia su fisonomía. Por otra parte, el 67,5% de los edificios registrados son de nueve y más pisos[114]. Lo anterior significa que las inversiones inmobiliarias siguen preferentemente pautas de maximizar el uso del suelo con altas densidades, a fin de compensar el elevado precio del suelo urbano.

Naturalmente, además de los edificios registrados existen muchos más que no han saneado la propiedad horizontal, ya sea porque los inversores prefieren extraer rentas en alquiler o porque no han concluido la venta de todos los departamentos u oficinas ofertadas.

En cuanto a la función que cumplen estos edificios, se tiene los siguientes resultados:

Cuadro 8
Edificios según la función para la que fueron proyectados (1990-2006)

Tipo de edificio	Total
0. Edificios de departamentos	15
1. Edificios de oficinas y comercio	7
2. Edificios de comercio y departamentos	18
Total	**40**

Nota: Aquí sólo figuran edificios con planos de división catastral aprobados, y no aquellos que están ocupados bajo diversas formas de arriendo o los muchos que se encuentran en construcción.

Fuente: Catastro Municipal y elaboración propia.

Este último cuadro nos ilustra sobre la valoración que realizan los inversores en función del tipo de demanda que tratan de satisfacer. Se puede ver que sólo un 37,5% de los departamentos considerados se dirigen a resolver demandas de consumidores con carencias en el orden residencial. Un mayoritario 45% se orienta

114 El edificio más alto alcanza los 15 pisos, pero existen en construcción otros de similar altura.

a satisfacer demandas de instalaciones comerciales y necesidades residenciales, en tanto que el 17,5% restante apuesta por edificios destinados exclusivamente a actividades de comercio y servicios profesionales. Esta composición de las funciones que se desarrollan en estos edificios y las proporciones que existen entre ellas permiten establecer dos tendencias: la creciente inclusión en espacios residenciales de actividades de comercio como un complemento necesario, de acuerdo a las exigencias de mercado. De hecho, desde este punto de vista, el 62,5% de los edificios incluyen comercios y servicios en las plantas inferiores y departamentos unifamiliares en las plantas superiores o son proyectados para funciones comerciales excluyendo la función residencial. La segunda pauta es que la oferta de edificios en condominio exclusivamente para departamentos no parece ser una alternativa que prefieran los inversores, y al margen de que la venta o el alquiler de los departamentos pueda ser una operación rentable sólo en el largo plazo, también puede interpretarse este juego del mercado como una pauta de que la función residencial, dada la alta valorización del suelo, puede constreñirse en favor de la expansión comercial en los próximos años (ver mapa 7).

A manera de conclusión, más allá de las transformaciones urbanas formales que tienen lugar en el nuevo centro comercial en Queru Queru, y que podrían ser tipificadas como un proceso normal o frecuente de cambio de uso del suelo, se tiene que en este caso particular aquellas adquieren significados más complejos y profundos. A la luz de los procesos que se relacionan con los canales culturales mediante los cuales se difunden los valores pretendidamente civilizatorios de la economía global, los efectos consiguientes, que ya fueron ampliamente considerados, han terminado materializando un fragmento de espacio urbano, que consideramos que rompe con el tradicional modelo de estructura urbana monocéntrica y diluye los vínculos funcionales con La Cancha y la zona sur, que otrora permitieron que, en medio de contradicciones sociales diversas e intensas fragmentaciones urbanas, se conservara el carácter intercultural de la vida urbana, la que, bajo el manto de la llamada "identidad valluna", describía los grados de tolerancia que formalmente exhibían los habitantes de Cochabamba en relación a otras ciudades.

La difusión de valores culturales exógenos, a través de la agresiva expansión de las NTIC, ha logrado en el curso de no más de una década separar las aguas entre modernidad y otro tipo de posturas, introduciendo temas como etnicidad, exacerbación de la diferencia como signo de identidad, valorización del *yo* frente a la desvalorización del *otro*, etc. Este proceso ha concluido en un resultado no deseable: la segmentación del cuerpo social cochabambino y la fragmentación espacial de la ciudad en términos más pronunciados.

El nuevo centro comercial que hemos descrito puede ser considerado como un primer producto de este proceso de diferenciación. No se trata de un nuevo centro revestido con ropajes vistosos para captar al conjunto de consumidores urbanos, no se trata de una opción frente al avance del comercio informal o el deseo de salir del atolladero actual que representa el casco viejo. El significado de este espacio de renovación urbana es un tanto más complejo por la naturaleza de sus significados y cargas ideológicas. No es un centro para todos, por los elevados costos de los bienes económicos que allí se ofertan; tampoco su exuberante oferta lúdica está al alcance de todos los bolsillos. Más bien se trata de un centro que se nutre de nichos de mercado restringidos pero con elevada capacidad de compra y con gustos formados por la cultura de la globalización, que no podrían ser satisfechos en La Cancha o en otros centros comerciales de la ciudad. Luego, este espacio, al no ser un espacio abierto y compartido por otros, se convierte en un espacio de exclusión. Los *otros* y los espacios urbanos que los contienen terminan convirtiéndose en una realidad invisible, distante, ajena y hasta indeseable. Al mismo tiempo se podría decir, cosa curiosa[115], que en este caso se reafirma el sentido de territorio y de límite territorial, en la medida en que existe plena conciencia en torno a que el nuevo centro vive dentro de una imaginaria burbuja moderna sitiada por tercos habitantes de la ciudad anclados en el pasado. Tenemos, por una parte, la emergencia de barreras culturales

---

115 Muchos autores, como Castells, consideran que la globalización y la revolución tecnológica en el campo de las comunicaciones y el acceso a la información han terminado banalizando la idea de lugar y territorio, y han llamado la atención sobre la contradicción entre un proceso económico, social y cultural que se mueve en la virtualidad de los flujos, en tanto la vida cotidiana continúa amarrada a la idea de sitio y localidad.

que provienen de la sociedad moderna transfronteriza que construye la globalización y la negación de incluir en ella a los resabios no modernos. Por otra, tenemos la materialización en el espacio urbano de esos imaginarios, que delimitando territorialidades de modernidad y de atraso, conforman simultáneamente un producto coherente pero perverso: segmentación social y fragmentación espacial como una tendencia que marca la declinación del espacio público y la modificación de la estructura urbana de una manera no deseable.

En suma, este es un escenario urbano que ya no requiere articularse al resto de la ciudad para afianzar su viabilidad o su consumo. Su dinámica ya no depende de los factores tradicionales de centralización comercial en la medida en que ha logrado la capacidad de organizar su propia estructura interna y convertirse en el nuevo centro de los barrios de la zona norte. Desde este nuevo centro se irradia un estilo de vida diferente (moderno o posmoderno) que ya no se nutre de los valores de la tradición, y se estimula la tendencia a proyectar una alternativa de ciudad distinta, articulada al imaginario del consumo global y al conjunto de los valores culturales que de allí emanan, en contraposición a la ciudad tradicional, ahora relegada de dicha alternativa. Presenciamos probablemente la etapa inicial de una dualización de la ciudad, como ya se sugirió anteriormente; un síntoma evidente de las influencias culturales de la globalización. Por el momento, el tantas veces citado nuevo centro de la zona Recoleta y los barrios cerrados y exclusivos que se van estructurando en la vasta geografía de su área de influencia son la dimensión material de esa tendencia, cuya otra virtud es la capacidad de reproducirse tanto como espacio urbano cuanto como tejido social, prescindiendo de la ciudad histórica y de la ciudad plebeya.

Por último, este es el escenario urbano donde se despliegan unos actores nuevos, los jóvenes de clase media/alta de la generación de fines de los años ochenta y principios de los noventa, actores singulares que se desarrollan en un medio urbano fragmentado en relación a las antiguas tradiciones urbanas y, por ello mismo, sujetos de investigación significativos por lo reveladoras que pueden ser sus vivencias en este novísimo ámbito urbano de la posmodernidad cochabambina.

Clase social, nueva juventud y territorio urbano

Las mutaciones en la zona norte hasta aquí analizadas son el soporte material para la emergencia de la juventud de clase media/alta cuyos referentes políticos, simbólicos y de usos del espacio urbano difieren grandemente a los de la generación precedente, aquella que corresponde a sus progenitores, que vivieron, por así decirlo, en otra ciudad y en otro tiempo, teniendo a muchos de ellos como protagonistas del termómetro político, como una vanguardia iluminista del cambio. Esta tradición fue ampliamente extendida entre las élites políticas que van desde los liberales federalistas de 1871, pasando por el nacionalismo revolucionario y el marxismo de la postguerra del Chaco (1932-1935), hasta los esbozos de la nueva izquierda de los años sesenta a ochenta de la centuria pasada.

La nueva constelación urbana del norte es la única que la juventud de clase media/alta ha conocido; por ello expresa mejor que nadie la segmentación social en Cochabamba, asentada en la ya analizada fragmentación urbana procedente de la consolidación de la zona norte. Ésta, como vimos, surgió cuando eran niños y niñas y se consolidó paralelamente a su crecimiento. Para la estadística y la demografía, ser joven significa estar en un grupo de edad entre los 17 y 24 años. Es decir, la juventud estaría marcada por la biología o el desarrollo corporal. Desde Bourdieu, sin embargo, podemos realizar una lectura sociológica de la juventud, entendiéndola como una relación de poder. Joven es aquel que disputa con las anteriores generaciones. Podríamos leer entonces la juventud con dos miradas, la física y la social.

Asumiendo en efecto la juventud como una categoría construida culturalmente, nos interesa detenernos en una forma particular de ser joven, aquella que pertenece a la clase media/alta, caracterizada por disponer de recursos económicos, habitar en barrios residenciales de la zona norte, acudir a colegios privados y disponer de medios propios (autos) para el transporte en la ciudad.

Mario Margulis y Marcelo Urresti han propuesto la categoría de "moratoria social", que contribuye a comprender las características de la juventud de sectores acomodados, como es el grupo bajo

estudio. La moratoria alude a la posibilidad de demorar el ingreso a la madurez y el ser adulto. Supone un tiempo libre legitimado, un estadio de la vida en que se postergan las demandas, un "estado de gracia durante el cual la sociedad no exige". Se posterga la edad del matrimonio, el ingreso al trabajo y se prolonga el tiempo de estudio. La juventud estaría, por tanto, marcada por cierta permisividad y tolerancia por parte del mundo adulto.

Ahora bien, como señala Carles Feixa (2002), las generaciones no son estructuras compactas sino "referentes simbólicos que identifican vagamente a los agentes socializados en unas mismas coordenadas históricas". Feixa concuerda con Margulis, quien afirma que "los jóvenes son nativos del presente", para continuar señalando:

> Cada una de las generaciones coexistentes (divididas a su vez por otras variables sociales) es resultante de la época en que se han socializado. Cada generación es portadora de una sensibilidad distinta, de una nueva *episteme,* de diferentes recuerdos; es expresión de otra experiencia histórica.

¿En qué contexto ha crecido y ejerce su juventud el grupo bajo estudio? Feixa ha utilizado el término 'generación' para designar aquella que se enmarca y enfrenta tres tendencias de cambio:

> En primer lugar, el acceso universal —aunque no necesariamente general— a las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación; en segundo lugar, la erosión de las fronteras tradicionales entre sexos; en tercer lugar, el proceso de globalización que conlleva necesariamente nuevas formas de exclusión social a escala planetaria. (Feixa, *op. cit*.)

Feixa se refiere, claro, al contexto internacional, fruto de la globalización que se filtra por todos los poros hacia la sociedad cochabambina (y mundial). En términos nacionales y locales, ¿cuál sería el marco contextual de la socialización de nuestro grupo de estudio?, ¿cómo se posicionan, organizan y recrean los actores juveniles de clase media/alta en un cuadro de mutaciones locales e internacionales?, ¿cómo influyen estas coordenadas en la ocupación del espacio urbano?

Ciertamente que la consolidación de parcelas de espacio urbano por clases sociales específicas se relaciona con un nivel de igual situación en la organización de la sociedad y la economía, en un clara evidencia de cómo se reparte la torta de la riqueza y del poder. En el caso que nos ocupa, respecto a las décadas citadas, la constatación que se puede hacer más bien arroja confusiones. Para comenzar, era prácticamente inútil tratar de realizar un análisis de la estructura de la sociedad cochabambina a partir de las herramientas que proporciona la teoría marxistas. La figura típica propia de sociedades industrializadas y de una burguesía regional y urbana bajo estos patrones parecía caricaturesca, no sólo porque el empresariado industrial moderno era poco significativo, sino porque los grandes operadores de la economía urbana estaban más bien ligados al sector terciario y sus hazañas económicas no remontaban la vulgaridad del rentista.

La idea de bloque de poder parece ajustarse mejor a este panorama: nadie ostenta la hegemonía, más bien muchos la comparten, incluso a regañadientes —comerciantes formales e informales, transportistas, industriales, banqueros, profesionales, empresarios diversos del terciario y sectores sociales con capacidad de presión (Central Obrera Departamental, gremiales y campesinos, entre otros)—. Esta, como otras hipótesis que no hacen directamente al tema que venimos tratando, es útil para establecer una interpretación a la cuestión de por qué la zona norte en las décadas de los setenta y ochenta estaba lejos de constituir un espacio representativo y exclusivo de la élite local.

José Gordillo y Alberto Rivera, dos autores que han abordado el tema y con quienes coincidimos, consideran que:

> La tímida e incipiente burguesía local fue aplastada con las medidas económicas revolucionarias (de 1952) y acabó por desmantelarse también como el poder de los antiguos terratenientes. El poder regional se fragmentó y los liderazgos locales casi desaparecieron. Cochabamba se quedó sin rumbo. (2007: 169.)

No cabe duda de que las antiguas élites terratenientes asentadas en la ciudad de Cochabamba dejaron de ser una clase social protagónica después de la Reforma Agraria de 1953, cuando perdieron la

propiedad de la tierra que usufructuaban en carácter de latifundistas. Lo esencial de su poder señorial y económico se derrumbó con la emancipación de los colonos y su conversión en pequeños propietarios de las tierras que detentaba el antiguo patrón.

Al respecto, ya en 1971 el periodista y fino observador Demetrio Canelas anotaba que por efecto de la medida anotada se había *arrojado a la intemperie a millares de familias que constituían la clase media tradicional condenándolas a la miseria*[116], en un reconocimiento explícito de que la clase dominante cochabambina había sido profundamente afectada y gran parte de su poder económico se había extinguido. Los restos que quedaban vivían del consumo de sus reservas, pero éstas no sólo eran bienes materiales, sino prestigios, viejas influencias en el mundo mercantil, amistades que guardaban fidelidad. Todo ello les permitirá, de una u otra manera, compartir parcialmente con los nuevos actores los retazos de su antigua hegemonía a través de su esforzada descendencia.

Para Gordillo y Rivera las familias de las viejas élites dispersas en 1952 no pudieron construir un aparato de poder alternativo proyectado sobre la empresa comercial o industrial; muchos emigraron y su estrategia se redujo a la educación de sus hijos. Las élites emergentes, los descendientes de los antiguos líderes populares, superaron el nivel de educación de sus padres pero no lograron construir redes de poder. En fin, estos autores se preguntan: "¿Quiénes mandan realmente en Cochabamba?", y consideran una respuesta razonable la constatación de que "las estructuras de poder están formadas por nuevas élites burocráticas íntimamente vinculadas con las élites políticas y decidimos graficarlas como campanas de poder, como una alegoría que permite explicar gráficamente tales estructuras (2007: 173) Estas estructuras afincarían su poder en el control y usufructo de los fondos estatales locales y nacionales mediante "campanas burocráticas", que (todavía) gobiernan tres instituciones fundamentales: la Alcaldía del Cercado, la Prefectura del departamento de Cochabamba y la UMSS.

116 *Los Tiempos*, Cochabamba, 30 de septiembre de 1971.

Gordillo y Rivera afirman, por otra parte, que los miembros de la élite tradicional "se encerraron en sí mismos y se parapetaron en posiciones ultradefensivas frente a la emergencia de los nuevos actores sociales" (*op. cit*.: 71). Sin embargo, señalan que aisladamente algunos miembros de esta antigua élite intentaron acomodarse a los nuevos tiempos modernos, aunque no siempre en forma exitosa. Su apuesta fue una estrategia de largo plazo de retorno a la esfera del poder, a través de su descendencia, sin reparar en grandes sacrificios para permitir que ésta accediera a una refinada formación universitaria, preferentemente en el exterior. Esta sería la semilla de una nueva generación de empresarios, servidores públicos e incluso docentes de la universidad pública que emergen en los decenios de 1970 y 1980, y que encuentran campo propicio para consolidarse con el crecimiento de la economía, tras la hiperinflación de 1982-1985, y la adopción de las políticas de privatización y de economía de mercado desde los años noventa. Son élites que, en rigor, han crecido al amparo de puestos burocráticos en las instituciones del gobierno local y nacional o con la especulación y el comercio. Son contados los propietarios de medios de producción o servicios. No se trata, pues, de una burguesía "manchesteriana" asociada al capital industrial y con frugales hábitos de consumo; por el contrario, es especulativa, ostentosa y dispendiosa.

Están en la cúspide de la estructura social y pertenecen a una clase media/alta. En la sociología contemporánea el problema de la estratificación social, y dentro de ésta, el problema de las clases sociales, es un tema de renovado debate. Marx y Weber son los referentes teóricos clásicos que marcan el desarrollo de dos paradigmas distintos. Actualmente, buena parte de la reflexión sobre el tema se desarrolla en términos neomarxistas o neoweberianos.

Desde una perspectiva marxista, la sociedad aparece como el escenario de la lucha entre dos clases (proletariado-capitalista) que detentan intereses antagónicos, basados en la apropiación del excedente económico. Weber, que difiere notablemente del análisis marxiano, hace referencia a un sistema de clases pluralista frente al dicotómico de Marx, identificando cuatro clases dentro de la sociedad capitalista: la alta clase dominante (grandes propietarios o empresarios), los trabajadores "de cuello blanco" (profesionales, técnicos y burócratas), la pequeña burguesía (pequeños propietarios,

comerciantes, etc.) y los trabajadores manuales. Si bien esta concepción reconoce la dimensión económica para la determinación de las clases, cambia el énfasis de la explotación a la dominación y amplía el concepto de clase vinculándolo al de estatus, entendido como un orden de distribución de poder y de prestigio y de movilidad social. Al contemplar estos criterios, "la estructura social ya no se plantea en términos excluyentes sino en una escala gradacional, en la cual los grupos sociales se pueden hallar en más de una posición, de acuerdo a los criterios que definen su situación en la esfera de la producción y en la distribución de bienes y servicios. Puede hablarse, por consiguiente, de múltiples situaciones intermedias" (Cañete, 2008: 2).

Para Marx la clase media (pequeños propietarios) es una categoría residual que tiende a extinguirse por la concentración del capital. Para Weber, la clase media se refiere a los trabajadores de cuello blanco (burocracia), que posee conocimientos técnicos y calificación académica, lo que avala mejores condiciones de trabajo, remuneración y oportunidades.

A la luz de estas corrientes, las décadas de los sesenta y setenta del siglo pasado inauguran un periodo en que en América Latina y Europa las clases medias se convierten en objeto de estudios sociológicos. Las dificultades para avanzar en el estudio de las clases medias tienen que ver con las dificultades que despierta cualquier intento de definición y el poco espacio que le dedican los estudios que utilizan el enfoque de clases medias, en particular el marxismo tradicional. El debate sobre ellas mantiene preguntas abiertas respecto a cuántas clases medias existen, qué elementos nuevos o tradicionales se recrean o subsisten o, si debido a los procesos de diferenciación interna, se justifica hablar de clases medias en plural. Para evitar generalizaciones, otra literatura enfatiza en el análisis contextual de las dinámicas sociales para captar la riqueza de los elementos que definen a las clases medias y dan lugar a un sistema de clases y una estratificación social específicos.

De acuerdo a una información contextual, para su análisis se hace énfasis en la comprensión y medición de elementos —como la capacidad de consumo—, para averiguar si el ingreso de las personas (o los hogares) constituye una medida sintética adecuada para

establecer una posición social. Vinculado a ello, se considera como elementos complementarios la escolaridad formal y la ocupación de las personas.

Algunos estudios que analizan aspectos específicos relativos a la clase media usan enfoques de estratificación social vinculados a la teoría del desarrollo y de la modernización, combinando tres dimensiones: su lugar de residencia (arraigo urbano, rural), su nivel educacional y su relación con el sector público a través de ocupaciones. En América Latina, la clase media tradicional se caracterizó por su carácter más bien urbano, por su movilidad social posibilitada por el acceso a la educación y por trabajar para el Estado en todos los niveles de la estructura pública. Otros aspectos que se considera que la definen son la cohesión estructural y cultural, que la convierten en un grupo social "en sí y para sí", con una identidad común que le permite reconocerse como una clase social distinta de otras.

En muchos estudios de estratificación social, el ingreso aparece como factor asociado a la conformación de las clases medias. En este sentido, se trata de un grupo social que posee ingresos cercanos a la media nacional, lejos de los extremos: ni ricos, ni pobres. No obstante, incluso si se pudiera llegar a una medición precisa del ingreso, el análisis de las clases medias no se agota en este elemento, que hace referencia exclusiva a la remuneración de las personas en el mercado a corto plazo. Se debe tomar en cuenta que la acumulación de recursos transferibles de patrimonios de generación en generación, considerando que la distribución de la riqueza en términos patrimoniales, expresada en propiedad inmobiliaria, establece las condiciones para reproducir a la clase media/alta.

Siendo la división del trabajo el punto central de la desigualdad social, la variable ocupacional es otro foco de atención en la mayor parte de los estudios de estratificación en sociología. Se trata de una dimensión particularmente significativa, puesto que el trabajo define roles sociales fundamentales y contribuye al acceso, o no, al bienestar, al consumo y a una serie de bienes y recursos simbólicos, como el prestigio y el poder. Desde el punto de vista del carácter práctico de esta variable, para cada ocupación existiría además un nivel correspondiente de educación y de sueldo, junto con un prestigio

asociado. Desde el punto de vista marxista, esa dimensión permitiría establecer la posición de la persona respecto de la propiedad de los medios de producción.

El nivel educacional, referido a las "condiciones de apropiación de riquezas tanto materiales como culturales", es otra variable relevante en la estratificación social. Es un factor que incide en la movilidad social, determina la repartición de las tareas en la sociedad (tareas de dirección o tareas de ejecución), al mismo tiempo que es un factor de reproducción de las desigualdades, pues el nivel educacional de los padres permite predecir con algún rigor la situación educacional y la ubicación social de los hijos (Espinoza, 2008).

De acuerdo con un enfoque empírico, la definición de clase media adquiere en nuestra investigación un carácter operativo que enfatiza características comunes que comparten las unidades reconocidas como clase media. En este orden, ésta constituye un segmento de la población cuyos ingresos monetarios se traducen en la posibilidad que tiene cierta categoría de hogares de enviar a sus hijos a determinados establecimientos privados cuyas matrículas son las más altas del medio. La clase media aparece, en este rango, como un sector diferente de los sectores populares o más pobres, cuya opción son los colegios públicos o privados de menor costo y asociados a menor prestigio. Entendemos que el prestigio de un colegio está vinculado con un capital simbólico que se obtiene no sólo por su calidad educativa, sino por costos adicionales que exigen mantener formas de diferenciación social (ropa de marca, acceso al automóvil, actividades adicionales de esparcimiento).

En términos de la ocupación como otra variable que define su especificidad, reconocemos la pertenencia a la clase media por la adscripción de los padres a ciertas categorías ocupacionales: gerentes de empresas, profesionales independientes, propietarios de empresas productivas y comerciales. La residencia es otra dimensión que nosotros asumimos como indicador de ingreso, y que permite identificar la pertenencia de un grupo social al estrato medio. En un contexto de fragmentación del espacio urbano, los barrios o urbanizaciones cerradas de la zona norte forman parte del hábitat de este segmento de la población. El alto precio de la tierra actúa como un factor que

bloquea y disuade el acceso de otros grupos sociales de menor capacidad adquisitiva.

No se trata de un segmento numeroso. Quizá no pasan de unas 2.000 a 2.500 familias, que viven en gran parte en zona norte y se aglutinan en torno a clubes como el Country Club o el Tennis Cochabamba. Sus hijos e hijas asisten a colegios como el Tiquipaya, Anglo Americano, Froebel o San Agustín. O, cuando salen bachilleres, se matriculan preferentemente en la Universidad Privada Boliviana (UPB) o en alguna carrera de la Universidad Católica Boliviana (UCB) que, a sus ojos, conservan prestigio social.

El grupo juvenil que estudiamos pertenece a una generación nacida entre 1983 y 1990, es decir, en el paso de la sociedad de masas que abrió la Revolución de 1952 a la sociedad elitista y privatista del neoliberalismo del decenio de 1990; es un periodo de democracia, de sistema de partidos y construcción de institucionalidad. Ellos, que reivindican la democracia como libertad más que como participación, desconfían profundamente de las instituciones y de la política. Sólo participan en ella en momentos de emergencia; luego prefieren evadirla como algo malo y podrido.

Su juventud coincidió con las crisis de este sistema de referencias y la emergencia de profundos conflictos sociales y disputas por el poder a escala local y nacional. Entre la Guerra del Agua de febrero de 2000 y la confrontación de enero de 2007 dista un septenio de tensiones, crisis del sistema republicano y la emergencia de nuevos actores sociales a nivel regional y social. Durante la primera confrontación, los movimientos sociales urbanos y rurales lograron la expulsión de una transnacional francesa que administraba la empresa, enarbolando la bandera del derecho inalienable y natural a poseer el líquido elemento. Emergieron entonces los jóvenes "guerreros" de la zona sur, precisamente la más carente de agua, como pivotes en la protesta, tomando calles y bloqueando arterias. Los jóvenes de clase media/alta[117] fueron espectadores pasivos en medio de una

[117] Este término hace alusión a estratos de poder económico que se sitúan dentro de la llamada franja de "ingresos altos" en su calidad de propietarios de medios de producción.

movilización colectiva que involucraba a muchos actores dispersos en el territorio urbano (Crespo y Spronk, 2007).

Las violentas disputas callejeras del 11 de enero de 2007 revelaron, por el contrario, la segmentación social, las fracturas políticas y las disputas del espacio público en un grado extremo y de sistemas de representaciones, significados o sentidos polares de ciudad. Las disputas, que empezaron con posiciones a favor o en contra de la autonomía departamental, es decir, del territorio mayor, derivaron en un conflicto por la ocupación de la trama urbana. Es inocultable que los jóvenes de clase media / alta —un activo segmento de ellos y ellas agrupados en "Jóvenes por la Democracia"— constituyeron un componente fundamental del grupo de choque que enfrentó a campesinos, indígenas y sectores urbano-populares en las calles de la ciudad.

La juventud de clase media / alta se inclina en gran parte por posiciones políticas de centro-derecha, a diferencia de sus progenitores, que durante su juventud se incorporaron o simpatizaron con las luchas antidictatoriales de los años setenta y ochenta. La música de protesta, el pelo largo, las ropas de colores chillones y un sentido contestatario de la vida son cosa del pasado, aunque este mismo pasado es el que marca su identidad. En los años setenta este segmento social realizó una reinvención imaginaria y empezó a (re)encontrarse con un pasado figurado que recogía símbolos de la tradición indígena y los insertaba en un imaginario mestizo. Los danzantes caporales, la figura dominante del Carnaval, con una estética que une rasgos tradicionales con postmodernos, fue más bien un ropaje para apropiarse de recursos simbólicos que para abrirse a la diversidad.

La tradición histórica cochabambina se ha afirmado construyendo una memoria colectiva que resalta la presencia criollo-mestiza, a la par que suprime la indígena, en las luchas anticoloniales de postrimerías del siglo XVIII y albores del XIX. La historia, como "materia" regional resalta precisamente la gesta mestiza de Alejo Calatayud (1730) o la presencia de Esteban Arze (1809-1810). Otras dos figuras simbólicas, la obra *Juan de la Rosa* de Nataniel Aguirre, de lectura obligatoria en el sistema escolar, y la imagen de la Coronilla, un panegírico a las mujeres cholas y mestizas, dieron una fuerte tónica a la identidad cochabambina de clase media y alta, que preferiría

no definirse en términos polares o binarios: indio o blanco. Este es un dominio que ahora sienten que está en cuestión, lo que carcome su presencia dominante en la ciudad, y están dispuestos a defender ese privilegio.

Esta situación los ha llevado a replantearse su identidad mestiza. No niegan su pertenencia a ella, pero la redefinen como una salvaguarda, como sinónimo de nación. Han comenzado a leer la realidad social en términos de confrontación y polarización irreducible con cortes étnicos y clasistas, como una respuesta al discurso oficial de Evo Morales y Álvaro García Linera, que desde el 2005 introdujo una lectura desde los mismos prismas, aunque bajo la perspectiva indigenista. Podemos afirmar que la emergencia de estos nuevos discursos puso en vilo la pertenencia e identidad mestiza como espacio cultural común o como comunidad imaginada. La polaridad "civilización o barbarie" —a la que aludía Faustino Sarmiento en el siglo XIX y la misma que, bajo el ropaje del darwinismo social, alimentó la política antiindígena del siglo XIX— ronda nuevamente en sus cabezas. Se sienten parte de una cruzada defendiendo los valores del mundo moderno y global frente a lo que consideran los avances de una posición retrógrada y premoderna que los retraerá al pasado.

Territorialidad y espacio urbano

Fue el sociólogo francés Michel Maffesoli quien acuñó por primera vez el concepto de tribus urbanas. En las sociedades individualistas, las personas se agrupan en torno a gustos comunes y nuevas modalidades de solidaridad.

a) Constituirse en comunidades emocionales que se fundamentan en la comunión de emociones intensas, a veces efímeras y sujetas a la moda.

b) Oponer energía a la pasividad e hiperreceptividad del individuo de la sociedad de masas, constituyendo una fuente fragmentada de resistencia y prácticas alternativas, una energía subterránea que pide canales de expresión.

c) Construir una nueva forma de sociabilidad, en donde lo fundamental es vivir con el grupo, alejarse de lo político para

adentrarse en la complicidad de lo compartido dentro del colectivo (códigos estéticos, rituales, formas de escuchar música, lugares propios).

d) Necesidad de contraponer a la fragmentación y dispersión de lo global la necesidad de espacios y momentos compartidos en los que se desarrolle una interacción fuerte pero no continua, un sentimiento de pertenencia y proximidad espacial.

Estas condiciones se ajustan al sector juvenil bajo estudio. Feixa ha realizado una distinción que consideramos útil. Las tribus contarían con relativa estabilidad, cierta consistencia en el tiempo, pertenencia a un universo simbólico y un estilo de vida propio. Esta situación no condice con la observada en el grupo en estudio. Ellos, a diferencia de *rockeros*, *punks*, etc., no rompen con el estilo de vida de sus progenitores, ni introducen una diferencia con su cotidianidad. No poseen reglas específicas ni ritos de iniciación. Tampoco conforman una contracultura. Siguiendo a Feixa, asumimos que constituyen más bien una cultura juvenil, dinámica y con fronteras porosas y borrosas.

Las culturas juveniles buscan abrir espacios, habitar donde gocen de libertad y no estén a expensas de los mayores. Como otros grupos humanos, no existen sin territorio y sin una apropiación material y simbólica del mismo. "Los imaginarios no se configuran fuera de los contextos y procesos históricos, sino dentro de ellos". Entendemos, siguiendo a Alicia Lindón, la territorialidad como el "conjunto de relaciones tejidas por el sujeto con su entorno" (2005).

Territorialidad "es la forma de relacionarse con el espacio de vida que establece el sujeto". Un territorio es mucho más que lo material o lo físico, pues incluye una dimensión inmaterial o subjetividad social (Lindón, 2006: 219). El territorio se basa en una apropiación simbólica, "es decir de construcción de una identidad a su alrededor" (Mazurek, 2006: 41).

En tanto representación, los territorios no son visibles a cualquiera. O, si se quiere, son visibles para unos actores e invisibles para otros. La visibilidad o invisibilidad no puede ser considerada al margen del sujeto que ve o no ve. No es una visibilidad estructural sino experiencial, pues está asociada a las representaciones de los

encuentros. Los grupos urbanos cualifican los lugares, les atribuyen ciertas características, significados y sentidos. En el territorio se establecen las identidades compartidas y se da sentido a las interacciones afectivas y simbólicas.

En la experiencia del paisaje, el sentido de la vista ocupa un papel central; por ella se toma conocimiento del mundo, como señala Alicia Lindón: "paisajes invisibles son los que no vemos, considerando que lo que no se ve, suele no conocer; y los que se ven, son los que conocemos".

La territorialidad juvenil de clase media / alta en Cochabamba se expresa en tiempo y espacio de acuerdo a edad, clase y sexo. Ambas disponen de autonomía relativa y son categorías históricas, en permanente transformación por influencia de mutaciones socioeconómicas, tecnológicas y urbanas. Desde el decenio de 1980, como analizamos en páginas anteriores, se produjo una importante metamorfosis en el uso del territorio y de sus representaciones por parte de estos jóvenes de ambos sexos, que examinaremos más adelante. Por una parte, se retiraron —en busca de evitar el peligro y preservar sus diferencias y su estética con otros sectores sociales— del espacio público ocupado por la anterior generación o lo usaron de manera esporádica e instrumental; por otra, conquistaron la noche como espacio autónomo, lúdico y de sociabilidad.

La generación anterior, que corresponde a la de los padres y madres de la juventud en estudio, vivieron y socializaron de un modo diferente el espacio público. Entre los setenta y ochenta, su temporalidad se limitó o, mejor, fue restringida a la zona diurna y, ocasionalmente, a una noche que apenas comenzaba bajo severa mirada paterna. Los espacios públicos —plazas, calles y esquinas, verdaderos territorios de reunión y socialización— fueron utilizados casi sin temor y de manera relativamente abierta, permitiendo el acceso colectivo. Los mercados populares eran por excelencia los centros de abasto donde las familias se aprovisionaban y adquirían sus productos. La universidad estatal, por su parte, era el espacio de encuentro de los bachilleres de colegios fiscales y particulares. Adquirían en los mercados populares y estudiaban en la universidad estatal.

La situación cambió en Cochabamba al filo de los ochenta y sobre todo en los noventa; estos actores se replegaron a otras cotidianidades urbanas. La ciudad, como aludimos, se fragmentó con mayor intensidad y se segmentó, emergiendo la zona norte como una realidad urbana con matices propios y específicos.

En las dos últimas décadas, tal como también precisamos en páginas precedentes, la ciudad enfrentó una profunda transformación urbana, poblacional y social. La consolidación de la zona norte dejó atrás otros referentes urbanos de sociabilidad, como La Cancha; el centro histórico dejó de ser el espacio de encuentros y miradas.

En este nuevo escenario, ¿bajo que parámetros y representación organizan su territorialidad los jóvenes de clase media / alta en Cochabamba?

Las encuestas, grupos focales y entrevistas realizadas en el marco de esta investigación revelan que en Cochabamba, como otras latitudes, el miedo es uno de los factores medulares que organizan las nuevas subjetividades y la apropiación de los nuevos espacios a la hora de instaurar la presencia o retiro del espacio público y la decisión de refugiarse en otros espacios más privados y seguros. Se reproduce en Cochabamba una situación advertida por Lucía Dammert para el contexto latinoamericano:

> Diversas encuestas sugieren que el miedo al crimen constituye un factor central en la explicación de por qué ciertos grupos están constantemente abandonando los espacios públicos y privilegiando la seguridad de los espacios cerrados. (2002: 10.)

De seguro que en el uso del espacio público contribuyen otros factores, como la distancia o el deterioro del equipamiento urbano, pero no alcanzan la dimensión del temor como dispositivo para ordenar estos cambios. No es éste un miedo a catástrofes físicas o tecnológicas. Es un nuevo tipo de aprensión: a vivir en la ciudad o, mejor, a vivir en algunas partes de ella donde se puede ser objeto de violencia.

El miedo, como aludimos en el capítulo precedente, es una característica de la sociedad contemporánea. El desempleo, los efectos de

la crisis económica, el terrorismo, sacuden a todas las generaciones (Bauman, 2007). Pero de acuerdo con Martín-Barbero, concordando con Dammert, el miedo es la clave de los nuevos modos de habitar y comunicar en la trama urbana (Martín-Barbero, s.f.). Produce una pérdida de seguridad ontológica respecto a la vida cotidiana en las urbes (*urbus* = civilizado), anteriormente consideradas como un lugar seguro y protector frente a las hostilidades del mundo rural (*rus* = rústico).

El temor es una representación simbólica individual y colectiva pues *se concretiza individualmente, se construye socialmente y se comparte culturalmente*. Lo primero porque es el resultado de las interacción entre distintos actores y del intercambio de información entre ellos, que crea un resultado que guía su proceder. Lo segundo, porque el miedo se construye sobre las representaciones que emergen de los actores, sin un necesario cotejo con el mundo real. Siguiendo a Roberto Briceño-León (2007), asumimos que su naturaleza es subjetiva. Según este autor, el recelo a la violencia se funda en un cálculo de probabilidades que se realiza a partir de dos circunstancias interrelacionadas: la información, precaria o no, de que se dispone sobre eventos similares ocurridos en el pasado y por la expectativa de seguridad que se tenga. El miedo se traduce en inseguridad por el aumento de delitos, por el nuevo tipo de violencia descarnada ejercida por delincuentes. Se amplifica por la insatisfacción y sospecha generalizada sobre la ineficacia y ausencia de probidad de las instituciones —la policía y el sistema judicial— llamadas a garantizar y administrar el orden y la seguridad ciudadana.

El hecho del delito reconoce dos dimensiones: la objetiva y la subjetiva. La primera nos permite una lectura desde la reiteración y la estadística de los números y se refiere a los delitos que realmente ocurren, se registran y se viven en un espacio acotado; y la segunda hace referencia a un registro imaginario (y ficticio, por tanto) que se tiene de ellos. Armando Silva habla de un "imaginario del miedo" que define estructuras de significación sobre la realidad, que permiten la emergencia de contenidos inconcientes sobre ella sin que sea un reflejo epifenoménico o automáticos.

El imaginario se compone no de datos o estadísticas, aunque éstos cuenten, sino fundamentalmente de metarrelatos, mitologías y

cosmogonías (Silva, 2004). Desde ese punto de vista, no es relevante si en la densidad criminal de Cochabamba o si en las estadísticas de actos delictivos por habitante, una zona específica, una calle o plaza presenta mayores o menores indicadores de criminalidad que otras zonas; lo sustantivo es que el imaginario colectivo y de los distintos grupos etáreos lo registra de este modo y, en consecuencia, actúan retirándose de ella.

En otros términos, no importa si la imagen de creciente peligro en la ciudad de Cochabamba tiene una base contrastable. La realidad y la percepción pueden disociarse. Briceño advierte que el imaginario "tiene consecuencias prácticas pues las personas actuarán de acuerdo al mismo, como si los elementos que lo producen fuesen verdad". (*op. cit.*: 36). En otros términos, una vez construida una etiqueta del temor para un espacio determinado, produce un efecto de realidad que actúa sobre las prácticas y los discursos de los actores, como si fuese una guía para la acción (Lindón, 2007).

Un informe realizado en España en 2003 muestra precisamente que la percepción de inseguridad no va coligada a delitos contra las personas o el patrimonio, sino con la sensación subjetiva a "un miedo difuso" derivada de una serie de actividades asumidas como antisociales en un lugar en concreto (Goycochea, 2008). Y es ello lo que importa, que la población cochabambina en su conjunto vive en su subjetividad, en sus imágenes mentales, una sensación permanente y creciente de inseguridad[118]. Temen los ricos, temen los pobres, temen los varones, temen las mujeres, teme la juventud y teme la ancianidad, aunque por distintas razones y en diversos espacios y horarios.

El miedo tiene una especificidad histórica y social, pues se lo vive de manera distinta en cada periodo temporal y cuenta con una dimensión y variabilidad sociológica y cultural, pues está marcado por las diferencias de clase, género y edad (Segura, s.f.). Creado por los impromptus de los *mass media*, por la propia experiencia, el rumor

118 Para un análisis de la situación en los barrios periurbanos y pobres, consultar Hinojosa *et al.*, 2006.

o transmitido por padres y madres o por el entorno de amistades, el miedo, más que verse, se socializa a través del rumor, aunque la violencia pueda estar cotidianamente presente en la ciudad. Se aprende a identificar las fuentes de peligro y a dar respuestas al temor: ¿cómo comportarse?, ¿dónde no ir?, ¿cómo ir?, ¿con quién ir? Reguillo (2001) menciona como un artificio aparentemente salvador los "manuales de supervivencia urbana", una suerte de "códigos no escritos que prescriben y proscriben las prácticas en la ciudad".

La consecuencia más notable del temor es que contribuye a gestar una nueva relación con la alteridad, con los diferentes. La "foraneidad", como constata Dammert, se establece en "la utilización de espacios de la ciudad (que) incluye una mirada negativa y constante frente a lo reconocido como ajeno, percibido muchas veces como atemorizante y violento" (Segura, *op. cit.*) Esta situación se traduce en la pérdida y desarraigo colectivo, "inoculando cada día la desconfianza hacia el que pasa a mi lado en la calle". Se estigmatiza a algunos grupos poblacionales y se abandona el espacio público. Lo igual es bueno, lo distinto es sospechoso. Se tiende a identificar miedo con inseguridad; por esta vía se desarrolla el miedo a los seres humanos, opacando el resto. La "sospecha" opera como eje articulador de las relaciones sociales, las que, sin salida, se trastocan en miedos, marcas y estigmatización de ciertos grupos (Entel, 2008).

¿Cómo afecta esta permanente sensación de temor en la utilización de la ciudad y de los espacios urbanos? Lo primero que puede afirmarse es que aumenta la segmentación y privatización del espacio urbano, como señalamos en el primer capítulo. Se organiza el territorio marcado por lo conocido = seguro; desconocido = inseguro, o "ciudad mala". Las calles y espacios públicos, afirma Dammert como conclusión de sus estudios sobre el caso argentino y chileno, son vistos como inseguros, lo que obliga a retirarse de los mismos (2004: 87). Distintos estudios emprendidos por Rossana Reguillo y otros autores muestran igualmente que la sensación de peligro disminuye cuando el territorio es conocido (Reguillo *et al.*, 2000: 185-201). Como consecuencia, la exposición a espacios abiertos y públicos se reduce. La inseguridad se constituye en un límite simbólico —estructuras narrativas abiertas— entre lo conocido y lo desconocido. El territorio propio y acreditado es fuente de

seguridad. Mientras nos mantengamos en él, estaremos protegidos (Guerrero, 2007).

Se pueden marcar varios efectos de la inseguridad en el uso y consumo de la ciudad:

- Reducción del tiempo de habitar la ciudad debido a que hay horas en que no se sale o los locales reducen las horas que funcionan, por temor.
- Disminución del área urbana utilizada porque hay espacios, como las plazas y calles, que no se utilizan.
- Erosión del sentido de ciudadanía y de comunidad porque no se acude a espacios que facilitan las relaciones sociales.
- Cambios en las expresiones y las vestimentas, al tratar de pasar desapercibido en lugares considerados peligrosos.
- Incremento del aislamiento debido al retiro del espacio público o por la necesidad de someterlo a control privado.
- La estructura urbana se ve modificada por la segregación, la fragmentación urbana mediante la construcción de muros, fronteras, etc.[119].

En un estudio clásico, Teresa Caldeira señala que las narrativas del miedo segmentan la ciudad pues “imponen separaciones. Construyen muros, delimitan y encierra espacios, establecen distancias, segregan, diferencian, imponen prohibiciones, multiplican reglas de exclusión y separación” (2007: 28). El hogar se convierte en una pequeña fortaleza bien equipada para vivir aislados, pero interconectados por las nuevas tecnologías. La casa *búnker* y en su caso la urbanización cerrada, es concomitante a un modelo urbano fragmentado, reconstruido y donde impera la hostilidad a vivir en la ciudad y sus espacios públicos (Lindón, 2006: 28).

[119] Cfr. www.barcelona2004.org; Gaaycoolea.

La Cochabamba del miedo

¿Es Cochabamba una sociedad más violenta e insegura que 20 ó 30 años atrás? Necesitaríamos, para responder, una serie cronológica de delitos distribuidos por zonas y población que nos permita construir indicadores per capita o marcar la evolución global de crimen y la violencia en el tiempo. Otra opción sería realizar encuestas o elaborar "mapas de victimización" que conduzcan a cartografías del delito (Carrión y Muñoz-Vega, 2006), información de que no disponemos, pero cuya omisión no nos impide avanzar en nuestra investigación.

Ya señalamos que una cosa es la *inseguridad objetiva* y otra la *inseguridad subjetiva*, en tanto sensación o representación. Esta última, en tanto es una situación producida socialmente, puede incluso contar con autonomía y no estar en relación directa con la escalada de violencia. En otros términos, la sensación de inseguridad puede permanecer como memoria, incluso si el crimen ha desaparecido o disminuido. Esta omisión cuantitativa y estadística no es relevante para nuestra investigación, que no trata de la magnitud ni de las formas de la violencia, sino de las representaciones sobre ella y sus secuelas en la construcción de estrategias de respuesta y defensa frente al miedo en la ciudad de Cochabamba por los distintos sectores sociales, grupos de edad y género, que como vimos incide de una manera gravitante en el uso del espacio público.

No es posible fijar una fecha exacta de la emergencia de esta sensación colectiva y subjetiva de inseguridad en Cochabamba, pero la mayor parte de los entrevistados y entrevistadas convienen en que ocurrió a fines de los años ochenta y principios de los noventa del siglo pasado, y asocian su emergencia con distintas situaciones sociopolíticas: la creciente pobreza, las políticas neoliberales, el progresivo individualismo y "nomeimportismo", la proliferación del narcotráfico y el consumo de drogas, el torrente de migrantes asentados en la ciudad o la pérdida de civismo, de fe o de religiosidad. O todo junto.

En un juego de espejos, cuando miran la Cochabamba de su juventud, su discurso es decadentista: "las cosas van de mal en peor".

Con nostalgia se refugian en una mirada benigna, hasta utópica, de una ciudad que en la memoria emerge calida y segura.

Recuerda Jorge:

Nunca, hasta que visité Bogotá en 1978, había pensado que la ciudad podía producir miedo. Cuando llegaba en bus, lo primero que vi en el periódico fue una encuesta que señalaba que cerca al 80% de las personas afirmaban haber sido víctimas de violencia, robos, agresiones y otras cosas semejantes. El mismo periódico traía una serie de consejos para evitar ser asaltados en las calles. Amigos me aconsejaron que tuviera mucho cuidado al caminar en la calle, que deje mi dinero, reloj, etc. guardado en el hotel. Me explicaron también que había lugares donde no debía ir o donde no era aconsejable pasar el atardecer. Era algo para mí totalmente extraño. En Cochabamba no pasaba eso (Jorge, profesor universitario, 54 años).

Se expresan opiniones similares:

– Nunca me pasó nada, caminaba desde Cala Cala a la universidad y viceversa.
– Estudiaba arquitectura y salía tarde del taller, casi de noche. A veces me recogía a las dos o tres de la mañana.
– De las fiestas y cumpleaños, regresábamos a pie y jugando hasta nuestras casas.
– Mis hijos iban solos al colegio y salían a jugar al parque incluso en la noche.
– Nos sentábamos con mi enamorado en la plaza Colón hasta el atardecer. No teníamos temor.
– Acompañaba sin problemas a mi mamá a La Cancha a comprar verduras y frutas.
– Íbamos con mi mamá y mi hermana a “noche popular doble”, que los lunes concluía como a la 1 y media de la madrugada. Volvíamos a pie hasta mi casa[120].

[120] Entrevistas con padres y madres de los jóvenes de ambos sexos entrevistados.

El ir a pie o en bicicleta por todos lados es recordado como una fuente de movilidad segura: "Lo más que te podía pasar es que te encontraras con un borrachito peleón." Quizá el único espacio, que representaba una fuente de inseguridad era la zona roja de la avenida Siles y sus prostíbulos, actualmente desaparecidos, al suroeste de la ciudad. Pero eran —afirman los mismos consultados— riesgos y agresiones específicas generadas por núcleos específicos —"borrachos y pendencieros"—, pero que no conducían a una estigmatización de toda la población que ocupaba y vivía en aquel espacio.

Casi ninguno de los entrevistados y entrevistadas puede relatar un hecho concreto de violencia que le hubiera ocurrido en su juventud. En cambio, sí están en condiciones de contar el ataque que sufrió un familiar, hijo, hija, amigo, amiga o su propia persona un mes o días atrás. De ahí que al comparar la ciudad actual con la de juventud sienten temor, que a veces raya en la paranoia:

– No hay ningún lugar seguro.
– Cuando vas en auto hay que cerrar los vidrios.
– Mis hijos ya no pueden jugar en la calle.
– En la noche ya no salgo[121].

Si este fuera el único indicador disponible, diríamos que la delincuencia y la violencia con la que actúan los delincuentes aumentaron en Cochabamba. Lo sustantivo para nuestro análisis, sin embargo, no es validar ni constatar esta afirmación, sino verificar la percepción colectiva de inseguridad, que no admite un despliegue racional de argumentos.

En el registro subjetivo de la clase media/alta lo que está en juego es su presencia en calles, plazas y ciertos lugares de la ciudad. Para sus integrantes, éstas e incluso su propio hogar ya no están protegidos de la misma manera que en el pasado. Una respuesta —que, como vimos anteriormente, es la misma que se ha presentado en otros países— es recortar y dosificar su presencia en los espacios públicos.

---

[121] Testimonios recogidos en grupos focales y conversaciones individuales.

La otra, que no excluye la anterior, es recluirse en urbanizaciones cerradas o edificios, enrejar sus casas, cerrar las calles y acudir a la protección de guardias particulares. En el pasado, estas "clases peligrosas" o el mundo indígena se confundían con el entorno rural; hoy residen en la propia ciudad. Para la clase media / alta no se trata de (con)vivir con ella. Consideran necesario escindirse de los demás, huir de la multitud abigarrada, considerada disconforme, díscola y amenazante.

La proliferación de empresas de seguridad privada es el mejor indicador del arrebato de temor que invade Cochabamba y de la desconfianza en la Policía Nacional (FELCC). Las primeras empresas aparecieron tímidamente a principios de 1990[122]. Su proliferación data, empero, del cuatrienio comprendido entre 2000 y 2004. En marzo de 2005 ya se contabilizaron cerca de 80 empresas, entre legales e ilegales[123]. Para principios de 2008 se calculó que el número de vigilantes privados (3.000) superaba al de los policías (2.500)[124]. Actualmente hay seis empresas legalmente instaladas, siete en trámite y cerca de medio centenar sin registro ni autorización.

En la zona norte es casi impensable que un colegio, un edificio, un restaurante, un banco o tienda de cierta magnitud no cuente con seguridad privada. Se los halla también en casas y calles. La nueva generación de jóvenes los ha visto como parte indisoluble de su vida cotidiana y ha entregado su confianza y seguridad no en el Estado, sino en estas entidades que hacen negocio con el miedo urbano. El guardia privado rompe sin embargo con el espacio público al introducir la desigualdad en la dinámica diaria de la ciudad. El ciudadano y el guardia no son iguales pues el primero tiene la capacidad de mandar y prohibir al segundo, lo que no ocurre con la policía pública. En ese sentido privatiza también la prevención y punición, que puede ser dirigida contra aquellos de los que desean separarse quienes contratan la seguridad privada, por temor o distinción, a la luz de su propia estética de clase.

---

122 La primera empresa se creó en Santa Cruz en 1982.

123 *Los Tiempos*, Cochabamba, 10 de marzo de 2005.

124 *Los Tiempos*, Cochabamba, 4 de enero de 2008.

Ciudad segmentada y miedo juvenil

La fragmentación urbana, como vimos en el capítulo precedente, no ha estado ausente de la historia de la ciudad de Cochabamba. La polaridad centro-suburbio del siglo XIX y El Prado-Cala Cala de los años setenta del siglo XX se reproduce actualmente, aunque con mayor intensidad. Físicamente hay al menos dos grandes espacios urbanos en la ciudad. Lo nuevo, sin embargo, es la segmentación de su tejido social y particularmente la polarización del mismo; la declinación, si no la muerte del espacio público como lugar de encuentro y como expresión de lo diverso para el conjunto de las clases sociales y grupos de edad.

Esta sensación de pérdida se alimenta, como ya aludimos, de los quiebres políticos y culturales que trajo la exacerbación de los conflictos sociales en Bolivia y en Cochabamba tras la asunción de Evo Morales a la presidencia. Se trata de otro temor reciente: a la insubordinación y el empoderamiento social de los sectores subalternos que minan las ancestrales bases de la dominación de la clase media/alta citadina. Los trágicos sucesos del 11 de febrero de 2007 refuerzan una línea demarcatoria que estaba latente y que activa la segmentación espacial del uso de la ciudad *entre las "clases bien" y las otras*, las subalternas. Esta segmentación no está exenta de connotaciones étnicas. La diversidad cultural de la ciudad se anuncia como un peligro potencial. La juventud de clase media/alta vive en el inmediatismo a través de la evasión o la agresión y ha trasladado su conflicto político a la disputa por el territorio y el espacio público. Esta disputa se activa en la medida en que sienten que sus territorios son invadidos por otros, que pueden ser indígenas que ocupan calles y plazas o jóvenes de la zona sur que se aventuran a adentrase en la zona *norte y a "hollar" los territorios* simbólicamente apropiados por la clase media/alta.

La historia y las vivencias de los jóvenes hombres y mujeres de clase media/alta que hoy cuentan entre 17 y 24 años de edad, pertenecen a una generación para la que el espacio público urbano carece de adscripción positiva o emocionalmente afectiva. Nacieron y vivieron en un escenario de democracia parlamentaria; aprendieron sus primeras letras escolares junto a la expansión del televisor y se

graduaron en la era de la computadora, con un celular en el bolsillo y, un buen porcentaje, con un auto propio en la puerta. En sus sensaciones inmediatas no están tampoco inmunes al imaginario del miedo pues han vivido socializando como evitarlo. Cada joven, hombre o mujer, registra su propio relato de violencia urbana y cuenta haberla sufrido, visto u oído. Entre sus fantasmagorías se halla la experiencia del "auto blanco" con sus reiteradas denuncias de asalto, los motociclistas que arrancan carteras a las mujeres, los robos a plena luz del día en cualquier punto de la urbe o los "cleferos", niños y niñas "polillas" que, a modo de pandillas, acosan a la gente de a pie en puentes y parques.

Paradójicamente, los jóvenes de clase media / alta disponen de más libertad personal y condiciones materiales —autos, motos— para desplazarse por la trama urbana que la generación precedente, pero se sienten inducidos a recortar su presencia en ella a un pequeño territorio seguro y socialmente homogéneo. Cochabamba se les presenta más ancha pero, simultáneamente, más ajena. Transitar por Cochabamba supone para un o una joven organizar una topología y una cartografía que establezca límites, fronteras y umbrales. Dejar marcas y cuños de posesión de un territorio y señales de alerta cuando se ingresa al del *otro*.

Ahora bien, en una ciudad cuya mancha urbana se expande continuamente, las dificultades de accesibilidad condicionan y limitan su uso; más aun cuando el transporte público no proporciona un servicio de calidad. Se requiere de más tiempo y de recorrer más distancia que en el pasado para ir de un punto a otro. Sin embargo, los servicios educativos, comerciales, lúdicos u otros similares se ofertan, como vimos en las páginas precedentes, en una proporción cada vez mayor, por su desconcentración en las proximidades de las residencias de los sectores medios / altos. Esto evita, salvo casos específicos, la morosa obligación de desplazarse por la geografía urbana.

Nos interesa, sin embargo, el mundo de las representaciones antes que el mundo material o físico, sin negar que este último incida en el primero. Siguiendo a Maritza Arteaga, deseamos indagar el espacio urbano tal como es vivido y concebido. La juventud representa e imagina la ciudad con el objetivo de "articular fronteras de diferencia",

con el propósito de "tejer sus interacciones (sean éstas de disputa, de conflicto, de adaptación o de negociación)" (2007: 99). Lo cual supone que metodológicamente la especialidad juvenil debe enfocarse tanto desde los imaginarios como desde las prácticas. Diríamos, esta vez con Armando Silva: "[Los] mapas ya no son físicos, sino psicosociales: los croquis no se ven, se sienten."

Arteaga agrega que la "experiencia espacial" del sujeto joven se debe analizar incorporando dos ejes explicativos: (a) la tensión adultos-jóvenes y (b) la tensión jóvenes-jóvenes, a las cuales agregamos nosotros una tercera dimensión: jóvenes-otros. Ella nos conduce a indagar la búsqueda de la diferenciación juvenil expresada no solamente en relación con otros grupos etáreos o, en su caso, a sus pares, sino a sujetos sociales o étnicos diferentes de los del grupo de referencia, en nuestro caso los jóvenes de clase media/alta.

Establecido este punto, podemos preguntarnos: *¿Cómo se representa la juventud de clase media/alta a Cochabamba?, ¿qué cartografías mentales construye para su uso?, ¿qué factores afectan a la construcción e imaginarios de su territorialidad?*

La cultura juvenil está marcada por el medio ambiente y la herencia familiar en la que se crece, pero también los jóvenes tienen la capacidad de construir sus propios territorios. Ahora bien, desde la mirada de este segmento juvenil, para decirlo como una afirmación rotunda, el mapa mental de la ciudad de Cochabamba resulta cortado e imaginado en dos grandes territorios que se marcan por el color de piel, y están étnicamente configurados: el norte en positivo y el sur en negativo. El primero blanco y mestizo, más seguro que el segundo "cholo" e "indio"; el primero estéticamente agradable, el segundo sucio y desordenado.

La representación social del miedo y los actores que lo producen se vislumbra en las respuestas frecuentes a la pregunta: ¿Qué lugar de la ciudad de Cochabamba consideras más peligroso?, ¿por qué?

Más del 96% de los y las estudiantes universitarios encuestados durante la investigación señalan a la zona sur o lugares específicos de ella como los más peligrosos de la ciudad.

- La zona sur, hay muchos maleantes. (Juan Carlos, universitario, 22 años.)
- La zona sur, porque hay varias pandillas. (Eduardo, universitario, 20 años.)
- La zona sur, veo en las noticias que no es muy seguro. (Alejandro, universitario, 23 años.)
- La zona sur, porque en las noticias salen más noticias alarmantes y graves de esos lugares. (Karen, universitaria, 19 años.)
- Zona sur, porque en esta zona existen maleantes. (Mariana, universitaria, 24 años.)
- Zona sur, demasiado maleante. (Jorge, universitario, 22 años.)

En otros casos se menciona lugares específicos de la misma zona sur, y por idénticas razones: el temor. En muchos casos, el causante del miedo tiene casi siempre nombre: "maleantes", "polillas" y "cleferos".

- La Cancha, porque te asaltan o te roban. (Gustavo, universitario, 23 años.)
- La Coronilla, porque viven cleferos ahí. (Camila, universitaria, 19 años.)
- La Terminal, existe mucho maleante que se queda en esa zona. (Rodrigo, universitario, 24 años.)
- Terminal, no hay seguridad. (Stephanie, universitaria, 20 años.)
- Zona sur por la Terminal, muchos cleferos y maleantes. (Jeannine, universitaria, 20 años.)

En algunas lecturas, la inseguridad se extiende por toda la trama urbana a otros puntos específicos o a horarios también determinados.

- La mayoría de las calles en la noche es insegura. (Daniel, universitario, 21 años.)
- Los puentes. (Marianela, universitaria, 24 años.)
- Ya no hay lugares seguros en la ciudad. Tienes que ver dónde sacas tu celular o por dónde caminas. (Camilo, bachiller, 18 años.)

Sin embargo son las menos, pues en la mayoría de las miradas el temor se focaliza en un sur imaginado como la concentración del peligro.

La descalificación de este espacio urbano adquiere otras pulsiones. Preguntamos a jóvenes de ambos sexos: "¿Qué sector de la ciudad les desagrada más?" En una abrumadora mayoría señalan nuevamente la zona sur, particularmente el núcleo que se extiende alrededor del complejo La Cancha/La Pampa.

Leída desde la estética cultural de los habitantes de zona norte, su *alter ego* urbano y social se representa como:

- Sucia y desorganizada.
- Nada higiénica y olor nauseabundo.
- Sucia y peligrosa. (Denisse, bachiller, 18 años.)
- Mucha gente. (Caris, universitaria, 19 años.)

En contraste, cuando se los interroga sobre qué lugar les agrada más de Cochabamba, la mayoría apunta a la zona norte, por razones opuestas:

- Porque no es tan caótica. (Gustavo Alberto, 18 años, bachiller.)
- Porque es tranquila. (Miguel, 17 años, bachiller.)

También, aunque de modo más esporádico, se señalan locales ubicados siempre en el norte:

- El Centro Patiño, porque es seguro, con muchas actividades culturales, hermosos jardines. (Stephanie, 20 años, universitaria.)
- El cine Center, porque es divertido y hay varias opciones para pasarla bien. (Verónica, 20 años, universitaria.)
- El cine Center, seguro y agradable. (Carol, 18 años, bachiller.)

Nótese nuevamente la seguridad como un elemento decisorio de la precisión estética de un espacio.

El sur, en contraste, emerge como una desmesurada geografía asimétrica y abigarrada, donde los cuerpos de las muchedumbres se entremezclan o se tocan en el fluir de la calle, y donde el aire condensa los aromas de comidas para algunos sin nombre o de música "guachafa" que conducen a su devaluación y estigmatización, reforzándose esta situación al unírsela con la inseguridad.

El higienismo, la cultura olfativa, como muestra *El Perfume* de Patrick Süskind, se encuentran ligados a procesos sociales e históricos. Se apre(h)ende desde la infancia a filtrar y rechazar esencias y vincularlas positiva o negativamente con determinados grupos sociales o étnicos que sus progenitores valoraban como sujetos revolucionarios. La juventud actual no enarbola el discurso de la contracultura de los años setenta. Tampoco se afilia a posiciones radicales de izquierda. Apolítica, prefiere gozar del mundo, aprovechando del tiempo concedido por la moratoria social, siempre y cuando su posición emblemática, de poder y sus territorios no sean desafiados.

Por otra parte, el orden de las cosas, un valor de corte positivista decimonónico, conduce a anhelar una ciudad sometida a normas y reglas. Sin espacios que se desborden y con transeúntes que caminen separados. Lo urbano, advierte Miguel Delgado, pasa todo el tiempo autorganizándose (esto hace la planificación), pero no se salva de un destino o suerte que tiende a convertirlo en "ilegible" (desordenada, caótica) opuesta a la ciudad "legible" (ordenada, racional). (Delgado, 1999: 183.)

¿Pero qué es el Sur? ¿A qué se nombra cuando se lo alude? La fronteras, como los imaginarios, son móviles y sus construcciones, históricas. No son límites inmóviles. Tampoco filtros geográficos, ni legales sino simbólicos, caracterizados por apropiaciones y marcas de significados, cargados de presencias humanas, olores, comidas o colores; es decir, se los (re)significa socialmente.

El sur cochabambino es movedizo y se desplaza; o, más bien, es la noción de lo que es el sur, desde la mirada de las clases medias/altas, la que avanza y se mueve. Hasta los años noventa del siglo precedente la avenida Aroma era el límite del sur con relación al centro comercial (casco viejo), a la par que la plaza Colón era el inicio

de la zona norte. Uno de los cambios que trae el inicio del siglo XXI es el debilitamiento de este paisaje mental. Fenómenos como la toma por sectores populares de la plaza 14 de Septiembre, a partir de la Guerra del Agua del año 2000; la intensificación del crecimiento del comercio informal en sus alrededores; la salida de muchas casas comerciales hacia otros sitios de la ciudad, particularmente hacia la zona norte; el deterioro funcional y ambiental del casco viejo han estimulado a que muten las referencias geográficas para establecer la nueva frontera entre norte y sur.

En base a una visita etnográfica por la ciudad, es decir "atravesar espacios desde los sentidos del transeúnte" (Aguilar, 2005), y a entrevistas a sectores de clase media/alta, se puede percibir la emergencia de un nuevo límite imaginado, que es emblema del tránsito de un mundo a otro. La avenida Heroínas, que corre de Este a Oeste cortan la ciudad, estaría marcando una nueva frontera entre ambas zonas. Esta es frágil y móvil, pues como todo límite se expande o se contrae de acuerdo al movimiento de los diversos actores poblacionales.

Pero también hay datos físicos que coadyuvan y afirman el sentido de esta representación dual del espacio. En efecto, el avance del comercio informal que se concentra en torno al mercado 27 de Mayo, no sobrepasa este límite. Sucede otro tanto con el mercado informal que reina en torno al edificio del Correo que, si bien invade ambas aceras en el nudo entre las avenidas Ayacucho y Heroínas, no avanza más allá en dirección norte. En todo caso, la idea de que la avenida Aroma separaba el sur del resto de la ciudad es un dato ampliamente superado por la realidad actual. Incluso podríamos decir que el casco viejo esta siendo "engullido" por el sur y que, por ello, el límite entre ambas zonas es un territorio de disputa que en este momento puebla los imaginarios ciudadanos de los residentes del Norte y el Sur. Una demarcatoria provisional, una topografía artificial que indique una situación de superior/inferior, con un Sur "pobre" marginalizado y un Norte "rico", sería evidentemente la avenida Heroínas. Aunque los pobladores del sur, después de los acontecimientos del 11 de enero de 2007, imaginan quizá que el río Rocha debiera ser la frontera real entre ambos territorios.

La consecuencia de estas representaciones y fantasmagorías es trazar un lindero y una frontera invisible y binaria entre lo que se considera territorio ajeno y movedizo y el seguro (y conocido); el distinguido ("gente bien") y aquel que no lo es, y aquellos que se asocian al origen de la inseguridad y las transgresiones del crimen. Y a partir de esta constatación, determinar dónde se puede ir y dónde no; o dónde se requiere cautela y precaución y dónde no; en qué horas y momentos alcanza seguridad y en cuáles reina la incertidumbre. El acceso a la ciudad se recorta. Se arma mentalmente una frontera que tiene puertas de acceso y, a la vez, de cierre. Los jóvenes de ambos sexos evitan, mientras pueden, dirigirse a la zona devaluada y estigmatizada del sur; y si no queda otro remedio, toman precauciones y se mantienen alertas y acuden solamente los momentos imprescindibles.

Desde las subjetividades del norte juvenil, regiría en el Sur un espacio fantasmal poblado de amenazas y un desorden caótico de multitudes cobrizas, con las cuales no es posible identificarse, recuperar memoria, sentir emoción positiva, ni entablar comunicación. Un espacio que funge exactamente como lo contrario de los "lugares emblemáticos" de los que Michel Mafessoli nos habla como espacios celebratorios donde "Uno se reúne, se reconoce al otro, y de esta manera uno se reconoce"; es decir donde yo coexisto con una multiplicidad de sujetos, sin los cuales mi propia existencia no sería concebible (2007: 56).

Declive de los antiguos espacios públicos

Para la territorialidad juvenil de clase media / alta cochabambina, los linderos del mundo habitable que tienen como su corazón la plaza de La Recoleta y sus alrededores se cierran, más al sur, a pocas cuadras de la plaza Colón: en la esquina de las calles 25 de mayo y Ecuador y de ésta con la España. En el corazón del antiguo centro urbano y muy próximo a la avenida Heroínas. Metros más allá comienza (o termina) la muralla invisible que separa dos mundos, dos estéticas, dos culturas juveniles y dos seguridades de vivir. Los cafés de la España y la 25 de Mayo con Ecuador, como analizaremos más adelante, son la última frontera.

Esta delimitación imaginaria de la ciudad constituye una verificación de que los jóvenes de clase media/alta de ambos sexos recrean la ciudad de una manera distinta a la de sus padres y madres. En la década precedente los espacios de sociabilidad juvenil incluían la zona central y sur de la ciudad, hoy concebidas como zonas de peligro y además lejanas de las zonas de residencia preferente de los y las jóvenes de clase media/alta en el norte urbano.

Seguiremos a continuación una estrategia de exposición que consiste en analizar primero aquellos espacios públicos que tuvieron relevancia afectiva para la generación precedente. Entendemos por ésta a la que llegó a la juventud a fines de los años sesenta y los albores de los setenta del siglo XX. Influida, por tanto, por las nuevas subjetividades emergentes de las revueltas estudiantiles, la guerra de Vietnam, la música de los Beatles o los Rolling Stones. En el contexto local, pasó de la libertad democrática y la insubordinación juvenil de los años 1969 a 1971, al autoritarismo del gobierno militar de Hugo Banzer Suárez entre 1971 y 1977. En cierto sentido la dictadura cortó, aunque no impidió del todo, la expresión de nuevas subjetividades juveniles que recorrían el mundo. En contraposición, una parte sustantiva de los sectores "clasemedieros" se volcó desde las universidades intervenidas hacia la militancia de izquierda y participó activamente en la resistencia al régimen. Pese a esta ruptura política, que los llevó a doctrinas de corte marxista o nacionalista revolucionaria, en términos culturales y uso del espacio público esta generación no innovó radicalmente. Siguió moviéndose dentro de los marcos de una ciudad orientada hacia el centro urbano, a la vez nudo de la territorialidad juvenil, y participando en los mismos hábitos de consumo que sus mayores.

Nuestro interés al recurrir a este juego de espejos es resaltar que ahora como nunca antes estamos frente a una ruptura radical en el uso del espacio urbano por parte de élites citadinas, y sobre todo de sus vástagos. Quizá para apelar a otro símil podríamos retroceder al filo del siglo XIX, cuando los grupos dominantes reordenaron la ciudad en la pretensión de configurar el centro como espacio donde solamente pudieran manifestarse sus expresiones culturales y de vida. La diferencia estriba en que entonces no se cuajó un territorio propiamente juvenil ni la juventud gozó de autonomía frente a sus

progenitores. El espacio público, abierto a todas las miradas, o los espacios privados, bajo la vigilancia de los mayores, fue el espacio para la sociabilidad juvenil. Esta situación pervivió casi incólume hasta un siglo después, cuando una mezcla de fenómenos internos y externos, urbanos y culturales, produjo un quiebre radical en relación al espacio urbano como lugar de encuentro con sus pares y con diferentes.

Lo primero que debemos señalar para entender la anterior afirmación es que la juventud de clase media/alta se mueve y mora mayoritariamente en la zona norte de la ciudad y en las urbanizaciones satélites como Bella Vista o Tiquipaya. Admiten de buena gana que el norte citadino "es como una ciudad [pues] no se necesita salir de ella". Una isla o una fortaleza bien abastecida. No exageran. Como vimos en páginas precedentes, su oferta de servicios es amplia y creciente, y configuran una especie de ciudadela, delimitada por murallas imaginarias, a modo de una ciudad medieval fortificada; con la diferencia de que esta vez los adversarios no sólo están fuera, sino adentro de los muros.

Fuera de estos límites quedan los espacios urbanos que utilizaron las generaciones precedentes, enclavados ahora en *terra incognita.* ¿Por qué las nuevas generaciones de jóvenes de ambos sexos no los habitan? ¿Por qué prefieren moverse, usar y ocupar territorios distintos? Podríamos atribuirlo nuevamente a la distancia. Llegar desde la zona norte hasta La Pampa, la plaza 14 de Septiembre y sus alrededores, implica cruzar gran parte de la saturada mancha urbana de tráfico lento y enredado. Sería, empero, una explicación insuficiente y parcial. Los y las jóvenes de clase media/alta recorren diariamente una distancia mayor para asistir a la UPB, situada en el kilómetro 7 de la carretera Blanco Galindo. O los fines de semana, para divertirse y abandonarse al ocio, llegan hasta el Country Club, un enclave en el extremo sur de la ciudad.

La situación debe entenderse más bien como el resultado de un largo proceso de cambios culturales en las subjetividades juveniles y de los nuevos patrones de consumo juvenil que privilegian la seguridad y distinción y la afirmación identitaria, separándose del resto del tejido poblacional urbano. Estas distinciones, a partir del

consumo globalizado de objetos simbólicos, les permiten sentirse parte de identidades globales. (García Canclini, 1989).

En efecto, hay algo más profundo y determinante. Todas las generaciones nacidas desde mediados de los años ochenta del siglo pasado en adelante han sido educadas en el hábito de la inseguridad y el miedo a moverse libremente en la ciudad. Durante años han visto y oído a los medios de comunicación que explotan el sensacionalismo y estigmatizan grupos sociales y lugares, contribuyendo a afirmar una atmósfera de inseguridad, que se hace más patente y patética con la crisis institucional de las fuerzas policiales[125].

El imaginario de inseguridad, como parte de la nueva cultura para vivir en la ciudad, proviene de sus progenitores, que lo trasmiten diariamente a sus hijos e hijas. En los grupos focales y entrevistas individuales, recogimos expresiones como éstas, que pretenden encerrar toda una lección para enfrentar las condiciones de inseguridad:

- Ten cuidado. No vayas sola.
- No lleves tu celular al estadio. Te lo van a robar.
- Si vas a La Cancha, no vas sola. Espera a tu hermano o vas conmigo o con tu papá.
- No dejes tu auto en la calle, mejor lo guardas en un parqueo.
- No tomes un taxi en la calle. Llama a un radiotaxi conocido.

La juventud, que internaliza desde temprana edad el temor a vivir en sectores de la ciudad, responde con una "estrategia de blindaje" que la proteja de amenazas reales y ficticias; ésta se traduce en mutaciones del uso de los espacios urbanos en relación a la conducta de las élites en el pasado urbano más reciente: se retiran de las calles. Se opacan las plazas (y calles) como lugares para la sociabilidad, el ocio y el disfrute y, en contraposición, se guarecen en lugares seguros. La búsqueda de lugares "limpios y ordenados" impregnados de modernidad y de una estética consumista permite evitar las sensaciones auditivas y

[125] Para un tratamiento del tema, consultar Rey, 2005.

olfativas socialmente enseñadas como desagradables también desde la niñez. Marcadas en el inconsciente, siembran un terreno fértil para pulsiones que conducen a las diferenciaciones y a las fronteras sociales y étnicas; en suma, a la segmentación de Cochabamba.

Así lo muestran y confirman las voces que surgen de las entrevistas y las encuestas recogidas durante nuestra investigación. A partir de ellas reconstruiremos a continuación los itinerarios e imaginarios urbanos de la juventud en estudio. En todos los casos, comenzaremos reseñando brevemente, para permitir una comparación, el uso de ese mismo espacio por la generación precedente, para luego establecer la situación actual.

El ocaso de la sociabilidad en el parque

Cochabamba se ha preciado siempre de la abundancia de sus parques y áreas verdes, propia de su etiqueta de "ciudad jardín". Generaciones han crecido jugando, corriendo y riendo en ellos. En los años setenta de la centuria pasada, el parque era todavía el centro de la sociabilidad juvenil, situación que ha cambiado drásticamente en las últimas tres décadas. Aunque la opinión del entrevistado o la entrevistada puede estar influida por la proximidad a los parques y la calidad de los mismos, el porcentaje de valores negativos sobre ellos y el rechazo a su uso es masivo entre jóvenes de clase media/ alta de ambos sexos.

Esta situación va más allá del déficit de áreas verdes: que se entrelaza con su calidad y su seguridad. En cuanto al equipamiento del parque y otras áreas verdes, señalemos que el tema apenas asume importancia puntual como herramienta de promoción de la figura de los alcaldes de turno, porque en realidad el municipio carece de una política definida con relación a este tema, considerando las necesidades y maneras del uso de los espacios urbanos por parte de los y las jóvenes[126].

---

[126] Los discursos, declaraciones, documentos y políticas municipales respecto al tema de áreas verdes y espacios públicos que periódicamente llenan los espacios de la prensa, generalmente se ponen en evidencia bajo coyunturas de presión ciudadana en torno a situaciones de arbitrariedad diversa. Sin embargo,

Tanto el Plan Regulador (1961) como el Plan Director (1981) tuvieron una insuficiencia marcada en sus propuestas en torno a las áreas verdes, como lo muestran a grosso modo algunas cifras. El primero definía un área urbanizable de 2.700 hectáreas, de las cuales sólo 201 hectáreas estaban destinadas a espacios públicos, que representan el 7,4% del total del tejido urbano. Por si esto no fuera en sí mismo alarmante, el Plan Director de 1981, que incorpora 8.000 hectáreas a la urbanización[127], considera apenas 280 hectáreas a la formación de espacios públicos o áreas verdes, que representan apenas el 3,5% de esa totalidad.

A pesar de que estas cifras hablan por sí solas, no está de más remarcar que no son necesariamente resultado de la existencia de un espíritu contrario al espacio público entre los técnicos que intervinieron en la elaboración de estos instrumentos, sino de la imposibilidad de conciliar las razones técnicas y urbanísticas con el interés privado, en un contexto donde todo el poder decisional del sistema aboga por formas capitalistas de producción del espacio urbano, donde el santo lucro es más importante y está mejor protegido que cualquier discurso en pro de la salud pública y el medio ambiente. Sin embargo, también estas cifras expresan la debilidad, ya tradicional, del municipio para rectificar por lo menos en parte esta notoria desproporción, que en urbes capitalistas como Washington, Nueva York o Londres no alcanzan a semejantes desequilibrios.

Sin embargo, la cuestión no termina aquí. Para redondear el drama, también es notoria la incapacidad del municipio para consolidar las escasas áreas verdes que posee. Según datos de la Comisión Especial

amainada la tormenta, el tema pasa al olvido, y la ausencia o no de un plan de gestión del espacio público o las áreas verdes queda como un dato sin mayor trascendencia. A manera de ejemplo se pueden citar algunas situaciones concretas, como el intento municipal de convertir una parte del Parque Ex-Combatientes en mercado en 1993; la transferencia en comodato al Club Wilstermann de una parte del Parque Roosevelt en 1998; la intentona de derribar la arboleda nada menos que de la avenida Ecológica en 1998; en fin, no se puede pasar por alto la tala de molles centenarios en la avenida Pablo II que realizaron los vecinos en 2005 para "modernizar" su perfil, y así sucesivamente.

[127] El Plan Director abarca en su propuesta el eje Quillacollo-Cochabamba-Sacaba, en tanto que el Plan Regulador se limita a la ciudad de Cochabamba.

de Predios Municipales (1993), citada por Pérez (2000), de las 196 hectáreas efectivamente disponibles por el Municipio, de acuerdo al Plan de 1961, sólo se ejecutaron e incorporaron al servicio público 95,14 hectáreas —equivalentes al 49% del total citado— mayormente en las zonas centrales y residenciales. De igual manera, de las 84,26 hectáreas que según el Plan Director corresponden al Municipio de Cochabamba, hasta 1993 apenas se ejecutaron 1,27 hectáreas (el 1,5% del total). Al margen de que estas cifras puedan adolecer de alguna inconsistencia, no por ello se cambia el panorama de una situación de extremado déficit en materia de espacios públicos y de manifiesta dificultad por parte del municipio para incorporar lo poco disponible al uso social de la población[128].

Sin embargo, no todo es totalmente negativo. En la última década se ha intentado equilibrar el déficit cuantitativo en materia de espacios públicos con ámbitos de buena calidad y hasta originalidad[129].

La política urbana municipal de los últimos años se concentró en cemento y parques. Una buena muestra de ello son los diversos parques que se fueron ejecutando desde la segunda mitad del decenio de 1980 y el de 1990, que beneficiaron en especial a niños y niñas. Nos referimos al Parque Vial, el Parque del Niño, el Parque Acuático, el Parque Escuela o de las Hormigas, el Parque Kanata y el Parque Suecia, que según datos de la Empresa Municipal de Áreas Verdes y Recreación Alternativa (EMAVRA) son visitados por unas 160.000 personas al año. (*Los Tiempos*, 9/02/2005.)

---

128 Un análisis más minucioso desarrollado por Pérez (*op. cit.*) en 1999 mostraba la existencia de 292 "unidades de áreas verdes", de las cuales 284 fueron directamente visitadas por el autor. De éstas 81 unidades (27,7%) no estaban ejecutadas como espacios públicos (permanecían como terrenos baldíos); 89 unidades (30,5%) presentaban una ejecución parcial, 70 unidades (24%) presentaban una ejecución adecuada (cumplían su función de espacio público), 44 unidades (15,1%) estaban ejecutadas pero carecían de mantenimiento. En síntesis, menos de un cuarto del total de unidades de espacio públicos existentes en el año mencionado cumplían el rol para el cual habían sido destinadas.

129 Fuentes de la Dirección de Planificación Municipal señalaron: "El porcentaje ideal de áreas verdes para una ciudad es de 10 m^2 por persona. Sin embargo, en Cochabamba no se llega, según datos oficiales a los 3 m^2". *Los Tiempos*, Cochabamba, 13 de junio de 2004.

Un cronista del matutino *Opinión* establecía un feliz vínculo entre cultura y espacio público, relación que convertía a estos últimos en espacios de vida ciudadana. Al respecto, señalaba con gran acierto:

> Los parques ejemplifican en la vida urbana: la conversación, el tiempo libre, el ocio, la pintura (los buenos parques y paseos han tenido siempre sus pintores), la fotografía (no hay paseo o plaza que se aprecie sin fotógrafos), la música (dominicales, retretas, ambulantes músicos, organilleros de viejo oficio), la escultura (ángeles o ninfas de bronce coordinando el agua de las fuentes), el teatro (espectáculos callejeros, p'ajpacos, humoristas y payasos), la ornitología (siempre una tenaz algarabía o tenue sombra de aves múltiples y anónimas), la botánica (flores y follajes, jardineros), la religión (capillas, catedrales, puntuales campanadas) y etcétera[130].

Resulta difícil expresar mejor la idea de un espacio público. Sólo que falta un aditamento para completar (y entender) el cuadro idílico, el cronista describe el nuevo tipo de parques urbanos producto de la *arquitectura del miedo*: cerrados, de acceso restringido y con vigilancia permanente.

En estas condiciones una mayoría de los y las jóvenes encuestados marcarán —en un porcentaje superior al 85%— las opciones negativas para juzgar las plazas y plazuelas. Al consultárseles su opinión, las califican en una gran mayoría de "peligrosas","desagradables", "sin interés" o "aburridas".

A continuación unas respuestas típicas:

- La gente es sucia y no cuida las áreas verdes. (Maya, 17 años.)
- La seguridad es mínima y mala. (Sebastián, 17 años.)
- Hay mucha delincuencia. (Marco, 18 años.)
- No son cuidados, son peligrosos. (Carolina, 20 años.)
- Ya no puedes parquear con tu auto y ponerte a charlar, pues te asaltan. (Marcela, universitaria, 24 años.)

130 *Opinión*, Cochabamba, 14 de septiembre de 2002.

El deseo de utilizarlas puede igualmente enfrentar una contradicción —la inseguridad o su diseño poco funcional a las necesidades juveniles—que, finalmente, anula o destierra la frecuencia de su uso.

– Son agradables porque me relajo, pero hay mal vivientes que toman (beben) ahí. (Salomé, bachiller, 17 años.)
– Están bien cuidados, pero no hay mucha seguridad. (Gabriel, universitario, 21 años.)
– En mi barrio son lindos, pero no veo cómo pasar el tiempo en una plazuela. (Mario, bachiller,18 años.)

Se oyen, sin embargo, algunas voces favorables, que los observan como espacio o un adorno en el paisaje sólo para ver, pero quizá no para estar:

Al menos en la zona norte están muy bien cuidados y mantenidos. (Sergio, bachiller, 18 años.)

Pero son señales solitarias y reclaman por un tiempo ya ido o perdido donde, a través de los parques, se producía una rearticulación de los lazos sociales y una cierta igualación social.

La calle, la misma que Manuel Delgado llama "una forma radical de espacio social", es vista también con lejanía y temor. En ella todo lo malo puede pasar. No es más un espacio de juegos, sociabilidad o siquiera de tránsito si se va a pie. Es mejor evadirla, recurrir al "carro" o al taxi, si no hay otro remedio. O, en su caso ocuparla colectivamente, amparándose en el grupo y la seguridad que da el número. Veremos más adelante como se desarrolla esta estrategia de "toma de la calle" por las noches y en lugares específicos y simbólicos.

El único momento en que hombres y mujeres del grupo en estudio gana la calle, es durante el Carnaval "de la Concordia". Este es un tiempo de inversión y de fantasmagorías que permiten representaciones desafiantes, en que cada actor deja de ser lo que es en su cotidianidad. El nuevo Carnaval cochabambino fue creado en 1974, y se constipó en un espacio de reproducción simbólica de la clase medía blanca y mestiza. Allí nacieron los "caporales". Vestidos, o

mejor disfrazados, de plebeyos engalanados, conservan los dones del mando simbolizados en su látigo y en la disposición de sus cuerpos que induce a la fuerza y al orden, por un fugaz momento, forman parte en la ondulante columna danzante, que contiene todas las expresiones festivas urbanas. Danzan con ellos, pero no se integran al conjunto. Preservan su identidad. El gesto, la lujosa vestimenta de caporales, la fuerza y la música es de mando, como si pretendieran que el grueso de los danzarines los siguiera, admitiera su poder o los acompañara como un coro festivo pero obediente.

Durante la fiesta, la juventud de la clase media ocupa la avenida Ramón Rivero, que corre desde el cine Center a la plaza de las Banderas, cuyo verdadero nombre, hoy olvidado, es Carlos Montenegro, uno de los ideólogos cochabambinos del nacionalismo revolucionario. Se mantiene, aunque levemente diluida, la misma distinción entre los *habitués* de la Pando y la España, que a veces explota en rivalidades. Para el conjunto, sin embargo, la avenida se confirma como una frontera simbólica. La juventud no ocupa otros espacios sino éstos; no incursiona hacia El Prado, su anterior espacio ritual Carnavalero. Nuevamente quiere señalar que más allá existe otra ciudad, existen otros códigos con los que no desean interactuar. Rebasando el control policial, no siempre extenso y contundente, ocupan la calzada, beben y bailan. Incluso los grupos de danzantes de los mismos sectores sociales tienen dificultades en franquear esa barrera humana, que se pone más espesa a medida que suben los efectos del alcohol. Para las agrupaciones de migrantes y habitantes del sur, el tránsito por esas tres o cuatro cuadras, entre El Prado y la calle 16 de Julio, libradas al dominio de jóvenes de otra condición social, es más penoso. Hay denuncias de agresiones verbales y simbólicas. La masa juvenil de clase media / alta canta consignas contra el gobierno de Evo Morales, como si quisieran recordar a quienes, por el color de su piel y su procedencia geográfica y social, suponen necesariamente sus adherentes, hacia qué territorio se están adentrando: el suyo, el de la clase media, el de sus adversarios.

La Cancha. Visitas episódicas

Tradicionalmente el complejo comercial La Cancha / La Pampa fue asociado a lo sucio, lo diverso, el desorden y la aglomeración, aunque

no por ello el grueso de la población citadina dejara de concurrir a los puestos comerciales en manos de vendedores indígenas y mestizos para abastecerse, como establecimos en el capítulo precedente.

Esta mirada prevaleció hasta los años ochenta del siglo pasado. A partir de entonces se fue consolidando la calificación del sur urbano y, por inclusión, La Cancha/La Pampa, como un territorio altamente peligroso. Este fenómeno social trasciende actualmente clases sociales y géneros, aunque es más acentuado entre los habitantes de la zona norte, particularmente entre la juventud. El riesgo y el miedo son imaginarios que definen ahora su utilización/exclusión por el sector social bajo estudio y, de modo general, por todo el colectivo ciudadano.

Esta clasificación es una construcción histórica, como adelantamos. Mirando los recuerdos y la memoria de una generación atrás, se observa que les cuesta asociar a estas plazas mercantiles con el temor. No es que no lo tuvieran, pero era esporádico, no tan intenso como el actual y no definía conductas de utilización/exclusión sobre aquel espacio. Se tomaba alguna precaución, pero se concurría con bastante frecuencia a estos centros de abasto para adquirir todo tipo de bienes.

Actualmente La Cancha/La Pampa es calificada y esteriotipada por la mayoría de la juventud de clase media/alta como un lugar inseguro, caótico y desordenado. Es probable que esta mirada exprese la ruptura de los equilibrios sociales y étnicos que se ha producido en la ciudad en la última década y que se ha acentuado en el último bienio. En otros términos, La Cancha está asociada con lo indígena y lo popular, que no forma parte del horizonte imaginado de ciudad de las clase media/alta. Sus padres y madres comparten ahora estas aprehensiones, y aunque solamente una pequeña proporción sigue utilizándola para sus avíos, conservan una memoria de sus mapas y recorridos, por lo que pueden moverse en ella con mayor soltura que sus hijos e hijas.

Cuando se exige una definición a los más jóvenes, hallamos que del total de 201 encuestados y encuestadas, un 56,3% señala que considera a La Cancha “totalmente” peligrosa o “bastante” peligrosa; en contraste, sólo el 7% afirma que la considera “poco” o “nada”

peligrosa[131]. En La Cancha / La Pampa la presencia policial es escasa, y aunque los comerciantes se han dotado de seguridad privada, ésta no se considera suficiente. Además, se trata de una seguridad solamente preventiva, y no se la considera totalmente eficaz frente a la mayor agresividad, incluso armada, de los delincuentes.

El espacio no está definitivamente cerrado, pero existen restricciones en su utilización. El complejo comercial continúa visitado por jóvenes del sector social bajo análisis. En efecto, el mayoritario 93% del los encuestados y encuestadas admite que concurre al mercado La Pampa, sin especificar la frecuencia de su asistencia, que puede ser diaria, semanal o mensual. Las entrevistas a profundidad permiten, sin embargo, establecer que estas visitas no son regulares, ni habituales. Adquieren más bien un ritmo esporádico, pues están condicionadas por el tipo de bienes que se busca adquirir y por el temor a permanecer en ese espacio físico.

La Pampa es elegida para adquirir ropa, zapatos, artículos de belleza, electrodomésticos, computadoras y sus partes. Sin embargo, existen tendencias y divisiones por género. Las mujeres, en un porcentaje preferente, se inclinan por artículos para mejorar su imagen personal. Los varones, sin negar esta opción, acuden en mayor proporción en pos de pantallas, *mouse* y teclados para la computadora, etc. La gran parte de los bienes que se adquieren no son perecederos y se renuevan a lo sumo una vez al año, de manera que evitan al consumidor o la consumidora presentarse frecuentemente en los puestos de venta.

La visita esporádica a La Cancha / La Pampa no invalida, empero, el imaginario del miedo que acompaña el uso y permanencia en este espacio; por el contrario, lo ratifica. La presencia en este surtido y abigarrado mercado se torna en un uso instrumental. Supone tener la precaución —lo señalan las entrevistas— de entrar y salir rápidamente. Es un territorio de presencia circular, y su recorrido se realiza sin detenerse; es decir, sin vivirlo, ni aprehenderlo.

---

131 Estos datos deben ser corregidos introduciendo una proporcionalidad entre hombre y mujer, pues el grupo de varones es mucho más representativo que el de mujeres.

- Voy, compro lo que necesito y me vuelvo. No miro otras tiendas, ni camino por otras calles. (Marco, 22 años, universitario.)
- Sólo voy a los locales de ropa, en esos centros comerciales cerrados que hay. No a los que están en la calles. Termino mis compras y salgo rápido. (Karen, 19 años, universitaria.)

Se trata de comprar artículos definidos y salir rápidamente, sin moverse hacia otros puestos de venta, ni curiosear en calles aledañas o introducirse en el laberinto humano de miles de vendedores y compradores. Se trata de seguir la ruta prefijada: los locales de artefactos electrónicos de la calle Esteban Arze o de ropa y cosméticos en los mercados cerrados, como el "Miamicito". En propiedad, los jóvenes no conocen el emporio mercantil en toda su complejidad, sino sólo aquella parcela de su destino específico, que se constituye para ellos en un enclave utilitario y cerrado. Se pierde así el sentido exploratorio, lo que impide, de paso, el interactuar con diferentes.

Trasladarse hacia La Cancha/La Pampa supone estrategias diferenciadas para hombres y mujeres. Ambos sexos confiesan que no tienen un transitar relajado por ella, que están siempre atentos, en guardia. Pero el miedo, en su intensidad, tiene indudablemente un carácter de género. Los varones se animan a ir desguarnecidos. Reconocen que corren riesgos pero, como una expresión de "ser macho", suponen que pueden conjurarlos y afrontarlos. La gran mayoría de las mujeres, en cambio, no concurren solas. Se sienten más vulnerables y expuestas, por lo que se protegen asistiendo en grupo, con familiares o con su enamorado. Por precaución dejan sus joyas en casa, y algunas incluso sus celulares y carteras. El dinero lo llevan bien guardado y hasta oculto.

La desconcentración de los mercados y la aparición de supermercados en la zona norte han permitido remplazar a La Cancha y el abasto de la 25 de Mayo como fuente de aprovisionamiento de alimentos perecederos y no perecederos. Ambos son considerados sucios, caóticos e inseguros, lo que restringe la concurrencia. En cambio el mercado distrital de la avenida Villarroel y América, y el supermercado ICE Norte e Hiper Maxi de la avenida Oquendo, a pocas cuadra de la plaza de La Recoleta, poseen las condiciones de seguridad, orden, limpieza y accesibilidad que exige la clase/media

alta. La cercanía a sus hogares es otro factor que incide, pues “ya no hay que cruzar toda la ciudad”, en palabras de una usuaria.

El “mercadito” de la Villarroel y la América, que solamente funciona los sábados, es pequeño, casi íntimo. Cubre sólo unas ocho cuadras. Se ofertan verduras, frutas y abarrotes. Hay también flores, plantas para jardines e incluso artesanías. Las “caseras”, que venden desde atriles y no en el suelo, como en La Pampa, intercambian con clientes hombres y mujeres que conocen desde hace tiempo. Las calles son limpias, no hay aglomeraciones y existe seguridad privada.

El público es generalmente femenino, de todas las edades, aunque se ve pocos jóvenes. Son sobre todo ancianos y gente de 30 años para arriba. Hay varias parejas. El grueso es de clase media/alta. Los precios del mercado, más elevados en comparación con los que rigen en La Cancha u otros mercados zonales “populares”, operan como barrera socialmente y étnicamente selectiva. El *glamour* se paga. En un clima distendido, las “doñas” compran y paralelamente hacen vida social. Se paran y conversan distendidas. Como en un *shopping* cualquiera, sólo que bajo la luz del sol cochabambino.

El supermercado, por su parte, cambió las prácticas juveniles y de los adultos en relación al consumo y al acto de comprar para abastecer su hogar. Ir al mercado, por más pulcro que fuese, no es el escenario que un joven hombre o mujer prefiera. Aunque en un día cualquiera, la mayor parte de las personas que compran en un “súper” son mayores, no es sorprendente ver también a muchos jóvenes de ambos sexos, en una proporción que supera al mercado de la Villarroel. El halo de modernidad que proporcionan sus instalaciones, su dinamismo, la posibilidad de encontrarse con conocidos y conocidas, e incluso de flirtear, hace más llevadera su presencia. Son territorios que, como señala Beatriz Sarlo para el caso argentino, que fungen como “un oasis donde todo marcha exactamente como en casa”. Y en casa solamente se ve y convive con los semejantes. Regatear con una “qatera” o calibrar la calidad y el peso de las papas puede ser una experiencia histórica por la que un joven de clase media/alta no ha pasado y quizá nunca lo hará.

La plaza 14 de Septiembre y la crisis del centro urbano

Recordemos que una generación atrás, entre los decenios de 1960 y 1980 la plaza 14 de Septiembre, o plaza principal, formaba parte del entramando territorial de los sectores medios/altos cochabambinos, aunque su época de esplendor había pasado. A fines del siglo XIX las élites, imbuidas de un sentido darwinista y de "higienismo" social, habían reconquistado para sí el centro urbano, expulsando de él las manifestaciones festivas y lúdicas plebeyas, como el Carnaval y las chicherías. Como veremos más adelante, en los años cincuenta del siglo pasado, El Prado reemplazó a la Plaza de Armas y cobró mayor visibilidad como espacio de encuentros social. Contribuyó a ello la expansión urbana y el traslado de la fiesta del Carnaval —llamada "de las flores"— de la Plaza de Armas al paseo de El Prado.

Esta plaza quedó como centro del poder eclesiástico y civil y como sede de las festividades, tanto religiosas como cívicas y oficiales. Fuente de legitimidad de las élites, en su seno se encontraban todavía las sedes de las instituciones más importantes de la ciudad y del departamento. También conservó en sus alrededores —las calles General Achá, Esteban Arze, España, Bolívar y Sucre— su antigua morfología, incluyendo tiendas y comercios que funcionaban como un imán para la clase media/alta de todas las edades. Los bancos, que carecían casi todos de sucursales en otras zonas urbanas, complementaban la atracción hacia el espacio central. Remataba el entorno la antigua Recoba o mercado 27 de Mayo, centro de abastecimiento para todos los sectores sociales, incluidos los de mayores ingresos. Las amas de casa concurrían con sus empleadas y a veces con sus hijas menores, las mayores (re)huían generalmente esta responsabilidad, que empezaban a considerar socialmente degradante.

En los años setenta, para los jóvenes de ambos sexos, las confiterías próximas a la plaza se convertían en puntos de reunión o en antesalas previas a asistir a los diversos cines que también circundan a la Plaza de Armas. Centros de tertulia, música suave y café, "Los Escudos" de la calle Perú —la actual Heroínas—, entre la España y la 25 de Mayo o el "71", sobre la segunda cuadra de la España desde la plaza 14 de Septiembre, eran las más frecuentadas. Sin tratarse de espacios diseñados y promovidos exclusivamente para un público

juvenil, funcionaban como tales en la medida en que este segmento logró apropiarse de ellos. En suma, hasta las décadas de los setenta y ochenta del siglo XX, la Plaza de Armas, y sobre todo sus alrededores, continuaban como un espacio privilegiado para la sociabilidad juvenil de clase media/alta, pues constituían el lugar para el encuentro con sus pares, el consumo de bienes y para sus actividades lúdicas.

El centro de la ciudad, como ya aludimos, ha sufrido un visible deterioro en su calidad urbana en las postrimerías de la centuria pasada. Atiborrado de vendedores ambulantes, atascos vehiculares y ruidos multiformes, caótico y convulso, es exactamente lo contrario de la imagen urbana limpia y tranquila deseada por clases medias/altas. Ya a mediados del siglo XX, éstas abandonaron la zona como su núcleo de residencia, que conservaba todavía sus funciones comerciales, bancarias y de sede del poder político y eclesial. Es esta última función simbólica la que aún articula al centro urbano, pero ha sufrido una redefinición. Como en las antiguas plazas medievales, la 14 de Septiembre conserva el asiento del Municipio, de la Prefectura y de la Catedral; sin embargo, el centro mismo de la plaza, es decir su corazón, es ahora una suerte de ágora de debate público ocupada por sectores populares; entre ellos, activistas y militantes políticos intercambian sus consignas con los transeúntes y socializan sus puntos de vista.

La Plaza de Armas ha modificado su rol de centro de poder, de centro cívico y de centro institucional. Ha visto debilitado su poder simbólico y su condición de antiguo espacio representativo de las élites regionales que mantuvo hasta mediados del siglo XX. Esta tendencia no sólo se debe a la ya referida paulatina pérdida de importancia que sufre la zona central como eje de la actividad económica y motor de múltiples interrelaciones funcionales, junto con otros componentes de la estructura urbana monocéntrica de otros tiempos, sino a que ha sido *invadida* por otros actores. Es difícil fijar alguna fecha precisa con relación a los cambios mencionados[132]. Una

132 Uno de los hechos que sin duda tuvo influencia en este cambio fueron las disposiciones de la Corte Electoral para que varios partidos políticos recolectaran firmas de adherentes o simpatizantes, para ser reconocidos por esta entidad y terciar en las elecciones de 2002. En esa oportunidad la plaza se llenó de

vez más, una crónica de prensa realiza una descripción precisa de la actividad que se desarrolla en este escenario en el contexto de la proximidad de una justa electoral:

> Como si se tratara de empleados públicos y con una puntualidad casi religiosa, diariamente varias personas llegan hasta la plaza 14 de Septiembre, se ubican alrededor de la columna de héroes, donde instalan rudimentarias mesas sobre las cuales colocan un libros de actas y apilan papeletas con diferentes signos y colores [...] No se trata de vendedores ambulantes ni de personas que ofrecen productos. Son funcionarios o militantes de los partidos políticos elegidos para "pescar" adherentes, tarea que la cumplen de lunes a sábado [...] La Plaza de Armas como en la antigua Roma se ha convertido en un verdadero foro, donde al margen de registrar a militantes, se exponen y se debaten ideas relacionadas con la actividad política del país [...] Es también una tribuna de expresión democrática, porque allí confluyen diferentes tendencias, hay pluralidad ideológica y sobre todo libre de presiones. La gente transita por la plaza, muchas veces en forma involuntaria comparte esa pequeña tribuna, que evoca a los antiguos heraldos, que eran utilizados para realizar anuncios importantes, para atraer pequeños auditorios ante los que exponen por lo general las ideas políticas [...] La plaza es considerada como un enclave del poder ejecutivo y por ello todos quieren "tomarla" o al menos posicionarse en ella para elevar su voz aunque luego pocos o nadie la escuche[133].

Un par de años más tarde, otro comentario recrea escenas similares, pero con distinto significado:

> Las doce de la mañana: un sol desplomándose y escurriéndose en medio de los árboles, los vendedores ambulantes ofrecen de todo (libros, revistas, adornos, refrescos), los infaltables espectáculos públicos populares, los colegiales y las colegialas paseando y las palomas dispersándose por las fuentes, los pisos y las aceras [...] La música,

---

mesas y libros para captar firmas entre los ciudadanos que circulaban por el lugar. Otro hito pudo ser la Guerra del Agua (abril de 2000), cuando la Plaza de Armas asediada y luego dominada por los movimientos populares fue el símbolo principal de la resistencia contra la política neoliberal de privatizar este recurso.

133 *Opinión,* 7 de octubre de 2001.

> el ruido, la publicidad, la alegría de los estudiantes, los desgañitados gritos de los oradores, los grupos religiosos, los políticos e incluso las protestas sindicales con petardos, estribillos y gritos saturan el ambiente[134].

Parece que todos los ingredientes de un buen espacio público están presentes: foro democrático, multitud de actores, libre circulación de ideas, oradores y hasta comercio informal. En los tiempos actuales se puede agregar a ello el uso de paneles y la exposición de las noticias más importantes, además de actores de las mismas que discuten con pasión con los pequeños grupos que convocan. No faltan las mesas y paneles con oferta bibliográfica sobre hechos de la realidad local o nacional, con interpretaciones afines al campo popular; al lado están los "p'ajpacos" promoviendo diversas mercaderías, una incansable pregonera que anuncia la proximidad del juicio final, y en medio de todo ello, niños bullangueros, ancianos en sus tertulias y viandantes que recrean un momento de su diaria rutina. Sin embargo, los actores que dominan el escenario no representan las ideas, ni los intereses de quienes se consideran exponentes de los poderes locales; por el contrario, su discurso es fuertemente contestatario.

En un día típico los oradores —casi siempre varones— se explayan sobre las maldades de la capitalización y las bondades de la nacionalización, se pronuncian contra el entonces prefecto del departamento, Manfred Reyes, y exaltan las virtudes del presidente Evo Morales. En paneles "hechizos", condenan a la prensa acusándola de parcializada o debaten el día a día en medio de pancartas alusivas a los logros gubernamentales y los problemas y males que trae la "oligarquía" cruceña. Los oradores y los oyentes, organizados en ruedo en torno al predicador, forman una sola masa humana de claro origen popular.

Aquí, salvo por la fuerza, no tienen entrada los miembros del Comité Cívico, ni los portavoces de partidos de derecha, y menos todavía personajes identificados por el campo popular como reaccionarios u opuestos a las ideas que circulan en este foro. Luego, no se trata necesariamente de una tribuna ideológicamente abierta, más

[134] Revista "Así", *Opinión*, 30 de marzo de 2003.

bien se trata de la expresión de una *conquista* de sectores críticos y no representados en las estructuras del poder local, organizaciones obreras, vecinales, campesinas y hasta sectores radicales de izquierda, que han convertido la plaza en un territorio conquistado por el poder popular. Esta es sin duda una modificación a fondo del rol más reciente de la plaza central.

Tradicionalmente, esta fue un espacio público de expresión política, de grandes concentraciones de masas, hecho que se sintetiza en la añeja expresión de "tomar la plaza", equivalente a "tomar el cielo por asalto". En los años setenta y ochenta del siglo pasado, sobre todo cuando las dictaduras militares empezaban a resquebrajarse, toda marcha estudiantil o sindical debía desembocar en la plaza, a costa de no ser considerada exitosa; más de uno ha muerto en este desafío. Esta función no ha desaparecido; por el contrario, se ha acentuado. Es cierto, como vimos anteriormente, que antes de la reconfiguración urbana emprendida por la élites modernizantes a fines del siglo XX se cobijaban en ella expresiones plebeyas, como las chicherías, música y bailes e incluso "chifleras" o vendedoras callejeras, con una importante diferencia: nunca antes de modo permanente y cotidiano este espacio había sido politizado por actores diferentes a los tradicionales.

En el actual imaginario de las clases medias / altas, la plaza, a diferencia de lo que ocurría con sus predecesores, ya no está asociada al poder, sino al contrapoder de los grupos subalternos. Para ellas se ha convertido en un espacio con(cedido) a otros actores, o más bien que estos otros actores han ocupado tras larga disputa. De modo que, simbólicamente, no configura parte del mapa de "su" ciudad y ya no representa el simbolismo de poder de la clase dominante, que ha desplazado su presencia y representaciones hacia otros ámbitos más seguros, sobre todo en la zona norte.

Los sectores de clase media / alta, la juventud en particular, prefieren evitar transitar por la Plaza de Armas; susceptibles, se sienten interpelados y hostilizados con las miradas y los gestos plebeyos. En la memoria histórica de estas nuevas generaciones, el centro citadino en su conjunto no proyecta, ni despierta adhesiones o identificaciones emocionales positivas. Para ellos y ellas no representa un legado sino

más bien el escenario de un pasado olvidado, adornado de viejos edificios que no les dicen nada, atiborrado, por otra parte, de vendedores y multitudes desorganizadas. "No se puede andar por las veredas; No me atrae; Hay mucho ruido" son expresiones comunes. Pese a que la plaza y sus alrededores ofrecen una buena batería de ofertas culturales, los jóvenes de clase media/alta tampoco se reconocen en ellas. No encuentran estímulos para su consumo: "¿Qué haría en la plaza?", "Me aburría bastante" son expresiones frecuentes en las voces juveniles recogidas en las encuestas o grupos focales.

Y si tienen que pasar por el centro y la plaza, lo harán con propósitos explícitos, dirigiéndose a puntos definidos, en tránsito precavido y rápido: "A comprar en las tiendas de zapatos", "A hacer trámites"[135]. Fuera de su registro cartográfico, la centenaria plaza ya no es un territorio defendible, ni siquiera por ser parte del imaginario de ciudad. El 11 de enero de 2007, mientras la multitud campesina e indígena se mantuvo dentro los linderos de la plaza 14 de Septiembre, concebida por la élite regional como una extensión de la depauperada y marginalizada zona sur, el conflicto se mantuvo latente.

En cambio, entre otros factores, la ocupación de otra plaza, la de las Banderas, puerta de ingreso a la zona norte, desató la batahola de aquel día. Las clases medias y altas parecieron sentir que "su" metrópoli, o la porción de ella que habitan, estaba amenazada. "Recuperar la ciudad", la voz colectiva, significaba que los "invasores" retrocedieran hasta detrás del límite del orden imaginario de las cosas, momentáneamente roto. La eufórica masa clasemediera probablemente no deseaba ni ocupar, ni conquistar otros territorios. Le bastaba reconquistar los que consideraba suyos y empujar a sus adversarios allende la nueva frontera, al sur de la avenida Heroínas, es decir, a su territorio.

Al final de El Prado

La declinación de la plaza y el centro histórico como espacio público, se reproduce y extiende hacia otros nudos urbanos. Hasta los

---

135 Respuestas tomadas de los cuestionarios en colegios y universidades. Un pequeño porcentaje señala que le gusta pasear por ella y las calles circundantes.

años ochenta de la centuria pasada, El Prado y su extensión, la plaza Colón fueron el principal espacio de sociabilidad y ocio juvenil de clase media / alta. Era una herencia gestada, como vimos, desde el siglo XX. Legítimo y validado socialmente como punto de encuentro y cita frecuente, en los años sesenta en su entorno más próximo se construyeron las residencias de los sectores de clase media y alta y los primeros chalés modernos en la ciudad. En aquellos años el prestigio y la ostentación de riqueza se expresaba por vivir en El Prado y sus alrededores.

Al filo de los años sesenta, las actividades lúdicas y de ocio juvenil tenían como centro sus dos primeras cuadras, de sur a norte y la vereda norte de la Colón. Punto de encuentro y de citas amorosas. Los kioscos y las salteñerías congregaban diariamente a jóvenes, principalmente varones, que lo convertían en un espacio activo para grupos de amigos o integrantes de las fraternidades Always, Caribes y Jets.

Los días de asueto, y principalmente los domingos, el tono y la concurrencia se elevaban. Una ronda de mujeres y varones, que fluctuaban mayormente entre los 15 y 20 años, daban vueltas en las bandejas centrales del paseo casi todos a pie, y un puñado de afortunados en auto, pocas veces propios y en general prestados del padre a mucho ruego o tomado clandestinamente por un fugaz momento.

El continuo giro, su pasar reiterado en caminatas de ida y vuelta, para exponerse a la mirada de los otros y otras, permitía un ambiente distendido para el coqueteo y las intensas miradas desde y entre las bancas de madera o desde la explanada mientras se caminaba a paso lento. El juego lúdico empezaba a las 11 de la mañana y alcanzaba su apogeo cerca de las 13 horas. Entonces, cuando terminaba la misa de 12 en la parroquia del Hospicio, jóvenes feligresas y feligreses —éstos en menor número— engrosaban el paseo, vínculo que unía lo sacro con lo lúdico en el mismo espacio. El recorrido terminaba cerca de las 13:30. Media hora más tarde, no permanecía casi nadie.

La ruptura con la cotidianidad de la casa y el colegio se expresaba en la vestimenta. La ropa "dominguera" era especial, más costosa y lujosa que la de uso diario, servía para ratificar las distancias

sociales con el resto de los sectores juveniles que habitaban la ciudad. La caminata en círculos no permitía sin embargo privacidad, pues se desarrollaba a la vista de todos y, por tanto, bajo control social, ejercido por el chisme y la sanción, norma de una sociedad pacata que ejercía severo control sobre la juventud, su interacción y su comunicación. Cierta reserva podía encontrarse al bailar o tomar un trago en la Fuente del Deseo (luego Isidoro´s), en la acera este de la segunda cuadra del paseo, de sur a norte.

La noche, particularmente los fines de semana, El Prado mutaba y cobraba otros rasgos y funciones urbanas. Se llenaba de música, juegos y voces de presencias distintas a las diurnas o las festivas de fin de semana. En las mismas dos primeras cuadras, a ambos lados, se ubicaban bares, como el Arnoldo, Savarín o Jamaica. Espacios típicamente masculinos y de mayores, pero que admitían a jóvenes. Los viernes en la noche "de soltero", de "cacho" y cerveza, el espacio era controlado por varones —su propio nombre lo sugiere—, vedado por tanto a la presencia femenina. Para los hombres más jóvenes constituía un rito de pasaje y el ingreso a la adultez, bautizado por una buena borrachera. La mayor parte de los asistentes fluctuaba entre los 18 y 23 años; la libertad y la bohemia de la vida universitaria

La noche furtiva los (re)conciliaba con el alcohol. En la fiesta privada, en el baile del colegio, están prohibidos —"sólo refrescos de esos de sobre tomábamos"—; aunque a veces se daban modos para eludir la restricción entre las sombras. Treinta años más tarde, música, baile y bebida estarán indisolublemente ligados en las nuevas generaciones, vástagos de quienes antaño ocupaban el espacio público de El Prado.

La obligada omisión femenina permitía a los varones desplegar sus interjecciones, chistes y complicidades sin restricciones. La noche se construía y validaba y quedaba marcada por la presencia del cuerpo masculino. La clase media/alta reproducía el conservador modelo burgués de familia: La casa, el mundo interior, para las mujeres, el espacio público, mundo exterior, para los varones. Si había mujeres —muy pocas—, estaban siempre acompañadas. Las que transgredían la centenaria norma y se animaban a arrimarse solitarias, eran mal vistas y calificadas peyorativamente. Su presencia

en la calle, se castigaba con el denigrante mote de la ruta por donde osaban transitar: "mujeres de la calle, mujeres públicas", es decir de todos y de nadie.

Durante el Carnaval, fiesta de inversiones simbólicas por antonomasia, El Prado adquiría un ritmo febril. Durante el siglo XIX y hasta mediados del XX, la plaza fue el escenario para la expresión juvenil Carnavalera. La fiesta se iniciaba remataba en el centenario club social, fundado en 1890, y ubicada justo en una de sus veredas. Rutina que arrancaba desde las postrimerías de la centuria pasada. Recién a inicios del decenio de 1950 la entrada de Carnaval, despojada de los ribetes señoriales del "Corso de la Flores", se trasladó al paseo. "El Prado era el centro del juego con agua" (*Cucho*, arquitecto, 56 años). En el día las comparsas y fraternidades, compuesta en su mayoría por jóvenes de clase media / alta bailaban sin tregua; en la noche se bebía en exceso en los bares circundantes.

Es evidente que, con los años, El Prado se ha deteriorado como zona residencial y de uso juvenil. Muestra claras tendencias a convertirse gradualmente en una zona comercial y de comidas; de hecho esta última actividad ya es intensa en sus primeras cuadras, alternadas por una buena oferta de restaurantes con un menú capaz de satisfacer los gustos más variados. Aglomerado de tránsito vehicular difícil y ruidoso, no llama la atención a mentes que pretenden ser modernas, atentas al mundo glamoroso que se ve en la TV o que prometen las canciones bajadas del Internet.

Los jóvenes de ambos sexos lo consideraran "insípido", "no está a la moda", "poco atractivo" y "de música pasada"[136]. Además, hay doble motivo para evadirlo porque, por una parte, no concuerda con los patrones y la estética del consumo cultural juvenil; por otra, porque al ser poco seguro, es parte de la geografía del miedo. En las encuestas realizadas en las universidades, un 57,3% marcó para El Prado la opción "bastante" o "totalmente" peligroso y le dieron una media de 3,65 en la escala de Linker de 1 a 5, donde 5 es el peligro extremo o absoluto. Entre los estudiantes de cuarto medio, el porcentaje

[136] Grupo focal: seis mujeres de entre 18 y 24 años, dos colegiales y cuatro universitarias. 21 de diciembre de 2007.

es similar: el 58,9% lo considera entre "bastante" y "totalmente" peligroso y en conjunto le otorgan una ponderación media de 3,71 en el mismo rango, superando el 3, que corresponde a "medianamente", pero si alcanzar el 4, que es "bastante".

La fisonomía de las dos primeras cuadras del El Prado conserva rastros, como mudos testigos, de la década pasada, pero la función del conjunto ha cambiado radicalmente. El dar vueltas de los jóvenes los domingos desapareció en los años ochenta del siglo pasado, en gran parte porque se construyeron otros espacios alternativos para el encuentro intergenérico. La coeducación en los colegios, el crecimiento de la matrícula femenina en la universidad y la mayor libertad de las mujeres para recibir novios y amigos en sus residencias, así como para salir de ellas y moverse por la trama urbana, incluso durante la noche, hicieron innecesario un lugar y un tiempo expresamente fijado para reunirse, y menos al aire libre, expuestos a todas las miradas.

Las dos grandes confiterías —Dumbo y Globos— con que se inicia la avenida marcan con su impronta la nueva utilización de la zona: un lugar inocuo preferentemente para comer solo, en familia o en pequeños grupos. Los lapsos de descanso que conceden a sus empleados y empleadas las instituciones cercanas permiten que se colmen de apresurados oficinistas. La mayor presencia en un día de semana se compone de personas de ambos sexos que fluctúan entre los 30 y 40 años. La música es suave, cantantes latinos en general, aunque no faltan piezas melódicas en inglés e incluso reminiscencias "setentistas" con Los Iracundos. En el espacio se observan jóvenes turistas, nostálgicos de los años setenta y ocasionales "motokeros" o políticos en vías de retirarse, jubilados y jubiladas.

Escasos jóvenes se arriman a los restaurantes para el almuerzo y la cena, concurren sobre todo al café Brasilia o al Buenos Aires, aunque en menor proporción. Se sienten en minoría; no es su territorio; no prevalecen sus marcas estéticas o musicales. Generalmente llegan al atardecer en parejas, buscado cierta intimidad. Hay pocos grupos. La mayor parte prefiere "pasar y no detenerse" (Alexia, bachiller, 18 años).

En la noche cambia poco el uso alimentario que predomina en el día, aunque en los bares todavía resuenan los dados al chocar contra el cubilete; son ecos aislados de un otro tiempo que va apagándose. Quienes en la noche de semana y los viernes —renovando el rito del solterío cochabambino— juegan y liban con cerveza pertenecen en una alta proporción a sectores populares o medios bajos. Son universitarios de la UMSS o de universidades no de élite, empleados, pequeños comerciantes o trabajadores por cuenta propia que han conquistado y consolidado un espacio antes socialmente vedado. Una buena proporción son varones, pero no faltan mujeres. Ellas también han invadido nuevos territorios, tomando para sí el antiguo enclave masculino, con lo que la tradicional presencia masculina se debilita.

La actual generación juvenil de clase media / alta no incorpora El Prado como parte preferente de su mapa mental territorial, ni de su consumo lúdico. No lo usa ni lo habita, sólo transita brevemente o se detiene por escasos momentos en los locales de consumo. Preguntamos a un grupo de universitarios de entre 22 y 23 años si habían jugar cacho alguna vez en El Prado. "Nunca" es la respuesta unánime[137]. Sólo excepcionalmente llegan hasta las dos primeras cuadras, sin la misma frecuencia que lo hacían sus progenitores. Van de paso, a comprar un helado o tomar un café. Un puñado, casi como una rareza que no confirma la regla, afirma que pasea por sus calles y avenida y las explora[138].

El Prado se cierra al norte, próximo al río Rocha, con otros dos locales de comida que remachan su nueva función de espacio para la alimentación: Burger King y la salteñería Los Castores. Aunque en ambas se nota mayor presencia de jóvenes de clase media / alta, comparten el espacio con otros sectores sociales y otros grupos generacionales: niños y adultos. El par de cuadras entre el margen del río Rocha y la calle Chuquisaca no es un espacio propiamente juvenil. En un fugaz momento, hace un quinquenio, MacDonald,

---

137 Grupo focal: cinco varones universitarios, 12 de marzo de 2008.

138 Grupos de "cincuentones" hombres y mujeres son los que conservar esa nostalgia. Durante el trágico 11 de enero se oyeron voces que provenían de sus filas llamando a "recuperar nuestro Prado".

con su constelación globalizada y modernizante, atrajo al segmento juvenil de clase media/alta. Lo coparon y lo usaron transitoriamente como lugar de socialización. Su clausura y su conversión en la menos emblemática Burger King hizo que aquellos se desplazaran hacia otros ámbitos.

Se ha producido una ocupación de otros espacios físicos, transformándolos en sus territorios, y un desplazamiento en los horarios para la sociabilidad, como analizaremos más adelante.

Los nuevos espacios juveniles

La crisis o declinación del uso de los anteriores espacios urbanos antes analizada ha dado lugar a la emergencia de otros de carácter alterativo. En este tiempo de crisis, jóvenes de ambos sexos buscan protegerse de la inseguridad y de separarse de una masa de "diferentes" que perciben como adversarios. Se trata de organizar su propio territorio que les permita la convivencia solamente con aquellos considerados sus iguales. Son espacios lúdicos, de vivienda y de consumo cerrados. En la constitución de las nuevas territorialidades e identidades juveniles, en la que se va marcando y protegiendo una nueva especialidad urbana, influyen también las nuevas sensibilidades que trae la modernidad, así como el conjunto de sus dispositivos comunicacionales que permiten nuevos contactos y subjetividades a distancia. Estos hallan en la actual situación política y en la pérdida de poder de la clase media/alta un detonante para expresarse, como veremos a continuación.

La emergencia de la comunidad virtual y el declive del barrio

Una comunidad se define por dos rasgos: suelo y atmósfera simbólico-vital: tradición, historia, lenguajes, valores, normas, etc. (Fernández, 2000: 149-151). Una generación atrás, casi toda la juventud de Cochabamba pertenecía a uno u otro barrio. Se era de un lugar determinado: Cala Cala, la Colón, El Prado, la Barba de Padilla, San Pedro o la Reza. Las fronteras de cada grupo, al igual que las delimitaciones tribales, marcaban territorios y líneas demarcatorias imaginarias. Estas coincidían con la ocupación hogareña del espacio y nunca se prolongaban por más de cinco o seis cuadras del centro

nodal del grupo, generalmente una plaza, una esquina o un local, del cual partían como radios las calles que formaban y forjaban el espacio grupal y proporcionaban identidad. La pertenencia al barrio definía la identidad y el núcleo de amigos. Dentro de sus límites se podía practicar con seguridad el proceso de interacción social. En sus estrechos límites se conocía a todos y se era conocido por el conjunto de la vecindad, lo que reforzaba la cohesión y servía de salvaguarda frente a la posible ingerencia de extraños. Se conformaba una argamasa de emociones, símbolos, normas de conducta y valores que unían al conjunto y dotaban de lealtad a sus integrantes. Incluso se contaba con ritos de pasaje para la admisión de nuevos miembros.

Como en las antiguas nociones de patria —el lugar donde se ha nacido—, la pertenencia al espacio barrial la otorgaba la residencia del hogar familiar; barrio-territorio y vecinos / amigos eran prácticamente lo mismo. Salvo para asistir a la universidad o al cine en el centro de la urbe, el joven del barrio apenas se movía de un entorno limitado a unas pocas cuadras de su hogar. Casi la totalidad carecía de automóvil propio y se movilizaba a pie o, si era afortunado, en una bicicleta o motoneta.

Cada barrio tenía historias, recuerdos y anécdotas. Allí se jugaba y se socializaba, sintiéndose bajo protección. "Había seguridad, no había ningún problema, era algo así como nuestro espacio, éramos como sus dueños. Había mucho sentido de pertenencia" (Patricia, pintora, 53 años). El conjunto juvenil del barrio o *tojpa* (grupo, en quechua), no estaba libre de conflictos, ni los anulaba, pero la proximidad física contribuía a conjurarlos y a solidificar el tejido urbano. El barrio no era una entidad socialmente cerrada y segmentada; admitía a integrantes de distintos grupos sociales, a condición de que vivieran allí, como expresión de una Cochabamba heterogénea donde coexistían, en una misma calle o plazuela, familias de distintos ingresos y estatus social.

Dentro aquella espacialidad acotada, las calles y plazas constituían nudos centrales de la sociabilidad juvenil de clase media / alta, principalmente masculina, aunque existían contadas colectividades mixtas. El barrio se escribía en clave masculina, las mujeres raramente tenían acceso a los espacios públicos controlados por la juventud barrial o

lo hacían de manera diferenciada en tiempo y espacio. La actividad de los varones estaba cargada de violencia simbólica y real. Las disputas territoriales con jóvenes de barrios aledaños, los juegos de fútbol, "chorromorro" (saltar sobre un grupo agachado) o ir a beber requerían de fuerza, y de un acceso a la calle y un manejo del tiempo y el espacio que implicaban una libertad que les estaba negada a las mujeres. Además, éstas disponían de menos tiempo libre que los varones porque debían colaborar en las tareas domésticas de su hogar, trabajo del cual estaban secularmente excluidos los varones.

Actualmente el barrio, en tanto espacio de agrupación y sociabilidad juvenil, ha desaparecido, y con él la experiencia de la convivencia humana y sus vínculos afectivos, reemplazados por un asilamiento apenas mal reemplazado por la televisión o la prensa escrita. No se vive en la ciudad, se la lee o se la ve desde la cómoda y segura instalación del living o el dormitorio, como señala Martín-Barbero.

La mayor parte de los entrevistados y entrevistadas así lo confirman. Muchos no conocen a sus vecinos, y menos interactúan con ellos, incluso si son de la misma edad. Es una vida de anonimato y conformación de individuos sin referencias espaciales afectivas.

Se oyen estas voces:

– No sé quienes son mis vecinos.
– De vez en cuando juego fútbol con ellos, pero nada más.
– Vivo en un edificio, saludo a los que veo, pero no sé cómo se llaman.
– En mi urbanización jugábamos de niños, pero ahora cada uno anda por su lado.

La comunidad ya no depende de un lugar fijo o de un espacio cargado de memoria. Jóvenes de ambos sexos se relacionan con sus pares a la distancia. El grupo de referencia de los jóvenes bajo estudio carece generalmente de nexos barriales. Un puñado reconoce que se interrelaciona con sus vecinos y vecinas, pero un gran porcentaje no sabe quién vive en el piso de arriba o en la casa junto a la suya. El grupo de "panas" y amistades se origina y recluta generalmente en

el colegio, la universidad o en el núcleo familiar; es decir, no brota de una adscripción territorial definida sino que puede estar dispersa en toda la trama urbana cochabambina.

Las nuevas tecnologías y el automóvil operan como dispositivos que acercan en la lejanía geográfica a una comunidad sin proximidad. El tiempo lineal de la modernidad, en la que vivió la generación precedente, se triza frente a los múltiples y simultáneos tiempos que admiten los NTCI.

– De mis mejores amigas, una vive en la urbanización Bella Vista y la otra en Tiquipaya, justo al otro lado. Yo vivo cerca de la plazuela de La Recoleta. Chateamos varias veces al día. (Geomara, universitaria, 24 años.)

– Mis amigos y amigas viven en lugares distantes, si no tuviera auto o pudiera llamarlas por celular o chatear, no me comunicaría casi nunca. (Marco, universitario, 20 años.)

El 97% de los encuestados y encuestadas afirma que disponen de acceso a Internet en su casa, el 100% cuenta con celular y un porcentaje cercano al 50%, de automóvil, lo que ha permitido una comunicación que rompe las barreras del espacio físico, y ha creado una comunidad virtual *desterritorializada*.

Tiempo, espacio y fronteras simulan no existir o ser irrelevantes, las mismas coordenadas físicas y mentales que acerrojaban la vida de las generaciones precedentes y las limitaban a la estrechez (y seguridad) de las pocas cuadras de su barrio.

> El ciberespacio promueve un achicamiento del espacio-público-real pues está íntimamente relacionado la (re)producción del individualismo y de las formas de soledad en las sociedades contemporáneas. Las persona puede sufrir una sociabilidad virtual desde sus hogares protegidos de lo imprevisible y de los maleficios que pueden alcanzar los que transitan los espacios-públicos-reales, tendencialmente inseguros y deteriorados. Al final, una de las "ventajas" del espacio-público virtual es que él puede ser narcisamente construido y controlado. En la peor de las hipótesis, un cracker podrá invadir la máquina y podrá producir algún daño. A pesar de esto, el cuerpo de uno se encuentra seguro de este lado de la pantalla. (Winocur, s.f.).

El celular confirma la nueva especialidad flexible, que se acorta y ensancha, como una verdadera *Telepolis*. Sirve para conectarse sólo con conocidos, mientras que el Internet es más abierto a extraños y otros, pero aun así es básicamente seguro al no exponer al comunicador al contacto:

– Llamo a mis hijos a su celular cuando salen. Si no los hallo, entro en pánico. (Rebeca, 54 años.)

– El celular es una salvación. Si mi hija tarda me llama o la llamo y puedo controlar donde está. (Sergio, médico, 50 años.)

Estas frecuentes precauciones sólo confirman las afirmaciones de una analista del impacto social de la telefonía móvil:

> En estas condiciones de desasosiego provocadas por los otros, el celular constituye un bálsamo tranquilizador que nos permite amarrar a los nuestros en tribus de pertenencia constituidas en redes (Winocur, *op. cit*).

La posesión juvenil de un automóvil propio, "la porción de territorio más segura que se tiene", ha contribuido también a consolidar una "atmósfera la inmediatez y transitoriedad y grupos, pensamientos, identidades y verdades" (Lindón, *op. cit*.: 167).

Las NTCI y el carro propio modifican las percepciones de tiempo y espacio. Utilizando sus propios códigos lingüísticos, la juventud puede participar de un espacio imaginario sin necesidad de la proximidad física, como en el pasado.

Siguiendo con las implicaciones de la pregunta planteada, uno de los elementos esenciales de la función socializadora de la tecnología móvil es su capacidad permanente y ubicua de conectividad. Esta virtud permite a los usuarios de los móviles estar en contacto a cualquier hora y en cualquier lugar mediante una modalidad familiar de comunicación. En este sentido, la comunicación móvil, según Ito y Okabe (2003, citados por Castells) "no es tanto una nueva posibilidad tecnológica o libertad de movimiento, sino más bien una confortable e íntima correa tecnosocial, un dispositivo personal y comunicativo que se erige como una presencia constante, ligera de peso y mundana de la vida cotidiana". En cierta forma, se puede sugerir que los

usuarios de celulares, sobre todo los jóvenes, forman comunidades íntimas de características virtuales, con una interrelación fluida que tiene la misma efectividad y afectividad de un contacto cara a cara, que tiende a sustituir el calor del hogar por el calor de la comunidad de usuarios de móviles, que interactúan a tiempo completo como una suerte de gran familia, sin necesidad del contacto de los cuerpos, ni la opresión que imponen las reglas del comportamiento de la vida en familia y de la vida en comunidad[139].

Sin embargo, no sólo se afecta algunas estructuras del mundo académico, empresarial y de la administración, sino que otros objetos que derivan del mismo proceso de innovaciones tecnológicas invaden la vida cotidiana —nuevas oleadas de modelos de televisores con mayores grados de resolución, reproductores de música compacta (MP3) y más adelante, similares que incorporan formatos de video (MP4), creciente versatilidad del software y el hardware de las computadoras (impresoras cada vez más sofisticadas, scanner, dispositivos de acumulación de información portátiles de creciente capacidad, grabadoras de CD y DVD, juegos, música, imágenes, video, etc.) a lo que se suma la introducción del Internet— las convierte en un objeto imprescindible para vivir al día en el vertiginoso mundo global, disponiendo en tiempo real de enormes masas de información científica en todos los campos imaginables, noticias, redes de contactos con usuarios de todo el planeta, posibilidad de hacer transacciones monetarias diversas, acceder a ofertas laborales, reemplazar el viejo sistema de correo normal por el correo electrónico, etc. Esta masa de innovaciones modifica sin duda los ritmos y rituales de la vida diaria y de las relaciones familiares, pero también las percepciones que se tienen de la ciudad y los espacios urbanos.

Pero, la innovación de mayor impacto en la transformación de los hábitos de la vida urbana se relaciona con el acelerado desarrollo de la comunicación inalámbrica a través de la telefonía celular, que en pocos años pasa de ser un artículo de lujo a un objeto imprescindible

---

[139] Lo que aquí se sugiere son pautas basadas en observaciones no exhaustivas ni sistemáticas de la realidad de la vida familiar y de la vida comunitaria. Sin embargo, esta línea de reflexión podría dar cabida a procesos de investigación más sistemáticos desde el campo antropológico y sociológico.

de la vida diaria, gracias a que su costo está al alcance de gruesos sectores de la población. ¿Qué impactos produce esta nueva tecnología de la comunicación sobre la comunidad y la ciudad?

Según R. Ling (citado por Castells, 2007), uno de los cambios más sensibles en la esfera de la vida cotidiana es la posibilidad de "la micro-coordinación", es decir: "la gestión matizada (fina) de las interacciones sociales. Puede observarse en la redirección de viajes ya iniciados, puede observarse en el acuerdo itinerante sobre dónde y cuándo se encuentran los amigos, y puede observarse, por ejemplo, en la capacidad de llamar avisando que llegamos tarde a una cita". A través de una llamada de voz o un SMS (Short Message Service), se puede realizar ajustes y cambios en las actividades de los miembros de la familia que deben salir del hogar por motivos laborales o escolares, o que se desplazan para ir de compras, recoger a los niños de la escuela o acompañarlos en coche a cualquiera de las actividades extraescolares. Disponer de un teléfono móvil permite mayores niveles de eficiencia en las actividades cotidianas, gracias a su función de microcoordinación a través del contacto continuo con miembros de la familia u otras personas allegadas. Sin embargo, el celular no sólo es un objeto lúdico o una alternativa para contactos intrascendentes, sino una herramienta de trabajo que permite eficiencia en la actividad diaria laboral o familiar; también se convierte en un objeto de deseo, facilitador de relaciones pasionales, de expresiones emotivas, de banalidades y pasatiempos que tienden a aislar a las personas de su entorno familiar y social.

Otro aspecto importante a destacar es el hecho de que estas nuevas tecnologías de la información y la comunicación (PC, celular, MP3, etc.) se convierten en instrumentos que modifican las relaciones familiares y abren paso a la crisis de la familia patriarcal, inducen a la desaparición de formas tradicionales de autoridad paterna y materna, y a la más temprana emancipación psicológica y social de la juventud. Cada portador de NTIC es un sujeto con creciente autonomía, con tendencia a sustituir las relaciones con su entorno social inmediato por *relaciones virtuales* con sujetos distantes, con quienes se suele establecer un relacionamiento más íntimo que con la propia familia. Se debilita la imagen del padre o de la madre portadores de todos los conocimientos necesarios para enfrentar el

devenir de la vida diaria, pues surgen otras opciones y posibilidades: las relaciones por celular y por Internet pueden ser más gratificantes y menos sujetas al control y la autoridad de los padres. En fin, la familia patriarcal de otros tiempos no es la misma en estos tiempos de globalización, de crisis institucional e inseguridad.

Lo significativo, a partir de estas reflexiones para redondear la pregunta planteada, es aproximarnos a una constatación: la transformación de la vida familiar y de la vida en comunidad han modificado los hábitos de consumo del espacio urbano e incluso se han convertido en factores de declinación de los espacios públicos. En concreto, se puede vislumbrar dos grandes conjuntos de factores que van transformado los usos de la ciudad desde dos perspectivas complementarias: por una parte, las innovaciones tecnológicas en el ámbito de la información y la comunicación han construido imaginarios vinculados a los valores culturales del mundo global que no son equitativamente accesibles; por otra, las antiguas formas de cohesión familiar y comunitaria tienden a debilitarse y ser sustituidas, sobre todo las últimas, por nuevas formas de cohesión que implican nuevas formas de apropiación territorial e identidad urbana.

Respecto a los primeros, se puede afirmar que la irrupción de las nuevas tecnologías mencionadas en la esfera de la vida familiar y barrial en Cochabamba ha fragmentado las antiguas formas de relacionamiento social. En los años ochenta y anteriores, el elemento identitario de los jóvenes y vecinos era el grupo del barrio aglutinado en torno a la plazuela, a la tienda o proveedora de la vecindad, el campo deportivo próximo y el variado calendario de hechos celebratorios (cumpleaños, matrimonios, bautizos, etc.) en que se reafirmaba el sentido solidario de la comunidad barrial. La fragmentación que ha sufrido este tejido social a través de las NTIC que llegan del mundo global ha tenido lugar a partir del desarrollo de opciones diferentes de interacción social: los jóvenes ya no construyen comunidades o grupos de amigos en base a un territorio, es decir la vecindad de su barrio, sino en base a los lazos que se establecen sustancialmente en la escuela y el colegio. Tales vínculos son posibles a través de la comunicación móvil, por tanto, la condición de vecindad y proximidad ya no es sustancial para construir grupos de amigos. Es más, con ellos se puede charlar y compartir experiencias en cualquier momento sin

atender el viejo ritual de observar una hora de visitas y juegos, otra de tareas, etc.

Ahora el grupo de amigos está disperso en el extenso ámbito urbano, pues el concepto *de espacio para estar juntos* se ha banalizado debido a la posibilidad de planificar la vida del grupo a distancia. Lo mismo ocurre con el vecindario de adultos; ahora el referente que los cohesiona es la fuente de trabajo, el lugar donde todos ellos comparten cotidianamente la jornada laboral. Hoy es posible extender esta camaradería más allá de la oficina, la fábrica o el local comercial; las "cuerdas de amigos" se organizan a distancia para compartir el viernes de soltero, la actividad deportiva y otros eventos en que ellos y ellas, viviendo en zonas distantes, comparten la proximidad que les proporciona el celular y el *chat*. La gran víctima de estas innovaciones de la vida social es el barrio y la comunidad del barrio, que se han debilitado y casi desaparecido en determinadas zonas de la ciudad[140].

Respecto a los segundos, se puede considerar que los impactos del mundo de fantasía que oferta el mercado de la economía global alcanzaron, gracias a las NTIC, a todos los niveles de la sociedad cochabambina. Dicha economía, como sugerimos, hace reposar su viabilidad en la planificación y desencadenamiento de deseos de consumo imperiosos, al extremo de convertirse en obsesiones y necesidades que no se vinculan con hechos vitales de la vida de los ciudadanos y las ciudadanas. Los medios de comunicación de masas *bombardean* cotidianamente con mensajes ideológicos que ayudan a idealizar un mundo fantasioso que se puede alcanzar si se obtiene el último modelo de cualquier cosa. La naturaleza perversa del sistema, sin embargo, no pone al alcance de todos la satisfacción de estos deseos obsesivos. Los denominados "ricos globales", es decir los agentes económicos que logran acceder a excedentes económicos importantes

140 En las zonas residenciales de ingresos altos y medios, el sentido de barrio y de comunidad de barrio se va perdiendo en razón de la acción de los factores anotados. En los barrios populares y en la periferia, estos lazos se mantienen merced a la existencia de OTB que permanecen activas en función de mejorar las condiciones urbanas de estos recintos; no obstante, las formas espontáneas de vida comunitaria se van debilitando.

a través de su participación en ciertos rubros que demanda la economía global, o las exitosas clases medias que operan articuladas a los primeros, están en mejores condiciones de construir los valores culturales de la globalización desde la realidad local, e incluso de sentirse ciudadanos globales sin salir del recinto de los barrios exclusivos que logran edificar. Es más, no requieren *mezclarse* con otros para satisfacer sus necesidades de consumo ni enturbiar su vista con escenas impertinentes que recrean los movimientos sociales.

Su vida transcurre apacible dentro de la burbuja urbana —la casa *bunker* o, en su caso, la urbanización cerrada— que han construido, que al mismo tiempo que los protege, los separa en forma efectiva de aquel espacio urbano que no pertenece a su condición y a sus valores. En el otro extremo se sitúa una masa amplia de clases medias menos afortunadas y estratos de menores recursos, que, en diverso grado, apenas deben contentarse con soñar el mundo que unos pocos afortunados pueden materializar, es decir, deben contentarse con acceder a fragmentos de la fantasía global bajo la forma de conexiones precarias a la Internet, acceso a modelos antiguos de celulares, MP3, ropas consideras de moda pero de procedencia "chuta", etc.

La consecuencia inmediata de esta forma desigual de acceder al mundo del consumo global crea sentimientos de insatisfacción que gradualmente conducen a una situación de segmentación social. Su secuela se traduce en la desintegración urbana que conduce a otra consecuencia no menos significativa: el imperio de la desconfianza y el miedo que, como señalamos a lo largo de estas páginas, se expresa bajo la forma de inseguridad ciudadana.

A continuación observemos cuáles son los cambios que introduce la globalización sobre la estructura urbana, ya sea a través de las tecnologías que revolucionan el acceso a la información y a la comunicación o a través de los efectos que se vinculan con los procesos de reestructuración estatal iniciados a mediados de los ochenta del siglo XX. En estos casos no solamente es el miedo a sufrir violencia el que organiza la utilización de los nuevos territorios, sino que se busca la distinción social, que se transforma en racismo, que tiene como correlato la homogeneidad social y la exclusión de otros.

La universidad privada y el capital cultural

La reproducción educativa de una clase es una condición para su supervivencia. Hasta los años sesenta e incluso setenta del siglo pasado, para la reducida clase media/alta, el colegio particular constituía la mejor opción en términos de calidad y de resguardo de un capital cultural. El salto a la universidad pública, que lo daban mayoritariamente los varones —en el caso de las mujeres era muy escaso—, no significaba un gran cambio en aquellos patrones sociales. La UMSS era una entidad con un alumnado preferentemente de clase media/alta. Aunque no se dispone de registros estadísticos para verificarla, el porcentaje de su presencia da por sentada esta condición en todos los testimonios recabados[141]. En otros términos, pese a su rotulo de pública, la UMSS completaba el círculo de la educación privada primaria y secundaria.

La educación superior pública y gratuita ha sido histórica y tradicionalmente un espacio de ascenso social, y de ahí la disputa de grupos sociales excluidos de su disfrute a ingresar en sus aulas. A fines de los años sesenta, tras una movilización de bachilleres en 1966 y la presión de la izquierda universitaria, se declaró el ingreso libre en la UMSS, y lentamente comenzó a modificarse el panorama social universitario con el ingreso, aunque minoritario, de graduados de colegios fiscales.

La dictadura militar de Hugo Banzer (1971-1977) decretó un régimen de selección estudiantil mediante pruebas de ingreso, aunque no anuló, por la resistencia social y estudiantil, la gratuidad de la enseñanza universitaria. En esos mismos años comenzó a notarse la presencia de estudiantes mujeres en las aulas de la UMSS, en su gran mayoría procedentes de la clase media/alta. Mejor habilitadas en conocimientos que sus homólogas de las escuelas fiscales, pudieron sortear la barrera de ingreso mejor que ellas.

En 1970 sólo el 21% de la matrícula era femenina. La estructura social y de género empezó a cambiar cuando se recuperó la autonomía

141 Los dos autores y la autora fueron estudiantes y docentes en los años setenta y ochenta del siglo pasado.

universitaria en 1982 y se introdujo el ingreso libre. Para entonces la ampliación del sistema escolar estaba también dando sus frutos y el número de bachilleres de ambos sexos que demandaba ingreso a las casas superiores de estudio, creían en Cochabamba y todo el país. La UMSS había mantenido en los años sesenta u setenta del siglo pasado un alumnado de proporciones modestas, situándose en unos 2.500 estudiantes en 1966 estudiantes, los que pasaron a 11.834 en 1982.

Hasta esos mismos años ochenta, la UMSS era una suerte de laboratorio social y político donde la clase media estudiantil de izquierda incubaba proyectos de reforma de la sociedad; pero también operaba como un espacio público donde confluían distintos sectores sociales. La variopinta configuración estudiantil se completaba con la creciente presencia de mujeres en las aulas. Aunque no era un retrato precisamente fiel ni exacto en términos estadísticos, representaba bastante bien la estructura social urbana, pues los sectores campesinos aún no habían llegado hasta la universidad.

Era frecuente contar con compañeros de curso procedentes de familias de comerciantes, empleados públicos o "cuentapropistas" graduados de los colegios fiscales, con lo cuales se entablaba una relación empapada por la fraternidad de la izquierda. Los quiebres sociales o genéricos no se anulaban, pero los diferentes se encontraban, se veían y se reconocían. En otros términos, un muchacho del rancio y clerical La Salle podía coincidir en la misma aula con un bachiller del Bolívar o el Sucre; o una muchacha del refinado Irlandés con una joven del fiscal Elena Arze de Arze. La mezcla, sin embargo, presentaba distintas tonalidades por carrera y no eludía la segmentación social. Acudir a la misma aula no implicaba necesariamente compartir. Medicina era aristocrática y la segmentación social, visible. En Ciencias Económicas y Contaduría Pública "Había de todo. Clase media baja y sectores populares urbanos. La clase media/alta no era la mayoría". La Facultad de Arquitectura "era una unidad académica de clase media y alta. Se observaba con claridad una suerte de estratificación en los cursos: los alumnos de colegios católicos y privados se agrupaban en círculos cerrados y excluían a los de sectores populares"[142].

[142] Recuerdos de los dos autores y la autora.

Se producía, indudablemente, un tipo de comunicación social gracias a la diversidad del paisaje humano.

Como afirma Richard Sennet (2002):

> Hay un tipo de comunicación política cuando gentes de clases baja y media se encuentran juntos y cercanos y no apartados unos de otros. Hay un tipo de comunicación en el ser capaz de ver mucha gente distinta por sobre el ver sólo unos pocos. Hay un tipo de comunicación en lugares donde uno ve extraños más que caras familiares.

La juventud con esa orientación izquierdista creó un circuito alterno al espacio público de sus pares que no militaban en la causa o abrazaba causas conservadoras y de derecha. Estos últimos, aunque eran los menos, contaban con sus propios espacios. Para el mayoritario resto, las chicherías, refugio tradicional del disidente, o los bares de El Prado fungían como lugares de encuentro para ejercer el ocio o la conspiración. Las peñas nocturnas, con sendas canciones de protesta, cuando las universidades no estaban intervenidas por las dictaduras militares (1973-1977 y 1980-1982), eran también parte de la bohemia universitaria. En ambos espacios lúdicos se practicaba también la alteridad. El ingreso no estaba vedado a nadie y los grupos eran muchas veces socialmente veces mixtos.

Las transformaciones sociales y educativas que inició la Revolución Nacional de 1952 comenzaron a expresarse en el plano universitario casi cuatro décadas más tarde. La ampliación de la cobertura escolar dio sus frutos y el número de bachilleres se multiplicó. De modo que el ritmo de crecimiento de la matrícula estudiantil superior continuó en la UMSS, alcanzando a 22.450 estudiantes en 1992. La masificación de la universidad pública trajo aparejada un cambio definitivo en el origen social de sus estudiantes, pese a que se restableció el examen de ingreso.

La trayectoria de Mónica (pedagoga, 44 años) es aleccionadora al respecto. En 1982, al salir bachiller, y tras vencer el examen de ingreso, se inscribió en Medicina, donde tenía como compañeros a vástagos de "las mejores familias de Cochabamba". En 1992, cuando intentó estudiar Administración de Empresas, sólo un puñado de sus compañeros

pertenecía a su mismo sector social de clase media. Un quinquenio después cuando cursó y finalizó su carrera de Pedagogía, era casi la única, como un solitario lunar, en medio de una masa de mujeres graduadas en colegios fiscales de la ciudad y las provincias.

La composición de la matrícula de la universidad pública que se muestra en el cuadro siguiente valida el anterior relato, y muestra, en efecto, la predominancia de bachilleres de colegios fiscales sobre los privados en la matrícula estudiantil en la UMSS.

Año	Fiscal (%)	Privado (%)
1997	58,9	41,1
2002	60,7	39,3

Fuente: UMSS.

Para precisar mejor el fenómeno, no puede obviarse que tras el denominativo de privado se esconde una variopinta gama de establecimientos a los que no asisten los jóvenes de clase media / alta en estudio. Socialmente hablando, la etiqueta de privado no significa lo mismo que un cuarto de siglo atrás. Aunque no hay datos estadísticos, hay consenso en que los bachilleres del sector público provienen en rigor de establecimientos ubicados en la periferia de la ciudad, en la zona sur y en la conurbación Sacaba-Cochabamba-Quillacollo. Se trata de estudiantes procedentes sectores medios no vinculados a los sectores tradicionales y compuestos por comerciantes, profesionales, cuentapropistas e incluso porciones del mundo "popular", lo que es signo de una democratización social en la enseñanza.

Desde fines de los años ochenta del siglo XIX, la educación superior en Bolivia experimentó una trasformación que puso en vilo el monopolio de la universidad pública. Emergieron las instituciones privadas, las que, al no ser gratuitas, reclutaron su clientela principalmente entre el sector de clase media / alta. La matrícula de las instituciones privadas creció vertiginosamente, de menos de 2.000 estudiantes en 1992 a 14.605 en 2006. Aquí, sin embargo, cabe la misma precaución que cuando hablamos de colegios privados. En el último quinquenio la composición social del estudiantado se ha modificado y diversificado frente a la que prevalecía al inicio de las operaciones del sector privado. Las estrategias de mercado y la competencia han obligado a estas instituciones a bajar el costo de la

colegiatura, en algunos casos a menos de la tercera parte del costo entonces vigente. El resultado fue la concurrencia de sectores de clase media/baja a sus aulas.

Pocas universidades han conservado su carácter elitista, con barreras impuestas por el alto costo de los estudios. La UPB, la institución particular más cara del departamento, es el prototipo de estas instituciones. La mayor parte de sus estudiantes proviene de los colegios considerados de “alcurnia”, establecidos en la zona norte. Otra opción de estos mismos bachilleres es la UCB, principalmente en las carreras ligadas al área de los negocios. Estos estudiantes también tienen presencia en otras universidades particulares y en la UMSS, aunque en un porcentaje mínimo.

El espacio público-universitario se ha segmentado, y en estas universidades y carreras, universitarios y universitarias procedentes de colegios particulares tienen escasas oportunidades de relacionarse con estudiantes de otro origen social. La juventud de clase media ya no compite por puestos en la UMSS; se recluye en sus propios espacios educativos, más modernos, más seguros (todos cuentan con guardias privados). De esta manera se ha completado la separación iniciada en el ciclo escolar, que continúa con la ocupación también diferenciadas de territorios para el ocio y la convivialidad.

¿Por qué los padres y madres, que son los que en última instancia deciden a qué universidad asisten sus hijos e hijas, prefieren las privadas? En su representación, la UMSS es equivalente a la zona sur: caótica y conflictiva. No garantiza calidad y no provee del capital cultural y simbólico para un mundo globalizado que exige prestigio social. La imagen que la universidad privada vende se asocia al orden, la calidad y los valores de competencia e individualismo. Comprarlos es —nuevamente— una manera de distinguirse del resto y de conservar un territorio propio.

La nueva pantalla de la sociabilidad: el cine Center

Los nuevos territorios juveniles comprenden además centros de consumo en los que pueden engarzarse con una cultura mundial, global. Hacia el mismo tope de la zona norte se halla la plaza de

las Banderas, instalada en una rotonda al final de El Prado. Es un lugar de paso de automóviles. Casi nadie a transita a pie por ella, y menos en las noches, por su proximidad al puente de Caca Cala, tierra de nadie. Esta plaza guarda una fuerte alegoría, pues funge simbólicamente como puerta de entrada al castillo de la zona norte residencial. Es, si se quiere, la pareja del cine Center, situado más al Este y al borde del nuevo centro comercial y lúdico de La Recoleta. Varias veces manos anónimas han destruido el monumento —una cruz andina— que recuerda al campesino Tica Collque, caído el 11 de enero. Clavada en territorio ajeno desafía su identidad de clase media y alta blanca o mestiza.

Detrás de la plaza de banderas ondeantes corre el río Rocha, casi siempre sin agua; más que un torrente cristalino, una profunda zanja impregnada de desechos, divide la ciudad en dos física y simbólicamente. Hasta hace cuatro o cinco décadas cumplía el mismo papel de línea divisoria arcifinia entre el campo y la ciudad. Los citadinos, hacia la Plaza de Armas; los "calacaleños", con fama de rústicos y pendencieros, hacia la campiña. Las disputas por territorios que a veces se saldaban con un cruce de puñetes, eran transitorias, asociadas generalmente a los ciclos festivos. En Carnaval la beligerancia aumentaba. El resto del tiempo amainaba y los espacios volvían a ser fluidos y sin restricciones. Hoy la frontera divide y segmenta permanentemente. Entre un sur popular que crece y un norte elitista que se acurruca y repliega sobre sí mismo, hay escasa o ninguna comunicación, incluso visual.

En otras latitudes del orbe contemporáneo los *shopping* o *mall* se han constituido en los nuevos territorios de la sociabilidad juvenil. En Cochabamba, el cine Center cumple esta función. Inaugurado en 2006, dispone de una plaza de comidas rápidas (1.100 metros cuadrados aproximadamente), con ocho locales, un café y una churrasquería. Cuenta con un local de juegos, una peluquería, oficina de venta de boletos aéreos, un banco y un centro de llamadas. Tiene facilidades para el acceso con vehículo propio: se halla en la intersección de dos avenidas y posee un amplio parqueo vigilado, lo que es considerado inestimable por la juventud. El nuevo cine remplaza al cine Norte, de proporciones más modestas, ubicado junto a un supermercado en el suroeste de la ciudad.

El cine Center se halla estratégicamente ubicado. A la entrada misma de la zona norte, funge como su custodio o como su puerta. Una calzada y una amplia antesala al ingreso facilitan la permanencia de los y las asistentes, particularmente de los más jóvenes. De pie, mientras conversan, pueden “chequear” a quienes ingresan y ser chequeados por ellos y ellas. Miradas recíprocas necesarias para el coqueteo y la sociabilidad juvenil. El bullicio y el cotorreo son constantes. Conversan frente a frente o usan el celular para llamadas a sus pares. La sombra protectora del edificio permite recuperar la sociabilidad perdida que la calle o las plazas, con su inseguridad, cohíben.

Una vez cruzada la entrada, el destino generalmente es la plaza de comida rápida o el cine; o primero una y luego la otra o una sola, generalmente la sala cinematográfica. La plaza de comidas no es un espacio típicamente juvenil ni ellos lo consideran así. Lo usan otros grupos etáreos, personas mayores y familias acompañadas por niños; aunque la juventud conforma la mayoría: entre un 65% y un 75%, según los días y las horas, del total del público asistente.

Los jóvenes de ambos sexos se reúnen en torno a algunas mesas, aunque no hay un lugar privilegiado de consumo. La escenografía nocturna se divide por edades. Predominan jóvenes de entre 18 y 24 años, y los domingos, los de menor edad, futuros bachilleres o estudiantes de tercer grado de colegio. Van a mirar y ser vistos. Suple así parcialmente la función de espectáculo y sociabilidad que tenía El Prado hasta hace dos décadas, aunque el espacio es mucho menor y se desarrolla en la tarde y la noche y no durante el día.

Para la juventud, película es sinónimo de cine Center. Las encuestas muestran que más del 98%, cuando va al cine, acude a sus instalaciones. Casi ninguno o ninguna asiste a los cines del centro de la ciudad, por lo demás hoy en extinción y transformados en centros de evangelización cristiana. Solamente subsiste uno de los siete que operaban en los años setenta y ochenta. A ellos concurrió la generación anterior, padres y madres de los asiduos de las nuevas cinematecas.

El cine Center cuenta con 12 salas que imprimen un sello de modernidad con su estilo minimalista. Son pequeñas, casi íntimas, con un solo tipo de butacas y en un único espacio físico sin divisiones, lo que marca diferencia con los cinematógrafos socialmente segmentados de antaño. Con sus dos niveles de platea y de galería, cobijaban a usuarios socialmente diversos que solamente se juntaban fugazmente a la salida del espectáculo. Abajo para los más ricos, arriba para los más pobres, al revés de lo que ocurre en la estructura social cochabambina.

La nueva sala no integra a los diversos, a pesar de suprimir la separación de los espacios físicos. El costo de la entrada y el diseño imponen una invisible barrera social que restablece y garantiza la homogeneidad social. El cine puede competir con los videos. Lo favorece su pequeño tamaño, sus cómodas butacas y porque facilita que el público consuma productos seleccionados y vendidos por el propio cine, mientras ve las imágenes. Funciona con la comodidad de un gran living. Su diseño no establece separaciones rígidas entre estar dentro y fuera, como los cines del centro urbano a los que concurrió la generación anterior. En rigor, no se sale del cine sino que se ingresa a un gran espacio de sociabilidad, donde la conversación, la comida o el juego se prolongan tras la exhibición del celuloide[143].

El cine Center no corresponde exactamente a lo que en otros países se conoce como un *shopping center.* Carece de la parte comercial, de venta sobre todo de ropa y artefactos para el hogar. Las Torres Soffer, en la avenida Oquendo, a unos 500 metros del cine Center, suplen parcialmente ese papel. Nacieron en 1991, antes que el cine Center, y no pertenecen a la misma sociedad comercial. Se trata de una estructura de siete pisos y decenas de locales de venta de ropa y adornos exclusivos. Aledaño, a unos metros, se ubica el supermercado Hiper Maxi (ex Real). Las Torres Soffer son el lugar preferido para adquirir vestimenta entre los jóvenes hombres y mujeres de clase media/ alta; aunque es más cara que en La Cancha o en tiendas del centro urbano, ofrece la seguridad y la distinción de "estar a la moda" que los populares mercados han perdido.

---

[143] Arizaga, 2005: 141-156.

Años atrás era también un lugar de encuentro y de paseo juvenil. Estaba de moda como espacio para "chequear", "vitrinear", mirar y exhibirse. Ha perdido, aunque no completamente, esta condición, cediéndola al cine Center. Sólo durante las fiestas de Navidad, cuando llegan multitudes de chicos y chicas, recobra esta función. En primer lugar, el objetivo del grueso de los jóvenes es el consumo mercantil y en segundo lugar, aunque distante, pasear y mirar. Estos últimos no compran nada. Sólo miran las vitrinas, preguntan, se miden ropa y comentan precios o colores. Realizan un consumo visual, no material.

En el imaginario geográfico juvenil, el cine Center y las Torres Soffer sustituyen a las plazas y calles que ocupaba la generación anterior. Entre sus muros desaparece el riesgo de caminar al azar y verse invadidos por olores y ruidos molestos y desagradables atribuidos a la zona sur. Por ejemplo, solamente entre el 1,6 y el 2,1% del grupo encuestado consideran a las Torres o el cine Center como bastante o totalmente peligrosos, frente a ponderaciones que, ante la misma pregunta, valoran a La Cancha con entre el 56% y el 77%. La diferencia numérica no demanda mayores explicaciones; salvo redundar que los espacios cerrados, homogéneos y con guardia privada se reafirma como imagen de lo seguro. Las Torres y el cine Center son también considerados agradables, limpios y ordenados. Nuevamente, el contrataste con La Cancha, el otro emporio comercial visto como todo lo contrario, es marcado. Los valores de orden y progreso, a la manera del liberalismo decimonónico, configuran parte importante del imaginario juvenil para sus espacios privados. De allí a extender la demanda para el ordenamiento social y estatal hay solamente un paso.

La distinción/exclusión que prevalece debe mantener alejados a los "otros" y "otras". El único día que aflora cierta heterogeneidad social es el miércoles, cuando se oferta una rebaja: dos personas con una entrada. Acuden jóvenes de sectores sociales y urbanos distintos a los que habitualmente lo ocupan otros días. Por un momento coexisten; pero no se hablan ni interactúan. Se ignoran en un espacio que no facilita la comunicación intersubjetiva.

El resto de la semana prevalece la homogeneidad, aunque, como lunares, se advierte la presencia de otros sectores sociales. Ambos centros cuentan con seguridad privada y, si bien están abiertos a todo público, imponen reglas de permanencia ligadas al consumo. Por tanto, pueden ser considerados como "centros privados de uso colectivo". Los y las jóvenes usan el espacio comunicativo mediante miradas, travesías, roces y disputas, en el marco de cierta rigidez que inhibe al cuerpo[144]. La mayor parte se congrega en grupos de seis, siete u ocho personas, incluso más. Pocas parejas. El lugar no es propicio para la intimidad, sino para la camaradería grupal; para el dominio de las palabras y las risas en grupo, no para el silencio de los arrumacos amorosos.

No existe un código escrito de conducta, pero sí normas implícitas distintas a las que prevalecen en el espacio público, en parques y plazas: no gritar, no correr, no intimar o no beber bebidas alcohólicas (que no se venden en los locales de comida rápida). Estas restricciones contribuyen a que sean considerados lugares seguros, cálidos, propios para el encuentro[145]. Su morfología, su diseño interior y el

---

144 Para un debate sobre este punto consultar: Cornejo Portugal, 2006; Rosas Mantecón. "Los estudios sobre el consumo cultural en México", Bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/cultura/mantecon.doc

145 George Ritzer (2007) acota que el modelo de McDonald ha demostrado ser irresistible, debido a que comer comida rápida en McDonald se ha convertido en un "símbolo" de un estilo de vida vinculado a la posmodernidad, cuyo éxito se vincula a tres virtudes empresariales: eficiencia, porque "McDonald ofrece la mejor manera posible de pasar del hambre a la saciedad" en tiempo mínimo apropiado para el ritmo enloquecido de la vida moderna. *Calculabilidad* relativa al énfasis en los aspectos cuantitativos de los productos ofertados (tamaño de la porción, costos, etc.); en el mundo de McDonald la cantidad se ha convertido en el equivalente de calidad: "grandes cantidades de algo y su rápida entrega, significa que debe ser bueno". *Predictibilidad,* es decir la seguridad de que sus productos y los servicios ofertados serán los mismos en todos los momentos y locales esparcidos a lo largo del planeta. Por último, *el control* que se ejerce sobre las personas que entran en el mundo de McDonald: las colas, los menús intencionalmente limitados, las pocas opciones alternativas, las mesas y sillas poco confortables, todo incita a que los comensales hagan exactamente lo que la gerencia quiere: comer rápidamente e irse debidamente saciados. Si bien en Bolivia el paso de McDonald fue raudo y al parecer desafortunado, no por ello dejó de tener impactos e influencias; una de estas vendría ser la versión cochabambina de la comida rápida: los pollos a la broaster Panchita, que ha sabido asimilar con cierto éxito las virtudes del estilo McDonald.

paisaje urbano de su entorno ayuda a convertirlos en un típico hábitat juvenil marcado por el consumismo (Paz, 2004: 105-117).

Las razones de la preferencia por concurrir al cine Center, en todos los segmentos de edad, lo confirman como un mediador de relaciones sociales ya instituidas:

– Aquí vienen las chicas de mi colegio.
– Es seguro y limpio.
– Me agrada porque me encuentro con mis amigos.
– Se puede comer, hay bastantes lugares, mientras se charla sin que te molesten[146].

Claudio, universitario de 21 años, sintetiza perfectamente un ánimo que es colectivo:

– Es un lindo lugar, comida, películas, chequeo

Indiferentes a su entorno, el cine Center y las Torres Soffer se incrustan en la trama urbana, pero sin referencias propiamente históricas, pues sus puntos de referencia son universales, extraterritoriales (Sarlo, 2000: 115-117). Corresponden a los llamados "espacios de sociabilidad transitoria" de los que habla Augé (2005). Un "lugar", en cambio, supondría una apropiación concreta y simbólica del espacio, otorgándole sentido emocional y afectivo a aquellos que lo habitan y lo utilizan. Ambos no-lugares, de acuerdo a Augué, son los espacios urbanos de paso y tránsito, caracterizados por flujos peatonales, vehiculares e informacionales, es decir se transforman en áreas para el encuentro fugaz. Carecen de referencias históricas, memoria y, por tanto, de diferencias visuales y arquitectónicas. Son construidos en serie, idénticos, independientemente del país o región. Aparentemente son neutros. Este vaciamiento de contenido, el estar aquí como si se estuviera en otra parte y a la vez en ninguna es lo precisamente que atrae a los jóvenes. No anidan ni habitan en el cine Center o Las Torres Soffer, sino que las ocupan transitoriamente y

[146] Opiniones recogidas entre jóvenes de ambos sexos que asisten al cine Center.

con precariedad, sin confirmar relaciones afectivas y emocionales con su espacio. Mario Margulis habla precisamente de que "habitar significa demorarse en un lugar y cuidarlo".

Ahora bien, la temporalidad del uso juvenil de ambos espacios es estacional. Las Torres se llenan en Navidad. En el resto de la semana las visitas, sobre todo de mujeres, son intermitentes y aisladas. No es un espacio de convergencia o reunión. Ese papel lo cumple ahora la plaza de comidas y el entorno del cine Center. La intensidad y el grupo concurrente varían con los días, acorde al calendario juvenil, sexo y edad; pero siempre se intensifica desde el atardecer para adelante. El sábado el público es de menor edad, compuesto chicos y chicas del colegio en vísperas de salir bachilleres. Adolescentes de entre 15 y 17 años, sin edad todavía para estar autorizados a ingresar de lleno a la vida nocturna, reservada para los de más edad. Revolotean, como entre grupos de amigas o mixtos y coquetean. Una suerte de El Prado, sólo que más pequeño y también más seguro.

Durante la investigación (2008) recibimos reportes de que en el cine Center operan pandillas que extorsionan a los más jóvenes y los asaltan. Según la prensa local "Ir al cine Center también es peligroso, ahí siempre están ADX, MC y otros. Se acercan con sus punzantes y ganchos, te dicen 'dame 30 bolivianos ahorita'"[147]. La imagen cedió en los meses posteriores, pero es ilustrativa no solamente de los medio en la generación simbólica de la territorialidad del miedo, sino también de lo sensible que es la clase media / alta frente al tema.

Los grupos acusados están compuestos de jóvenes de clase media, que acuden a colegios privados de zona norte[148]. Padres y madres nos aseguraron que sus hijos e hijas no volverían al cine Center. En ese momento la situación cambia aunque, luego de un par de meses

---

147 *Opinión*, Cochabamba, 14 de mayo de 2008.

148 "La investigación de *Opinión* descubrió que en varios colegios de la zona norte estaban incrustados algunos líderes y miembros de pandillas que por un lado reclutaban nuevos integrantes para sus grupos —de preferencia hijos de policías y militares, porque tienen acceso a las armas de fuego— y por otro, atemorizaban, extorsionaban, amenazaban y golpeaban a otros estudiantes que no formaban parte de sus organizaciones." *Opinión*, Cochabamba, 8 de junio de 2008.

de tensión, se disiparía. Lo singular de la situación es que el origen del miedo ya no proviene de los "otros", asumidos como aquellos espacial y culturalmente distantes, sino de los "nuestros", con los que se convive cotidianamente[149]. Este peligro se siente mayor porque los sujetos que lo portan no pueden ser identificados con anticipación.

El domingo es el día que en que los mayores (entre 18 y 24 años) no asisten a las discotecas, que permanecen cerradas, y concurren a la plaza de comidas. Sentados en medio de un cuadro heterogéneo, conversar y ríen mientras comen tacos, hamburguesas o beben un batido. Pasan revista a la semana. Un momento de solaz y descanso para curar las heridas y reducir las prisas y tensiones del estudio y la ciudad. "Llegamos a eso de las ocho de la noche y nos vamos entre las 10 y las 11. A esa hora ya no hay nadie"[150].

La presencia juvenil no es pasiva; por el contrario, busca conquistar y transformar un lugar anónimo en un espacio de comunicación y pertenencia que les permita reconocerse como integrantes de un mismo entorno social y cultural. Edifican así simbólicas fronteras excluyentes que los distinguen de otros y otras jóvenes de la ciudad. Construyen espacios imaginarios —comportamientos, gestos, vestimenta— que a modo de marcas sirven para separarse de las amenazas de los "distintos"[151]. El cine Center, en suma, contribuye a configurar una sociabilidad restringida y un intercambio limitado, endogámico, cerrado sobre sí mismo, limitado a los pares, a los que se conocen de antemano. Carece, pues, de riegos, de confrontación con lo diverso, del encuentro fortuito, que debiera se propio de vivir en la ciudad y de ejercer ciudadanía. Funge como un gran teatro o un gran palco, donde se acude solamente por el placer de estar y de ver a los socialmente semejantes.

La ciudad de Cochabamba, o mejor la imagen espacial que de ella tienen los jóvenes de clase media/alta, gira en torno a estos centros de

---

149 "Lo peor es que estos pandilleros son hijos de familias adineradas, no sé qué está pasando en Cochabamba pero estoy asustada. Ahora vamos a recoger a mi hijo". (*op. cit.*)

150 Grupo focal con cinco jóvenes varones.

151 Tomamos estas ideas del sugerente trabajo de Cornejo Portugal, 2006: 179-191.

consumo cerrados y aislados de una trama urbana de la que a la vez son y no son parte; del mismo modo que las generaciones anteriores lo hacían en torno a la Plaza de Armas o de El Prado, lo que refleja la crisis y declinación del espacio público en Cochabamba. No hay que exagerar la comparación. La Plaza de Armas y El Prado eran verdaderamente públicos, abiertos a todos y todas, sin exclusiones. La nueva ágora urbana de la juventud clasemediera es el consumo y en cuanto tales, como consumidores, y no como jóvenes, son recibidos en estos espacios segmentados.

Como señala Beatriz Sarlo, se pierde la condición de ciudadanía, en tanto habitante de la ciudad, y se adopta una identidad provisional e impersonal en razón de encontrarse sometido a una relación contractual con el propietario; es decir dentro sus muros no se existe como transeúnte, sino como consumidor o demandante de servicios de una institución comercial, cuyos códigos y funciones se debe cumplir. Como diría Amalia Signorelli, "no son ciudadanos que caminan por su propia ciudad, sino huéspedes de un territorio privado" (2004: 117). Con la salvedad, acotamos nosotros, de que los jóvenes de ambos sexos que acuden con frecuencia a estas plazas mercantiles no desean recorrer, en el sentido de explorar y experimentar la ciudad y el espacio en su conjunto, de los cuales prefieren retirarse para recluirse en un espacio propio.

La noche y sus territorios

Si el cine Center es un lugar de paso los días de semana y de remate los domingos, cuando muere la semana, el ocio juvenil utiliza otro espacio y otros tiempos. La noche es el tiempo propio juvenil, libre de miradas y controles; es el único espacio de autonomía que les cede la sociedad, o mejor, que ellos han conquistado de a poco (Barrientos, 2006). "La noche constituye el territorio de los jóvenes, una isla juvenil en la ciudad dormida" (Margulis, 2006). Emilio Martínez, complementa la lectura de Margulis:

> La relación entre el joven y la noche (esa última frontera que ellos exploran con ansias) es fundamental para entender las relación del joven con los espacios y tiempos de la ciudad: es el fundamento de su apropiación de la ciudad, la manera de dominar una ciudad que les

> [es] vedada durante el día, la manera de exorcizar el temor de quedar definitivamente fuera del juego, del juego social (2008: 65).

Lo que vale de la noche no es la oscuridad sino la libertad. Transcurre bajo la protección de decenas de luces que permiten ver en un espacio relevante y buscado hasta el límite en garantía de la lejanía de los mayores y de la autoridad. La separación del mundo adulto permite a jóvenes de ambos sexos una interacción y una socialización al margen de los mayores y construir un espacio no institucionalizado que se rige por sus propias normas y códigos. El adulto y su mirada no alcanzan y, por consiguiente, tampoco llega su control. Sólo la policía se hace esporádicamente presente y no pocas veces se suscitan conflictos. No pocos leen el rol de la autoridad de (r)establecer el orden de las leyes que rigen la vida en la ciudad, en clave social incluso étnica. Los policías serían una expresión uniformada del "cholaje" perturbador.

El día transcurre, en cambio, bajo la regulación de los adultos. La triada escuela, universidad y trabajo se forja bajo el universo de la disciplina, del acatamiento de las reglas y, al menos en teoría, bajo la posibilidad del castigo. En cambio durante la noche, la ciudad se re-significa y facilita el tiempo de la fiesta, de la expresión lúdica (Urresti, 2007). Hay un empleo del tiempo para conquistar el espacio, como señala Mario Margulis (*op. cit.*). En la memoria de la generación anterior, la noche con sus sombras significaba peligro y espacio de lo desconocido. Transitarla implicaba una ruptura con las normas vigentes para una exploración por un espacio desconocido e incierto. El tiempo es un concepto construido cultural e históricamente. Noche y día, hora y segundo tienen distintos significados y valoración en contextos y sociedades también diferentes. La noche, en menos de dos décadas, pasó de cronograma para minorías —borrachos, marginales y subversivos— al nudo colectivo de la diversión y el ocio juvenil. Nocturnidad que se fue ganando por la juventud a pulso, presiones, ruegos y conflictos.

Dos décadas atrás, la noche resultaba pautada y prohibida. Para las mujeres en particular, más vigiladas y sancionadas que los varones, las opciones eran muy pocas y concluían al clarear el día.

> Los sábados y domingos en tarde había muy pocas cosas que hacer. Había pocas fiestas. Una opción era ir a tomar té en la casa de una amiga o ir a tanda con tu enamorado o alguna amiga. Eso sí, no podías volver a casa más allá de los nueve de la noche. (María, profesional, 54 años.)

> Las fiestas, los "tuncus" como los llamábamos, eran entre las 4 de la tarde y las 9 ó 10 de la noche. Los cumpleaños se alargaban un poco más. Hasta las 12 ó 12 y media. Pero en general a media noche ya estábamos en casa. A las fiestas nos llevaban o nos recogían nuestros padres o los papás de nuestros amigos. Sólo si la fiesta era cerca de casa íbamos a pie entre amigos y amigas. (Rebeca, 54 años.)

Las mujeres también podían concurrir acompañadas por su enamorado, pero nunca solas. Y no volver muy tarde; las 12 de la noche, la hora de la Cenicienta, era el límite de la tolerancia paterna. Pasado el límite venían las recriminaciones y las posibles sanciones. En Año Nuevo y Carnaval el ambiente era más flexible. El retorno era tolerado hasta las dos de la mañana. "Claro que la ciudad era muy segura, a esa hora nos volvíamos a pie caminando hasta casa. Yo vivía en la México y la Ayacucho" (Rosario, 55 años, catedrática universitaria).

El encuentro entre ambos sexos en espacios públicos, con alto grado de picardía y erotismo contenido, se celebraba en el *dancing* —que se llamaba la *matinée*—. Se iniciaba desde poco antes del medio día y se extendía hasta no más de las 15 horas. Podía ser en La Fuente del Deseo, en El Prado. Su decoración representaba una serie de pequeñas cabañas que semejaban un ambiente hawaiano. El Cortijo, en Queru Queru, a pocos pasos de la actual Pando, el Berbeley en la Aniceto Arze y Juanaco´s en Cala Cala eran las alternativas. Nada espectacular. Un estar y una pista de baile. Los "boliches", abiertos, expuestos y con cercanías regladas de los cuerpos, sólo creaban una falsa promesa de intimidad. Nada equivalente al juego de luces deslumbrantes y grandes penumbras, música estridente y encierro de las actuales "disco".

Las escasas *boites* —como Embassy, ubicada en El Prado— podían ofrecer más oscuridad cómplice, aunque eran espacios sobre todo para mayores. Estratégicamente colocadas en subterráneos, como para subrayar su espíritu íntimo y subrepticio, operaban más

bien espacios de encuentros clandestinos de adultos. Por su costo, la juventud no accedía a ellas. Por su mala reputación, las mujeres no conseguían fácilmente permiso de sus pacatos progenitores para acudir a ellas; en general había que recurrir a una "escapada" secreta para hacerlo.

La noche se fue afirmando en Cochabamba como un espacio público para el ocio en la medida en que se difundía la luz eléctrica, se construían nuevas avenidas y se popularizaba el uso del automóvil propio o alquilado, que permite acceder a los espacios distantes sin recurrir al transporte masivo y público. Para la juventud contemporánea es el día el que se asocia con el peligro; la noche queda bajo cierto control. Las noches del fin de semana son muy esperadas por jóvenes de ambos sexos. Al salir de diversión, se puede romper la rutina de lo cotidiano y el tiempo muerto y aburrido del día a día. Equivale a un tiempo para vivir intensamente, en que se plantea un "quiebre simbólico entre tercios (tiempo de trabajo, tiempo de recreación, tiempo de descanso"[152].

El eje de la nocturnidad y la sociabilidad juvenil es la discoteca. Éstas aparecieron en Cochabamba a fines del siglo pasado y se consolidaron en los albores de esta nueva centuria. Remplazaron como espacios de encuentro y ocio juvenil a las fiestas en casas particulares, en locales escolares o arrendados por promociones y cursos para recaudar fondos, típicas de los años sesenta y setenta del siglo pasado, a las guitarreadas de décadas más tarde, no exentas de cierto aire rebelde e izquierdista o a los "karaokes" de fines de siglo.

Es un espacio típicamente juvenil; nunca antes este grupo etáreo gozó de libertad para socializar, establecer territorios y vivir sin control o regulación familiar. La juventud ganó la noche pero perdió el control de la organización de la fiesta y el baile, cuya oferta quedó en manos de empresarios que le otorgan un claro tinte consumista, con la clara estrategia comercial de atraer a públicos juveniles determinados.

[152] Contreras, 1996: 43.

Vedada para adultos, como el resto de la noche, la discoteca es el lugar de miradas y encuentros entre ambos sexos. En términos de escenarios ritual es similar, aunque el espacio y la temporalidad distintas, al que se ejemplificaba en El Prado décadas atrás. Se rota, se da vueltas, se sonríe y se coquetea. Antaño bajo la luz de sol, ogaño en la semipenumbra, pese a la luz multicolor que revoletea. La diferencia está en la sensualidad, para la que el trago, la música y el baile sirven de catalizadores. Los cuerpos se ponen en contacto y se "habla" con ellos.

Antes de concurrir a las discotecas, se estila una "previa" o un calentamiento en casas particulares, en algún local cercano —el Strike o La Muela, por ejemplo—. Evitan la calle, donde se sienten acosados por la policía. Se toman unos tragos, que operan como lubricantes de la sociabilidad. Es una estrategia para eludir su consumo en las discotecas, donde es más caro. De esa manera pueden bailar, relacionarse y gastar menos dinero en bebidas. De Café, a la entrada de la avenida, de Sur a Norte, es el preferido de quienes gustan hacer hora sin tomar alcohol, que son generalmente mujeres.

"Cultura de fin de semana" (Pallares y Feixa, 2000). Para reunirse con sus iguales, los jóvenes de ambos sexos comienzan a salir de casa los viernes y sábados entre las 10 y 11 de la noche. Su derrotero se prolonga hasta la madrugada. En domingo el periplo se inicia algo más temprano, como a las ocho y concluye como a media noche, luego de la función de cine. Los días de semana se sale menos o no se sale, excepto cuando preceden a un feriado o en periodo de vacaciones.

Los varones disponen de mayor independencia. Sus itinerarios de arribo se estructuran de esta manera: "Salgo de casa en mi auto. Me reúno con mis amigos en Stop and Go, frente a Las Tierritas, de la Villarroel. Allí decidimos donde ir, escogemos en qué discoteca hay más gente. O si no vamos a un cumpleaños" (Daniel, universitario, 22 años)[153].

---

153 Stop and Go es una licorería.

La discoteca liberó a las mujeres del control familiar y les dio la posibilidad de asistir solas o en grupo, sin esperar que alguien las invite, lo que les concedió más autonomía respecto al mundo masculino. En el ámbito de las representaciones ya no es denigrante ni acusatorio llegar sin compañía del otro sexo. "¿Acaso tienen que ir siempre acompañadas?", reflexiona el mismo Daniel cuando se le pregunta si asisten mujeres solas a las discotecas.

Pero es una libertad relativa frente a la de los varones. Las mujeres, salvo que vivan cerca, no llegan ni retornan solas. Un requisito es que dispongan de un automóvil propio. El resto depende de un amigo, "chico" o de formar un grupo de autoprotección.

> Vivo lejos de la Pando. Y nunca voy sola. Mis padres no me dejan. Antes, cuado estaba en colegio, me llevaban y traían ellos. Ahora voy hasta la casa de una amiga y vamos en grupo. Vuelvo siempre con algún amigo o me recogen de mi casa. (Raquel, universitaria, 19 años)

La diferencia de género también se advierte en el uso del tiempo. Los hombres retornan a sus hogares entre las tres y cinco de la madrugada, entremezclándose con los primeros trabajadores que acuden sus centros de labor. Las mujeres, algo más temprano. Se prefiere que si viven lejos de la Pando, duerman en casa de amigas que habitan en residencias más cercanas. Se evita que se expongan a recorrer calles y avenidas por la noche.

La Pando y su disputa

Hace una década, las primeras "discos" estaban dispersas por la zona central norte de ciudad. Algunas eran Ex y Graffiti en la zona norte, Amnesia en la España y Pimienta Verde en El Prado. En el año 2005 se contabilizaron 19 discotecas, de las que sólo una estaba ubicada en la zona sur, nueve en la central y las ocho restantes en el Noreste. Las frecuentaban principalmente los grupos autocalificados como "gente bien" o de "clase A". A principios del siglo XXI se trasladaron hacia la avenida Pando, en el norte de la ciudad, en el núcleo mismo de La Recoleta.

La construcción de la zona como espacio para el ocio se desarrolló paulatinamente. Hasta hace una década esta parte de la ciudad era intrascendente como espacio público, salvo en el mes de diciembre cuando, desde el siglo XIX, se celebraba una fiesta en honor a la Virgen en la iglesia de La Recoleta, que se halla justo en la rotonda de ingreso a la avenida Pando.

Primero se establecieron restaurantes y luego *café-concert* en el llamado Boulevard. Esta calle tiene apenas unos 200 metros de largo. En las postrimerías de los años ochenta se convirtió en peatonal, lo que le dio realce. Concurrían consumidores de ambos sexos entre 30 y 50 años o más. Sólo más tarde ingresó la juventud a la avenida Pando para otro tipo de consumo lúdico: bailar y beber.

Entre las primeras discotecas en establecerse en la avenida se mencionan a Tantra, Automanía, Electro y Mandarina, las dos primeras actualmente desaparecidas. Su proximidad al Boulevard, además de peatonal, cerrada, colaboró a la decisión. Se instalaron también cafés, un *bowling* y luego un casino. La Pando se convirtió desde entonces en lugar de concentración de jóvenes de ambos sexos del mismo sector social. Ocupaban las calzadas de la rutilante avenida con sus automóviles, tomaban alcohol y colocaban parlantes y música fuerte, provocando conflictos con los vecinos. Estos reclamaron al municipio en varias ocasiones, incluso llegaron a bloquear las calles y se produjeron no pocas reyertas. La disputa por el espacio se transformaba en generacional. La juventud defendía su "derecho" a organizar la noche a su manera, a poblarla de sus maneras y de los decibeles de su música. Finalmente en 2007 el municipio cedió, y prohibió que la avenida fuera transitada en ambas vías, con lo que la mató como un espacio para el "vuelteo" y el paseo.

Ocupar la calle y beber alcohol en ella, una práctica juvenil extendida, es frecuente en otros países. Varios testimonios coinciden que en Cochabamba el hábito no tiene más de una década: "Antes íbamos a un bar y luego a la discoteca. Nunca en la calle" (Alejandro, 29 años, dueño de discoteca).

Mientras la avenida conservó su característica de doble vía, jóvenes de ambos sexos daban vueltas en sus automóviles e incluso a pie,

a la manera que ocurría en El Prado décadas atrás. Era una manera exhibirse. Al volverse de una vía acabó con la práctica, pero no con la imagen de un lugar propio y aceptable para la juventud.

A fines de 2007, cuando levantamos encuestas en colegios y universidades, las respuestas más frecuentes fueron:

- Es menos peligrosa y más atrayente. (Gabriel, universitario, 19 años.)
- Hay menos peligro y mejores lugares para ir. (Loyda, colegio, 17 años.)
- Me parece menos peligrosa y menos transitada. (Claudio, universitario, 24 años.)
- Más segura, más alegre. (Patricia, universitaria, 19 año.)
- Más segura, más limpia, más tranquila. (Karen, colegio, 18 años.)

La posibilidad de encontrarse con sus iguales o pares es otra razón de su atractivo.

- Porque conozco más gente. (Luciano, colegio, 18 años.)
- Ambiente más seguro, gente de tu edad. (Oscar, colegio, 17 años.)

Esta imagen positiva se está deteriorando con rapidez, reafirmando que la espacialidad juvenil es móvil y que el dominio de su territorio está sujeto a disputas. Hasta fines de 2007 la avenida Pando admitía dos subespacios, ocupados por jóvenes de distinta filiación y estatus social, que se agrupan en torno a las discotecas y la calle. Hasta mediados de este año el sector de "gente bien" o "gente decente" ocupaba la parte sur de avenida, la más cercana a la plazuela de La Recoleta. Y los "otros", la parte norte, hacia la avenida América. Cada uno organizado en torno a una discoteca: Mandarina, el primero y Buddha, La Boom, Secret y Deep, el segundo. Sobre el Boulevard existe otra disco, Lavua, al que no acude ninguno de los dos grupos.

La diferencia geográfica revelaba una distinción social. El primer territorio es considerado escenario propio de los grupos de clase

media / alta ligada a familias tradicionales; en cambio el segundo etiqueta a variados segmentos. Secret tiene en su gran mayoría público brasileño. En el resto son jóvenes de sectores en ascenso. Son vástagos de comerciantes, propietarios de empresas medianas o empleados públicos. No faltaban retoños de recientes migrantes a España o Italia. Las encuestas aleatorias levantadas muestran que proceden de colegios y universidades de clase media baja o de la universidad pública. Un importante porcentaje no vive en la zona norte, sino en la sur o en el depauperado centro urbano, y se traslada sólo por las noches —en el día no son visibles— hasta el territorio clasemediero en son de desafío, como una tribu que compite con otra por prestigio y simbolismo.

A principios de 2008 su presencia nocturna masiva ha convertido a la avenida en objeto de querella territorial y simbólica entre jóvenes. La territorialidad es, empero, dinámica, pues se transforma a través de la interacción y disputa entre los sujetos. La apertura de la discoteca Buddha Bar y luego de La Boom, que "aceptan a todo tipo de jóvenes" en expresión del propietario de un local de diversión de la misma avenida, cambió el panorama social y movió las fronteras territoriales. Buddha se halla casi en la punta norte de la avenida, con la que la cortó socialmente en dos. La Boom, en el extremo sur, colaboró al desplazamiento de quienes ocupaban el segmento norte hasta posiciones anteriormente vedadas en el sur, rompiendo jerarquías y circuitos étnicos y sociales.

El "cholaje" enriquecido y ostentoso, en la visión del grupo bajo estudio, les disputó (y ganó) su anterior territorio y lo devaluó. El dinero no sirve aquí para evaluar las posesiones y posiciones, como en otras oportunidades. No es que el dinero y su posesión no cuenten; la juventud de clase media / alta exalta el éxito, cultiva las esferas mercantiles y la capacidad de compra. Pero aquí, en la realidad concreta de la Pando y sus alrededores, es el color de la piel o el apellido el que establece el corte, como en toda sociedad donde perviven circuitos coloniales y fronteras étnicas.

Los jóvenes de clase media de ambos sexos ven esta "invasión" como una amenaza, que contamina el territorio y lo degrada, pues pierde el glamour que le daba la homogeneidad social. Los jóvenes

del sector de clase media/alta ahora procuran no pasar por el territorio perdido, salvo cuando se hallan en la seguridad de un automóvil o a pie con muchas precauciones y en grupo. Se ha vulnerado su calidez y el desencuentro podrá conducir a roces y peleas. Sus cuerpos quedan expuestos en el territorio ahora ajeno. "Ellos llevan cuchillos y algunos, pistolas" oímos en una visita etnográfica. Un padre nos comenta lo mismo. Está evidentemente preocupado: "Antes nos agarrábamos a puñetes, ahora usan armas".

Tras la denuncia pública de la posible existencia de pandillas que se disputan el control de la zona norte, la prensa trató con sentido sensacionalista la muerte —en un aparente conflicto entre dos pandillas—, de una joven cerca de una discoteca en El Prado, el 23 de abril de 2008. La exposición pública del tema, sacada del contexto sociológico y cultural que origina las pandillas, y sin contar con un mapa que permita determinar su tamaño, funcionamiento y peligrosidad, tuvo amplias consecuencias.

A principios de 2008, en las familias de clase media/alta, no se hablaba sino de la amenaza que significaba la llegada de peligrosos e inescrutables "maras". Padres y madres intercambiaban correos electrónicos, llamadas por celulares, se ponían de acuerdo a la salida de los colegios. Un caso típico de la construcción social de un miedo urbano. Para enfrentarlo se gestaban círculos de seguridad familiar. Las autorizaciones para los más jóvenes fueron retaceadas, sino congeladas definitivamente. En los colegios se realizaron reuniones para sembrar advertencias entre sus estudiantes. Disertaron policías, sicólogos y juristas. La alerta fue máxima. Decayó en los meses posteriores, pero dejo suficientes huellas como para revelar que es el temor el que organiza el uso del espacio y el territorio.

Las pandillas Mentes Criminales (MC) y Adictos al Sexo (ADX) están compuestas por jóvenes de clase media de ambos sexos que estudian en colegios y universidades privadas. Según la policía, disputan por ocupar "espacios de encuentro, como cines, discotecas y plazas"[154]. No son las tradicionales "clases peligrosas" de antaño,

---

[154] *Los Tiempos*, Cochabamba, 27 de abril de 2008.

integradas por "cleferos", "polillas" o por cholos artesanos. Su procedencia social agrega un elemento adicional al temor. Los integrantes de una pandilla que opera en el zona norte ya no son distinguibles por el color de la piel, la vestimenta o el lugar de residencia. En otros términos, no son segregables social ni espacialmente; las líneas de defensa son rebasadas y el temor se introduce en los espacios anteriormente considerados seguros: colegios, discotecas, cines.

Puede ser nuevamente una mera adjetivación, un prejuicio fantasmal que recorre la Pando y otros territorios juveniles, pero genera realidades, divide y recluye. Los territorios no son compatibles. La etiqueta de "cholos" y "jailones" define el ambiente territorial. Cada uno se construye como socialmente monocromático. No hay puntos de encuentro, ni de diálogo, sólo de disputa simbólica, traducida en voces, vestimentas o símbolos, que a veces pasa a la confrontación abierta y se producen grescas. "No es que seamos racistas", se defienden los jóvenes de ambos sexos de la zona norte; "lo que pasa es que tenemos distintas mentalidades y gustos". Por tanto, se justificaría la idea de vivir separados, en compartimientos estancos, cada uno en el suyo y con los suyos.

La "purificación" de la Pando se completó con la retirada casi completa del grupo de "gente bien". Esta avenida, que "era un lugar para ir a vueltear", el preferido de la juventud "jailona", de los "ricachos" —como los etiquetan despectivamente sus contendores—, fue paulatinamente abandonada. Un paraíso perdido. Ahora se limitan a cruzarla rápidos y en tensión, pero no se detendrán como antes. "Sólo vamos al lugar, ya no nos paramos en las calles" (Alberto, universitario, 24 años). Las mujeres en particular resienten los piropos masculinos: "nos dicen groserías", afirma una, "son agresivos, no respetan a una chica si pasa", asegura otra. Les parecen agresiones sexuales más que otra cosa y evitan transitar por las veredas o la calzada. Los testimonios corroboran este despliegue o retirada ocurrido en el último medio año (octubre de 2007-abril de 2008).

Una de las principales motivaciones es el temor a ser víctima de la violencia:

> Casi nadie ya va a La Pando a parquear su auto y escuchar música o conversar. Es complicado también ir a pie de un lado a otro, de

> la plazuela de La Recoleta hacia la América. Es peligroso. Si voy a Mandarina o al Bingo, parqueo el auto cerca y entro. Hace como dos años no era así. Ahora está lleno de gente que provoca. Son de otros colegios, no es gente que conozca. Colocan sus autos en la calle, toman y oyen música fuerte. (Daniel, universitario, 22 años.)
>
> Se ha vuelto una zona más peligrosa que antes. Ha habido bastantes incidentes. Da miedo. (Juan José, universitario, 23 años.)

El desconocimiento, fuente del otro temor al que alude Jordi Borja, o la necesidad de mantener la distinción, negar la diferencia cultural o anunciarla como un peligro para rechazar la presencia de diversos socialmente en un territorio considerado como propio, es otro argumento poderoso para moverse y crear otro territorio:

> Ya no voy a la Pando. En la parte de arriba, la que está más cerca de la América, es muy concurrida y fea. Hay muchos problemas y muchos cholos. (Rosario, universitaria, 24 años.)
>
> Hay gente que no conocemos, de otras zonas. No es la gente habitual. Visten diferente. (Expresión recogida en un colegio de zona norte.)[155]

Como consecuencia, las preferencias juveniles de clase media/alta se están desplazando. Hay una cierta revalorización de las casas como lugares de encuentro o sociabilidad. Padres y madres se han tornado más tolerantes ante la invasión de su intimidad, "con tal de que estén más seguros". Sus hogares, en barrios residenciales, son amplios y pueden albergarlos. Los bares del Boulevard cercanos a la avenida Pando son reciclados principalmente por jóvenes varones. No son espacios propiamente juveniles pues se comparte con mayores e incluso familias, pero sirven mientras la tormenta amaine.

Sólo una discoteca ha permanecido en la zona bajo control del sector de altos ingresos y "prestigio social": Mandarina, que dispone

[155] Agradecemos la colaboración de la profesora Silvia Barrón por consultar a sus estudiantes su preferencia por concurrir a la Pando. La encuesta, no sistemática pero sí válida, mostró que un pequeñísimo porcentaje de estudiantes de ambos sexos de su colegio continuaban concurriendo a La Pando; en ese mismo colegio, en octubre de 2007 hallamos que manifestaban su preferencia por la misma zona.

de un solo piso y un bar. El acceso cuesta 30 bolivianos por persona. Su ubicación en un pasaje, junto al Bingo Bahiti, favorece un acceso diferenciado. La otra discoteca de preferencia es Life, inaugurada a fines de 2007. Este emprendimiento privado emergió como una respuesta para atender a una clientela decidida a cambiar de ambiente geográfico, manteniéndose empero en el mismo perímetro. Está situada en la avenida América, a unos 400 metros al oeste de la Pando. Dispone de tres pisos y de un bar en cada uno, con pistas de baile en cada ambiente. Junto a ella, locales de comida rápida. Es decir, el circuito completo. Su punto de mayor concurrencia se da a partir de las 12 de la noche y empieza a declinar a las cinco de la madrugada. El ingreso cuesta 20 bolivianos por persona. Los *habitués* de la Pando la frecuentan ahora. Los "otros" jóvenes no han avanzado a este nuevo territorio de la frontera. Quizá sea sólo cuestión de tiempo; la noche no es de nadie.

En un ambiente como el de la ciudad de Cochabamba, donde la heterogeneidad social es percibida como una amenaza, la selectividad es una condición de supervivencia El uso del territorio nocturno juvenil está sujeto a procesos de *exclusión* (se omite a algunos); *selección* (el acceso está seleccionado) y *jerarquización* (aceptación de posiciones diversas por diferentes actores sociales) (Urteaga, 2007). Se anula a los extraños, se los filtra y se controla su acceso. Mario Margulis nos habla de una Buenos Aires nocturna idéntica a Cochabamba en este punto, cuando señala: "En la cultura de la noche hay elecciones, pero también restricciones: según la condición social se puede o no acceder a ciertos lugares. Se es elegido para ingresar o ser excluido" (Margulis *et al.*: 2006).

Mandarina o Life garantizan la homogeneidad de su público, que concurre precisamente porque estas restricciones se ejercen. Asumen que les proporcionan dos condiciones para ejercer su ocio nocturno: seguridad y distinción, que en este caso se confunden. Se separa a los otros, que son vistos como fuente de potencial conflicto. Secret, Buddha Bar y La Boom, en cambio, como dijimos, son abiertas y la admisión no tiene restricciones sociales, aunque en Secret hay un área de acceso restringida a público "selecto".

En la medida en que las anteriores discotecas son abiertas, su público es heterogéneo. La exclusión es implícita y la ejercen los asistentes, no los propietarios. Si el grupo "jailón" decidiera ingresar sería aislado y acosado con gestos y miradas, como un invasor en territorio ajeno. En el pasado reciente las dos primeras congregaban a jóvenes de clase media/alta pero su imagen se fue deteriorando en la medida en que, por estrategia comercial, se fueron abriendo a otros sectores sociales, lo que condujo a su descalificación. La Boom, la más reciente, es quizá una respuesta comercial a Life, aunque dirigida a otro sector social, mayoritario en número y disminuido en recursos simbólicos.

Los propietarios de Life y Mandarina han establecido un "filtro semiótico" para mantener su público de jóvenes de clase media/alta (Cervino, 2001)[156]; es decir un mecanismo que les permite defender los espacios de identidad social de su clientela. Cada una de ellas cuenta con normas para la admisión, basada en raseros sociales y étnicos. Mandarina introdujo a fines de 2008 un detector de metales para incrementar la seguridad[157].

La integración de los iguales necesita de rituales de separación de otros y otras, y el mecanismo se torna más sofisticado.

En Life:

> Hay un relacionador o relacionadora público, chicos y chicas, que son las personas que eligen a quienes van a entrar con un laser. Si te apunta con el laser entras antes que los demás, si no haces la cola y esperas. A veces te dejan entrar y otras no. Dejan entrar a las personas que conocen, a sus amigos, a la gente más conocida en Cochabamba. (Raquel, universitaria, 19 años.)

Incluso una vez dentro hay selecciones, aunque ya no son estrictamente sociales, son etáreas, pero los contactos y las relaciones cuentan. En el tercer piso se halla el VIP (*very important person*), un ambiente más pequeño e íntimo:

---

156 En la obra de este autor se puede ver un caso similar al de Cochabamba en Guayaquil, Ecuador.

157 Entrevista con A. B., socio de Mandarina, Cochabamba 28 de mayo de 2008.

> Hay un guardia o unos chicos, a veces te dejan entrar. Hay que hablarles. En el VIP entra gente de más edad. (Entrevista citada con Raquel.)

En Mandarina los propietarios o los guardias o entre ambos impiden y seleccionan. La admisión es condicional, sólo para gente calificada como de tipo "A".

Un testimonio femenino da cuenta que*:*

> No hay relacionadores públicos. Pero igual, si no quieren dejarte entrar no te dejan entrar, cuando hay chicos que están muy borrachos o cuando creen que no estás vestido apropiadamente. (Raquel, entrevista citada.)

Lo corrobora un joven varón entrevistado: "No ingresas porque estás borracho o porque no les caes bien". (Daniel, universitario, 22 años.)

La serie de operaciones por las que se define, de exclusiones por las que se constituye, conllevan resguardo. Como reconoce Marcela (24 años), escogen estas discotecas "porque son más selectivas". Para las jóvenes de clase media / alta, la homogeneidad social es una condición de seguridad, pues los otros, los socialmente desconocidos, son "atrevidos". La endogamia organiza un cinturón protector. El azar queda reducido. La discoteca, "a modo de placenta, envuelve y protege a quienes contiene en su placentera atmósfera. Simbólicamente [...] es como un útero que, cuando no alberga a un solo hijo (a un solo tipo de hijo, se sobreentiende), garantiza a los presentes el lazo de hermandad." (Urresti, 2005).

Son requisitos implícitos y, por tanto, discrecionales, aunque guardan un patrón. Que sean "selectivas" supone, en palabras de una joven entrevistada de 24 años, "que no puedes ver a cualquier tipo de personas".

Cuando empiezan a verse "contaminadas" por sectores sociales distintos a su público meta, corren el riesgo de ser abandonadas; de ahí que "seleccionen" el ingreso para preservar la "calidad del ambiente".

No siempre lo logran, pero es un riesgo calculado, como admite un inversionista en el sector:

> Cuando abres una discoteca debes pensar que no va durar más de un año. Si tiene éxito va a atraer personas que causan líos y problemas por maldad o resentimiento contra los chicos de más ingresos. Una discoteca depende de su público. Y cuando vienen estos grupos, el resto se va y la discoteca decae. Por más que se tiene guardias y se pone un letrero que dice que "Se reserva la admisión", es difícil seleccionar. Estos chicos vienen bien vestidos y entran nomás. Una estrategia es cerrarla por un tiempo, quizá un año, y luego volverla a abrir[158].

Presionadas o para atraer público, las discotecas juegan con los precios que fungen como barreras sociales, con resultados previstos, las fronteras sociales/étnicas se difuminan y la juventud de mayores ingresos ya no acude a los lugares que han perdido su selectividad:

> Cuando bajan las entradas, la gente que va a las universidades y colegios privados ya no va tanto esas discotecas. (Gustavo, universitario, 24 años.)

Lo anterior ocurre porque los jóvenes del sector medio/alto construyen y ocupan sus propios territorios festivos sin tomar en cuenta al otro y la otra, salvo para negarlos y evadirlos. Definen y defienden su identidad simbolizando y marcando su territorio. No hay alteridad ni deseo de encuentros, sentimiento que sin duda es mutuo. Entre uno y otro sector, sólo existe disputa real y simbólica. Preguntamos a Sofía (19 años) asidua de Life: "¿Quiénes asisten a Buddha?" "Nadie", respondió. Los otros son invisibles, no cuentan ni son convocados como compañía. Cuando se visibilizan son asumidos como "molestia" o "no deseables"[159]. Se cae en la "otrofobia", animadversión a lo diverso, a la heterogeneidad. Se omite del entorno propio a los que no son o no parecen iguales, sea por piel, apellido o "facha". Su reverso es la "endofilia", que significa estar solamente con los y las semejantes, negarse rotundamente a la alteridad.

158 Conversación con R. R., quien fue propietario de la discoteca Amnesia, hoy cerrada.

159 Conversación citada con R. R.

"El cholaje" podría tener incluso mayores recursos económicos que el sector "bien". Puede (de)mostrar, por ejemplo, que posee vehículos que son la envidia del sector "acomodado". "Mire los autos que tienen, son mejores que los nuestros o el suyo", oímos decir durante una visita etnográfica a la Pando. La creación de esferas diferenciadas y antagónicas tiene que ver con la distinción, con marcas y símbolos. La vestimenta podría ser un signo de separación, pero es engañosa: "Como tienen plata, se compran ropas parecidas a las nuestras". El color de la piel, los rasgos faciales o el origen social son los que en definitiva contribuyen a la clasificación. Ser "bien" se adquiere (presuntamente) por herencia familiar y por un capital cultural incorporado. No se puede comprar con dinero.

La jerarquización y exclusión del espacio no hace sino reflejar, y a veces magnificar, las desigualdades sociales y étnicas de raigambre colonial que persisten en la ciudad de Cochabamba. Éstas, como ya aludimos, se han acentuado tras el triunfo de Evo Morales. En las discotecas y los bares de clase media/alta no es poco frecuente oír que se entonan canciones de claro corte racista contra el Primer Mandatario indígena.

No es la única ciudad donde las confrontaciones en los espacios y territorio tienen rasgos étnicos, aunque aquí, por la situación política, éstos sean más acentuados. Estudios sobre comportamiento juvenil de los sectores elitistas en Barranquilla (Colombia), Montevideo (Uruguay) o la porteña Guayaquil (Ecuador) revelan similares patrones de exclusión, aunque en contextos socialmente distintos. (Flores y Gómez, 2005; Andrade, 2005; Filardo, *et al.* 2006).

En todo caso, en Cochabamba se reproducen patrones estéticos discriminadores de larga data, donde lo "blanco" se erige como el mejor y único referente culturalmente aceptable. Esta mirada se acentuó como fruto de los procesos políticos por los que atraviesa el país, con el discurso gubernamental que niega un rol trascendente a las antiguas élites criollas y, sobre todo, tras los conflictos callejeros del 11 de enero de 2007. Habrá aún que estudiar si estamos en presencia de una crisis de la identidad mestiza de que gustaban los cochabambinos y cochabambinas, quienes, frente a la emergencia de identidades, se definen sin vueltas como blancos o criollos, tal y como ocurría en la emergencia de la República, allá por 1825.

Cada sábado por la noche, en la Pando, aquellas distancias étnicas y sociales se renuevan y reproducen de manera polar y binaria: amigo-enemigo, a la manera de un mini 11 de enero. Unas veces adquieren tintes simbólicos, otras pasan a los hechos, a los puños, los insultos y las agresiones. "Un amigo tuvo un encontronazo con un 'cholo', cuando salió del restaurante donde cenamos; el capó de su auto estaba rayado, seguramente con una llave. 'Viva Evo', decía." (Daniel D., 24 años, universitario.)

La España, el miedo y la distinción

Estas confrontaciones que sostienen los jóvenes de clase media/alta en la elección de sus zonas de consumo y de territorialidad se expresan igualmente en la calle España, en el borde del centro histórico. La zona lúdica de calle España —la antigua y centenaria Calle del Teatro— comienza en su intersección con la calle Ecuador y llega hasta la Plazuela Barba de Padilla. Se extiende hacia ambos lados, este y oeste, de la calle Mayor Rocha. Consiste en una docena de café-bares no contiguos, entremezclados con tiendas, hoteles y residencias particulares. Los primeros surgieron a fines del siglo XX, y la zona tuvo su auge hace una década, cuando fue golpeada por organismos policiales y municipales bajo la presunción de que circulaba droga y ante la presión de los vecinos y los propietarios de un conocido hotel, que reclamaban por los ruidos y el desorden callejero. Las disputas por el espacio público no se producen solamente entre jóvenes; cobran tintes etáreos e involucran a propietarios adultos y a las nuevas generaciones[160].

Las encuestas realizadas en octubre y noviembre de 2007 señalan que la mayoría de colegiales (75%) y universitarios (53,9%) de clase media/alta prefieren —o preferían— la Pando/América por sobre la

---

[160] En el corazón de la avenida Pando los propietarios de elegantes casas de la calles aledañas mantuvieron también un largo conflicto con jóvenes de ambos sexos que incluyó pronunciamientos y acciones callejeras. Lograron que la avenida sea declarada de una sola vía por el municipio, lo que acabó con el revoloteo vehicular, por no ahuyentó a la juventud. No hace mucho varios vecinos decidieron vender sus casas en bloque, donde ahora se construye un gran centro habitacional y comercial.

España. Las razones mayoritarias para esta elección tienen que ver con seguridad y con "ambiente social". Quizá la diferencia porcentual se explique porque universitarios y universitarias disponen de más libertad de movimiento, de criterio selectivo o sentido del desafío, que les da su mayor edad, para afrontar la búsqueda de nuevas experiencias. Un 20% de los universitarios no se inclina por ninguna de las dos zonas o prefieren otros espacios para su ocio y expresiones lúdicas. Para los varones es la oportunidad de buscar mujeres distintas, aparentemente —según los testimonio recogidos— más libres, osadas e interesantes que las que se conocen en las selectas discotecas de la Pando/América. Son conquistas ocasionales y no un enamoramiento más formal —si cabe el término—, como ocurre con las "chicas" de la Pando.

Quienes se deciden por la España, lo justifican así:

– El ambiente es genial y la gente es agradable. (Alexandra, 17 años.)
– Hay gente más distinta, en la Pando son los mismos aburridos. (Jorge, 21 años.)

Ambas opciones también son destacadas,

La Pando es un lugar muy bonito y mucho más seguro que la España, pero me agrada ir igual a la España. (Julia, 18 años.)

Mirados desde el público que gusta de la Pando/América, los locales de la España son un territorio que se imagina peligroso. Aluden a que circula droga, borrachos, pendencieros y seres extraños no fácilmente clasificables; los "reventados" los denigran:

– La España tiene fama de tener droga. (Sergio, colegial, 18 años.)
– A mí me quisieron vender droga hace rato. (Recogido en una etnografía en la calle España.)
– Es de bajo nivel, muy zona roja. (Ximena, 24 años, universitaria.)
– Hay más atracos y es más peligroso, pero la calidad es igual. (Adrián, bachiller, 17 años.)
– Se han hecho de mala fama esos lugares. Me da miedo la verdad ir. (Marcela, 24 años, universitaria.)

La leyenda negra de la zona, la mezcolanza social que impera en ella, transmite una imagen de reyertas frecuentes y asaltos, que impacta negativamente en la juventud de clasemedia/alta. “Es un lugar muy peligroso”, nos reconvino un joven de clase media que prefiere no asistir a ella cuando comentamos nuestras visitas de estudio a la zona.

No importa que no lo sea o que no ocurra ninguna violencia con la frecuencia que se le atribuye. Se lo cree y se lo imagina así, que es lo sustantivo a la hora de definir el uso de un territorio en particular. Idéntica opinión tienen vecinos y vecinas, que prefieren no transitar por la zona mientras esté ocupada por jóvenes. Desde hace no mucho tiempo, hay en la Barba de Padilla, desde hace no hace mucho, un único guardia privado, que se limita a dar vueltas tocando su pito a modo de inútil prevención, impotente frente a la bulliciosa masa juvenil. La policía se presenta ocasionalmente, a solicitud de la vecindad o cuando se produce una reyerta grave. Una vez que el control se retira, el jolgorio juvenil vuelve a la intensidad previa. La intendencia municipal se suma a esta figura intermitente: tan pronto cierra los *pub* como los autoriza, sin que en ambas oportunidades exista una explicación convincente.

En la España se puede comer comida liviana, tomar tragos cortos y cerveza y jugar cartas, dominó y dados. La música no es estridente, lo que favorece al diálogo. No hay locales de baile y es la palabra, no el gesto cadencioso del cuerpo, el que se expresa como lenguaje.

Los locales no son cerrados. Por sus ventanas se puede seguir la vida de la ciudad. Hay poca actividad callejera, salvo por el movimiento juvenil que va de un lado para otro. El viernes en la noche y el sábado la zona cobra efervescencia; ya los jueves se siente actividad, aunque menguada. La mayor parte del público es joven de ambos sexos, aunque puede verse, como lunares, gente de más edad. El público, pese al ligero predominio masculino, es mixto, como en el resto de los locales de la calle España. Como ocurre en la Pando/América, muchas mujeres llegan solas o en grupo a encontrarse con sus amigos y amigas o a divertirse sin compañía masculina.

Un sondeo aleatorio en varios locales permite constatar que una buena parte del grupo juvenil que concurre a los café-*pub* se graduó en colegios privados o estudia en universidades privadas de "bajo prestigio social" o en la universidad pública de San Simón. Su vestimenta sugiere diversidad social y cultural. Es informal. Se observan grupos vestidos totalmente de negro, junto a otros que usan variedad de colores y tonalidades. Mucho *blue jean*, aunque también, en las mujeres, pantalones de dril, camisas y soleras a la moda.

El grueso se mantiene en los locales y no ocupa las calles con sus vehículos convertidos en bares sonoros ambulantes, salvo en la plazuela Barba de Padilla, entre la propia España y las calles Reza y Baptista. Allí hay actividad durante toda la semana, la que crece, como en otros espacios juveniles nocturnos, los viernes y sábados. Desde hace un par de años se han instalado tres café-bar: Dalí, Trotamundos y Sas. La ocupación territorial juvenil de la plazuela Barba de Padilla es diferente al resto de la España. La amplitud del espacio físico, su gran explanada de unos 600 metros cuadrados, facilita otras prácticas, como reunirse en grupo en la plazuela y sentarse en sus bancos. Enamoran en parejas o conversan en grupo mientras deciden qué hacer. No concurren personas mayores o de mediana edad; el territorio es totalmente juvenil.

En efecto, la juventud que se ha apropiado de ella durante la noche le ha otorgado sus propios rasgos y usos. Principalmente los varones —aunque la práctica no excluye a mujeres— beben en las calles animados por música estridente que proviene de sus vehículos. También en la plazuela se toma ocupando las bancas. Hay quienes intentan disimular el trago cubriendo las botellas con papeles o bolsas, mientras no falta quienes actúan con más desenfado, abiertamente. Proveerse del trago propio es más barato que ingresar en los locales. Lo traen de sus hogares, lo compran en licorerías o lo adquieren en la pequeña pulpería que se ubica sobre la España y que durante el día atiende al vecindario con pan y leche. En la noche, con el vecindario ausente, no se hace distinción entre menores y mayores, como exige la ley. En la puerta de la misma o en la vereda cercana, jóvenes y adolescentes de ambos sexos beben los primeros sorbos.

Alrededor de las 22 horas ya pueden verse los primeros efectos del alcohol. Borrachos gritando eufóricos se bambolean intentando apoyarse en las paredes de las casas de la vecindad. La jerga callejera dura en la calle aproximadamente hasta las cuatro de la mañana. De los bares, con la concurrencia menguada, también emerge música y voces que van subiendo de tono. Pasada la media noche, tras el calentamiento, el grueso se retira a otros locales, en un barrido de la zona, a su casa o a bailar a La Tirana o a Pimienta Verde a pocas cuadras de distancia. Otra opción son los locales de la Pando, como Budha o La Boom. Las discotecas "selectas" Mandarina o Life no son consideradas como opción. Saben que el ingreso es restringido y prefieren no correr el riesgo de un desencanto o un "quemo".

La calle España en su conjunto ofrece un espacio más plural, expuesto a la diversidad y al azar de un encuentro fortuito, que reta la experiencia y abre el desafío de la ruptura de reglas. Sus locales son abiertos. No hay selección en el acceso, aunque sí restricciones para ebrios. En consecuencia, no hay un libreto socialmente definido, lo que permite la presencia de sectores de disímiles biografías sociales, a condición de que puedan pagar su consumo. Se puede explorar y arriesgarse a encontrarse con desconocidos de ambos sexos.

Durante el día el parque luce tranquilo y es usado para el tránsito peatonal o para la tertulia episódica de estudiantes de los colegios cercanos. Una generación atrás, niños, niñas y adolescentes jugaban en su calzada, como si fuese la segura extensión del patio de sus hogares. En las noches de verano —nunca hasta más de las 8— las comadres se reunían a tertuliar. Hoy por hoy, a la misma hora, cuando las sombras caen, casi ningún vecino se atrevería a cruzar el parque. Cuando la ruidosa juventud emerge, se encierran en sus hogares; la luz del día les devuelve la plaza transitoriamente, hasta que la rutina nocturna recomienza y la pierden nuevamente.

Espacio público, noche y género

La ciudades y su diseño no son neutrales. Hombres y mujeres las usan y las viven de modo diferenciado. Históricamente, el espacio público y el tiempo libre han sido de dominio masculino (Berrio-Otxao, Kontexsi *et al.*, 2001). En el caso de Cochabamba, los datos

que arrojan las encuestas y entrevista realizadas no parecen mostrar grandes diferencias respecto a la manera en que las mujeres y hombres se apropian y construyen su imaginario sobre el territorio urbano. Su gramática del miedo es prácticamente la misma. Al igual que los varones, las mujeres cortan la ciudad en dos espacios imaginarios: norte seguro y sur inseguro, en base a los mismo valores cargados de discriminación social y étnica.

La identidad colectiva que comparten, en términos de pertenencia de clase, de grupo etáreo y de experiencias de vida, proveen normas, rutinas y representaciones similares que les permiten construir un "nosotros" casi sin fisuras de género. Sin embargo, esta autoidentificación, que se construye sobre todo en contraste con los otros, los foráneos, les permite una apropiación simbólica del territorio, en la que hombres y mujeres, a través de un conjunto de señales que comparten —como la ropa, los mismos gustos, los miedos, deseos y subjetividades— marcan sus límites y fronteras hacia fuera de su propio colectivo. Sin embargo, aunque pudiera asumirse que el territorio juvenil es un escenario de representaciones e imaginarios comunes que los dota de cierta homogeneidad identitaria, un tema que empieza a ser dilucidado por la literatura es hasta qué punto esta territorialidad construida por los jóvenes revela usos y sentidos del espacio diferenciados por género. Es decir, cómo las relaciones de poder de género estructuran distintas formas de nombrar los territorios, de imaginar sus límites y de recorrerlos en términos de su entidad física (Gómez, 2005 y Velásquez, 2003).

En una sociedad patriarcal como la de Cochabamba, donde el espacio público es simbólicamente masculino, los varones son los que, desde una posición de poder, ejercen su autonomía y libertad para nombrar sus espacios y sus límites de movimiento. Son ellos, merced a una socialización que exalta al "macho" a vencer el temor, considerado femenino, los que transitan con mayor seguridad las calles y aceras, en contraposición a las mujeres, que recorren estos espacios con la imagen del temor y el riesgo, que se disipa en el momento en el que logran compañía.

Las entrevistas muestran que mientras los hombres se desplazan con mayor libertad en la noche (y en el día hacia La Cancha/La

Pampa) u otros lugares catalogados como de riesgo, las mujeres transitan los mismos lugares desde una situación de mayor vulnerabilidad y fragilidad (Lindón, 2007 y Ramírez y Aguilar, 2006: 13-32). Son las amigas, los familiares o la presencia de un varón los que posibilitan el acceso a estos espacios, siempre con carácter fugaz y transitorio. Ellas prefieren los espacios cerrados, donde puedan conversar, tomar un café o fumar un cigarrillo. Los varones, en cambio, gustan más de espacios abiertos, donde reunirse en grupo, beber y expresarse con más fluidez.

A su vez, la división entre la noche y el día, que se asemeja simbólicamente a la distinción cultural entre lo masculino y lo femenino, genera otras modalidades de miedos. La noche, que representa la vivencia de lo oculto y de los extremos "no permitidos", propia del mundo juvenil, aparece desde las experiencias de género como el momento de lo masculino. Para ellos es más posible sortear el peligro, mientras que para las mujeres es momento del acecho y de los extraños, que muchas veces solamente puede esquivarse con la protección de un varón o de la familia. En otro términos, pese a que, en relación a su madres, las mujeres de clase alta/media han conquistado la noche, en ella aún están a expensas de los varones o de la necesidad de aglutinarse en grupo para sortear el temor.

En Cochabamba, entonces, la libertad femenina es acotada, tiene más trabas y vigilancia, aunque ellas se sienten más libren que sus progenitoras, recluidas en el hogar. Asisten masivamente a las universidades y tienen amplias expectativas laborales; por eso mismo, ellas resienten mucho más que los varones el no poder ocupar todos los espacios para el ocio que ocupan los hombres.

El tiempo libre ha sido por largo tiempo un predominio masculino, sobre todo en la noche, como ya vimos al analizar el caso de El Prado. Como el cuerpo y la sexualidad están en juego, las jóvenes son más selectivas y reticentes que los varones a ingresar en lugares socialmente mixtos. En sus categorías de lo que es socialmente aceptado y en establecer distinciones son más rígidas que los hombres.

Los cuerpos de las mujeres y su sexualidad acechada por gestos y miradas se convierten en espacios de miedos que recortan la

autonomía de éstas en los espacios públicos. La mayor vulnerabilidad de las mujeres frente a los hombres radica, ciertamente, en la posibilidad de ser víctimas de agresiones sexuales o de comportamiento corporales invasivos de su privacidad, "piropos" sexistas, eventuales "toqueteos"; es decir, una violencia más sutil y cotidiana, que se conoce como violencia moral, distinta de la violencia física, y que da lugar al "acoso callejero" (*street harassment*) o "acoso público" (*sexual harassment*).

Ni en el día, y menos en la noche, el transporte público en una opción. Se lo considera inseguro, sucio y desagradable. Ninguna joven entrevistada reconoce que lo tomaría. El automóvil ha supuesto la libertad para salir a la hora en que se quiera, pero el número de mujeres jóvenes y adolescentes que disponen de uno es significativamente menor que el de los varones; además, la inseguridad nuevamente se cierne sobre ellas. Temen ser asaltadas en la calle, paradas en un semáforo —"ten siempre la ventana cerrada y el seguro puesto"— o al ingresar a su garaje. "Llamo a mi casa cuando estoy por llegar, para que me esperen", es un recurso de precaución muy utilizado. Algunos casos, narrados retiradamente en los corrillos y tertulias y amplificados por la prensa, sirven de poderoso disuasivo.

El mayor temor frente a la posibilidad de ser víctimas de delito moral o físico refleja una trama cultural en que los procesos de socialización femenina en el cuarteto hogar-escuela-iglesia-TV construyen la imagen de una mujer necesariamente débil y sometida (Dammert, s.f.). Las mujeres, señala correctamente Manuel Delgado (2007: 326), siguen recibiendo "una educación sexista, entre cuyos mensajes están lo que le inculcan un temor reverencial ante lo que se extiende más allá de la puerta de su casa, donde aguardan peligros mucho peores para ellas que los que amenazan a los niños varones".

Las jóvenes mujeres de clase media/alta están sin duda mejor protegidas que su pares de sectores populares de la zona sur. Seguridad privada, solares cerrados y barrios protegidos conforman una coraza que si bien no es impenetrable, las defiende mejor cuando están dentro. Cuando desbordan sus límites, su sensación de peligro es mayor que la de los varones. Por ejemplo, mientras un 67,7% de las mujeres universitarias califican a La Cancha como bastante o

totalmente peligrosa, entre el sector masculino tal calificación cae al 51,6%. La edad no es un factor que establezca diferencia; ante la misma pregunta, un 63,1% de las mujeres que salieron bachilleres en 2007 dieron el mismo porcentaje, frente a un 48,5% de hombres también bachilleres en ese año.

Respecto a El Prado, otro lugar emblemático de peligro, las muestran un porcentaje superior en las mujeres pues un 66,6% lo consideran bastante o totalmente peligroso frente al 56,4% de los hombres. En este caso, entre el sector más joven de entre 17 y 18 años, mientras la calificación masculina es de 54,6%, en la femenina trepa al 73,9%. Datos que confirman que, independientemente de su edad, las mujeres sienten más temor a concurrir al espacio público. Estudios realizados en distintos países hallan situaciones similares y dan cuenta de que entre las mujeres el nivel de temor es mayor que entre los hombres (Dammert, 2007: 63; Berrio-Otxa, Kontxesi *et al.*, 2003)[161].

Quizá por esta misma prevalencia de una imagen sempiterna de vulnerabilidad femenina, y por un largo proceso de socialización que la educa para una vida de temor. La imagen del espacio exterior como sinónimo peligro se introduce desde temprana sociabilidad en la casa y la escuela, Para las nuevas generaciones es una prevención ineludible. Las niñas (y los niños) —tal como oyen a sus progenitores— no deben jugar en las calzadas, ir solos al parque ni tomar un transporte urbano. Las cargas del cuidado, que generalmente recaen en las madres y empleadas, se refuerzan. Acompañar a las niñas a colegio o vigilar a las jóvenes en la noche forma parte de la agenda de control y susceptibilidad colectiva. Bajo estor patrones signados por el temor, se ejercen sobre las mujeres jóvenes más restricciones y vigilancia que sobre sus hermanos.

---

[161] Los resultados de la encuesta aplicada en cinco ciudades de América del Sur en el marco del programa "Indicadores Urbanos de Género - Instrumentos para la Gobernabilidad Urbana" (Documentos CISCSA, 2002), revelan en cuatro de ellas que las mujeres perciben la ciudad como más peligrosa que los varones, y cambian sus rutinas cotidianas motivadas por el temor a transitar a determinadas horas, especialmente por la noche. Esta situación se explica porque, por una parte, la percepción de inseguridad y, por otra, la socialización temprana respecto al espacio público, marcarían también un comportamiento diferenciado de género.

Los testimonios traslucen un cierto dejo de nostalgia por un pasado aparentemente más seguro.

> Cuando era joven iba al ballet y volvía a eso de las 11 de la noche caminando hasta mi casa, sin problemas. Ahora mis hijas no salen solas en la noche, yo las llevo y las recojo. (Mónica, 44 años.)
>
> A mi hija, cuando sale en la noche, la lleva alguien de la familia o, cuando no podemos, se va en un radio taxi que conocemos hace tiempo. Mucho ha cambiando desde cuando yo estaba en la universidad e iba sola; aunque mis padres me llevaban a las fiestas y me recogían. Y eso que entonces la ciudad era mucho más segura que ahora. (Virginia, docente universitaria, 59 años.)

Para la nueva generación, la realidad es distinta

> En la noche nunca me dejan salir sola, sino voy con mi hermano, pues no voy. En el día no hay problema. (Mariela, bachiller, 18 años.)
>
> Como vivo lejos, mi mamá o mi papá me llevan hasta la fiesta o discoteca o a la casa de una amiga. Otras veces voy con mi enamorado. No me dejan salir sola ni que vuelva sola, sino me recogen; debo buscar alguien que me traiga a casa. (Raquel, universitaria, 20 años.)

En suma, para la ciudad de Cochabamba no es segura; salvo en el círculo más intimo, de familia o de amigas. Los grupos feministas en Bolivia han denunciado y han generado políticas en la última década para enfrentar la violencia doméstica; sin embargo, poco, o al menos no lo suficiente, se ha hecho para visibilizar y combatir la violencia urbana que las mujeres enfrentan en las calles, en los mercados o en los parques de Cochabamba. Ella se expresa desde los chistes, las miradas, el "manoseo", hasta las agresiones abiertas; sin embargo enfrentarlas no forma parte gravitante de las agendas de políticas de seguridad ciudadana. La construcción de espacios públicos seguros para la circulación de mujeres y niñas, como territorios donde ellas puedan vivir con dignidad y sin temor de ser agredidas, debiera ser parte ineludible de una política municipal.

Capítulo V

Reconstruir la ciudad

A manera de colofón

La pregunta principal que formuló inicialmente la investigación, *¿Cómo y por qué se produjo la paulatina transformación y debilitamiento del espacio público en la ciudad de Cochabamba, y qué impactos tuvo en la construcción de las intersubjetividades, sentidos e imaginarios urbanos de jóvenes de clase media/alta de la zona norte residencial*?, dio lugar a un debate interno en el seno del equipo de investigación, no tanto sobre las posibles respuestas inmediatas y sus implicaciones, como sobre los elementos que necesariamente serían aludidos en una respuesta que pretendiera profundizar en la crisis del espacio público y en los impactos que modelaron la construcción de subjetividades en el grupo de actores enfocado. Pronto quedó claro que este interrogante era muy vasto y sus posibles respuestas podrían dar paso a nuevos interrogantes en torno a una relación más amplia que encuadraría la anterior: la cuestión de la relación entre ciudadanía o, si se quiere, entre sociedad urbana y espacio público.

Esta reflexión condujo a que el trabajo se estructurara a partir del doble significado que se le asigna al espacio público urbano, y que no está de más reiterar: un lugar de encuentro como fuente de identidad, interculturalidad, alteridad y convivencia de unos y otros diferentes; y una forma vital de relación entre ciudadanía y espacio urbano, que asume la complejidad de una construcción social cambiante en el tiempo y, por ello mismo, susceptible de ser asumida como un producto histórico.

Se ha tratado de poner en relieve esta doble connotación. Lo que ocurre actualmente con los espacios públicos en ciudades como Cochabamba no es el resultado de episodios coyunturales, de comportamientos colectivos influidos por factores circunstanciales de intolerancia y temor, episodios anecdóticos sin mayor relevancia que aquélla que le asignan accidental o interesadamente los medios de comunicación de masas, de situaciones que, concluidos los impulsos que los motivaron, volverán a su cauce normal. Es el resultado de procesos que expresan, tanto en sus manifestaciones del momento como en el tiempo largo de su reproducción, situaciones cambiantes de actores sociales, estratos y clases que organizan usos simbólicos y pragmáticos del espacio urbano para proyectar sus aspiraciones o fortalecer sus señales de poder y hegemonía.

Por ello, lo que sucede con el espacio público constituye un síntoma de la salud del tejido social. Aquí se desnudan las verdaderas dimensiones e intenciones del discurso de tolerancia de unos y otros. Aquí se despliega la verdadera naturaleza de los ritos cívicos, religiosos o culturales, que incluyen o excluyen a unos y otros. Aquí queda al descubierto la falsedad o veracidad del discurso democrático, porque sólo en este singular sitio son los actos, y no las palabras, los que dan sentido al rol integrador de este espacio o a la conversión del mismo en un no-lugar donde las prácticas de intolerancia o la irrelevancia a la que es condenado desdibujan irremediablemente la postura política inclusiva. Es este tipo de enfoque el que finalmente pudo ofrecernos una interpretación y un significado más completo sobre lo que realmente ocurre cuando aludimos a la relación sociedad-espacio público en los tiempos actuales y a las cargas y tensiones que operan sobre la construcción de imaginarios y subjetividades.

Para ello fue necesario articular la construcción histórica de dicha relación con la realidad actual, pues sólo así se podría entender que el episodio de segmentación urbana y fragmentación social que caracterizan a la Cochabamba del nuevo milenio se vincula estrechamente con el desemboque provisional de un proceso largo que describe la evolución histórica del espacio público como contenedor de los movimientos sociales de signo señorial y popular que tuvieron lugar en los mismos, determinando sus roles cambiantes y sus momentos de interculturalidad, alteridad o segregación y exclusión.

El trabajo desarrollado examina el proceso que se articula en torno a los usos que diversos actores dan al espacio público desde las décadas finales del siglo XX (capítulo III), convirtiendo a éste en un escenario donde se despliegan clases sociales cargadas de discursos modernizantes y aspiraciones hegemónicas que escenifican rituales y aires de distinción, en contraposición con estratos populares que concurren a estos mismos espacios con sus propias identidades, bagajes y prácticas culturales. El capítulo IV enfoca la circunstancia actual que vive la ciudad, en un momento en que el espacio público tiende a declinar. Para este cometido se dirige la mirada a la interacción de un actor específico: el joven de clase media/alta como el ciudadano emergente de la primera ola globalizadora, y el espacio público urbano que es recreado y reproducido bajo los moldes culturales de un nuevo *habitus* y un nuevo modo de vida urbano, que a su vez construyen subjetividades e imaginarios de distinción e incertidumbre.

En términos generales, y considerando que no es necesario retornar al detalle de las conclusiones parciales desarrolladas al final de cada capítulo, se puede establecer lo siguiente:

1. La relación espacio público-sociedad urbana, tanto en la segunda mitad del siglo XX como a lo largo de la vida republicana de la ciudad, está signada por situaciones de tolerancia, alteridad, prácticas interculturales y situaciones de signo opuesto, es decir, de exclusión, intolerancia y diferenciación. Este rol cambiante del espacio público se despliega bajo dos circunstancias concretas: en el momento inaugural de la vida republicana (primera mitad e incluso parte de la segunda mitad del siglo XIX) y en el decenio de 1950 y parte del de 1960, cuando el espacio público asoma como un espacio "de todos", intercultural y tolerante. Otro, a fines del siglo XIX, en la primera mitad y en las décadas finales del siglo XX, cuando el mismo espacio público se fragmenta en favor de las élites locales con significados de exclusión, intolerancia y distinción[162].

[162] Ver la segunda parte de la Introducción.

2. ¿Qué determina estos roles cambiantes y estos significados contrapuestos que asume el espacio público en uno u otro momento? El análisis desarrollado nos lleva a la conclusión de que la representación de las clases sociales en el espacio público es la proyección en el plano material de correlaciones de fuerza previamente existentes en el plano ideológico, cultural, económico y social; correlación que determinan en el ámbito de lo urbano los comportamientos de unos y otros. Si se quiere, dependiendo de a dónde se incline el delicado fiel de la balanza que mide la capacidad de hegemonía de las élites modernizantes o de las clases populares, allí se inclinarán las prácticas señoriales o populares que dominarán el espacio público.

3. ¿Estas situaciones cambiantes que caracterizan el significado tolerante o intolerante que envuelve el espacio público implican similares situaciones de integración o fragmentación de lo urbano y de segmentación del cuerpo social? Los resultados de la investigación desarrollada no se inclinan por respuestas lineales a la manera de una regla de tres (a mayor contradicción social, más intolerancia en espacio público, etc.), sino a la constatación de que la integración o la fragmentación son formas externas que asumen los comportamientos sociales para marcar su posición dentro del aparato de poder, pero no necesariamente renunciando a ciertas concesiones que se permiten en relación con los otros.

4. Por ello mismo se puede afirmar, respecto a la morfología cambiante de la ciudad, que no necesariamente la ciudad compacta del siglo XIX o la ciudad que se va fragmentando a lo largo del siglo XX definen automáticamente comportamientos sociales vinculados mecánicamente a la dinámica evolutiva de la forma urbana y del espacio público. Así, en el siglo XIX, la ciudad compacta heredada de la Colonia cobija simultáneamente un momento inclusivo e intercultural en el consumo social del espacio público y otro, francamente excluyente, cargado de tonos racistas y discursos señoriales que permiten consolidar una zona comercial que se imagina "moderna" frente a una zona sur considerada como espacio aldeano atrasado y opuesto al ideal de progreso, incluso formalmente separada por una

frontera interna (la antigua Pampa de las Carreras convertida en avenida Aroma) que divide ambos universos. Habrá que esperar hasta las postrimerías del siglo XX para que se produzca una reconfiguración similar del espacio urbano, esta vez bajo el cobijo de la modernidad mundializada.

5. En la primera mitad del siglo XX, bajo el impacto de las novedades tecnológicas (electricidad, nuevas opciones de comunicación, de transporte, de acceso a las modas, etc.) que cambian el imaginario y los modos de vida de las clases propietarias, la consagración de los principales espacios públicos de la ciudad como espacios que representan simbólicamente el poder de las élites se hace más marcado. Sin embargo, no se puede hablar con propiedad de segmentación social y cultural, pese al tono radical que imprime la separación de los cuerpos de la clase social distinguida del resto de la plebe valluna. Ocurre que si a la hora del ritual público y la ceremonia que pone en juego la distinción del prohombre que ostenta una posición de privilegio en la pirámide social, sus aires y poses delicadamente estudiadas corresponden efectivamente al prototipo del hombre moderno cargado de misiones civilizatorias en relación con el resto premoderno. Sin embargo, disipados los despliegues de ostentación, renace en el curso de su vida cotidiana una personalidad distinta: el antiguo patrón condescendiente con sus inferiores convertidos en ahijados y querendón de la cultura popular a la cual pertenece en realidad y en la que se afincan potentes raíces que no desea cercenar. Entonces la prestancia modernista y la utilería que se escenifica en el espacio público no implican necesariamente un rompimiento con la identidad que proporciona el terruño. Lo único diferente es la formalidad. En unos momentos, el espacio público sirve para que estos valores se practiquen en conjunto; en otros, ciertos espacios de la ciudad se convierten en lugares de apariencia ritual, en tanto que otros, como La Cancha, conservan su viejo papel inclusivo.

6. Esos rasgos están presentes con énfasis mayores o menores en todo el proceso analizado. La separación modernidad-tradición que involucra al espacio público es más ritual que estructural, tanto en el siglo XIX como en gran parte del siglo XX, por lo

menos hasta la primera mitad del decenio de 1980. En este prolongado arco de tiempo podemos afirmar, una vez más, que la ciudad se fragmenta, se convulsiona, desdibuja su imagen tradicional, se zonifica, adquiere aires de urbe internacional, asume una escala de contornos metropolitanos, pero no se segmenta.

7. Entonces, ¿cuándo la ciudad merece el duro calificativo de *fragmentada y segmentada*? En la última década del siglo XX y en los primeros años del presente. Se puede decir que este es uno de los resultados o consecuencias de la revolución tecno-cultural que trae consigo la globalización. No es el caso repetir lo que se argumenta en el capítulo II o en los capítulos finales. Simplemente cabe reiterar que las NTCI, las políticas neoliberales y la alternativa inédita de vivir la modernidad bajo imaginarios virtuales con gran poder de persuasión terminan provocando una segmentación en la reproducción de los imaginarios culturales, que antes eran más o menos coincidentes. La cultura global no admite concesiones, su oferta es un paquete cerrado de consumo obligatorio: vivir la globalización es romper con las raíces propias y adquirir una identidad que no se mueve en función de procedencias, orígenes y territorios, sino en función de nuevas formas de valorar el propio yo despojado de su entorno social. Es decir, construyendo un yo extremadamente personalizado, egoísta y selectivo, que se siente parte del mundo moderno, de una ciudadanía que disfruta de altos niveles de consumo y que no sólo se aleja de los referentes culturales que digitan sus antecedentes originarios, sino que, como no los puede borrar, los ignora y los hace invisibles.

8. La ciudad se segmenta cuando estratos sociales de clase media/alta tienen la suficiente fuerza como para pasar del sentimiento moderno o posmoderno a la construcción de un referente material urbano que los represente. Una burbuja cuya fuerza no está en su dimensión real o en el todavía desprolijo paisaje urbano que recrea, sino en su capacidad de ignorar el resto urbano, de prescindir de él, de anatemizar el viejo lugar de encuentro y alteridad —La Cancha— y de representarlo como el sitio antagónico y peligroso para los valores de esta nueva identidad.

9. ¿Cómo se llega a esta situación? La mirada histórica desarrollada ha permitido constatar la vinculación del rol cambiante del espacio público con los equilibrios o desequilibrios que evidencia en distintas coyunturas la composición social del aparato de poder regional. Así, en los primeros años republicanos, el avance de lo popular sobre el antiguo espacio del poder colonial, poblándolo de chicherías y convirtiéndolo en sitio de sonadas fiestas donde la mezcolanza social no escandalizaba a nadie, sólo es pensable en un momento de "vacío de poder", cuando, luego del derrumbe del poder colonial, las élites criollas republicanas fuertemente diezmadas por la prolongada y sangrienta Guerra de la Independencia no están en condiciones de imponer de inmediato su hegemonía, y deben pasar muchas décadas antes de que esto sea posible. La Cochabamba que contempla D'Orbigny es la que corresponde a una sociedad en transición, en la que criollos y mestizos comparten parcelas de ese poder. Otro momento, no similar pero susceptible de guardar cierto paralelismo, es el que ocurre cuando se derrumba el poder hacendal en 1952-1953, oportunidad en que las huestes rurales de ex colonos y piqueros organizados en milicias campesinas violan los sacrosantos espacios públicos de la vieja oligarquía terrateniente y los convierten en espacios abiertos y democráticos. Una vez más, esto sólo es posible ante un nuevo "vacío de poder" que deja la clase social que se desploma, sin que el variopinto bloque social que le sucede logre erigirse como clase dirigente hegemónica, debiendo pasar otras tantas décadas para que el viejo orden se recomponga cargado de nuevos ropajes. Luego, los momentos de aristocratización y segregación del espacio público corresponden a momentos similares de fortaleza de las élites regionales. Los últimos decenios del siglo XIX, la primera mitad del siglo XX y los decenios posteriores a 1960 y anteriores a 1990 corresponden a esta situación.

10. Sin embargo, este proceso de momentos alternos de avance de la cultura popular sobre el espacio público de las élites, y viceversa, sufre una ruptura. El desgaste del neoliberalismo y su bancarrota política posterior en los primeros años del siglo XXI abren paso en 2005 al primer gobierno detentado por un representante de los pueblos andinos originarios. Una vez

> más se hace del poder, y en forma democrática, un poderoso movimiento popular. Sin embargo, no se repiten las escenas de fiesta popular que culminen con la ocupación simbólica del territorio de la clase social en retirada. Por el contrario, desde un primer momento quedan demarcados los ámbitos de despliegue de unos y otros y las tensiones consiguientes se agudizan. Se tolera que el antiguo centro urbano y amplias zonas de la ciudad sean ganados por la economía informal, que la plaza principal, e incluso en cierta medida El Prado, pierdan su carácter de centros y símbolos del poder local y regional. Pero no se tolera que el nuevo centro de La Recoleta y en general la zona norte (Cala Cala y Queru Queru) sea importunada por el fortalecido proceso de cambio que anuncia el nuevo gobierno. Se establecen nuevas fronteras y, sin duda, no resulta casual que el 11 de enero de 2006 se enfrenten en forma cruenta y salvaje dos facciones irreconciliables, una defendiendo el territorio que contiene la materialización de los imaginarios modernistas y otra intentando acabar con este espacio de exclusión. Por primera vez la ciudad contempla una confrontación directa entre grupos socialmente antagónicos, expresando este infausto episodio la profundidad de la segmentación social y cultural existente, ahora acompañada de una agudización de la fragmentación del espacio urbano.

De esta manera, es posible resumir una respuesta a la primera parte de la pregunta planteada (*¿Cómo y por qué se produjo la paulatina transformación y debilitamiento del espacio público en la ciudad de Cochabamba*?), reiterando que la declinación del espacio público en términos de un agotamiento de su calidad intercultural, de su condición de espacio de tolerancia, alteridad y de su capacidad de irradiar imaginarios identitarios vendría a ser una consecuencia del proceso de segmentación social y cultural en los términos anteriormente descritos. Por tanto, no es la fragmentación urbana la que debilita la calidad del espacio público, sino la ruptura y segmentación de los imaginarios culturales que se articulan en torno a una imagen y visión de ciudad, ahora profundamente diferenciada. Se trata de la fractura de los *habitus* conciliadores, como diría Bourdieu, y de los hábitos de vida, ahora profundamente diferenciados y distanciados, como podría sugerir Manuel Delgado.

Respecto a la segunda parte de la pregunta de la investigación: *¿qué impactos (de la globalización y la segmentación) produjeron en la construcción de las intersubjetividades sentidos e imaginarios urbanos de jóvenes de clase media/alta de la zona norte residencial*? Los resultados obtenidos permiten desarrollar las precisiones que siguen a continuación:

1. Comencemos por la cuestión de la territorialidad.

   Inicialmente vale la pena contrastar cómo percibían los espacios públicos los papás de la generación actual de jóvenes (la generación de los cincuenta y sesenta). Pese a los avatares políticos de su tiempo, la ciudad era percibida como un ámbito seguro, seguridad que se irradiaba desde la saludable vida social cohesionada de los barrios y apuntaba hacia una apropiación del espacio público más abierta e intercultural. Los jóvenes de clase media / alta de ese tiempo, hombres y mujeres, aceptaban compartir los mismos lugares (cafés, boliches, espacios públicos) con jóvenes socialmente diferentes, y no pocas amistades duraderas entre distintos se tejieron en ese medio social permisivo. No obstante, un rasgo peculiar que los caracterizaba es que eran "una generación del día", aun cuando la jornada lúdica o celebratoria podría prolongarse hasta las primeras horas de la noche: bailes en los *tunkus* vespertinos o algún trasnoche en las funciones de cine. En todo caso, si existía algún temor, era, como ya anotamos, el susto ante un mal encuentro con alguna patrulla represiva del gobierno militar de turno. Por ello, los espacios públicos —plazas, calles, esquinas, incluso muy adentro de las zonas sur o norte— se ocupaban sin temor, hasta con desenfado y confianza total de que nada podría ocurrir en los mismos. El paseo cotidiano y semanal de estos jóvenes tomaba como punto de referencia y reunión la universidad estatal, de donde era normal caminar a El Prado para tomar unas "chelas" (cervezas) o ir a curiosear novedades en La Cancha. En síntesis, *toda la ciudad* era un territorio juvenil.

   Sin embargo, la actual territorialidad juvenil expresa diferencias sustanciales: la ciudad ya no es percibida con la benignidad de la anterior generación. Imaginarios de segmentación se han hecho presentes ahora para delimitar el territorio urbano y calificar zonas seguras e inseguras. La imagen de conflictividad

se ha acentuado tras el triunfo de Evo Morales en las elecciones presidenciales de 2005 y los violentos conflictos del 11 de enero de 2007 que mostraron la alta polarización en la ciudad; la que nunca, bajo el discurso del mestizaje, aparentemente integrador, se había reparado.

En concreto, estos imaginarios juveniles dividen a la ciudad de Cochabamba en un Norte con atributos positivos —lugar más seguro, limpio, agradable— y un Sur negativo —peligroso, sucio, desordenado, habitado por gente sospechosa (delincuentes, cleferos, pandillas)—. La frontera es claramente de raíz social y étnica, con sesgos racistas. En este segundo están los sitios más peligrosos de la ciudad: La Cancha, la terminal de buses, la avenida Aroma. La noción de sospecha, particularmente desde la confrontación del 11 de enero de 2007, puede extenderse a cualquier habitante del Sur, a cualquier "diferente".

En consecuencia, los jóvenes de clase media / alta ya no ocupan el espacio urbano con el antiguo desenfado de sus progenitores, y reconocen menos todavía el espacio público en general como propio. Por el contrario, construyen imaginarios de territorialidades propias y ajenas, sean éstas educativas o lúdicas. Lo propio es el recinto seguro donde impera la sensación de protección, donde "los míos" están a la vista, me rodean, me acogen, me entienden y me defienden de extraños y extrañas, si fuera el caso. Todo lo que está fuera de este recinto es el espacio ajeno, donde habitan "otros" ("¡no sé quiénes serán!"), potencialmente peligrosos porque son diferentes a *mí y a los míos*, gente agresiva capaz de "hacerme daño" sin mediar razón. Prejuicio de plataforma racista.

Este es el cimiento de miedo con el que se construye una cápsula urbana de seguridad, no sólo la urbanización cerrada, el condominio-fortaleza y el barrio cercado, sino que tal *praxis urbana* se extiende a la forma de ocupación del espacio público por los jóvenes de ambos sexos analizados. La oferta de protección privada halla en el temor un pretexto para expandir y para especular.

Su territorialidad es flexible, una suerte de *territorialidad nómada*, porque está sometida continuamente a la evaluación de lo

seguro-lo inseguro. Además algo esencial: no es una territorialidad diurna, sino esencialmente nocturna: esta es la *generación de la noche*, como veremos más adelante. Observemos algunas pautas de este comportamiento.

Al inicio de la investigación, eran tres los lugares elegidos por los jóvenes de ambos sexos de clase media/alta: dos entre la avenida América y Pando, concretamente alrededor de dos locales, las discotecas Life y Mandarina, sin embargo sitios eventuales siempre sometidos a la evaluación mencionada. Anteriormente este grupo prefería reunirse al sur de la avenida Pando, en las vecindades de la plazuela de La Recoleta y el Boulevard, pero emigraron hacia el sector mencionado, porque este último fue ocupado por "otros jóvenes" adinerados de otras zonas de la ciudad ("¿quienes serán?") con los cuales se juzga prudente "no mezclarse".

Otro recinto urbano diferente son los cafés de la calle España, cuyos clientes habituales (jóvenes de la UMSS, de universidades y colegio privados de perfil social bajo e incluso de colegios fiscales) califican a los jóvenes de la Pando en general como "jailones" (*high life*), "hijitos de papá" y "aburridos", considerando que en este recinto hay más libertad para conocer amigos. Naturalmente los aludidos piensan que a la calle España concurre gente agresiva, se comercia con droga y hay muchos "reventados" (drogadictos), por lo que es un espacio público indeseable y peligroso.

En fin, al concluir la investigación se constató que los jóvenes de clase media/alta ya no concurren a los sitios que antes habían ganado su preferencia. Se amparan en filtros de contenido racista que preserven su distinción y capital social (la Pando ha sido *invadida* por gente extraña y de mucho dinero, pero de otra procedencia social "chola", afirman, y las discotecas ya no son muy seguras). Para evitar los contactos se han desplazado —la territorialidad es móvil—, se han recluido hacia la avenida América o han permanecido en sus cómodos hogares, los que eventualmente, y talvez por turno, se convierten en discotecas y lugares de celebración de un siempre abultado calendario de cumpleaños y otros motivos festivos.

En suma, los jóvenes de clase media / alta no construyen territorialidades duraderas; su praxis respecto al espacio público es condicional y mediada por rígidos criterios de seguridad / inseguridad y distinción. Si momentáneamente se afincan en un lugar que promete seguridad, permanecen allí, pero si luego comprueban que dicha seguridad ha sido violentada por *otros*, no aceptan alternar con ellos, no aceptan *mezclas*; por ello son jóvenes nómadas.

2. En relación con la percepción que estos jóvenes tienen de la ciudad y sus espacios públicos.

¿Cómo perciben la ciudad los jóvenes de clase media / alta? Por lo investigado, no cabe duda. Su percepción de la ciudad es a través del miedo y la segmentación social, cuando no étnica. Son altamente sensibles a las imágenes de violencia, crimen y delito que les trasmiten los medios de comunicación. A partir de ello y de lo que les dicen el colegio y sus padres, construyen imaginarios de desconfianza y miedo. Este sentimiento los obliga a aglutinarse en torno a grupos fuertemente restringidos —esencialmente los compañeros del colegio o la universidad privada—, para preservar su homogeneidad social, fuente, en su imaginario, de su seguridad.

En estos grupos o *cuerdas de amigos y amigas* se reproducen imaginarios de lo deseable: se ven y se consideran jóvenes del primer mundo, pueden acceder a los estándares de consumo de sus congéneres globales; este es su referente en cuanto a construcción de valores culturales e identidades. Los mecanismos consumistas de la globalización difundidos por las NTCI encuentran aquí un nicho de consumidores fieles a este mensaje. En este ámbito se construye también la contraposición ideológica con el otro, el peligroso, se descubren las diferencias y se edifican brechas virtuales insalvables. Desde esta lógica, que rompe con la memoria histórica, el sentido de barrio y los valores locales, otrora considerados la argamasa de la personalidad valluna, lo racional es la separación, la segmentación, la consideración de que lo que está más allá de las fronteras mentales erigidas que protegen *mi mundo* de distinción es peligroso ("puede hacerme daño").

Ello explica que los jóvenes de ambos sexos de clase media / alta se retiren del espacio público urbano como La Cancha, la Plaza de Armas, El Prado, y busquen continuamente otros espacio apropiados, conservando el sentido de lo público pero privatizados. Luego, el uso del espacio público por estos jóvenes es esporádico e instrumental. Concurren a la plaza principal sólo para hacer algún trámite; recorren el centro comercial tradicional para comprar calzados de Bata o algo similar, muy específico; van a La Cancha, los jóvenes a veces solos pero las mujeres siempre en compañía, para comprar artículos electrónicos o alguna ropa en las galerías comerciales adyacentes, nunca en las casetas ("allí reina el peligro, pasa cualquier cosa"), van al Prado algún domingo con sus padres, en fin, sólo por razones prácticas ingresan a los recintos que se encuentran más allá de su imaginario de seguridad, cumplen su cometido y luego abandonan rápidamente el lugar. No permanecen en él, no pasean, no se detienen. El sentimiento de inseguridad domina su natural curiosidad juvenil.

Es decir que entre los jóvenes de clase media / alta no existe una percepción de la ciudad en términos integrales, sino sólo en términos instrumentales: la relación espacio seguro-inseguro. Si salgo del recinto considerado seguro, sólo lo hago por razones prácticas, para satisfacer una necesidad concreta; una vez cumplido este cometido, retorno cuanto antes al recinto que considero protegido. No paseo por la ciudad y menos concurro al espacio público. Esta conducta es bien resumida por una joven protagonista: "finalmente no importa dónde me encuentre, sino con quiénes estoy en ese momento".

3. Finalmente, observemos la nocturnidad (la noche) y sus protagonistas.

Afirmábamos que esta es la generación de la noche. Pareciera, en principio, una actitud algo contradictoria, pues la noche está asociada, por una milenaria tradición, con los imaginarios del miedo; es la hora de los misterios insondables y los seres de la noche son necesariamente temibles. El común de la gente considera que si algo le tiene que ocurrir algún día, es preferible que sea de día y no de noche. Por lo menos eso pensaba la generación anterior.

Sin embargo, los jóvenes de clase media/alta, e incluso otros que no corresponden a esta categoría, han ocupado la noche como espacio de expresión lúdica. ¿Cuál es la razón de este comportamiento? La investigación ha permitido establecer que los jóvenes actuales asumen la noche como una forma de salir del control paterno e incluso sustraerse del control normativo que fija el Estado. Sin embargo, este apropiarse de la noche tiene lugar en el marco del desarrollo de estrategias protectivas. La regla de oro esencial es que *en la noche sólo estás con quien conoces, no con desconocidos*. Este es seguramente el germen del sentido asociativo de estos jóvenes. Salgo de noche, pero sólo lo hago *con el grupo de los míos* y me dirijo al sitio que entre todos consideramos apropiado para *nuestra seguridad*. Además, no se retorna al hogar a media noche o en las primeras horas de la madrugada, salvo que sea en nutrida compañía. Lo usual es que se retorne en las primeras horas del día. Para ello, siempre existe la casa acogedora de alguien que vive cerca. Esta alternativa es parte importante de esta estrategia, sobre todo en el caso de las mujeres.

Esta vivencia nocturna también desarrolla un sentido de territorialidad y un cierto recorrido. Suele iniciarse en Las Tierritas (avenida América y Villarroel), donde se realiza el precalentamiento, para proseguir luego en la tierra segura de la discoteca preferida. En términos más generales, la nocturnidad juvenil se extiende por unos tres kilómetros, como una delgada y serpenteante línea que incluye un abultado equipamiento de restaurantes, *fast food*, comida callejera, cafés, salas de baile y hasta una batería de cines. Todo este periplo va desde la avenida América en un extremo, hasta la calle Ecuador entre 25 de mayo y España en el otro. Dentro de este espacio ocupado por noctámbulos se pueden distinguir dos subespacios —por una lado, la avenida Pando y la América, y por otro, la España—, cada uno con sus respectivas prolongaciones y territorialidades. Colocado a la manera de un hito central, se encuentra el cine Center (parece ser que su nombre no es fortuito): patio de comidas, juegos y cine, que opera como una suerte de bisagra para enlazar a los ocupantes de ambos territorios, aunque en realidad esta es una suerte de *tierra de nadie* donde transitoriamente pueden compartir el mismo

espacio, pacíficamente y sin mezclarse, jóvenes de territorios y nocturnidades diferentes.

En suma, las y los jóvenes de la noche viven la experiencia urbana en forma condicional: fuera del control paterno y el qué dirán de adultos intrusos y fuera de las regulaciones del orden institucional que impone la sociedad a los habitantes diurnos. Son ellos/as, con sus lógicas de seguridad y convivencia, los que fijan *sus normas*; con ellas regulan la apropiación de la noche y construyen sus propios territorios. La seguridad se da en el *nosotros,* como una comunidad que comparte valores.

Por último, una preocupación final: como en todo proceso social que involucra al conjunto de ciudadanos independientemente de su condición de clase, el fenómeno de erosión de las condiciones de convivencia, tolerancia e interculturalidad, que de alguna manera caracterizaron a la Cochabamba de otros tiempos, ha generado obviamente muchos perdedores —el conjunto de los habitantes urbanos—, pero también, por irónico que esto parezca, unos pocos ganadores. En efecto, el síndrome de la inseguridad y el miedo urbano —y este es un otro efecto de la globalización sobre las ciudades—, ha creado condiciones para convertir estos pavores en mercancía lucrativa: de esta manera, han surgido desde fines del siglo pasado, ofertantes de seguridad privada, cuya aceptación se convirtió en su momento en un verdadero *boom* de empresas de corte policial que inundaron los diferentes barrios de la ciudad. Por otra parte, emergen un mercado y ofertantes de la "vivienda segura", no sólo comercializando con notable éxito cada vez más sofisticados sistemas de alarma, sino introduciendo el modelo de "ciudad amurallada" bajo la forma de, igualmente exitosas, edificios, urbanizaciones cerradas y condominios diversos. En esta práctica que apela a los imaginarios del miedo, se oferta una "arquitectura de la seguridad" donde especuladores de tierras, empresarios de la construcción y empresarios de la seguridad privada, son sin duda los ganadores antes aludidos, a costa de la segmentación del espacio urbano y la convivencia ciudadana.

Recomendaciones para políticas municipales

Por último, queda pendiente reflexionar sobre una cuestión candente, que sin duda, a estas alturas, agobia al lector: *¿Qué hacer con los espacios públicos en la ciudad de Cochabamba?*

No es necesario enumerar los problemas que agudizan la declinación del espacio público urbano, y sobre los que se ha reflexionado extensamente a lo largo de la investigación. Simplemente los sintetizamos en tres aspectos cuya acción combinada puede ser considerada responsable de la situación de crisis: la creciente fragmentación e incluso atomización del espacio urbano, la segmentación social y cultural y el debilitamiento del rol del Municipio de Cochabamba para una gestión más eficaz del espacio público.

A lo largo de los distintos capítulos desarrollados se ha podido comprobar, una y otra vez, que no es la virtud del objeto-espacio, sino la forma en que la sociedad hace uso de éste, revistiéndolo de significados incluyentes o excluyentes, lo que determina la calidad del espacio público. Sin embargo, una larga tradición principista y teórica que afianza la condición de instrumento técnico que exhibe la planificación urbana, reduce la ciudad a un artefacto compuesto de objetos de dimensión urbana y de sujetos (la población) reducida a categoría de estadística demográfica (tasa de crecimiento, proyección poblacional, ocupación, actividad económica, etc.) o a estadística geográfica (densidad de habitantes/hectárea, uso del suelo por la población, etc.).

El eje principal de la intervención que realiza la planificación urbana parte de una hipótesis y una práctica que a estas alturas se podría considerar anacrónica: que el orden espacial de los objetos presupone y condiciona el orden social de los sujetos. En consecuencia, la práctica de la planificación debe dirigirse esencialmente a promover en la ciudad este presupuesto, de donde se deriva que una sabia zonificación de la ciudad, un adecuado orden de su sistema de flujos, una equitativa disposición de los espacios públicos y los equipamientos, es decir, un macro y micro diseño pertinente de la ciudad funcional, logran por sí mismos armonía social.

Sin embargo, tanto desde una perspectiva diacrónica como sincrónica, la evolución de la relación espacio público-sociedad ha demostrado que tales presupuestos naufragan constantemente frente al oleaje de una realidad implacable. ¿Qué es lo que anda mal, la teoría de la ciudad o la ciudad que no se ajusta a la teoría? Lo primero, sin duda. Manuel Delgado (1999) nos proporciona una primera e importante pista: "La ciudad no es lo urbano". Sugiere que la ciudad es el objeto espacial caracterizado por la presencia de un conjunto de hechos arquitectónicos edificados y estables, donde habita una población densa y heterogénea. Lo urbano, sin embargo, es una categoría muy diferente: es el estilo de vida marcado por una trama compleja de momentos relacionales, deslocalizados y precarios, un proceso en que se integran en forma permanente movilidad espacial y vida cotidiana. Lo urbano se refiere a los hábitos de vida o estilos de vida, es decir, a comportamientos fluctuantes, aleatorios, fortuitos, siempre construyendo las condiciones de desarrollo de la vida social. El autor citado es todavía más explícito cuando afirma que la diferencia entre 'ciudad' y 'urbano' es análoga al viejo principio de la teoría arquitectónica que permite distinguir entre *estructura* y *decoración*. La primera, señala Delgado, remite a la ciudad en términos de un tiempo largo (un periodo histórico), una configuración de estructura física urbana que puede perdurar por décadas o siglos; en tanto la segunda, el utillaje decorativo, se refiere a una realidad urbana cotidiana que cambia de hora en hora, hecha de imaginarios, sensaciones, impulsos mentales; una dinámica que nos coloca en la estética del suceso inmediato.

Desde esta última perspectiva, el espacio público se asemeja a un escenario donde se producen infinidad de entrecruzamientos y bifurcaciones, como un lugar de escenificaciones donde unos y otros estilos de vida se interpelan y se entienden.

Uno de los problemas más sensibles para una intervención sobre el espacio público radica en la confusión entre 'ciudad' y 'urbano', entre objeto y sujeto. Desde muy atrás y hasta la actualidad, se concibe el espacio público como un simple objeto al que es posible proyectar, diseñar y edificar, cuya materialización se vincula a un presupuesto financiero y a un despliegue de medios técnicos. Ciertamente, esta es la parte del espacio público que corresponde a la categoría de componente de una estructura urbana física. Sin embargo, el ejercicio

de esta metodología ignora el componente "urbano", es decir, la dinámica del despliegue de los hábitos o estilos de vida que debieran encontrar en el seno de este objeto una atmósfera propicia para el encuentro, la alteridad, la interculturalidad, el reconocimiento mutuo y la tolerancia; es decir, un conjunto de materiales invisibles, pero tan importantes o más que los visibles, por dar sentido al rol social y cultural de dicho espacio.

Superar esta anomalía implica una necesaria reconsideración sobre los viejos conceptos que guían la planificación, si se quiere retornar a las fuentes, pero también beber de fuentes alternativas. Esta es, entonces, una primera tarea que debe encarar la institución municipal. Sin embargo, la cuestión no es tan simple; se trata de un problema de reeducación de los agentes de la gestión urbana, si no de un replanteo a fondo de lo que es la ciudad en el mundo globalizado y de la naturaleza de los factores que modelan o distorsionan su espacialidad y su calidad urbana. Se trata de incorporar a la gestión del espacio urbano la variable cultural desde un eje más sociológico y antropológico. Se trata de comprender a fondo que ordenar el espacio urbano no es sólo una operación de despliegue técnico y creatividad estética, sino un proceso de negociación social y de participación del conjunto diverso de actores[163].

Retornando a la esencia de la pregunta, luego de esta aclaración necesaria, la enfermedad que amenaza al espacio público en Cochabamba no emerge necesariamente de la falta de calidad urbanística de este espacio, aunque ciertamente el déficit de este componente, sumado a la penosa condición paisajística y funcional que exhiben los mismos, es significativo. Si la cuestión se redujera a multiplicar las áreas verdes, los parques, los jardines y las plazas públicas e incrementar la calidad ambiental de los recintos existentes, el problema se limitaría a una cuestión de presupuesto y a mayor atención municipal para superar una crisis simple, de orden cuantitativo.

---

163 Si se quiere, homologando un lugar común entre los arquitectos, así como la casa no puede proyectarse y concebirse a las espaldas de los dueños (la familia) y los promotores, la ciudad tampoco puede planificarse, organizarse, desarrollarse a espaldas del conjunto de actores que consumen el espacio urbano para producir y reproducir vida social urbana.

Lamentablemente, la declinación del espacio público no se evita con esta medicina tradicional. Se ha observado que el ingrediente central de esta tendencia no es la inexistencia de espacio público, sino la inasistencia ciudadana al mismo. Es la conversión de dicho espacio en un no-lugar, en un sitio peligroso que cobija a gente indeseable, que está invadido por los otros con los cuales no existe posibilidad de alteridad. Una persistente campaña mediática asocia al espacio público con escenario de crímenes. Jordi Borja esboza un diagnóstico perfectamente aplicable al caso de Cochabamba:

> En la ciudad no se teme a la naturaleza sino a los otros. La posibilidad de vivir, o el temor a la llegada súbita de la muerte, el sentimiento de seguridad o la angustia engendrada por la precariedad que nos rodea, son hechos sociales colectivos urbanos. (2005: 203.)

La ciudad nunca ha estado exenta del miedo. La delincuencia, los crímenes y los robos son tan antiguos como la propia Cochabamba. Lo que ha cambiado es la percepción que se tiene sobre estos hechos. Los miedos que causaban las epidemias del siglo XIX, particularmente la de 1878-1879; los miedos de la clase gamonal aterrorizada por la inminente invasión de la ciudad por turbas de indios armados sedientos de justicia, en el invierno de 1952; los temores represivos que experimentaban todas las noches los adversarios del MNR en los años posteriores a la Revolución Nacional; similares temores de los militantes de izquierda durante los regímenes militares, no fueron menores a los actuales. Sin embargo, la ciudad conservó prácticas de alteridad y tolerancia en espacios públicos como La Cancha aun en los momentos más críticos.

Sin duda, la clase de miedo que experimentaron otras generaciones de ciudadanos en Cochabamba es diferente a los miedos del presente. Los antiguos miedos tenían fuentes concretas, o eran miedos causados por déficit sanitarios subsanables o miedos administrados por el Estado represor. En todo caso, miedos pasajeros. Sin embargo, los nuevos miedos son difusos, no tienen un referente material identificado: es el miedo a los otros, a la diferencia. Su construcción es ideológica y cargada de maniqueísmo: los otros son la fuente de mis miedos, representan el mal a priori. No sólo son delincuentes potenciales o efectivos, sino que, aunque no lo fueran, todos los que

piensan, visten, huelen y se comportan de manera diferente a mí, son por ello mismo, peligrosos de todas maneras.

Este es, como ya aludimos, un tipo de miedo que conduce a la agorafobia, al deseo de evitar los espacios abiertos, de encerrarme en mi casa para evitar a esos otros indeseables que no sé quienes son ni qué intenciones malignas tienen. Se trata de una enfermedad social[164] que invita a negar la ciudad y sus espacios públicos y promueve el enclaustramiento, la exclusión de la vida colectiva; en suma, la segmentación del cuerpo social y la separación de los cuerpos físicos. Es decir que crea espacios de exclusión y se refugia en la arquitectura del miedo: las urbanizaciones cerradas, los condominios y edificios vigilados, los barrios cercados y enrejados, los policías privados al acecho, los sistemas de alarma activados y los mastines sueltos. Incluso se estimula el recrear espacios públicos privados dentro de *shopping*, complejos de cines, supermercados. Las actitudes defensivas terminan agudizando la fragmentación urbana y exacerbando la segmentación social, al punto de diferenciar y clasificar la ciudad ya no por sus funciones o atributos, sino por sus cualidades de espacio seguro o inseguro. Este es realmente el tipo de problema que debe resolverse para que el espacio público no muera y prospere una amenazante realidad de ciudad convertida en la fantasía tétrica de *Blade Runner* o *Matrix*.

Entonces, volvemos a la cuestión de: ¿qué hacer? Borja sugiere que:

> La ciudad debe conquistarse contra el miedo a salir del marco protector del entorno familiar conocido, venciendo el riego de meterse en el ruido y la furia urbanos, superando las frustraciones que comporta no obtener inmediatamente todo lo que las luces de la ciudad parecen ofrecer. (1999: 231)

¿Pero cómo conquistar la ciudad contra el miedo? ¿Cómo superar los efectos de la segmentación, la distinción y la búsqueda de islas

---

164 Recordemos con Borja que la agorafobia urbana "es el resultado de la imposición de un modelo económico y social que se traduce en una forma esterilizada de hacer ciudad [...] La agorafobia es una enfermedad de clase social, ya que sólo se pueden refugiar en el espacio privado las clases altas" (1999: 211).

de seguridad y homogeneidad social que alienta la clase media/ alta? El propio Borja añade: evitando hacer *urbanismo sin ciudad*, es decir, superando la vieja idea de que el orden de los objetos urbanos está dotado de virtudes sociales terapéuticas. *Hacer ciudad* significa organizar espacios urbanos con los ciudadanos y no contra ellos. Por tanto, *hacer espacio público* implica cristalizar lugares de encuentro con los usuarios, permitiendo que la calidad espacial de esos encuentros sea sugerida por los propios actores. Al respecto, una vez más, Borja define tres condiciones para diseñar el espacio público:

- La creación de espacios que refuercen identidades
- El reconocimiento de las diferencias
- La existencia de momentos y lugares de expresión universalista (1999: 221)

Con relación al primer aspecto, se subraya la necesidad imperiosa de pensar espacios públicos como lugares de identidad, de memoria, de convivencia y no sólo como sitios de circulación o paseo. Estos sitios deben contar con un contenido especifico de género para hacerlos más habitables y seguros para las mujeres. En segundo lugar, como espacio de reconocimiento y aceptación de las diferencias, como sitios proclives a la interacción de las alteridades y las interculturalidades, es decir, el espacio público como tribuna abierta donde unos y otros exhiban y trasmitan sus visiones de ciudad y cultura. Por último, debe entenderse dicho espacio como lugar de expresiones cívicas, identitarias y culturales que trasmiten un sentido de universalidad que ayude a superar los temores de unos contra otros.

En las políticas urbanas de seguridad el enfoque de género es ineludible: son las mujeres las que mayormente sufren por su exposición al espacio público, incluso si este es regulado y homogeneizado por filtros y seguridad privada. Las ciudades no son neutras. Para la experta Ana Falú, el trabajo coordinado entre el área mujer, el municipio local y las redes de mujeres posibilitará "preguntarnos cómo podemos abordar esta temática de la inseguridad, de la violencia desde una perspectiva que distinga la vida de las mujeres, las relaciones de género entre hombres y mujeres, y de qué manera esa violencia que ya se ha reconocido en la sociedad como un flagelo, que es la violencia que se da puertas adentro, la violencia privada, tiene

de alguna manera una vinculación, un continuo en esta expresión de la violencia urbana en relación a las mujeres".

Es necesario, por tanto, que la política municipal de género incorpore la violencia urbana como un flagelo a combatir mediante campañas de sensibilización y seminarios con distintos actores y actoras.

Sin duda, esta tarea supera lo que el arsenal urbanístico tradicional pueda ofrecer, pero también es preciso desarrollar políticas culturales desde el Municipio de Cochabamba que favorezcan el diálogo y encuentro entre diferentes. Por ello emerge la idea de conectar planificación y gestión urbana con gestión cultural en razón de que:

El espacio público proyectado con gran calidad espacial y paisajística no garantiza su éxito como tal si no fue consensuado socialmente y programado para desarrollar permanentemente acciones ciudadanas.

- El espacio público no sólo es espacio físico, sino un espacio social cargado de mensajes ideológicos y significados culturales. Lo físico debe ser proyectado para recibir la dinámica social demandada, pero la correa que amarra estas dimensiones heterogéneas es el rol que desempeñará esta doble conjunción, la misma que está signada por componentes no técnicos, sino culturales: memoria, identidad, alteridad, tolerancia, participación, en fin, interculturalidad y fractura de la segmentación. Cuestiones que no se diseñan pero que se programan.
- Por todo ello, la responsabilidad municipal no concluye con la (re)construcción y re(valorización) del espacio público en el Municipio de Cochabamba. sino que prosigue a lo largo de su vida útil. Es decir, se prolonga en la tarea de programar la vida social de dicho espacio, de estimular su rol de espacio de encuentro, de espacio-semilla de ciudadanía, de espacio desde donde se combaten las estructuras del miedo y la segmentación.
- Las políticas municipales no solamente deben abarcar aspectos físicos o paisajistas. La dimensión cultural es gravitante para

recomponer el tejido social segmentado. Una política cultural desde el Municipio de Cochabamba debe reconocer la diversidad cultural de la ciudad. Hasta ahora las prácticas culturales se desarrollan en compartimientos estancos, incluso en oposición polar entre sí. Es imprescindible un aire de renovación en este orden debe permitir una atmósfera con nítido corte intercultural, que favorezca el diálogo entre diferentes, que promueva el respeto a esa diferencia, a la vez que contribuya a construir un solo tejido social. Es necesario concientizar al conjunto de la población en sentido de que la diversidad cultural enriquece la vida en la ciudad.

- Esta política debe estar dirigida preferentemente a los jóvenes de ambos sexos. Programas de proyectos culturales conjuntos entre colegios de la zona norte y la zona sur, obras de teatro o grupos musicales interactivos y multiculturales. Visitas por la trama urbana de la ciudad en forma conjunta entre bachilleres de ambas zonas. La revalorización y el reconocimiento del sur y del norte por unos y otros, mediante videos o encuentros en los que la juventud hable de sus propios problemas y de su visión del mundo, son algunas de las opciones. En ellas será necesario incorporar una transversalidad de género.
- Tal como señala la UNESCO, estas políticas suponen a la interacción equitativa de diversas culturas existentes y "la posibilidad de generar expresiones culturales compartidas, a través del diálogo y el respeto mutuo". Se trata, en suma, de una interacción equitativa, horizontal, sin el dominio ni preeminencia de un grupo sobre otro.

En fin, las políticas municipales sobre espacio público, por su naturaleza estratégica, no pueden quedar arrinconadas en el casillero de Empresa Municipal de Áreas Verdes y Recreación Alternativa, pues se trata de construir la nueva argamasa con la que realmente se *hace ciudad y se vive en ella con seguridad e inclusión*. Para su éxito deben confluir esfuerzos y miradas interdisciplinarias, prioridades de gestión y manejo adecuado de recursos. Pero esto sería todavía insuficiente si no se promueve la participación ciudadana para hacer espacio público. Para ello es necesario escuchar a los niños, a los jóvenes, a las amas de casa, a los jefes de hogar, porque ellos deben hacer

conocer sus demandas y sus condiciones para que se haga realidad la sugerencia de Jordi Borja: de *conquistar la ciudad contra el miedo.*

Finalmente, ¿qué hacer para revitalizar los espacio públicos existentes? Ni más ni menos que lo anotado. Estos espacios deben volver a ser públicos con la participación ciudadana y una cuidadosa planificación de las formas y maneras de volverlos a recargar con vida social.

Todo lo anteriormente evidenciado no parece ser suficiente para despejar el acuciante interrogante de ¿qué hacer con los espacios públicos? En buenas cuentas, esta incertidumbre se alimenta de la evidencia de que las prácticas técnicas y administrativas sobre la proyección, producción y gestión de los espacios públicos son insuficientes, y que esta anomalía tiene mucho que ver con una visión de desarrollo urbano que no termina de acomodarse a las nuevas demandas y desafíos que emanan de una ciudadanía cada vez más integrada a los ritmos del mundo globalizado.

Como se ha podido percibir sobre todo en la segunda parte del texto, donde se aborda la cuestión de la planeación de la ciudad moderna, los espacios públicos han merecido extensa consideración, pero desde su comprensión como objetos urbanísticos, sean estos áreas verdes, pulmones de la ciudad, equipamientos recreativos u otros sinónimos. Disciplinariamente, estos componentes de la ciudad, en lo que hace a su concepción pertenecen al campo del urbanismo y, con más propiedad, al campo del diseño urbano y paisajístico. Por tanto, dichos espacios públicos, sobre todo aquéllos que emergen de la planificación urbana, son el resultado de procesos proyectuales, es decir, son *objetos de diseño*.

Se puede admitir, sin mayores demostraciones empíricas, que los objetos de diseño, siguiendo las pautas que traza Susana Neuhaus (2002), constituyen la mayor población de objetos que conforman la dimensión material, artificial y simbólica que ha sido capaz de producir la cultura humana. Estos objetos han expresado, expresan y, sin duda, continuarán expresando la cada vez más sofisticada relación entre naturaleza y sociedad, revestida de exigencias funcionales, técnicas y estéticas que cada momento histórico propone, para

estimular la edificación de soportes materiales artificiales que intermedien entre esas demandas y el medio ambiente primigenio, como condición para que la sociedad y sus partes vitales —la economía, el Estado y el conjunto de aparatos que sostienen y hacen posible la vida en colectividad— sean viables. Uno de esos objetos, visto desde la esfera técnica, reiteramos, son los espacios públicos.

Bajo tal condición, dichos espacios, a través de una larga tradición vinculada a la construcción y al tratamiento del paisajismo, tan antiguo como las propias ciudades, han sido considerados como aditamentos de una buena configuración física de la ciudad. Existe una abundante literatura respecto a las virtudes de la *ciudad verde,* particularmente como respuesta a los apremiantes cuadros de deterioro del hábitat urbano que se deben pagar como precio por la adhesión a la galopante modernidad y postmodernidad de la vida cotidiana en las urbes del mundo actual[165]. A pesar de la revalorización que se ha dado en las últimas décadas al tema de los espacio públicos —vinculándolos en forma creciente con atributos que añaden calidad y jerarquía a las ciudades, haciendo de ellos elementos imprescindibles para mejorar la calidad de vida de los barrios y asociándolos con la premisa de avanzar hacia formas de ciudad más sostenibles— en realidad se puede observar, y este es uno de los resultados de la investigación desarrollada, que en general el espacio público experimenta, de todas maneras, una tendencia declinante.

En el caso de Cochabamba, como en el de otras ciudades del país, sin hablar de los enormes despliegues que en materia de espacios públicos se han dado en infinidad de ciudades en América Latina y el resto del mundo, parece que tales emprendimientos no han influido demasiado en el deterioro ambiental y sobre todo en el deterioro del tejido social de las mismas.

---

165 Autores como Roberto Fernández (2000) han tratado extensamente este tema desde la perspectiva de la gestión ambiental urbana. Otros, como Virginio Bettini (1996) y Maria Di Pace (2004) lo han hecho a partir de considerar que la problemática ambiental de las ciudades ya obliga a pensar en la emergencia de una nueva disciplina: *la ecología urbana*, es decir la necesidad de elevar a categoría de interés científico los mecanismos de la contaminación del aire, el suelo y el agua en las ciudades, así como la irresoluble cuestión del creciente proceso de acumulación de residuos sólidos y sus impactos sobre un amplio entorno territorial.

Al respecto, y simplemente a título de estimular el debate sobre este aparente contrasentido, consideramos que el eje de esta problemática no reposa en la falta de calidad y profesionalidad de las propuestas, es decir, en la elaboración los objetos de diseño, sino en la permanencia del viejo prejuicio heredado desde los tiempos de Le Corbusier y el Movimiento Moderno, es decir, dar por sentado que una buena calidad espacial y de diseño incorporada a un espacio público es suficiente para reestablecer la armonía social y superar los males ambientales. La realidad, de manera igualmente insistente, está demostrando que esta es una hipótesis falsa y que, consecuentemente, aquí estaría la raíz de los contrastes que experimentan las políticas municipales empeñadas en dar a las ciudades un rostro más humano a través de la promoción de espacios públicos.

Esta suerte de cortocircuito entre los esfuerzos bien intencionados de brindar buenos espacios públicos y los resultados reales alcanzados se vinculan con una cuestión conceptual no suficientemente debatida: la ausencia de una interacción suficiente entre *gestores y productores* (sobre todo proyectistas), *objetos de diseño* y *usuarios* (los destinatarios del espacio público). Sin ánimo de ingresar a una larga exposición sobre cuestiones bastantes especializadas, como las teorías del diseño y sus derivaciones sobre la gestión de las ciudades, se puede sostener que la interacción entre gestores, productores y objetos de diseño encierra una relación de poder con capacidad de convertir en hegemónico el ejercicio de concebir y proyectar la ciudad y sus espacios públicos desde perspectivas simbólicas y culturales sesgadas y afines a valores no necesariamente representativos de la ciudadanía en general. Sin embargo, esta práctica, que caracteriza a gran parte de la historia del urbanismo y la propia arquitectura, también ha sido objeto de interpelación por los procesos globalizadores, particularmente por las ofertas culturales globales, que han sido ampliamente consideradas en la investigación desarrollada.

La exacerbación que en las últimas décadas del siglo XX e inicios del XXI ha tenido la cuestión de los valores identitarios, las raíces culturales y los conflictos étnicos, ha abierto paso a un amplio cuestionamiento sobre las formas tradicionales de institucionalidad de la sociedad postindustrial, donde los valores de la democracia formal y el principio jurídico de delegación del ejercicio de tomar decisiones a

representantes de la comunidad ha tendido a disolverse en medio de agudos e inéditos conflictos. A estos conflictos no han sido ajenas las ciencias sociales y disciplinas largamente asentadas en el principio de autoridad delegada a élites intelectuales con formación académica de alta especialidad, como la planificación del desarrollo, que sufrieron largas crisis de credibilidad y fueron responsabilizadas por presuntas catástrofes económicas y sociales.

El eje central de las posturas críticas se acentuó en la cuestión de la ausencia de *participación* de los presuntos beneficiarios de las políticas públicas. Para calificar la virtud participativa, se acuñó el término 'sostenibilidad', que inundó las esferas estatales, dando paso, a lo largo del decenio de 1990, a un intenso ejercicio de reformas estatales para desconcentrar, descentralizar y hacer más participativo el proceso de gestión de la administración pública. La planificación urbana no estuvo ajena a estas tendencias. Se fue cerrando el ciclo de los modelos de ciudad planificada y de los macroproyectos de desarrollo urbano, privilegiando en su lugar una mirada más cercana a la realidad urbana cotidiana y haciendo de la alternativa del desarrollo local la nueva opción sostenible del desarrollo de las ciudades.

Las herramientas que proponen las ciencias sociales para hacer factible este esfuerzo renovador de la disciplina urbanística y de la gestión municipal de las ciudades se vincula con la conciliación de tres viejos conceptos contrapuestos: la política de la ciudad (este es el juego de intereses dominantes, que se expresan en la administración urbana), la razón técnica (la ciencia de los planificadores) y el derecho ciudadano a participar en las decisiones sobre la ciudad. De allí emergen nuevas metodologías de gestión y planificación: por una parte, en el caso boliviano, la iniciativa de formación de las organizaciones territoriales de base (OTB), y por otra, la planificación participativa en sus diversas vertientes y tendencias.

No obstante, parece que este aire renovador y esta nueva forma de encarar el desarrollo urbano no han penetrado suficientemente en las esferas técnicas y de gestión municipal. Todavía la razón técnica conserva celosamente espacios que se consideran exclusivos de la formación profesional y, por tanto, no aptos de ser discutidos y evaluados por profanos. Este precepto, como ya se ha mencionado,

hace que el espacio público como producto sea el resultado de un proceso proyectual del que emerge un objeto de diseño que cuando se materializa no pasa de constituir una obra pública librada al uso de una comunidad urbana abstracta.

Consideramos que esta práctica técnico-administrativa es la que debería sufrir una transformación, no sólo en el plano operativo sino en el conceptual. La investigación desarrollada ha demostrado que el espacio público es el ámbito que cobra significado sólo cuando la sociedad en sus diferentes expresiones y categorías es capaz de exhibir en el mismo sus valores culturales e ideológicos a través de diversas prácticas y ritos que involucran la cotidianeidad, pero también los momentos de significación simbólica. Dicho en pocas palabras: un espacio público es tal cuando se convierte en espacio de interculturalidad, alteridad, identidad y tolerancia; un espacio que cada vez va desapareciendo en Cochabamba.

Esta concepción de espacio público interpela la concepción tradicional de artefacto urbano con calidad estética, calidad que de por sí se convertiría en factor motivador para desencadenar prácticas sociales virtuosas. La realidad, más allá de la investigación desarrollada, desmiente continuamente esta esperanza. El espacio público por sí mismo, como artefacto urbano, no sobrepasa su límite de objeto que puede ser útil para hacer el bien o el mal. Lo que marca la diferencia es el uso social que se le da y la capacidad que los operadores de la gestión urbana tengan para convertirlo en un espacio identitario y de reunión ciudadana.

Por tanto, hablar de revitalizar el espacio público como la alternativa más adecuada a su actual tendencia declinante implica no tanto hacer referencia a nuevas metodologías de diseño para las llamadas áreas verdes, sino de plantearse una política municipal nueva que considere el desarrollo urbano no como la suma de obras públicas diversas que se añaden a las existentes, sino como la voluntad explícita de convertir la gestión de la ciudad en una herramienta generadora de calidad de vida, entendida no sólo como bienestar biológico, sino además como bienestar social y cultural; en suma, como materialización del derecho a vivir bien en la ciudad. Debe además incluir la dimensión cultural, el verdadero espacio de vida en la ciudad, para

revalorizar su diversidad, su patrimonio intangible y su memoria histórica.

Bajo esta premisa, la cuestión de la gestión del espacio público se convierte en el eje central de tal política municipal. Veamos, sin ánimo de ser exhaustivos, algunos elementos que se deberían aplicar a título de recomendación:

1. La necesidad de introducir en el proceso proyectual del espacio público la metodología del *diseño participativo* o del *diseño junto al usuario.* Es decir, el usuario debe abandonar su injusta abstracción y convertirse en ser humano que demanda materializar aspiraciones. En ciudadano que se desdobla en adultos, jóvenes, niños y ancianos de ambos sexos cargados de valores culturales, orígenes y prácticas no siempre coincidentes, a quienes se debe escuchar, con quienes se debe debatir y quienes deben decidir sobre la configuración del espacio público, y lo más importante, programar la vida social que allí se debe desarrollar.

2. La urgencia de recuperar *el sentido de barrio* a través del buen uso del espacio público. Cochabamba es una de las ciudades que puede exhibir sin rubor un importante número de plazas y parques con buena calidad paisajística, pero que sensiblemente no aportan a un retorno a la cohesión social, es decir, predomina el lado oscuro del espacio público, el imaginario de lugar de peligro. ¿Cómo contrarrestar esta situación? Concibiendo el espacio público como el centro de la vida de la comunidad, pero para ello la comunidad debe apropiarse y hacer suyo este espacio y dejar de contemplarlo como un simple artefacto decorativo.

3. Para lograr este último aspecto, la comunidad debe *participar* de la proyectación y la gestión del espacio público. El municipio debiera, por ejemplo, estimular a cada OTB para que programe en forma continua actividades culturales, deportivas, recreativas en cada espacio público de la ciudad. Que cada uno de ellos retome su función de escenario de la vida colectiva y vaya adquiriendo el carácter de espacio identitario del barrio, porque sólo en ese proceso de construcción de vida comunitaria se construye y reconstruye el sentido de barrio.

4. El espacio público, para ser tal, por tanto, debe estar cargado de significados y vivencias, debe convertirse en el centro de un territorio urbano que, más allá de las diversidades sociales y culturales de sus habitantes, se cohesiona por los valores que emanan de la experiencia de vivir juntos (culturas, hombre-mujer) y compartir amistad y tolerancia en ese espacio, que pasa a cobijar ciudadanía y no a simples usuarios ocasionales, anónimos y en confrontación.

En suma, como sugiere, una vez más, Jordi Borja, es necesario retornar en Cochabamba a la ciudad de los ciudadanos y ciudadanas, dejando atrás la ciudad de la fragmentación y el asedio, todo ello a través de una política de desarrollo urbano que se centre en la revitalización del espacio público. Finalmente, es necesario remarcar que el espacio público sólo se hace con la ciudadanía; de otra forma, se convierte en un objeto intrascendente.

Bibliografía

Aguilar D., Miguel Ángel
2005 "Recorridos urbanos y habitar la ciudad", en Ángel Aguilar y Patricia Ramírez (coordinador), *Pensar y habitar la ciudad*. Barcelona: Anthirpos-UAM-Iztapalapa.

Alonso, Jorge, Rubén Aguilar *et al.*
1980 *Lucha urbana y acumulación de capital*. México DF: La Casa Chata.

Amendola, Giandoménico
2000 *La ciudad postmoderna*. Madrid: Celeste.

Anaya, Ricardo
1965 *La ciudad de Cochabamba*. Cochabamba: IESE-UMSS.

Andrade, Xavier
2005 "Jóvenes en Guayaquil: de las ciudadelas fortaleza a la limpieza del espacio público". Revista *Nueva Sociedad* Nº 200 (noviembre-diciembre de 2005), Caracas.

Antequera, Nelson
2007 *Territorios urbanos*. La Paz: Plural y Cedib.

Arendt, Hannah
2001 *La condición humana*. Madrid: Paidós Ibérica.

Arizaga, Cecilia
2002 "Barrios cerrados y countries: microclimas de consumo", en A. Wortman (coordinadora) *Nuevas urbanizaciones cerradas en los noventa: representaciones del suburbio en sectores medios*. Buenos

Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

2003a *El mito de la comunidad en la ciudad mundializada: estilos de vida y nuevas clases medias en urbanizaciones cerradas*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.

2003b "Ciudad y usos del espacio en los jóvenes: el consumo juvenil desde dos escenarios urbanos", en Ana Wortman, *Pensar las clases medias*. Buenos Aires: La Crujía.

Arrighi, Giovanni
1999 *El largo siglo XX*. Madrid: Akal.

Arze Cuadros, Eduardo
1979 *La economía de Bolivia: Ordenamiento territorial y dominación externa, 1492-1979*. La Paz: Los Amigos del Libro.

Augé, Marc
2005 *Los no lugares, espacios del anonimato*. Buenos Aires: Gedisa Editorial.

Bairoch, Paul y Richard Kozul-Wright
1996 *Globalization Mitos*, citado por Gandarillas, 2003.

Bajtin, Mihail
1998 *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento: el contexto de Francois Rabelais*. Madrid: Alianza.

Banco Interamericano de Desarrollo (BID)
2004 *Los desafíos de un continente urbano*. Washington: BID.

Barragán, Rossana, Dora Cajías y Seemin Qajum
1997 *El siglo XIX: Bolivia y América Latina*. La Paz: Muela del Diablo.

Barrientos, Alejandro *et al.*
2003 *La noche es joven*. La Paz: PIEB.

Bauman, Zygmut
2007a *Modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.

2007b *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Buenos Aires: Paidós.

Beck, Ulrich
1996 *¿Qué es la globalización? falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona: Paidós.

Berrio-Otxao, Kontexsi *et al.*
2000 "Los adolescentes y el tiempo libre. Mirando al futuro" www.gazteaukera.euskadi.net.

Bettini, Virginio
1998 *Elementos de ecología urbana*. Valladolid, España: Trotta.

Bonilla, Héctor
1991 *Los Andes en la encrucijada: indios, comunidades y Estado en el siglo XIX*. Quito: FLACSO.

Borja, Jordi
1975 *Movimientos sociales urbanos*. Buenos Aires: SIAP.

1998 "Ciudadanía y espacio público". Revista *Medio ambiente y desarrollo*, Vol. XIV Nº 3, Buenos Aires.

2005 *La ciudad conquistada*. Madrid: Alianza.

2007a *La ciudad es el espacio público*, en Ramírez Kuri, compilador.

Bourdieu, Pierre
2006 *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.

Braudel, Fernand
1984 *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII – Los juegos del intercambio* (volumen 2). Madrid: Alianza.

Briceño-León, Roberto
2007 *Sociología de la violencia en América Latina*. Quito: FLACSO-MMQ.

2007b "Miedos urbanos, demandas de seguridad y represión preventiva". *La Factoría* Nº 32, www.lafactoriaweb.com.

Cabrales Barajas, Luis Felipe
2004 "Urbanizaciones cerradas en Latinoamérica". Revista *Eria* N° 63, Guadalajara.

Caldeira, Teresa Pires do Rio
2007 *Ciudad de muros*. Barcelona: Gedisa.

Calderón, Fernando y Alberto Rivera
1984 *La cancha*. Cochabamba: CERES.

Calderón, Fernando, Martín Hopenhayn y Ernesto Ottone
2004 *Una perspectiva cultural de las propuestas de la CEPAL*, en Pajuelo y Sandoval (compiladores).

Calderón, Fernando y Alicia Szmukler
2000 *La política en las calles*. La Paz: Plural, Universidad Andina Simón Bolívar y Ceres.

Cañete, María Fernanda
2008 "Las clases medias en la estructura social. Apuntes para la discusión". *Ecuador Debate*, Quito.

Carmona, Marisa
2003 *Globalización, forma urbana y gobernabilidad*. Valparaíso, Chile: Universidad de Valparaíso.

Carrión, Fernando
1992 *Ciudades y políticas urbanas en América Latina.* Quito: CODEL.

2004 *Espacio público: punto de partida para la alteridad*. Quito: FLACSO.

Carrión, Fernando y Jorge Muñoz-Vega
2006 "La inseguridad en la ciudad: hacia una comprensión de la producción social del miedo". Revista *Eure*, Vol. XXXII, N° 97, diciembre. Santiago de Chile.

Castells, Manuel
1973a "La urbanización dependiente en América Latina", en *Imperialismo y Urbanización en América Latina*. Barcelona. España: Gili.

1973b *Movimientos sociales urbanos*. Madrid: Siglo XXI.

1983 *La ciudad y las masas: sociología de los movimientos sociales urbanos.* Madrid: Alianza Universidad Textos.

1999 *La era de la información – El poder de la identidad* (volumen 2). Madrid: Alianza.

Castells, Manuel y Peter Hall
2000 *Tecnópolis del mundo - La formación de los complejos industriales del siglo XXI*. Madrid: Alianza.

Castells, Manuel, Mireia Fernández-Ardevol, Jack Linchuan Quiu y Araba Sey
2006 *Comunicación móvil y sociedad, una perspectiva global*. Barcelona, España: Ariel.

CEDLA, FLACSO e ILDIS
1984 *El sector informal en Bolivia*. La Paz: CEDLA, FLACSO e ILDIS.

CEPAL
1973 "Algunos problemas regionales del desarrollo de América Latina vinculados con la metropolización", en Schteingart (compilador).

2000 *De la urbanización acelerada a la consolidación de los asentamientos humanos en América Latina y el Caribe: el espacio regional*. Santiago de Chile: CEPAL.

Cerbino, Mauro
2001 "Para una antropología del cuerpo juvenil", en Mauro Cerbino *et al., Culturas Juveniles. Cuerpo, Música, Sociabilidad & Género.* Bogotá: CAB.

Cohen, Daniel
1997 *Riqueza del mundo, pobreza de las naciones*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Contreras, Daniel
1966 "Sujeto juvenil y espacios rituales de identidad: el caso del Carrerete". *Proposiciones* No. 27, Ediciones Sur, Santiago de Chile.

Cornejo Portugal, Inés
2006 *El lugar de los encuentros. Comunicación y cultura en un centro comercial*. México: Universidad Iberoamericana.

Corporación Andina de Fomento (CAF)
2005 *El transporte urbano en América Latina y la situación actual en Colombia*. Antioquia, Colombia: CAF.

Crespo, Carlos y Susan Spronk (coordinadores)
2007 *Después de las guerras del agua.* La Paz: CESU-UMSS y Plural.

Curbet, Jaune
2007 *Conflictos globales. Violencias locales*. Quito: FLACSO y MMQ.

Dammert, Lucía
2004 "¿Ciudad sin ciudadanos? Fragmentación, segregación y temor en Santiago". Revista *Eure*, Vol. XXX. No. 91, diciembre. Santiago de Chile.

2007 *Perspectivas y dilemas de la seguridad ciudadana en América Latina*. Quito: FLACSO-UMQ.

s.f. "Entre el temor y la realidad de la victimización femenina en América Latina", en Falú y Segovia (editoras).

Dammert, Lucía, Rodrigo Karma y Liliana Manzano
2002 *Ciudadanía, espacio público y temor en Chile*. Santiago de Chile: Centro de Estudios de la Seguridad Ciudadana, Instituto de Asuntos Públicos, Universidad de Chile.

Davis, Mike
2003 *Ciudad de cuarzo – Arqueología del futuro en Los Ángeles*. Toledo, España: Lengua de trapo.

De Gregori, Carlos Iván y Gonzalo Portocarrero (editores)
2005 *Cultura y Globalización*. Lima: Red para el desarrollo de las ciencias sociales, Instituto de Estudios Peruanos (IEP).

Delgado, Miguel
1999 *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos.* Barcelona, España: Anagrama.

2006 *Sociedades movedizas. Hacia una antropología de las calles*. Barcelona, España: Anagrama.

De Mattos, Carlos A.
2003 "Nodos, redes y ciudades", en Carmona, 2003.

De Souza Santos, Boaventura
1999 "Reinventar a democracia: entre o pré-contratualismo e o pós-contratualismo", en Oliveira F y Paoli M.C (coord.) *Os sentidos da democracia: políticas do dissenso e hegemonia global.* Brasília: Vozes.

Di Pace, María (directora) y Horacio Caride (editor)
2004 *Ecología de la ciudad*. Buenos Aires: Prometeo.

D'Orbigny, Alcide
2002 *Viaje a la América Meridional*, Tomo III. La Paz: Plural e IFEA.

Dussel, Enrique
2005 *1492 - El encubrimiento del otro.* La Paz: Plural.

Enríquez, José Ángel
2003 "Islas de seguridad". *Imagínales* – Revista de Investigación Social, Universidad de Sonora, Hermosillo, México.

Entel, Alicia
2008 *La ciudad y sus miedos. La pasión restauradora*. Buenos Aires: La Crujía.

Escóbar, Silvia y Carmen Ledo
1988 *Urbanización, migraciones y empleo en la ciudad de Cochabamba*. Cochabamba: CEDLA y CIDRE.

Escoda, Ferran
2004 *Barcelona imaginada*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Espinoza, Vicente y Emmanuelle Bazoret
2008 "¿Quiénes pertenecen a la clase media en Chile? Una aproximación metodológica". *Ecuador Debate*, Quito.

s.f. "De qué hablamos cuando decimos 'clase media'? Perspectivas sobre el caso chileno". *Expasiva.*

Falú, Ana y Olga Segovia (editoras)
s.f. *Ciudades para convivir: sin violencias hacia las mujeres*. Santiago de Chile: Sur.

Feixa, Carles Laura
s.f. "Los estudios sobre culturas juveniles en España, 1960-2003", /www.injuve.mtas.es/injuve/

Feixa, Carles, Fidel Molina y Varles Alsinete (editores)
2002 *Movimientos juveniles en América Latina: pachuchos, malantros, puketas.* Barcelona, España: Ariel.

Fernández Christlieb, Pablo
2000 "El territorio instantáneo de la comunidad postmoderna", en Alicia Lindón, *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. Barcelona, España: Anthropos.

Fernández, Roberto
2000 *La ciudad verde. Teoría de la gestión ambiental urbana*. Buenos Aires: Espacio.

Ferry, Jean-Marc, Dominique Wolton *et al.*
1997 *El nuevo espacio público*. Barcelona: Gedisa.

Figueroa, Oscar
2005 "Transporte urbano y globalización. Políticas y efectos en América Latina". Revista *Eure* N° 94, diciembre. Santiago.

Figueroa, Oscar y Sonia Reyes
1996 "Transporte y calidad de vida en las ciudades latinoamericanas". Revista *Eure,* Vol. 22, N° 67, diciembre. Santiago.

Filardo, Verónica (coordinadora), Carlos Muñoz, Sebastián Aguiar *et al.*
2006 *Usos y apropiaciones de espacios públicos de Montevideo y clases de edad*. Montevideo: Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República.

Flores, Pamela y Nancy Regina Gómez
2005 "Ciudadanía juvenil sin espacios". *Investigación y desarrollo* N° 1. Barranquilla, Colombia: Universidad del Norte.

Florescano, Enrique
1985 *Orígenes y desarrollo de la burguesía en América Latina 1700-1955*. México DF: Nueva Imagen.

Friedmann, John y Wolf Goetz
1982 "World city formation: an agenda for research and action". *International Journal of Urban and Regional Research*. Boston: Blackwell Publishing.

Gagliardi Páez, Luciano
2006 *Dinâmica territorial no Município de Niterói: um foco na emergência dos condomínios fechados da região oceânica*. Río de Janeiro: Escola Nacional de Ciências Estatísticas, Mestrado em Estudos Populacionais e Pesquisas Sociais.

Gandarillas, José Guadalupe
2003 *Globalización, totalidad e historia*. Buenos Aires: Herramienta.

García Canclini, Néstor
1989 *Culturas híbridas*. México DF: Grijalbo.

2004 "La globalización: objeto cultural no identificado", en Pajuelo y Sandoval (compiladores).

2007 *Diferentes, desiguales y desconectados*. Buenos Aires: Gedisa.

García Leal, Alejandra
s.f. "Tribus urbanas entre ritos y costumbres", sepiensa.org.mx/contenidos/s_tribus/a_tribusurbanas.htm

García Mérida, Wilson
1995 *Un siglo en Cochabamba*. Cochabamba: Colección Cultural Centenario, Cervecería Taquiña.

Garretón, Manuel Antonio
2002 *América Latina, un espacio cultural en el mundo globalizado*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Giddens, Anthony
1996 *Reflexiones sobre mundialización*, citado por Gandarillas, 2003.

Gómez, Nancy Regina
2005 "Género y espacio público en los jóvenes de Barranquilla (Colombia). Todos usan el espacio pero ellos lo definen". Revista *Un Norte* Año 2 N° 11.

Gonzáles Casanova, Pablo
1997 "Los indios de México hacia el nuevo milenio", periódico *La Jornada*, México.

Gordillo, José Miguel, Alberto Rivera y Ana Evi Sulcata
2007 *¿Pitaq kaypi kamachiq? Las estructuras de poder en Cochabamba, 1940-2006*. La Paz: UMSS DICyT-CESU y PIEB.

Gotkowitz, Laura
1997 "¡No hay hombres!': Género, nación y las Heroínas de la Coronilla de Cochabamba (1885-1926)", en Barragán, Cajías y Qayum, compiladoras.

Goycochea Prado, Roberto
2008 "Violencia y espacio urbano". *Quórum* No. 16, Universidad de Alcalá.

Gravano, Ariel
2005 *El barrio en la teoría social*. Buenos Aires: Espacio.

Guerrero Valdebenito, Rosa Maria
2007 "Segregación socio-urbana y representaciones de inseguridad en dos comunas de Santiago de Chile". *Cultura y representaciones sociales*. Revista Electrónica. Año 2, N° 2. www.culturayrs.org.mx/revista/num3/Guerrero.pdf

Habermas, Jürgen
1981 *Historia y crítica de la opinión pública: la transformación estructural de la vida pública*. Madrid: Gustavo Gilli.

Hardoy, Jorge Enrique
1969 "Dos mil años de urbanización en América Latina", en Hardoy y Tobar, *Las ciudades en América Latina*. Buenos Aires: Editorial del Instituto.

Hardoy, Jorge Enrique y Carlos Tobar (compiladores)
1969 *La urbanización en América Latina*. Buenos Aires: Editorial del Instituto.

Harvey, David
1998 *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

2005 *Espacios de esperanza*. Madrid: Akal.

Henry, Etienne
1978 *La escena urbana: Estado y movimientos de pobladores 1968-1976*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Hinojosa Z., Eric *et al.*
2006 *Inseguridad ciudadana. Percepción en los barrios populares de Cochabamba-Bolivia. Un estudio preliminar*. Cochabamba: Acción Andina.

Hirst, Paul y Grahame Thompson
2003 *Globalization in Question*, citado por Gandarillas.

Holten, Jerman von
1889 *Cuestión caminos del departamento de Cochabamba*. Cochabamba: Imprenta El Heraldo.

H. Municipalidad de Cochabamba
2003 *Plan Municipal de Ordenamiento Territorial – Municipio de Cochabamba Provincia Cercado*. 2 volúmenes (primera versión). Cochabamba.

H. Municipalidad de Cochabamba
2007 *Plan Municipal de Ordenamiento Territorial – Municipio de Cochabamba Provincia Cercado*. 2 volúmenes (tercera versión). Cochabamba.

Hopenhayn, Martín
2002 "El reto de las identidades y la multiculturalidad, Pensar Iberoamérica". *Revista de Cultura* Nº 2, Barcelona.

2005 "La aldea global entre la utopía transcultural y el ratio mercantil: paradojas de la globalización cultural", en De Gregori y Portocarrero, editores.

Ito, M. y D. Okabe
2003 "Mobile phones, Japanese youth, and the replacement of social contact." Informe presentado en la conferencia "Front stage - back stage: mobile communication and the renegotiation of the public sphere", Grimstad, Noruega.

Jacobs, Jane
1967 *Muerte y vida en las grandes ciudades*. Madrid: Península.

Janoschka, Michael
2003 "Discursos de inseguridad y la ciudad cerrada: mitos, realidades, barreras y fronteras de un producto inmobiliario 'perfecto". *Imagínales* – Revista de Investigación Social. Universidad de Sonora, Hermosillo, México.

Joseph, James
1998 *Democracy's Social Capital: Civil Society in a New Era*, citado por Segovia y Oviedo, 2000.

Joseph, Isaac
1985 *El transeúnte y el espacio urbano.* Barcelona: Gedisa.

Kociatkiewicz, Jerzy y Mónica Kostera
1999 "The Anthropology of Empty Space". *Qualitative Sociology* Nº 1, http: //www.springerlink.com.

Lapierre Robles, Michel
2008 "Saberes sociales en las clases medias chilenas", Memoria para optar el título profesional de sociólogo. Santiago de Chile: Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Sociología.

Larrazábal, Hernando
1986 *Sector informal urbano. Revisión a los enfoques teóricos precedentes y el estado de la discusión*. La Paz: CEDLA, FLACSO e ILDIS.

Laserna, Roberto
1984 *Espacio y sociedad regional*. Cochabamba: CERES.

Latcham, Ricardo, Ernesto Montenegro y Manuel Vega
1956 *El criollismo*. Santiago de Chile: Universitaria.

Lea Plaza, Sergio, Ximena Vargas y Adriana Paz
2003 *Tarija en los imaginarios urbanos*. La Paz: PIEB.

Lindón, Alicia
2005 "Figuras de la territorialidad en la periferia metropolitana: Topofilias y topofobia", en Reguillo *et al.*, 2005.

2006a "Del suburbio como paraíso a la espacialidad periférica del miedo", en Lindón, Aguilar y Hiernaux, 2006.

2006b "Territorialidad y género: una expresión desde la subjetividad espacial, Pensar y habitar la ciudad: afectividad, memoria y significado", en Patricia Ramírez Kuri y Miguel Ángel Aguilar Díaz (coordinadores). Madrid: Antrophos.

2007 "La ciudad y la vida urbana a través de los imaginarios urbanos". Revista *Eure*, Vol. XXXIII, N° 99, agosto. Santiago de Chile.

Lindón, Alicia, Miguel Ángel Aguilar y Daniel Hiernaux (coordinadores)
2006 *Lugares e imaginarios en las metrópolis*. Barcelona: Anthropos.

Lipietz, Alain
New Tendencies in the International Division of Labour: Regimes of Accumulation and Modes of Regulation, citado por Harvey, 1998.

Lomnitz, Larissa
1975 *Cómo sobreviven los marginados*. México DF: Siglo XXI.

López Levi, Liliana
2001 "Nogales: Ciudad y frontera, el sentido del encierro". *Imagínales* – Revista de Investigación Social, Universidad de Sonora, Hermosillo, México.

López Illanes, Alex
2002 *Jailones: conformación de la identidad cultural de grupos juveniles de élite*. La Paz: PIEB.

Maffesoli, Michel
2005 *El tiempo de las tribus*. Buenos Aires: Siglo XXI.

2007 "La potencia de los lugares emblemáticos". *Convergencia,* Revista de Ciencias Sociales, Año 14, No. 14. Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas (UAEMEX), México.

Mandel, Ernest
1979 *El capitalismo tardío*. México DF: Ediciones Era.

Margulis, Mario *et al.*
2006 *La cultura de la noche*. Buenos Aires: Biblos.

Marin, L.
1984 *Utopics: Spatial Play*, Londres, citado por Harvey, 2005.

Martel, Roxana y Sonia Baires
2006 "Imaginarios del miedo y geografías de la inseguridad: construcción social y simbólica del espacio público en San Salvador", en Lindón, Aguilar y Hiernaux (coordinadores).

Martín-Barbero, Jesús
s.f. "Los laberintos urbanos del miedo", ww.javeriana.edu.co/sociales/universitas/ documents/4barbero.pdf.

1991 *Las culturas en la comunicación en América Latina*. Madrid: Universidad Complutense.

2002 *La globalización en clave cultural: una mirada latinoamericana*. Guadalajara, México: Departamento de Estudios Socioculturales.

Martínez, Emilio (director)
"Urbanismo y juventud", edición electrónica, www.injuve.mtas.es

Mazurek, Hubert
2006 *Espacio y territorio. Instrumentos metodológicos de investigación social*. La Paz: IRD y PIEB.

Mesa, José de y Teresa Gisbert
1978 *Monumentos de Bolivia*. La Paz: Editorial Gisbert.

Mongin, Olivier
2006 *La condición urbana*. Buenos Aires: Paidós.

Montaño, Jorge
1976 *Los pobres de la ciudad en los asentamientos espontáneos*. México DF: Siglo XXI.

Navarro, Bernardo
1992 "Las políticas de transporte urbano en América Latina: el caso de la ciudad de México", en Carrión (coordinador).

Neuhaus, Susana (compiladora)
2002 *Discurso hegemónico en la des-construcción del espacio público y la subjetividad*. Buenos Aires: Grupo Editor Altamira y Universidad de Buenos Aires.

Nun, José
2003 *Marginalidad y exclusión social*. México DF.: Fondo de Cultura Económica.

Ohmae, Kenichi
1997 *El fin del Estado-nación*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.

Orrego Penagos, Juan Luís
2006 *La ilusión del progreso: los caminos hacia el Estado-nación en el Perú y América Latina (1820-1860)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Ossa, Carlos y Nelly Richard
2004 *Santiago imaginado*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Otero, Gustavo Adolfo
1980 *La vida social en el coloniaje*. La Paz: Librería Editorial Juventud.

Palma, Diego
1987 *La informalidad, lo popular y el cambio social*. Lima: DESCO.

Pallarés Gómez, Joán y Carles Feixa Pamplos
2000 "Espacios e itinerarios para el ocio juvenil nocturno". *Estudios de Juventud* N° 50, La Rioja, España.

Pajuelo, Ramón y Pablo Sandoval (compiladores)
2004 *Globalización y diversidad cultural; una mirada desde América Latina*. Lima: IEP.

Pastrana, Ernesto y Mónica Threlfall
1974 *Pan, techo y poder: el movimiento de pobladores en Chile (1970-1973)*. Buenos Aires: SIAP.

Paz, Sergio Daniel.
2004 "Los jóvenes y la redefinición local del consumo". *Última Década* Nº 21, CIDPA, Valparaíso.

Pérez J. A, G. Valdés y M. H Suárez Zosaya
2007 *Teorías sobre la Juventud. Las Miradas de los clásicos*. México: UNAM.

Pérez Julián
2000 "Los espacios verdes urbanos de la ciudad de Cochabamba: disposición y gestión." Tesis de maestría, CESU-UMSS, Cochabamba.

Petras, James y Maurice Zeitlin
1968 *América Latina: ¿reforma o revolución?* Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.

Portes, Alejandro y Bryan Roberts
2005 "La ciudad bajo el libre mercado", en Portes, Roberts y Grimson (editores).

Portes, Alejandro, Bryan Roberts y Alejandro Grimson
2005 *Ciudades latinoamericanas: un análisis comparativo en el umbral del nuevo siglo*. Buenos Aires: Prometeo.

Quijano, Aníbal
1977 *Dependencia, urbanización y cambio social en América Latina*. Lima: Mosca Azul.

Rama, Ángel
1984 *La ciudad letrada*. Santiago de Chile: Tajamar.

Ramírez Kuri, Patricia
2000 "El espacio público, ciudad y ciudadanía. De los conceptos a los problemas de la vida pública local", en Ramírez Kuri (compiladora).

2003 *Espacio público y reconstrucción ciudadana*. México DF: FLACSO.

Ramírez Kuri, Patricia y Miguel Ángel Aguilar Díaz (coordinadores)
2006 *Pensar y habitar la ciudad: afectividad, memoria y significado*. Madrid: Antropos.

Reguillo, Rossana
1999 "El oráculo de la ciudad, creencias prácticas y geografía simbólica, ¿una agenda comunicativa?" *Diálogos de la Comunicación* Nº 49 www.dialogosfelafacs.net

2000a *La construcción simbólica de la ciudad*. Jalisco, México: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores, Tlaquepaque.

2001b "La construcción social del miedo. Narrativas y prácticas urbanas", en *Ciudadanías del miedo*, Susana Rotker (editora). Caracas: Nueva Sociedad.

Reguillo, Rossana y Marcial Godoy Anativa (editores)
2005 *Ciudades translocales: Espacios, flujo, representación. Perspectivas desde las Américas*. México DF: ITESE-SSRC.

Rey, Esteban
2005 *El cuerpo del delito. Representación y narrativas mediáticas de la (in) seguridad ciudadana*. Bogotá: FES.

Rivera, Silvia
1985 "La expansión del latifundio en el altiplano boliviano: elementos para la caracterización de una oligarquía regional", en Florescano (coordinador).

Roberts, Bryan
1980 *Ciudades de campesinos*. México DF: Siglo XXI.

Rodríguez Chumillas, Isabel
2005 "La ciudad inmanejable". *Imagínales*, Revista de Investigación Social 2, Universidad de Sonora, Hermosillo, México.

Rodríguez de Oliveira, Helio
2005 *Notas sobre a cidade, a modernidade e os condomínios fechados*. Belo Horizonte, Brasil: Faculdade de Filosofia e Ciências Humanas, Belo Horizonte.

Rodríguez Rivas, Julio
1978 *Don Julio*. Cochabamba: Los Amigos del Libro.

Rodríguez Ostria, Gustavo
1991 "Entre reformas y contrarreformas: las comunidades indígenas en el Valle Bajo cochabambino (1825-1900)", en Bonilla (compilador).

1993 "Fiestas, poder y espacio urbano en Cochabamba (1880-1923)". *Revista de Historia* Nº 13, enero-junio, México.

2003 *Región y nación: La construcción de Cochabamba 1825-1952*. Cochabamba: H. Concejo Municipal.

2007 *Siglo y medio del Carnaval de Cochabamba*. Cochabamba: H. Alcaldía Municipal.

Rodríguez, Gustavo y Humberto Solares
1990 *Sociedad oligárquica, chicha y cultura popular*. Cochabamba: H. Alcaldía Municipal.

1990 "Fronteras interiores y exteriores: tradición y modernidad en Cochabamba 1825-1917", en Urbano, compilador.

Romero, José Luis
2000 *Situaciones e ideologías en América Latina*. Medellín: Editorial Universitaria de Antioquia.

2005 *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Rotker, Susana (editora)
2000 *Ciudadanías del miedo*. Caracas: Nueva Sociedad.

Sanjinés C., Javier
2005 *El espejismo del mestizaje,* La Paz: IFEA, Embajada de Francia, PIEB.

Santos, Milton
1996 *De la totalidad al lugar*. Barcelona: Oikos-Tau.

Sarlo, Beatriz
2000 *Siete ensayos sobre William Benjamín*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

2003 *Tiempo presente. Notas sobre el cambio de una cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI.

2004 *Escenas de la vida posmoderna*. Buenos Aires: Seix Barral.

Sarmiento, Domingo Faustino
1999 *Facundo: Civilización y barbarie en las pampas argentinas*. Buenos Aires: El Aleph.

Sassen, Saskia
La ciudad global: Nueva York, Londres, Tokio. Buenos Aires: Eudeba.

Schoop, Wolgang
1981 *Ciudades bolivianas*. Cochabamba: Los Amigos del Libro.

Schteingart, Marta (compiladora)
1973 *Urbanización y dependencia en América Latina*. Buenos Aires: SIAP.

Segovia, Olga y Enrique Oviedo
2000 "Espacio público en la ciudad y el barrio", en Segovia y Dascal (editores)

Segovia, Olga y Guillermo Dascal
1998 *Espacio público, participación y ciudadanía*. Santiago de Chile: Ediciones Sur.

Segovia, Olga y Hernán Neira
2005 *Espacios públicos urbanos: una contribución a la identidad y confianza pública y privada*. Revista INVI, noviembre, vol. 20, Nº 55. Santiago de Chile.

Segre, Roberto
1977 *Las estructuras ambientales de América Latina*. México: Siglo XXI.

1983 *Historia de la arquitectura y el urbanismo.* Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local

Segura, Ramiro
s.f. "Territorios del miedo en el espacio urbano de la ciudad de La Plata: Efectos y ambivalencias", www.trabajosocial.unlp.edu.ar

Sémblaer, C.
2006 *Estratificación social y movilidad social en Chile. Una revisión analítica de los sectores medios*. Santiago de Chile: CEPAL.

Sennet, Richard
2002 *El declive del hombre público*. Barcelona: Ediciones Península.

2004 *Carne y piedra*. Madrid: Alianza Editorial.

2007 *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.

Signorelli, Amalia
2004 *Antropología urbana*. Madrid: Amorrortu Editores S. A.

Silva, Armando
1994 *Imaginarios urbanos*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

2002 "Culturas urbanas en América Latina" en Garretón (coordinador).

2004 *Imaginarios urbanos: hacia el desarrollo de un urbanismo desde los ciudadanos Metodología*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

2006 "Centros imaginados de América Latina", en Lindón *et al.* (coordinadores).

Soja, Edward
2008 *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Madrid: Traficantes de sueños.

Solares, Humberto
1987 *El mercado ferial de Cochabamba*. Cochabamba: IIA-UMSS.

1989 *Economía campesina y mercado: el sistema ferial en Cochabamba*. Cochabamba: IIA-UMSS.

1990 *Historia, espacio y sociedad*, 2 tomos. Cochabamba: H. Alcaldía Municipal.

1992 "Historia, Espacio y Sociedad: Cochabamba y la Revolución Nacional". Documento inédito.

1998 "La larga marcha de los cochabambinos: de la Villa de Oropeza a la metropolización". Documento inédito.

1999 *Vivienda y Estado: Políticas habitacionales y producción del hábitat popular en América Latina*. Cochabamba: Promesha-IIA, UMSS.

2003 "Cochabamba: espacio y desarrollo". *Brújula Universitaria* Nº 13, UNIVALLE.

Solares, Humberto y Fernando Bustamante
1986 *Crisis urbana y barrios populares*. Cochabamba: Biblioteca San Simón, UMSS, Cochabamba.

Solares, Humberto y Humberto Vargas
2005 *Proceso urbano y organizaciones vecinales en el Municipio de Cochabamba.* Documento para el centro de Estudios Urbanos de la Universidad de Toronto.

Solares, Humberto, Marta Arévalo y Graciela Landaeta
2003 *Suelo urbano y vivienda popular en América Latina*. San José de Costa Rica: Centro Cooperativo Sueco.

Soruco, Alejandro
1899 *Digesto de ordenanzas, acuerdos y decretos de la Municipalidad de Cochabamba*. Cochabamba.

Souza, María Silvina
s.f. *Nuevos actores, nuevas prácticas*, http: //www.oei.es/pensariberoamerica.

Stavenhagen, Rodolfo
1968 "Siete falacias sobre América Latina", en Petras y Zeitlin, compiladores.

Stren, Richard y Judith Kjellberg (editores)
1995 *Perspectives on the City*. Toronto: Centre for Urban and Community Studies, University of Toronto.

Svampa, Maristella
2001 *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados.* Buenos Aires: Biblos.

Taborga, Huáscar
1995 *La casa de los cinco patios*. Cochabamba: Los Amigos del Libro.

Thuillier, Guy
2005 "El impacto socio-espacial de las urbanizaciones cerradas: el caso de la región metropolitana de Buenos Aires". Revista *Eure* Nº 93, agosto. Santiago.

Tockman, Víctor
1978 "Las relaciones entre los sectores formal e informal". Revista CEPAL Nº 5, Santiago.

Toranzo, Carlos
1982 *¿Un nuevo modelo de acumulación?* Cochabamba: IESE-UMSS.

Urbano, Enrique (compilador)
1990 *Tradición y modernidad en los Andes*. Cusco: Centro Bartolomé de las Casas.

Urresti, Marcelo
2006 "Transformaciones de la nocturnidad". *Acceso directo*, Municipalidad de Rosario, No. 2, 2007.

Urresti, Marcelo (compilador)
2005 *La cultura dela noche. La vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires.* Buenos Aires: Biblos.

Urteaga, Maritza
2007 "La construcción juvenil de la realidad. Jóvenes mexicanos y contemporáneos". Tesis de Doctorado en Ciencias Antropológicas. México: UAM-Iztapalapa.

Urquidi, Arturo
1976 *Temas de la Reforma Agraria*. La Paz: Juventud.

Velásquez M. de González, Carmen y Ledy Anadía Meléndez
2003 "Los espacios públicos desde la perspectiva de género". *Norte*, Zulia, Venezuela.

Viedma, Francisco de
1969 *Descripción Geográfica y estadística de la Provincia de Santa Cruz de la Sierra*. Cochabamba: Biblioteca IV Centenario, Los Amigos del Libro.

Villagómez, Carlos
2007 *La Paz imaginada*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Villegas, Carlos y Álvaro Aguirre
1898 *Excedente y acumulación en Bolivia, 1980-1987*. La Paz: CEDLA.

Viviescas, Fernando
1997 *Espacio público: imaginación y planeación urbana*. Bogotá: Documentos Barrio Taller.

Wallerstein, Inmmanuel
1988 *El moderno sistema mundial*. México DF: Siglo XXI.

Winocur, Rosalía
s.f. "El móvil, artefacto ritual para controlar la incertidumbre". *Alambre* www.alambre.com.ar

Wolf, Martin
1996 "¿Por qué este odio a los mercados?" *Le Monde Diplomatique*, Año 1, Nº 1, edición mexicana.

Wolfe, Marshall
1973 "Cambios recientes en los patrones de asentamiento rural y urbano en América Latina", en Schteingart (compiladora).

Wortman, Ana (coordinadora)
2003 *Pensar las clases medias*. Buenos Aires: La Crujía.

Yeung, Yue-Man
1995 "Globalization and World Cities in Developing Countries", en Stren y Kjellberg (editores).

Zubieta, Ana María *et al.*
2004 *Cultura popular y cultura de masas: conceptos, recorridos, polémicas.* Buenos Aires: Paidós.

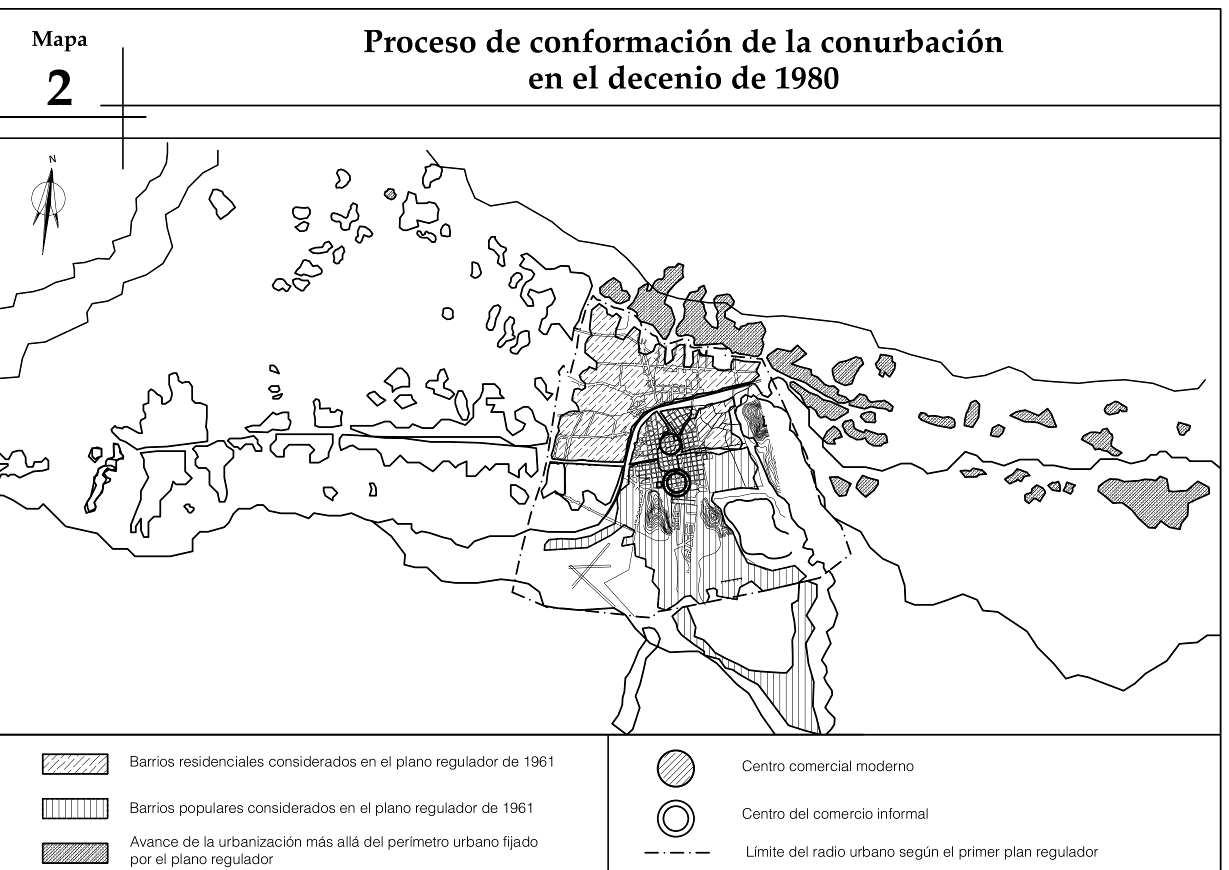
Zukin, Sharon
1995 *The Culture of the Cities*. Oxford: Blackwell.

Anexos



Mapa 1

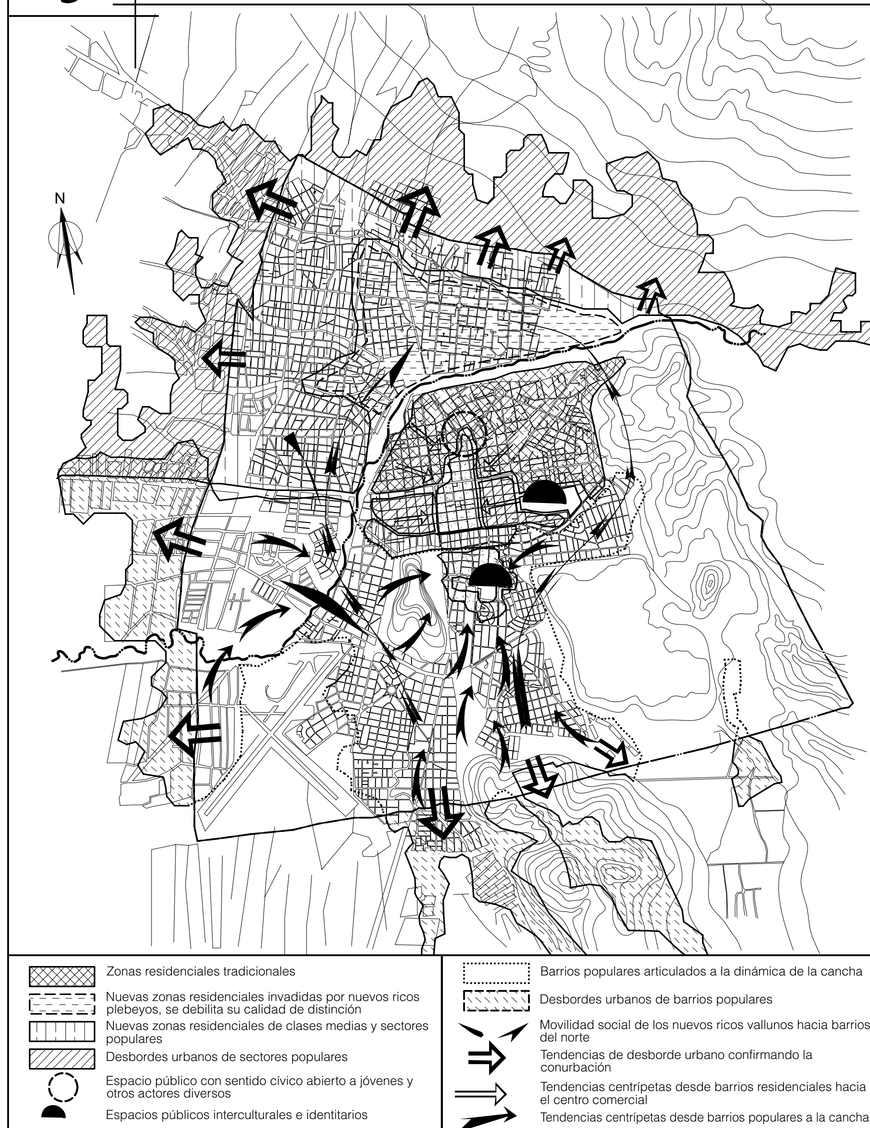
Áreas de residencia de los jóvenes sujetos de estudio

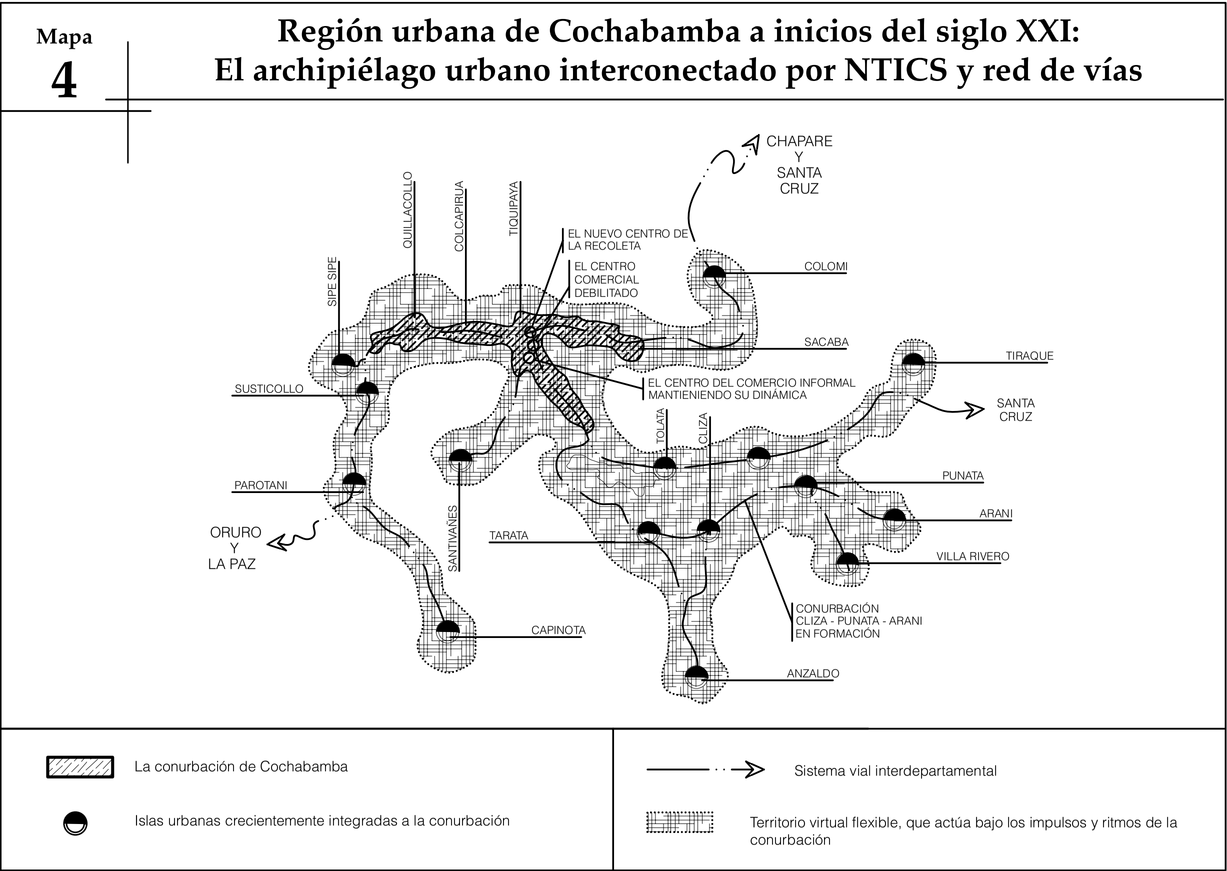

Mapa
2
Proceso de conformación de la conurbación
en el decenio de 1980
N
Barrios residenciales considerados en el plano regulador de 1961
Barrios populares considerados en el plano regulador de 1961
Avance de la urbanización más allá del perímetro urbano fijado por el plano regulador
Centro comercial moderno
Centro del comercio informal
Límite del radio urbano según el primer plan regulador

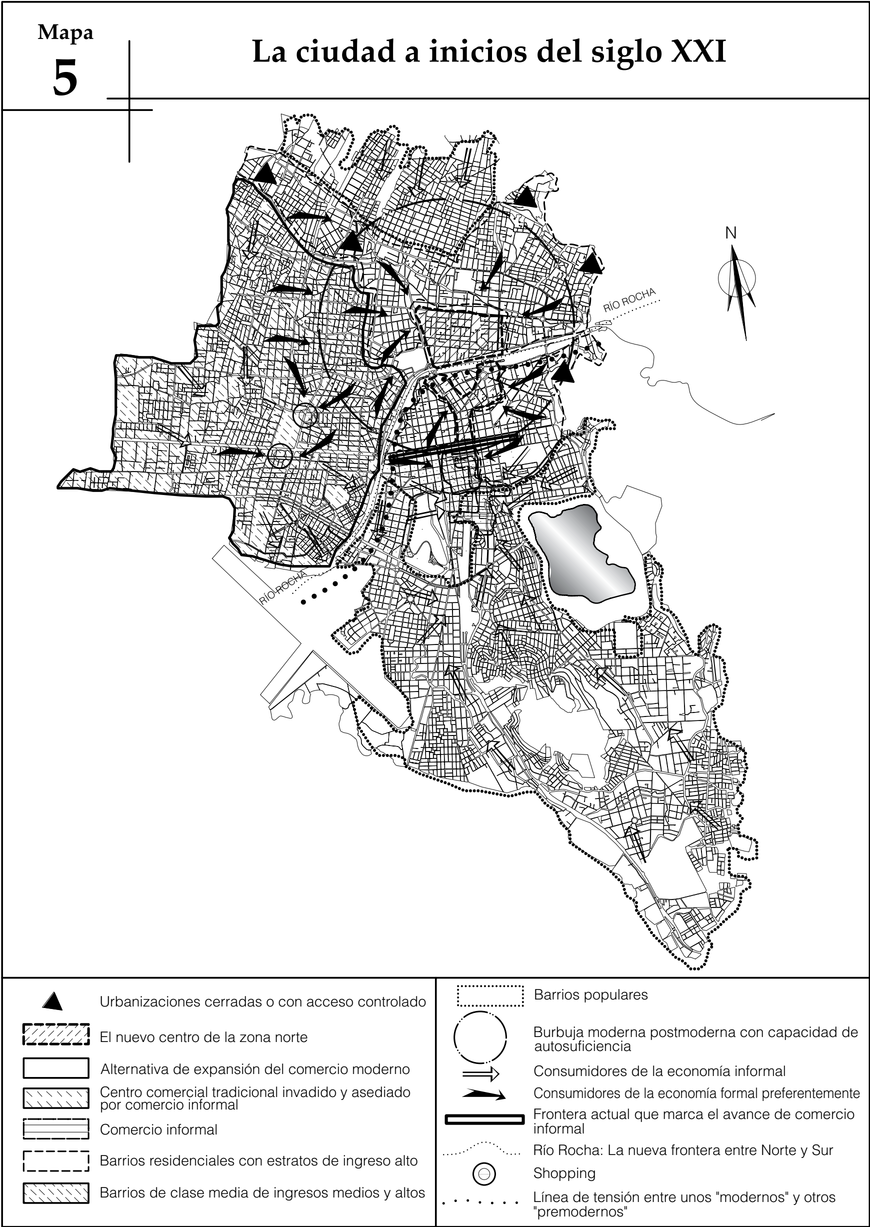
Mapa 3

Cochabamba en los decenios de 1970 y 1980

Ciudad fragmentada y espacios públicos permisivos



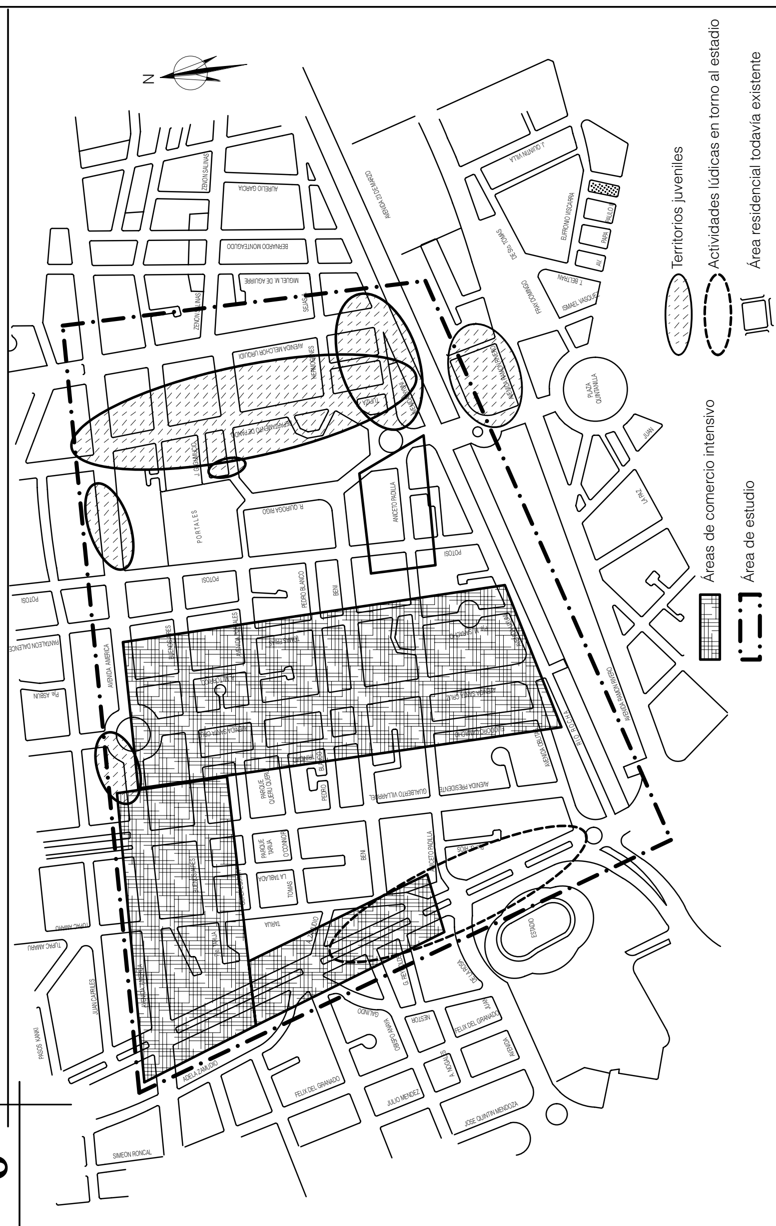

Mapa
4
Región urbana de Cochabamba a inicios del siglo XXI:
El archipiélago urbano interconectado por NTICS y red de vías
CHAPARE
Y
SANTA
CRUZ
QUILLACOLLO
COLCAPIRUA
TIQUIPAYA
SIPE SIPE
EL NUEVO CENTRO DE
LA RECOLETA
EL CENTRO
COMERCIAL
DEBILITADO
COLOMI
SACABA
TIRAQUE
SUSTICOLLO
EL CENTRO DEL COMERCIO INFORMAL
MANTIENIENDO SU DINÁMICA
SANTA
CRUZ
TOLATA
CLIZA
PUNATA
PAROTANI
ARANI
ORURO
Y
LA PAZ
TARATA
SANTIVAÑES
VILLA RIVERO
CONURBACIÓN
CLIZA - PUNATA - ARANI
EN FORMACIÓN
CAPINOTA
ANZALDO
La conurbación de Cochabamba
Islas urbanas crecientemente integradas a la conurbación
Sistema vial interdepartamental
Territorio virtual flexible, que actúa bajo los impulsos y ritmos de la conurbación

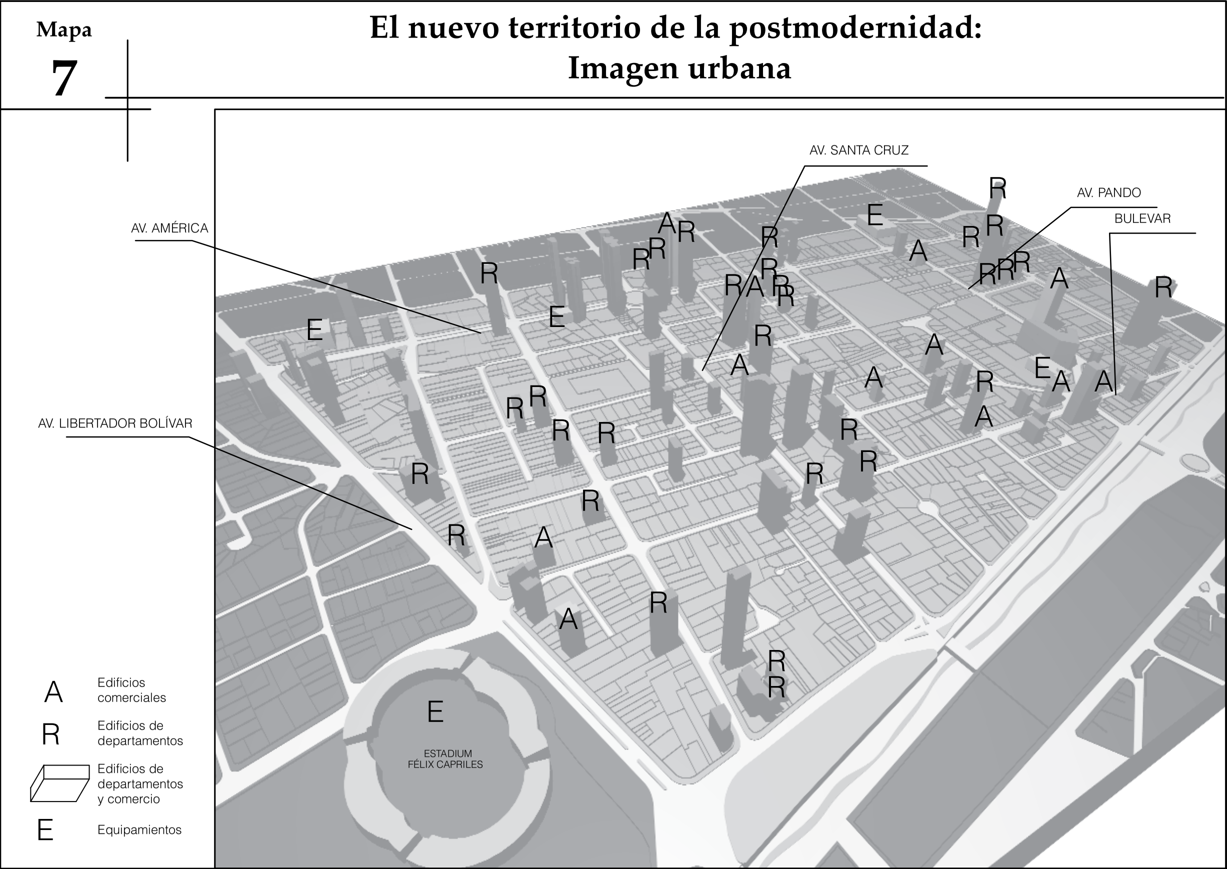

Mapa
5
La ciudad a inicios del siglo XXI
N
RÍO ROCHA
RÍO ROCHA
Urbanizaciones cerradas o con acceso controlado
El nuevo centro de la zona norte
Alternativa de expansión del comercio moderno
Centro comercial tradicional invadido y asediado por comercio informal
Comercio informal
Barrios residenciales con estratos de ingreso alto
Barrios de clase media de ingresos medios y altos
Barrios populares
Burbuja moderna postmoderna con capacidad de autosuficiencia
Consumidores de la economía informal
Consumidores de la economía formal preferentemente
Frontera actual que marca el avance de comercio informal
Río Rocha: La nueva frontera entre Norte y Sur
Shopping
Línea de tensión entre unos "modernos" y otros "premodernos"

Mapa

6

El nuevo territorio de la postmodernidad: Imaginarios en construcción




Mapa
7
El nuevo territorio de la postmodernidad:
Imagen urbana
AV. AMÉRICA
AV. LIBERTADOR BOLÍVAR
AV. SANTA CRUZ
AV. PANDO
BULEVAR
ESTADIUM
FÉLIX CAPRILES
A Edificios comerciales
R Edificios de departamentos
Edificios de departamentos y comercio
E Equipamientos

Autores

Gustavo Rodríguez Ostria

Licenciado en Economía, Universidad Mayor de San Simón (UMSS), magíster en Ciencias Sociales, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), magíster en Historia Andina (FLACSO), especialidad en Gestión Universitaria, Universidad de Santiago de Chile.

Docente universitario desde 1977. Ha desempeñado distintos cargos académicos y públicos: director del Instituto de Estudios Sociales y Económicos (IESE) de la UMSS, 1982-1989, decano de la Facultad de Economía y Sociología de la misma universidad, 1992-1995, viceministro de Educación Superior, octubre de 2003 a junio de 2005. Ha publicado artículos sobre historia de Bolivia y sobre Educación Superior en revistas de Argentina, Bolivia, Chile, España, Estados Unidos, México, Uruguay y Venezuela. Ha escrito 12 libros sobre historia de Bolivia y de Cochabamba y tres sobre Educación Superior, en colaboración con otros autores. Actualmente es Oficial Superior de Cultura del Municipio de Cochabamba.

María Lourdes Zabala Canedo

Licenciada en Sociología, UMSS, 1982, magíster en Ciencias Políticas (FLACSO), 1991. Especialidad en Género y Políticas Públicas, (FLACSO-Unión Europea), 2002.

Trabaja como consultora y docente en asuntos de género para entidades bolivianas y extranjeras. Ha publicado artículos sobre

política en revistas y la prensa nacional y cinco libros sobre las mujeres en Bolivia. El último se denomina *Detrás del cristal con que se mira. Mujeres de Cochabamba, orígenes normativos e interlegalidad*, editado por la Coordinadora de la Mujer (2009).

Es docente de la carrera de Sociología de la UMSS desde 1985.

Humberto Solares Serrano

Arquitecto, Universidad Federal de Pernambuco (Brasil) y Universidad Mayor de San Simón (1970), diplomado en Planificación Urbana y Regional, Universidad Católica de Córdova, (1977), magíster en Medio Ambiente y Desarrollo Sostenible (2003), director del Instituto de Investigaciones de Arqutectura (1978-1992), docente titular de la Facultad de Arquitectura y Director del Área de Estudios del Hábitat del Centro de Estudios Superiores Universitarios (CESU) de la Universidad Mayor de San Simón hasta 1999. Docente de postgrado en diversas instituciones universitarias. Autor de varios libros, ensayos y artículos sobre temas de teoría e historia urbana y regional, vivienda y medio ambiente.

Evelyn Gonzáles Sandóval (asistente de investigación)

Arquitecto, Universidad Mayor de San Simón (2004), magíster en Gestión del Patrimonio y Desarrollo Territorial, Universidad Mayor de San Simón (2009). Premio Nacional: Ensayos sobre Discriminación Social, Defensoría del Pueblo, 2006. Investigadora en temas de vivienda para el Programa de Mejoramiento Socio-Habitacional (2006).